



R O M A N C E
de un
M I N I S T E R I O

Diario de un Heterodoxo feliz

JLG. PANETE

Dedico estas crónicas de mi vida a

Mi mujer e hijos que, con su cariño

Alegraron, muchos tramos de mi larga vida

y ministerio.

Feliz Infancia. “Ovejita afortunada...”

He decidido escribir mis memorias en los primeros días del año dos mil quince, a mis ochenta y cuatro años recién cumplidos, antes de que me pille la desmemoria y ya no me sea posible rebobinar la larga cinta de mi vida. Las cosas que describo y que me sucedieron, ya estaban escritas antes de haber acontecido; y si no acontecieron, estando ahora escrito, es lo mismo que si hubieren acontecido.

Soy el séptimo hijo de una familia numerosa. Mis abuelos paternos fueron Consuelo Taibo, natural de Ferrol y Francisco Gómez Marín del Pueblo de Molina del Rio provincia de Murcia. Vivieron en el barrio de Ferrol Viejo, cerca del Muelle. El abuelo se instaló en Ferrol como importador de frutos del Sur, naranjas mayormente, y representante de vinos. También tuvo un negocio de bicicletas, “Ciclos Marín”. Mi padre era conocido como el hijo de Marín.

Mis abuelos maternos proceden de la parroquia de Ambroa, ayuntamiento de Irixoa, partido de Betanzos. Se trasladaron a Ferrol en busca de trabajo en los astilleros. Mi abuelo era carpintero y vivieron en el barrio de Esteiro. Mis padres después de casarse vivieron en el Cuadro del mismo barrio, cerca de la Casa de los Patines, allí nacieron sus primeros hijos. Mi padre era entonces suboficial técnico de la Armada y mi madre trabajaba en una sastrería.

No dispongo de imágenes de bebé, ni de mis primeros años cuando comencé a andar y a hablar. Solo recuerdo vagamente cosas a partir de los seis años. En ese tiempo nace mi voluntad de imponerme en la vida al lado de mis hermanos, éramos ocho, para no quedar fuera de juego en atención y recursos primarios, comer, beber y ser vestido.

Me imagino que mi madre ya estaría muy cansada de embarazos, pero tuvo fuerzas aún para llevarme en brazos muchas veces. Recuerdo cómo latía su cansado corazón cuando me llevaba en “colo”, brazos me decía: “Seiño”, (diminutivo de Xe o Xosé en gallego), ya pesas mucho, no puedo más, por favor, y me volvía a poner de nuevo en el suelo.



A los dos años de nacer yo, nació Ángeles, una niña rubia y bonita con un problema de labio leporino que preocupaba a todos y acaparaba la atención de mis padres y mis hermanos mayores,

así que yo quedé ya relegado a un lado. Paco era de cuatro años y Lela de seis. Mi hermana mayor tenía 12, y Geluco catorce. Este fue mi entorno humano más próximo, al lado de mis padres, claro.

Al ser tantos, mi madre desbordada, tuvo necesidad de la ayuda de la suegra, la abuela Consuelo y tía Luisa, que se hicieron cargo de Geluco a los quince años.



Yo debí ser un mocosete llorón que no hacía más que llamar la atención de mis padres y hermanos mayores. Mi madre, ya harta de críos pequeños, le encargaba a Pilar, mi hermana mayor de 12 años que se ocupara de mí, cosa que hizo muy bien, me lavaba, vestía y llevaba a la

escuela de la señora Nicolasa.

Recuerdo muy bien cuando llevaron a operar del labio a Ángeles a Santiago. Fueron mi padre y mi hermana Pilar, mi madre se quedó desconsolada en casa con los demás, esperando impaciente su regreso. Yo era mucho de dejarme querer, pero mi pobre madre ya no tenía paciencia para todos, puesto que detrás de mí aún vino otra hermana que me desplazó del pecho y de los brazos de mi madre.

Mi hermana mayor, Pilariña, relevó a menudo a mi cansada madre, que acababa el día harta de remendar calzones y reparar zapatos. Eran los difíciles años 40 y 41 de escasez, necesidad y enfermedades..

En el 41 se pasaba hambre en Ferrol, había dinero, pero escaseaban los alimentos, mayormente el pan. A nosotros nunca nos faltó nada porque mi madre hacía milagros con su escasa economía. Su secreto consistía en no contraer deudas y no vivir por encima de sus propios recursos.

Yo no fui consciente de mi vida hasta después de los seis años. Mis primeros recuerdos son mis grandes “meadas” en la cama que suponían vergüenza y broncas para mí y trabajo para mi madre.

Mi consuelo en estos episodios era mi hermana Pilariña que se hacía cargo de animarme. La peor noche fue una de la fiesta de Reyes, cuando por no espantarlos me aguanté sin orinar, hasta que no pude más; ese día me quedé en la cama hasta que logré que la sábana seicara.

Cuando ya estábamos limpios y desayunados, nos tocaba ir a la señora Nicolasa, nuestra maestra de párvulos, que por muy poco dinero nos soportaba desde las 9 y media hasta las 12.30, cada mañana. Allí, a pocos pasos de casa, íbamos con nuestro banquito a la escuela. Para ir al baño debíamos pedir turno con el dedo en alto, diciendo: puedo ir “atrás” que era donde estaba el baño, un retrete muy rústico.

Me gustaban las letras, cuando se repetía una y otra vez, “la eme y la a ma y, mi mamá me ama; yo amo a mi mamá. Era una diversión para mí. Los números eran ya otra cosa, la tabla de multiplicar era coser y cantar. Las divisiones con decimales ya me complicaban un poco la vida. Estaba claro que mi vida se decantaría más bien por las letras.

Vinieron los días difíciles del 36 al 39 que viví sin demasiadas angustias. Los tres días críticos de Ferrol, cuando la guerra civil, los viví entre sustos, temores y miedos a los bombardeos de aviones. Lo más fuerte lo observé desde la bohardilla de la señora Carmen, desde donde pude ver por primera vez a un hombre herido, con una pistola cruzando unas huertas para refugiarse en algún lugar. Después supe que era uno de tantos oficiales del ejército que se habían enfrentado entre sí en el casino militar del Cinema.

Un día bajó un vecino del tercero de casa, corriendo desesperado, diciendo que había recibido la noticia que su hijo Manolín había muerto en el naufragio del acorazado Baleares, que había sido torpedeado. Otro día un vecino tuvo que ser evacuado herido de un tiro en un brazo, cuando estaba en la puerta de su casa. Lo vi salir a la casa de socorro con otro vecino y una bandera blanca en alto.

Los tres años de guerra, tras los tres días de asedio del Arsenal de Ferrol, los pasamos muy movidos entre el pueblo y varias aldeas, a las que huíamos cuando había tensión y los aviones enemigos intentaban atacar Ferrol desde el aire.

San Mateo y Mandiá eran las aldeas, donde vivían la Lavandera y la Lechera que nos acogían por un par de días hasta que en Ferrol las cosas se calmaban.

A mí me gustaba el campo, y dormir en los ruidosos colchones de hojas de panchas secas sobre la corte de las vacas, que nos transmitían un calor casi humano. Oíamos su mugido, también podíamos verlas por las rendijas del piso de tablas. Lo peor era cuando teníamos ganas de “mayores”.

Teníamos que hacerlo al lado de las vacas; entonces no nos parecían tan fiables y no nos hacía ninguna gracia cuando nos miraban.

No había luz eléctrica; Nos retirábamos todos a dormir a la luz del carburo. ¡Qué mundo tan distinto el de la aldea! Allí descubrí el campo, que me parecía infinito y más divertido que la calle, con sus cuestas interminables arriba y abajo entre la calle del Sol y la puerta de Canido.

Recuerdo que, tras la guerra, se produjo una terrible explosión de los polvorines de la Marina en Caranza. Todavía veo a mi madre intentado salir con gran dificultad, huyendo con un enorme colchón por la puerta de casa a un lugar seguro a las afueras del pueblo; a los Corrales de Serantes. Era una romería de gente que buscaba un lugar seguro echados en los bordes de las caminos donde no llegase la onda expansiva más grande, que se decía tenía todavía que estallar.

Mi padre, siempre que pasaba algo así, como cuando la guerra, se ponía el uniforme, se plantaba la gorra militar y se marchaba a “adentro”, así le decía al Arsenal militar y desaparecía por la puerta del Dique.

Pasados los tres años de guerra civil, reanudamos el colegio, ahora en la escuela pública nacional. Tras este periodo de guerra, la situación familiar cambió notablemente. Sin haberse muerto ninguno, perdimos la familia de mis dos tíos, los primos del ala derecha de la política, y también a los del ala izquierda.

A mi padre no le gustaba nada que le dijeran que pertenecía al cuerpo militar de la “Casta”, del que se sentía orgulloso; eran las siglas para su sección de Cuerpo Auxiliar de Servicios Técnicos de la Armada, un cuerpo creado por la República.

Uno de mis tíos se permitía el lujo de salir de noche a “cazar rojos” y el otro a perseguir fascistas; no pude mantener nunca buenas relaciones con los primos. Mi padre, que estaba al servicio de la Marina, sujeta al Régimen, como suboficial de los servicios técnicos de la Armada, hacía el enlace entre ambas partes de las familias. Pero de los primos ni hablar, siempre nos veíamos distantes, extraños y desconfiados.

Tanto mi hermano Paco como yo tuvimos que sortear insistentes invitaciones a unirnos a agrupaciones paramilitares falangistas, ni él ni yo nunca nos encontrábamos a gusto en su ambiente.

Se notaba el ambiente tenso, la hostilidad de la gente. Lo más grave era oír a lo lejos los fusilamientos, sus descargas resonaban desde los

paredones de los cementerios de Canido y Serantes. Un silencio pesado y triste reinaba en la población ferrolana; venganzas traiciones y saldado de cuentas, turbaban la paz en el pueblo. En mi familia, mis padres callaban, sin palabras, intentaban transmitirnos así buen ánimo sin rabia alguna. Vivir en paz y ser buenos vecinos sin complicarnos la vida, era su filosofía.

Las escuelas nacionales en las que estudiamos, tras el golpe, eran interesantes. Encontrábamos maestros muy del régimen y otros más liberales que intentaban congraciarse con los alumnos. A mi hermano y a mí nos agradaba mucho Don José Parallé, un maestro que nos sacaba mucho de excursión y no seguía al pie de la letra el guion del Régimen.

Lo que me daba mayor satisfacción era la clase de lectura; Leíamos en el Corazón, de Amicis: la señorita me hacía levantar a menudo para leer algún pasaje gracioso, en el que se hablaba de alguien que ponía hocico de conejo, cada vez me pedía que me pusiera en pie y lo imitara.

Al salir del cole siempre había peleas. Mi hermano Paco era mi salvación y venía a socorrerme cuando alguien intentaba pegarme. Al parecer estábamos bien rellenitos ya que todos nos identificaban como el gordito pequeño y el mayor.

No tuve inclinación temprana por la religión, sin embargo recuerdo las visitas al catecismo en la Iglesia de San Julián, nuestra parroquia, en donde nos daban estampitas y medallitas de premio por habernos sabido bien la doctrina. Cuando reuníamos varias obteníamos un premio mayor y así nos estimulaban a seguir con más entusiasmo.

No recuerdo bien el día de la primera comunión, seguro que fui vestido humildemente de civil, pero bien aseado, como todos los hijos de la señora Ramona, ir de "marinerito" era cosa de ricos.

Llegué a ayudar a misa. Tuve unos amigos monaguillos de la iglesia de las Angustias que para quedarse a jugar me enseñaron a ayudar en la misa. Lo encontré divertido, especialmente la ceremonia de exposición del Santísimo, cuando se tocaban unas campanillas muy alegres; era lo más bonito del oficio.

Llegué a tener muy buena amistad con los frailes de Baltar que eran los encargados del culto en las Angustias. Por este tiempo mi padre llegó a pensar que yo acabaría siendo cura.

La impresión más fuerte que viví en este tiempo, fue cuando tuve que presenciar la muerte de dos de mis hermanos. De los ocho que fuimos,

cinco chicas y tres varones, dos de ellos murieron de jovencitos, uno de cuatro o cinco años, se llamaba Angelito y el segundo Ramón, tenía 18 años.

Cuando murió el primero de ellos, yo tendría 4 años, me quedó grabado en la memoria los sollozos de mis desconsolados padres. Me dijeron que yo no cesaba de llorar. Esta escena de mis padres destrozados me acompañó por mucho tiempo.

Cuando ocurrió la muerte de mi hermano Monchiño, en el año 1943, cuando yo tenía 13 años, me tocó buscar de urgencia remedios para aliviar sus terribles dolores de cabeza. Recuerdo el día en que le hicieron, a la desesperada, una punción medular sobre la mesa del comedor.

Mi padre tenía una gran rabia porque, decía que el doctor Letona se había descuidado desde el primer día que se puso enfermo. Cuando murió, al fin, tras sufrir grandes dolores de cabeza, les pregunté a mis padres acerca de la muerte y a dónde y por cuánto tiempo no le veríamos. No supieron contestarme. Me di cuenta que la muerte era algo horrible.

Adolescencia y primer trabajo. “Trabajad, trabajad, somos ...”

Desde los diez años a los 14, fueron para mí días muy felices. La calle de la Tierra era la más alegre y bulliciosa de Ferrol, hasta que se le ocurrió al alcalde adoquinarla.

De todo se hacía fiesta, aun saltando entre los montones de adoquines, tierra y materiales y riéndonos, cuando algún conducción de agua se reventaba mojándonos a todos.

Recuerdo que jugando con un pisón de los obreros me atrapó los dedos magullándolos. Estuve por bastante tiempo en el portal de mi casa, con mucho dolor, aguantando sin quejarme para no recibir encima una reprimenda. Descubrí entonces que era capaz para sufrir a solas sin compartirlo, para no alarmar a las personas a mi lado.

Cuando tocaba regar la calle, recién arreglada, en los veranos, nos divertíamos cantando, “la manga, riega, y aquí no llega...”, intentando conseguir o evitar algún buen chapuzón.

Los años de hambre del 40 al 41. No dejaron de ser divertidos, claro está, desde mi experiencia infantil. Nos escondíamos, eso sí de los “tísicos” y escapábamos huyendo del viejo “Melenas”. De la mujer “cañera” que encontrábamos a menudo tirada en los portales borracha, por la mucha caña ingerida, una especie de aguardiente. También era divertido ver al carbonero con su cara llena de cisco, sudando y enfadado, apaleando al caballo que, medio reventado se resistía a seguir subiendo la larga cuesta de nuestra calle.

Nunca había visto tantas patatas en casa, había a montones en el desván. Era una casa alquilada a un indiano rico, que venía de su aldea a cobrar el alquiler cada dos tres meses. Mi madre guardaba como algo sagrado el importe de cada mes, eso era lo primero, vivir sin deudas. Eran tiempos difíciles cuando mucha gente en Ferrol pasaba hambre y se veía gente recogiendo colillas del suelo para poder seguir fumando.

Por miedo a la falta de alimentos básicos, por la especulación y el estraperlo, mis padres compraban cantidad de productos de primera necesidad almacenándolos para cuando faltasen. Esto atrajo a las ratas a mi casa, que teníamos que mantener a raya en el subsuelo, donde corrían a placer por las alcantarillas, por debajo de las tablas del piso.

Las amas de casa vivían la aventura de buscar, “fuera de puertas”, en las aldeas, lo que no había en la ciudad, con el riesgo de pagar encima la

multa y los impuestos por la carne y otros productos, necesarios para el hacer el socorrido caldo gallego.

Cuando regresaban contaban, ya aliviadas, cómo se habían forrado literalmente de costillares de cerdo de unto y de chorizos, escondidos entre pecho y espalda, para lograr pasar el control de los severos consumidores y evitar el pago de abusivas tasas.

Nadie quería el pan negro, de millo o maíz, se buscaba el pan blanco de trigo que solo comían el alcalde y los concejales. Nuestra panadera, gran amiga de casa, que tenía un especial cariño por Angeles, la señora Genoveva fue nuestra salvación, los únicos de la calle que comían pan blanco eran los hijos de la señora Ramona.

El estraperlo ponía en peligro la economía de las familias. Quienes mejor lo pasaban eran la gente de las aldeas que cosechaban legumbres y patatas. No bastaba tener dinero, si no había los alimentos. El estraperlo era una especulación asocial e injusta. Se impuso el racionamiento con las consabidas cartillas.

Me tocó ayudar a Pepe y Blanca, un matrimonio muy gallego pasado por Cuba que, a su regreso, ya rico, montó una tienda de ultramarinos. Me requería continuamente para organizarle el asunto de los cupones, cartillas y formularios, cosa que hacía en mi tiempo libre.

De pronto aparecía gritando en el portal de casa, Señora Ramona: ¿Está Joseíto?, dígame que pase por la tienda, lo necesito. Me gratificaba el favor con sellos de correos, dos de 75 céntimos, que tras la guerra funcionaban como dinero. En los años cuarenta escaseaban las monedas y billetes de circulación oficial.

Después del adoquinado, se acabó la tranquilidad de la calle, llena de chicos y chicas cantando: “A la barca, barca, me dijo el barquero “. También la otra de: “El cocherito, leré”, y ..“De Cataluña vengo de servir al Rey”. Mientras, los “brutotes” de los varones saltábamos la lomba a lo bestia. A partir del atropello de una niña, ya no se vieron jugar tantos chicos y chicas como antes, hasta muy entrada la noche en el verano.

Lo más divertido y, en cierta manera arriesgado, eran las fogatas de San Juan. “Salta a fogata de San Xoan para que “non te morda cadela nin can...” Los más arriesgados saltaban cuando las llamas eran más altas. El ambiente me fascinaba, la sana alegría me impresionaba y creaba en mí recuerdos que se convirtieron en nostalgias por mucho tiempo.

Por entonces descubrí una afición que aún me dura, hasta que me retiren el carnet de conducir por viejo; viajar conduciendo. Mi primera experiencia de viajar fue en un carrito de madera, incluida las ruedas que untábamos con grasa por calles y caminos de Ferrol, hasta fuera de sus puertas, Canido, calle Alegre, la Malata y Santa Marina. Cuesta abajo, corría como un demonio, y en llano, nos turnábamos empujando, Fernandito, mi buen amigo, y yo.

Fui muy feliz de niño, me gustaba jugar y jugar, me las arreglaba para construir mis propios medios de diversión. Mi padre me traía peonzas de madera de "júcar" con punta de acero, que era la envidia de todos en la calle.

Las latas de sardinas en conserva, atadas a un hilo, me servían de transporte de la arena y piedras para mis construcciones. La imaginación me permitía disfrutar jugando. Los juguetes de hojalata que me traían los Reyes Magos duraban poco tiempo, se estropeaban el mismo día de su estreno.

Lo más arriesgado eran la Batallas a pedradas. Nos juntábamos en pandas de barrios para pelear. Algunas veces volvía con heridas en la cabeza. Cuando llegaba a casa sangrando, mi madre se asustaba mucho y me llevaban a la casa de socorro. A nuestra costurera, Geluca, que venía a casa ocasionalmente, le tocó curarme en varias ocasiones. A pocos ratos después, Seiño salía de nuevo a la calle, se sentaba en la puerta de casa diciendo para sus adentros; está claro, pelear no es lo mío.

Los tiempos de juegos en la calle se acabaron cuando un día mis padres decidieron que yo tenía que trabajar, para aportar ingresos a la economía familiar. Estaba claro, éramos familia numerosa, el salario de mi padre no daba para tanto. Mi hermano Paco ya había empezado a trabajar en la Telefónica, repartiendo telegramas. Yo le seguí, a los catorce años, como botones en una compañía de seguros.

Los estudios pasaron a las clases nocturnas, los quebrados se me resistían. No así las novias y amiguitas del barrio, que hasta venían a buscarme a casa. "Ramona..., está Seiño en casa", preguntaban... mi madre cuando veía que no eran de mi agrado, me las sacaba de encima. Yo me divertía solo en el patio jugando a hacer tiendas de campaña con las alfombras de casa, a donde invitaba a entrar a Ángeles, para que comprobara lo comfortable que eran. Entonces, creo yo, fue cuando me pillaron los ácaros y la fiebre de heno, que más tarde se convertiría en un asma bronquial alérgica. Recuerdo los días febriles en los que me sentaba a la

puerta de mi casa febril y morriñoso, sin ganas de jugar. Mi padre me daba a respirar de sus remedios contra su asma que dilataban mis bronquios y me aliviaba. El caso es que la bronquitis, ya crónica, me siguió acompañando fielmente toda la vida. Cuando salí de las humedades de Ferrol y su clima pude superar los ataques del asma infantil.

La Malata era el lugar preferido de mis juegos. La descubrí yendo a tomar los baños de verano, en el mes de Agosto. Eran nueve baños que tenían que hacerse seguidos sin remedio. No importaba el tiempo que hiciera. Nadie se escapaba. Se decía que esto era muy saludable para evitar catarros y otras penurias del invierno. Yo lo tenía difícil por mis bronquios, pero tampoco me salvaba de ellos. En la malata hacíamos de todo, marisqueábamos, chapoteando en el fango de la bajamar, y aún llegábamos a merendar, cocinando cangrejos longueirós (navajas) y mejillones en calderos viejos, pensando que el fuego purificador era la garantía de no coger una infección.

Uno de mis mejores amigos era Fernandito, también, como yo, de familia, todavía más numerosa, Vivía enfrente de mi casa y pasaba mucha necesidad, sus mocos le lucían permanentemente. Me tenía mucho cariño y me buscaba para jugar. Juntos recorrimos nuestro barrio y otros más con nuestro carrito. Lo perdí de vista por mucho tiempo. Su madre murió y su padre fue trasladado a Cádiz, era un buen mecánico. Desde los 14 hasta los ochenta y dos años no nos volvimos a ver. Logró mi teléfono de Palma y nos pusimos de nuevo en contacto, ¡después de 65 años!! Lo visité en Cádiz en un viaje que hice a Andalucía; allí estaba Fernandito, su mujer y sus hijos, pero ya gravemente enfermo. Pasamos una jornada en la que no cesábamos de hablar de nuestros juegos de infancia. Nos contamos nuestras vidas de mutuas ausencias. Me recordó que yo le había salvado la vida de morir ahogado en la Malata un buen día cuando salimos a pasear. Contentos de habernos visto de nuevo nos despedimos, le regale una Biblia... no nos hemos vuelto a ver más.

Según me contó Fernandito, se cayó cuando iba sobre unos pinos que flotaban en el agua y yo pude sacarlo a la orilla. Lo curioso es que mi memoria era acerca de otra historia; recordaba que, en el mismo sitio, había sacado del mar en donde se estaba ahogando a una oveja de un pastor que estaba por allí con su ganado. La oveja había salido asustada por el perro de un amigo, que vino tras mí desde casa. La oveja se metió en el agua para ponerse a salvo, el perro la persiguió y el pastor desesperado me amenazó con matar al perro si no salvaba a la oveja. ¡! Qué remediojj Lo que no entiendo es cómo Fernandito se metió dentro en

esta curiosa historia, de la que ahora tenía dos versiones diferentes del desdichado paseo, una soleada mañana de domingo en la Malata. Lo peor fue que yo, ese día, estrenaba un flamante pantalón bombacho, que tuve que dejar secar antes de poder volver a casa a comer, ya muy tarde. No recuerdo lo que dije para justificar mi tardanza, me guardé esta aventura por muchos años para mí solo.

Desde los catorce años que comencé a trabajar, hasta la salida a la mili, con la quinta del cincuenta y dos, mi vida transcurrió con cierta rutina: Las mañanas y tardes al trabajo, a la noche a la escuela nocturna de pago. Allí aprendí contabilidad y administración de empresas. En tres años llegué a ser el jefe de una sección de mi Empresa, por lo que mi sueldo aumentó notoriamente. Mis padres contentos y yo feliz por poder aportar algo a la casa.

Desde los catorce años a los 17, me sucedieron cosas muy importantes en compañía de amigos y compañeros de trabajo, con los que compartí amistad y aventuras muy sorprendentes, que iban a ser determinantes para mi vida.

En las largas tardes de verano acompañaba y ayudaba a un compañero de trabajo a las tareas de cobro de seguro y créditos que se llamaba Enrique. De él recibía una compensación que me venía bien para los gastillos extra de bolsillo. Juntos recorrimos a pie y en bicicleta, la zona de cobro que tenía asignada, Serantes, Joane, Mandía, Catabois y el Val de Valdoviño.

Enrique Montero tenía entonces unos 28 años, era soltero y hombre de experiencias mundanas, pues ya había estado en la cárcel y condenado a muerte tras la guerra por motivos políticos. Me contó que cuando en la cárcel leían la lista de los que iban al paredón de fusilamiento, todos los presentes, de puro miedo, literalmente, se cagaban encima, cosa que le sucedió varias veces. Había sido cabo primero de la marina, acusado por haber estado a las órdenes de un suboficial rebelde. El caso es que salió a la calle de los calabozos militares indultado, sin moral ni ideales. Tuvo que buscarse la vida arribando a la Empresa donde yo trabajaba. Era un hombre de mucho mundo y divertido y de buen carácter; le gustaba el vino y las mujeres y cantaba cuando estaba borracho. Habiendo vivido lo que había vivido, ahora solo buscaba granjearse la amistad de todos y no complicarse la vida. Me hizo su mascota y confidente. Fue noble conmigo y me enseñó lo bueno y lo malo del mundo, durante tres años aprendí todo lo que puede saberse en esta vida. Dormí muchas veces en su casa de Vilasánchez. El dormitorio está sobre la "corte", establo, de las vacas.

De madrugada ya se oían el chirriar de los ejes de los carros de bueyes que buscaban la braña de los montes para alfombrar los establos. Era un mundo fascinante para mí. Entonces descubrí mi ilusión de vivir en el campo. La madre de Enrique ya muy vieja y trabajada y enferma, nos hacía la comida de siempre, además del caldo gallego, chorizos y huevos fritos que me sabían a gloria. La mujer era cariñosa, a su manera pero cuando se enfadaba daba miedo, abría su boca sin dientes y le gritaba a Enrique, su hijo: “Mal rayo te esfarjaye”. Su marido, que había sido oficial de la marina de guerra en la guerra de Cuba, regresó rico pero enfermo. En esa casa vi, por primera vez en mi vida, en un viejo arcón, monedas de oro, que le llamaban “peluconas”, por la efigie de personajes con peluca de las repúblicas de ultramar.

Enrique Montero no asentó la cabeza hasta que se casó, para alivio de su madre que siempre temía por su vida, y siguiendo mi consejo. Tras su excarcelación tenía que presentarse cada mes en Comisaria. Cuando Franco visitaba Ferrol, la policía le invitaba a salir de la ciudad durante todo ese día.

Supe, mucho más tarde, que lo que hacíamos, al lado del cobro de los seguros era, además, una recaudación secreta del socorro rojo en favor de las viudas y huérfanos de la guerra civil. Entonces no podría ni imaginar lo que hubiera supuesto para mi padre, monárquico de toda la vida, si me hubieran descubierto en semejante actividad.

Mi hermana Pilar se casó cuando yo era un adolescente. Era una hermana a la que estaba muy unido, fue para mí casi como a una madre. Dormí con ella mucho tiempo hasta que me dijo Señor, ya eres grande, pasa a dormir con tu hermano Paco.

La casa tenía cuatro habitaciones contando con la salita convertida en sala de banquete. En una habitación contigua a la salita dormían mis padres, en otra habitación en el pasillo mi hermano y yo, en la del lado comedor mis hermanas, Lela, Ángeles y Pilar, quien al casarse las dejó más espaciosas.

El banquete de bodas se celebró en nuestra casa para lo cual tuvimos que habilitar la salita que daba a la calle. Suponía un gasto enorme para nuestra familia. Yo creo que mis padres tuvieron que pedir dinero prestado, no sé a quién. El novio un huérfano de la Marina tampoco disponía de medios. Así que, recuerdo que desmontamos la cama de la salita que hacía de dormitorio, trasladamos el armario a otra habitación y montamos unas mesas que pedimos a la panadera, Genoveva, cuya hija

era muy amiga de mi hermana Pilar. Así nos hicimos con el espacio vital para tal acontecimiento. Esta es la parte de la boda que más recuerdo; pasteles galletas y licores, anís y moscatel, era todo lo que constituía un banquete normal, propio de aquellos tiempos de post guerra para una familia modesta de los años 40. De viaje de novios, ni hablar. Todo lo más un viaje a Santiago o la Coruña, ida y vuelta. Las parejas pasaban a vivir a la casa del novio. Vivir en casa de padres o suegros, era lo habitual para los recién casados en aquellos tiempos.

Celebramos con gran emoción la llegada del el primer nieto, nuestro primer sobrino. Juan Alfonso, el primero del matrimonio nos aportó una gran alegría. Mi padre, Los abuelitos Alfonso y Ramona no cabían en sí de alegría. Recuerdo a mi hermana paseando orgullosa a su hijito por el Cantón, esperando al padre y al abuelito a la salida del trabajo en la Bazán.

Llegó un día inolvidable para mí, cuando me estrené de tío, al permitirme salir con mi sobrino Juan Alfonso de paseo. El chico ya caminaba pero iba en su sillita que yo, muy ufano empujaba. Nos acompañaba un amigo de la calle San Diego que se unió a nosotros. Fuimos hasta la estación del tren y allí oímos croar a una ranas en una charca. Era un lugar resbaladizo; yo no me atreví a llevarlo, y mi amigo, para agradar al niño, lo cogió y llevó bien resuelto en brazos a ver las ranas; patinó y cayó al suelo sobre su piernecita, de inmediato comenzó a llorar, llorar..., y no callaba. Temiendo lo peor, disgustado, despedí a mi amigo y me fui a casa. A ratos el sobrino, callaba y de nuevo volvía a llorar. Ya en casa, sintiéndome el responsable, no quise implicar a mi amigo en el asunto y conté, que el chico había pedido ver las ranas y se cayó; Intranquilos por su queja continua, lo llevamos al hospital, se reveló que tenía una fractura. Ese día, tanto para Juan Alfonso como para mí resultó inolvidable. Desde entonces tío y sobrino recordarían para siempre ese paseo funesto y que nos acercaría más uno al otro.

En ocasiones me pregunto: Por qué me pasa, que tengo necesidad de proteger a otras personas, pagando yo mismo un precio que nunca he visto recompensado. No puedo sacarme de encima ver cómo los justos han de pagar por pecadores, cosa muy común que complica la vida. Nunca me sentí cómodo por esto, mas no lo puedo evitar. Lo que me sorprende es verme solidario con el desgraciado, una verdad fundamental del Evangelio, que me implica en todos los ámbitos de mi vida.

A los catorce años, un año después de comenzar mi primer trabajo, tuve una experiencia que me acompañó por mucho tiempo. Un jefe de la Compañía de Seguros donde trabajé. Al parecer, no podía soportarme y empezó a hacerme la vida imposible, sin razón alguna, que yo supiese. Don Manuel, así se llamaba este personaje. Empezó a mirarme con rabia y a meterse conmigo. Llegue a considerar si debía quejarme a mi padre, que conocía bien a este señor. No lo hice, aguanté todo lo que pude, hasta que un día me llamó a su despacho para echarme una gran bronca, diciéndome: ¿Quién crees tú que eres aquí? .Permanecí en silencio, sin responder y añadió, te diré quién eres: Tú eres un perdonavidas, sí, perdonavidas, eso lo que eres tú. Me quedé mudo, sin una queja por mi parte y sin saber qué hacer. Al final me dijo, te puedes ir. Al parecer no podía soportar que yo aguantara su acoso sin una queja por mi parte. Aprendí muy pronto en mi vida, a resistir sin quejarme.

Mi encuentro con Cristo. *“Cristo está conmigo, qué consolación...”*

A los 17 años me esperaba una experiencia única, mi encuentro con Cristo, tras leer el Evangelio de Juan a solas, en un banco del Cantón en Ferrol. No había llegado al final del tercer capítulo, Juan 3.16, cuando Jesús se convirtió en mi mejor amigo.

Todo comenzó cuando uno de los tantos agentes de la Empresa me rendían cuentas de sus cobros; uno de ellos me mostró un librito que le habían dado en una casa de protestantes. Ese libro era un Nuevo Testamento. Mi compañera Charo, mecanógrafa, se hizo con él e intentó destrozarlo, sin lograrlo. Yo me hice cargo de librito lleno de curiosidad, lo guardé celoso con deseo de saber de qué clase de libro se trataba. Comencé a leer y, para mi sorpresa, por primera vez, leía en castellano palabras que salían de labios de Jesús.

Mi amigo Miguel y yo pasamos semanas buscando a quienes pudieran estar detrás de esa entrega del Nuevo Testamento. Un amigo de la panda de la juventud, éramos cuatro, tenía trato con alguien de una academia de inglés, quien le indicó el lugar en donde se reunían los protestantes, en la capilla evangélica de la carretera de Castilla, en Ferrol.

La primera vez que acudimos a la Capilla era un domingo por la mañana, estaba llena, nos sentamos en el último banco y esperamos a que empezara. Allí se respiraba reverencia, respeto y dignidad al hablar de Dios. Supimos, para nuestra sorpresa que quien predicaba era un sastre, que nos pareció un obispo por su convicción y conocimiento de la Escritura. Cuando la panda hizo planes para la tarde. Miguel, el andaluz, y yo, lo teníamos muy claro, volveríamos de nuevo a la capilla para el culto de la tarde. Habíamos sido ganados para el Evangelio. Se acabaron las peleas por las chicas tras los bailongos, y las borracheras con sus vomitonas.

Mi amigo Miguel también se resolvió por Cristo públicamente en un llamamiento en el culto, así se convirtió en mi amigo y hermano a la vez. Este descubrimiento nuevo de la vida en Cristo nos entusiasmaba y hasta llegamos a participar en las reuniones de jóvenes de los domingos a las cinco de la tarde.

El día que me invitaron a tomar por primera vez la palabra, en una reunión de jóvenes, presencié el primer accidente de mi vida. Un pobre hombre había sido atropellado por el tranvía de la carretera de Castilla, y al verlo quedé tan impresionado que casi no pude coordinar palabra alguna en mi

turno de predicación. ¡Vaya comienzo! Parecía premonitorio, pues siempre he tenido mucho respeto al púlpito.

A los dieciocho años, un 25 de Julio de mil novecientos cuarenta y ocho me bautizaba en la Real Villa de Ares. Fue un día feliz, completo. Ese día ya temprano tomamos la lancha de Mugardos, cruzamos la Ría y caminamos hasta Ares, unos cinco kilómetros. Tras una predicación emocionante de Don Arturo, nos bautizamos unas veinte personas, con gran entusiasmo por parte de las iglesias que allí se reunían para el evento; Los hermanos estaban muy avivados. Se daban muy a menudo conversiones de jóvenes, influenciados por el poderoso testimonio de José Morado, un joven que fue mártir de su fe por no haberse querido arrodillar en la misa en el acto de la jura e la bandera, para evitar caer en idolatría.

La heroica muerte de Morado desató un avivamiento entre la juventud, que se rendía bajo una ola de bendición. Los jóvenes vivíamos la fe como una aventura que nos desafiaba a vivir aún a riesgo de ser detenidos. Nuestra diversión era salir a los pueblos de alrededor de la Bahía de Ferrol llevando la Palabra a los grupos de creyentes aislados. Los domingos por la tarde cruzábamos en lancha a la Graña para llevar paquetes de comida a los marinos que estaban arrestados en los calabozos de la Marina. Los cultos de evangelización estaban animadísimos, la capilla a rebosar en medio de una piedad manifiesta. Se daban claras y repetidas respuestas a los llamamientos, mayormente de jóvenes.

La visita de barcos de guerra de países protestantes en nuestra bahía era motivo de gran alegría. Recuerdo a un grupo de marineros brasileños que llenaron la capilla, a la que se dirigieron desfilando para testimonio al pueblo y dar ánimo de los pocos y menospreciados protestantes. Parecía que la capilla iba a arder de puro entusiasmo cantando el himno “Grande fue la Gracia de Dios...”. Cada culto era un verdadero refrigerio espiritual que nos daba fuerzas para seguir resistiendo la oposición en el pueblo.

Cuando mis padres se enteraron de mi militancia en la fe evangélica se llevaron un disgusto. Mis hermanos no me dijeron nada y esto lo tomé como una señal de respeto por mis ideas religiosas. Mi padre reaccionó como un típico militar, me puso un policía amigo que me vigilara y se hiciese ver para intimidarme. Al salir de los cultos, allí estaba, bien visible. Tenía la indicación de no actuar contra mí.

Mi padre era religioso practicante de un catolicismo tradicional. Como militar y monárquico seguía las normas propias de un hombre que debía estar sometido, como suboficial de la marina, al orden impuesto por el Régimen. No llegó a prohibirme nada, ni menos amenazarme. Yo me daba

cuenta que le podía traer complicaciones con sus superiores e intentaba ser prudente. Mi padre Llegó a decirme que había ido a la capilla evangélica antes que yo, en tiempos de libertad, y que había oído las predicaciones del misionero Inglés Jorge Davis. Incluso pude percibir en él un cierto agrado por mi inclinación religiosa. Cuando ya fue mayor y jubilado me comunicaba sus inquietudes y me pedía que orase por él.

Cuando le di a mi madre testimonio de mi fe, ella, que no era muy practicante, me dijo: Piensa que podría pasarte algo grave, si fueses denunciado por protestante; le respondí que no me importaba lo que me hicieran, aún si me matasen, por que Cristo me había dado vida eterna; y comenzó a llorar.

Mi testimonio en casa, sin palabras, les convenció de que yo estaba en un buen camino, y siempre me respetaron. Con todo en los momentos más íntimos de mi vida me sentía solo. El himno: “Cristo está conmigo...” me animaba. En la primera Nochebuena de creyente, como era costumbre, nos reuníamos todos a cenar. Al terminar se me ocurrió sacar mi Nuevo Testamento y leer en el pasaje de Navidad, diciéndoles lo importante que era saber lo que había pasado en esa noche y leyendo, me quedé solo con mi ocurrencia, todos se fueron a la cama.

Uno de los días más felices de la vida fue cuando recibí mi primera Biblia desde México. En España no se conseguían Biblias y los creyentes de Hispanoamérica nos apoyaban enviando las Escrituras por correo. Muchas eran confiscadas por la censura, otras, por suerte la mía, paso el filtro y llegó a mis manos con una dedicatoria preciosa que me acompañó siempre en mis momentos devocionales. Dice así: “

“Para que una vida sea poderosa en Dios es menester que tenga su lugar santísimo donde Dios entra solamente...” “

Nada más iniciarme en el estudio de la Palabra busque la manera de conocerla de una forma sistemática. La radio la “Voz de los Andes” emitía para España cursos bíblicos que me ayudaron mucho a profundizar en las Escrituras. Me daba cuenta que la cultura bíblica era muy vasta, que exigía gran empeño para conocerla. No perdía ocasión de estudiar y estudiar, por radio, correspondencia y en los campamentos de verano en Villar en Pontevedra. Doy gracias al Señor por los maestros que puso a mi alcance: Mariano San León, Ernesto Trenchard y, en Orense, Celestino Puente.

La primera vivencia que tuve con el mundo espiritual insumiso fue siendo joven en la capilla de Ferrol. Estábamos los jóvenes celebrando una

reunión sin ningún líder adulto presente. Vimos entrar en el recito un par de mujeres de edad ya madura que se sentaron uno de los bancos del final. Estuvieron como desapercibidas por nosotros. Cuando, de pronto, una de las mujeres dio un grito terrible cayendo al suelo que nos asustó a todos. Las chicas corrieron a un rincón de la capilla. Los jóvenes no sabíamos que hacer ni decir. La mujer, tras el grito empezó a voces a declararnos siervos de Dios que decíamos la verdad y..., no pudo más, se desplomó y empezó convulsionar.

Todos nos quedamos callados y asustados esperando lo que pudiera ocurrir a continuación. La mujer, al rato, se calmó, se recompuso sus cabellos y, acompañada por la otra que todo el tiempo permaneció callada, salieron de la capilla sin más.

Entre todos comentábamos qué pudiera ser aquello. Cuando vinieron los Ancianos para el culto de la noche, les explicamos lo sucedido, nos dijeron que podría haber sido una reacción de demonios, que se oponían a lo que allí estábamos diciendo acerca de Cristo.

Más adelante supimos que una de las dos, la que se manifestó, era médium en reuniones de espiritistas. Al mismo tiempo, contaban los veteranos de la Iglesia, que ellos ya habían vivido escenas de liberación de demonios en personas poseídas, a quien los Ancianos desataron por medio de proclamar con fuerza el poder de Cristo sobre las potestades insumisas. Ahí quedó todo sin haber recibido más enseñanzas sobre este tema.

Juventud, Orense, servicio militar. *“Da lo mejor al Maestro...”*

La incorporación al ejército ocurrió en el mejor momento de mi vida espiritual. Era consciente que iba a ser un tiempo de prueba. Los testimonios de los jóvenes evangélicos marinos, que habían tenido que experimentar prisión y calabozos en Ferrol y otras partes del País, me apercibieron de lo que podía pasarme a mí.

Con toda la intención, no quise inscribirme para hacer la mili por la Marina para no comprometer a mi padre, quien seguro me buscaría el mejor destino, a lo que yo no hubiera podido corresponder por ser “protestante”. Mi padre era uno de los mecánicos de confianza del Almirante.

Así pues, la primavera del año 1952 tomé el tren a Orense para incorporarme al Regimiento Zamora 8, dejando atrás familia y novia, una joven de la Iglesia de Ferrol llamada Elisabeth. Fue el viaje más largo que había hecho en toda mi vida. Me hubiera gustado que mi padre, como hacían los padres de los creyentes en Galicia, les despedían en oración como era pertinente, dada las circunstancias que se daban de represión de los “herejes protestantes”. Con todo yo iba muy seguro sabiéndome respaldado por el Señor y Jesús, mi mejor amigo.

Llevaba una carta de recomendación para el coronel del Regimiento Coronel Osset, de un buen compañero de trabajo inspector de seguros Sr. Lorente, recomendación que no usé, ni siquiera cuando me amenazaron con el calabozo en los días de mayor agobio y persecución por la fe. Me parecía incoherente con mi convicción de que el Señor estaría conmigo y me sacaría adelante, a pesar de todo.



Con mi decisión de hacer el servicio militar en el Ejército de Tierra significaba la ruptura con la tradición marinera de mi familia. Mi padre y mis hermanos pertenecieron toda su vida a la Armada. Yo decidí no ser marino por las consecuencias que se hubieran derivado para mi padre. La Marina era muy severa con los protestantes; Intentaba evitar que mi padre, sobre todo, no sufriera las consecuencias de mi desobediencia a las leyes del Régimen militar que se imponían con sumo rigor.

La mili fue un verdadero discipulado práctico en mi vida cristiana. A pesar de que en Ferrol dejaba a mi familia, mi Iglesia, novia, trabajo y amigos,

estaba seguro de que iba a vivir una aventura de fe. Mi lectura favorita por este tiempo de prueba era el Libro de Daniel, que me inspiraba y alentaba a permanecer fiel, aún en lo poco.

Desde el momento que llegue al Campamento del Cumial, a unos 20 kilómetros de Orense. Desde el primer día de mi servicio militar, hasta que entregué mis pertenencias castrenses en Junio de 1953, sentí día a día la presencia del Señor, a cambio eso sí, debía vivir bajo la disciplina de un soldado de Jesucristo.

Yo tenía por cierto que no estaba allí a las órdenes del Régimen militar, si no a las órdenes de mi Señor, que, por cierto no me pasaba ni una. Llegué a disfrutar de la mili, tanto en el Campamento, de “quinto”, como luego, en el Cuartel de San Francisco en Orense, siendo ya veterano. Llegué a disponer de todas las llaves de todos los departamentos del Cuartel, desde la Biblioteca hasta el de las de armas.

El primer día en el Campamento, a donde nos llevaron desde la estación del tren en camiones, ocurrió un episodio que provocó mi primer testimonio ante mis jefes.

Un suboficial sargento, cuando aún estábamos de paisano, nos informó que, por ser Domingo por la mañana, lo primero que tocaba era ir a misa; Le dije, “mi sargento, yo no puedo ir a misa”, me preguntó por qué, y al oír mi respuesta por ser cristiano evangélico, se echó las manos a la cabeza rascándosela por debajo del gorro; me dijo que lo iba a pasar muy mal en la mili. Le contesté, no se preocupe, dígaselo a sus jefes. Se fue y vino enseguida, y con cierto enfado me dijo, quédese aquí con todas las maletas, mientras todos entran a la iglesia para oír misa. Me quedé allí solo de pie en medio las cien maletas de mis compañeros reclutas. No tardó en pasar a la capilla el Comandante, acompañado con otros oficiales y el capellán, que era también capitán. Al pasar por delante de mí, me lanzó una mirada de contrariedad, como diciendo, ya tenemos aquí a un nuevo hereje. Supe que en la quinta anterior habían tenido a un joven adventista que, al parecer, les había dado muchos quebraderos de cabeza.

El corte de pelo al cero y posterior paso por la ducha fue inolvidable. Teníamos que pasar en cueros en fila india bajo la ducha, que era una tubería agujereada que tiraba el agua según pasaba; a tramos salía ardiendo y en otros helada. Este cambio de temperaturas con la cabeza al cero, me causó un derrame nasal, la sangre me cubría todo el cuerpo. El caso es que nadie podía salirse de la ducha, los cabos de vara metían a la gente que se escabullía bajo el agua a correazos. No me atreví a salir por mi cuenta y escabullirme, aguanté hasta que me dejaron salir al verme

envuelto en sangre. Al fin me libraba de la ducha más impresionante de mi vida.

Todos mis compañeros buscaban enchufes para conseguir ventajas, que consistían en no hacer guardias y escaquearse de pelar patatas. Yo sabía que contaba con el mejor “enchufe”, no buscaba más que agradar al Señor, inspirado por las lecturas del Libro del profeta Daniel.

Me pasé casi todo el periodo de instrucción escribiendo atestados de los reclutas que se accidentaban haciendo los ejercicios militares. Apenas pude aprender a marchar en fila, los oficiales me reclamaban para trabajar en la oficina. Cuando todos intentaban eludir el pelado de patatas, a mí me sacaban de esa tarea por orden del brigada de cocina, que no consentía que su ayudante hiciera ese trabajo que consideraba injusto. Los únicos que se libraban del pelado de patatas eran los que se ofrecieron de maestro de analfabetos.

A mí no me permitieron enseñar a leer a los reclutas, el capellán me lo prohibió por protestante. Lo que era una penalización por parte de los adversarios, el Señor lo convertía en ventajas. Me pasaba hasta la medianoche escribiendo cartas a las familias y novias de los analfabetos, sin aceptar ni siquiera una propina de ellos, eran los principios del Evangelio. Mientras todos se vestían de paisano tan pronto podían, yo me cuidaba mucho de esto, porque intuía que estaba bajo vigilancia.

Al final de la mili, el teniente Peña, un ex sacerdote, jefe del servicio de información del Regimiento, se sinceró conmigo pocas semanas antes de mi licencia. Me contó que le pasaban a diario informes de todo lo que hacía en el cuartel y fuera de él. Habían puesto en mi entorno chivatos que le daban cuenta de toda mi vida. Muchas de las cosas que supe de toda la mili hasta el final, fue por medio de este teniente del servicio de información.

Los reclutas, al llegar al Campamento hacíamos con la ropa de paisano un hatillo que colgábamos de un gancho en el techo de una cantina de la zona. No disponíamos de taquillas, así que teníamos el paquete de la ropa de civil colgada en lo alto a cambio de un duro, entonces cinco pesetas. Cuando íbamos al bar mirábamos al techo para comprobar si todavía nuestro hatillo seguía allí.

El primer domingo, tras la llegada al campamento me dispuse a lavar mi ropa en un regato próximo, no disponía de dinero para pagar a una lavandera, como otros hacían. Lavando mi propia ropa, oí canticos en una casita en la cercanía, era un grupo de creyentes recién convertidos que

cantaban con toda la intención de ser oídos para saber si había algún creyente entre los reclutas recién incorporados. Qué alegría, fui a la casita y me encontré con un matrimonio joven, recién convertidos con un par de hijos. Detrás de mí se presentó otro recluta diciendo ser también evangélico, resultando, al final ser mi peor enemigo. Se trataba de un miembro de la vieja Guardia de Franco con gran influencia en la política de entonces, amigo del Gobernador civil de La Coruña.

Un día me invitó a dar un paseo por los alrededores del Campamento y me reveló que era un guardia del Régimen y que disponía de pistola. Como un matón, me amenazó con pegarme un tiro por protestante y traidor a la Patria. Argumentaba que como soldado estaba obligado a obedecer a la Cruz de San Andrés, la insignia del Ejército de tierra. Dijo: Si te mato, no me pasará nada. Le respondí; En ese caso me iría con Cristo y tú, de cabeza al Infierno. No se atrevió a llevar a cabo su amenaza.

Este tipo me denunció al Capitán General de la Coruña, tal era su nivel de influencia; diciendo que yo estaba propagando la fe protestante en el Campamento sin ninguna restricción.

Cuando se enteró de tal denuncia contra mí, el Comandante Ponte, jefe del Campamento, un “militarote”, de cuchara, ascendido por méritos de guerra, muy basto y mal geniudo, dijo, muy cabreado, los oficiales del Campamento bajo su mando: “Voy a enviar al calabozo al desgraciado que denunció al recluta Panete, a quien hemos vigilado todo el tiempo del Campamento, sin haberlo pillado en falta alguna. El enojo estaba justificado, ya que la denuncia contra mí había sido dirigida directamente al Capitán General de la Coruña pasando por encima de la autoridad del Coronel del Regimiento y el Comandante del Campamento.

La amenaza del Comandante Ponte se cumplió efectivamente más tarde, cuando mi denunciante metió mano en la caja de la Cantina, donde estaba enchufado, por lo que fue metido en el calabozo. De esta manera el Comandante vio la ocasión de empaquetar a quien que se jactaba de ser miembro de la Guardia de Franco.

Así mismo su gran influencia funcionó, pues sus colegas del Régimen lo trasladaron del calabozo, “malito” a la enfermería. Yo, que ignoraba lo que estaba pasando, fui a visitarlo al calabozo y la enfermería a quien yo creía era una “víctima” del cabreo del Comandante. Noté, al verlo una cierta turbación. Tras mi licencia de la mili, recibí una carta suya en la que me decía que se había convertido de verdad, y estaba visitando una iglesia evangélica en Madrid.

El primer día de mili, recién terminada la misa, nos dieron un plato flamante y una cuchara. Nos ponían a la cola y, pasando nos echaban un cazo de lo que debiera ser café con leche, muy aguado. Casi todos delante de mí arrojaban al suelo aquello, todo aguachirle, también hice como los demás miméticamente. No había llegado aún el café al suelo, recibí de inmediato el primer tirón de orejas del Señor en el Campamento, que me decía internamente al mismo tiempo: “Entérate bien, esto es lo que hay. Recibe agradecido todo lo que te pongan delante”.

El Señor tenía razón, yo no disponía de dinero, como muchos otros, para desayunar fuera del Campamento. Desde el primer día abracé lo que se me ofrecía y se acabaron lo que podrían ser quejas. Lo simpático es que el brigada de Cocina que me hizo su secretario, ya en el Campamento, me consultaba el menú para cada día diciéndome: Tú sabes lo que le gusta a la gente, haz pues el menú pertinente. El Señor me hizo un confidencial guiño que me hizo sonreír, satisfecho.

En el Campamento, el adversario me echaba un pulso a diario. Unas veces por el gorro que me robaban, tras lo cual me decían que robara otro. Cosa que nunca pude hacer. Otras veces me robaban también mi flamante plato de zinc por repetidas veces. Al fin opté por quedarme con un plato viejo que nadie quería, con agujero y todo, por el que se perdía la salsa. Lo resolví tapándolo con el primer garbanzo o la habichuela que caía en el plato, que me duró toda la mili, a nadie se le ocurrió robarlo.

A la salida de paseo, cada día iba a casa de los creyentes que vivían próximos al Campamento. Los chicos no tenían colegio para recibir estudios primarios, me ofrecí a ir cada tarde y darles clases. Los domingos celebrábamos un estudio bíblico.

Empezó a acudir gente de la familia de alrededor y algún que otro soldado que sentía curiosidad por nuestras reuniones; A las pocas semanas se presentó la guardia civil, tras haber recibido una denuncia anónima. Tomaron el nombre de todos, a mí me dijeron que me podía marchar, por ser soldado no podían actuar contra mí.

Estando todavía en el Campamento del Cumial en periodo de instrucción, desde allí me desplazé algún fin de semana andando a visitar a creyentes aislados en las montañas de Infesta, a donde se llegaba cruzando caminos rurales y la carretera nacional Orense Zamora. Estos creyentes aislados estaban sufriendo rechazo y persecución religiosa a causa del Evangelio.

Desde los años de la post guerra hasta entonces, los jóvenes no habían podido casarse legalmente ni enterrar a sus muertos dignamente. La única

salida era prometerse ante notario, para casarse ante el juez cuando la Ley lo permitiese. Los entierros era un verdadero calvario. Recuerdo haber tenido que ir con el muerto a hombros de cementerio en cementerio sin obtener el permiso de enterramiento. Todos eran parroquiales, pertenecían a la Iglesia, a los que los herejes no tenían derecho. Recuerdo que después de horas de ir con un difunto de un sitio a otro, por fin un cura se compadeció y, nos permitió enterrar en la parte externa del cementerio de la parroquia.

Pocos meses de llegar me contaron que en Infesta enterraron a una mujer en su propia parcela de tierra fuera de la aldea, justamente sembrada entonces de nabos. La mofa era muy fácil para los adversarios: “Ya veis donde entierran sus muertos los protestantes”. La población estaba atemorizada y los vecinos divididos.

En Ferrol, ya lo teníamos claro desde hacía tiempo. Cuando llegábamos con el difunto al cementerio, no se podía enterrar si el cura no lo autorizase antes, la orden era no permitir la mínima intervención de pastores y familiares. En estos casos uno de los creyentes solía meterse dentro de la fosa, y allí permanecía, hasta que terminaban los cánticos, el mensaje y los himnos. Los sepultureros no podían hacer nada para dar curso a la orden de prohibición del capellán del cementerio. Cada entierro se convertía en una magnífica ocasión de dar testimonio de nuestra fe.

Al terminar el tiempo de mi instrucción militar tuve que jurar bandera en el mismo campamento. Fue un día de fiesta con presencia de autoridades civiles y militares. Yo sabía que era iba a ser un día de confrontación fuerte; estaba preparado y dispuesto a dar la cara por mi fe. El altar para la misa estaba preparado presidido con una imagen de la Patrona de la Infantería.

Apercibí a mi sargento de que estaba dispuesto a no arrodillarme al toque de rindan de la trompeta. Este se lo comunicó al teniente que mandaba la compañía quien le dio órdenes de sacarme de la fila en el momento del rindan, pero se olvidó de hacerlo; esperé sin salirme por mi cuenta. El teniente mirándome hizo un gesto con su sable dando la orden de mi salida, el sargento, nervioso me dijo: ¡salga, salga ya! . Busqué un seto tras unas piedras y allí me quedé agachado hasta que terminó el rindan.

Aquí no acabó todo, faltaba el acto de la jura de la bandera. Algo que yo mismo no pensaba fuera un problema. El caso es que, cuando el Coronel en mando de la tropa alzando la voz dijo: ¿Juráis por Dios y por España defender esta sagrada bandera hasta la última gota de vuestra sangre?

En ese mismo instante la pregunta me pareció tan blasfema que quedé sin voz, no pude unirme al sonoro y resuelto sí de los cientos de reclutas, que resonó en todo el Campo militar. Ya entonces tenía claro lo que el Maestro me había enseñado: “no jurarás por cielo ni por la tierra”.

Siempre que leía la inscripción sobre el dintel de la puerta del cuartel, al pasar,; “Todo por la Patria” lo cambiaba, en mi fuero interno, por “todo por el Señor”. Así mismo, más de una vez me preguntaba si era un buen español. Sinceramente la respuesta estaba clara, amaba mi patria chica y mi patria grande. Si Dios amaba tanto al mundo, no podía menos que hacer lo mismo.

Cuando pasé a la Compañía, terminado el periodo de la instrucción, ya en el Cuartel de San Francisco en Orense, debía esperar para ser destinado a algún servicio. Todos buscaban influencias y enchufes, yo renuncié a echar mano de mi carta de recomendación. Confiaba en mi gran amigo Jesús, y no me falló.

En esa primera mañana en el cuartel, estaba en la Compañía esperando, crédulamente, que se me asignara un puesto en el Regimiento. Un asistente del Coronel Lis me buscó y me preguntó: ¿Eres tú el recluta Panete?, sí le respondí; pues el Coronel te reclama y desea examinarte para ser secretario suyo en la Oficina de Comandantes. Salí volando...; Ya en la puerta, pedí permiso antes de entrar; da Usía su permiso, pase contestó. Me cuadré ante el Comandante, de rostro severo, resuelto a probarme de forma estricta. Escribe, me dice, y empezó a dictarme. Al terminar la prueba, me pidió mi nombre completo y me dijo que podía marcharme.

Después supe que se fue directamente a la sala de banderas de oficiales y le comunicó al Coronel que me quería como su secretario. Estaba presente el capitán capellán, quien cuando supo que se trataba del soldado Panete, se levantó del sillón y dijo enérgicamente; ni hablar, ese soldado no puede ocupar ese puesto. El comandante Lis le contestó con mucha convicción, pues yo lo quiero, porque me gusta cómo trabaja. El informe de su comportamiento en el Campamento es impecable. ¡Estoy hartos del enchufado de la pasada Quinta, era un hijo de un amigo, que no ha cumplido para nada con su trabajo! Al fin pasé la prueba para obtener un destino.

Tenía conmigo en la oficina un sargento que era bastante aldeano, más también amable. Me dijo que no se me permitiría hacer propaganda de mi fe en el cuartel. Sin embargo fue él quien más preguntas me hizo. Tenía mucha curiosidad y pude explicarle las cosas fundamentales de nuestra fe.

No entendía cómo era posible que el comandante pusiera tanta confianza en mí para tenerme de secretario en la oficina de comandantes. Había quien pensaba que era su enchufado o el novio de la hija. Cuando el Comandante se enteraba que me quedaba en cama enfermo, se presentaba en la Compañía, y me hacía llegar un buen café desde el bar del cuartel.

El Comandante Lis fue como un ángel del Señor para, mí durante el tiempo que estuve en el Cuartel de San Francisco, un viejo convento, hasta mi licencia. El antiguo convento de franciscanos había pasado al Ejército, tras la desamortización de Mendizábal. Allí había asentado sus cuarteles el Regimiento Zamora 8, en Orense Capital.

En una ocasión, en la oficina, el Comandante Lis me contó que; siendo teniente durante la Guerra, contempló una escena en la calle, detrás de la ventana de una casa de la calle Mayor de Logroño. Un grupo de exaltados republicanos iban resueltos a incendiar La Redonda, la catedral de Logroño, vio como un joven, hijo del pastor evangélico de la ciudad, les salió al paso, e increpándolos, los disuadió a abandonar este acto vandálico. Desde aquel momento, me dijo, tuve el convencimiento de que los protestantes sois unas buenas personas.

A la vuelta de uno de mis permisos, al cruzar el cuerpo de guardia, un teniente me dijo que había oído que me iban a meter en el calabozo por algo que había ocurrido en mi ausencia.

Al parecer un cabo primero tomó una estampita que un enfermo tenía en la cabecera de la cama de la enfermería y la rompió. Concluyeron, sin ningún fundamento, que tenía que haber sido a causa de mi influencia; Razón por la que esperaban mi regreso del permiso para encerrarme en el calabozo. Más tarde supe que ese enfermero, que ni siquiera era creyente, rompió dicha la estampita afirmando ser idolatría.

El teniente de Guardia me dijo que no tenía todavía la orden de calabozo del Coronel, y que esa noche podía todavía dormir en la Compañía. Al día siguiente, a las ocho en punto estaba ya en la oficina, poniéndome en pie cuadrándome como solía cuando el Comandante aparecía por la puerta. ¿Te has enterado?, me dijo; el coronel quiere hablar contigo, pero no te preocupes, pase lo que pase, de donde te metan te sacaremos.

A las once de la mañana siguiente el Coronel Osset me hizo llamar a su despacho, entré diciendo las palabras de rigor: A sus órdenes mi Coronel, se presenta a Usía el soldado Panete; su rápida respuesta no se hizo esperar: ... así que tú eres Panete, pues te voy "panetear" yo a ti, por lo

que ha pasado. No te enviaré al calabozo para que no te juntes con el otro autor de la injuria a la estampita, pero desde hoy, quedas sin destino. En ese momento pensé que aún conservaba la carta de recomendación de mi compañero de trabajo en Ferrol que decía:

“Querido amigo Miguel, te recomiendo al dador de esta carta, un buen amigo y compañero de trabajo que se incorpora a tu Regimiento, trátalo como si fuera yo mismo”.

Ambos habían sido oficiales del Ejército durante la guerra civil. Al regreso a la oficina le comuniqué al Comandante mi despido fulminante; me consoló diciéndome, te queda poco tiempo en el cuartel, poco más de un mes de mili, no te preocupes, pasa a la Compañía.

El caso era que, alguien se empeñaba en que no saliera de rositas de mi dichoso servicio militar. Tengo que contar otra historia; de cómo el Señor me libro de otro grave conflicto en el día de Corpus en el que estaba obligado a participar en la compañía de honores, en cuyo desfile había que arrodillarse a cada tramo de la procesión.

Al perder el destino, tenía que formar cada vez que sonaba la corneta mandando formación general. Todos los de la compañía debían presentarse en el patio y formar. El comandante encargado de mandar la compañía de honores del Corpus se alegró de verme en la formación, era un religioso intolerante y vio una buena ocasión para doblegarme. Cuando se hizo la selección por estatura, lástima, por un par de filas quedé dentro de la compañía de honores.

Hicimos la instrucción por cuatro días y lo hice lo mejor que pude por lo que no quedé descalificado. Todo pintaba que acabaría haciendo el ridículo en las calles de Orense, en un solemne día de Corpus.

Me preparé bien para el acto religioso, cuidándome bien de practicar lo que pensaba hacer, quedarme de pie ante el “rindan armas”. Conocía el protocolo militar desde recién convertido por los marinos que sufrían en Ferrol a causa de la intolerancia del Régimen militar. Se les juzgaba, no por no se arrodillarse, sino por no haber rendido el arma. Les decían el alma es de Dios pero el arma es del Ejército y tiene que rendirse por fuerza obligatoriamente, a toque de trompeta.

Era por esto por lo que yo practicaba, en los momentos de “descansen” de la Compañía de honores, estirar la correa del mosquetón para rendirlo permaneciendo en pie. Casuística contra casuística. Así llegamos al Miércoles, el día antes de la procesión de Corpus. Mi amigo, que se llamaba Pedre, un cabo veterano de Ferrol, al ver mis prácticas,

intuyendo lo que iba a hacer, me advertía diciéndome: Panete, te estás jugando la licencia.

El caso es que cuando mi Comandante Lis supo en lo que me habían metido, sabiendo de mi determinación, comunicó con su colega Comandante de la formación de la Compañía de Honores, le aperció de lo que podría pasar en público. Como resultado, a la noche del día anterior del acto castrense y religioso de Corpus, el telefonista de la Compañía me dice que tengo una llamada urgente. Era el del Comandante de la formación de Honores que me comunicaba que no iría a la procesión del día siguiente. Añadiendo, que tenía que pasar por su casa por la mañana temprano.

Como castigo por mi empecinamiento tendría que hacerle un trabajo. Me encargó que pasase a máquina uno montón de textos para los exámenes de Hacienda que debía presentar su hija. Trabajé muy duro y, hasta me dio tiempo para asistir al desfile de mis compañeros, tras la procesión del Corpus del día siguiente por la tarde.

Al final, tras mi licencia en Julio de 1953, Mi comandante Lis se despidió de mí invitándome a comer. Me rogó que le tratara de tú, añadió, ahora ya no eres el soldado Panete, ni yo el Comandante; me abrazó y me deseó buena suerte; nos despedimos muy emocionados.

Todavía no iba a acabar mi aventura castrense. En Julio teníamos que hacer maniobras con fuego real en Palas del Rey, provincia de Lugo. Yo pertenecía al servicio topográfico del Regimiento. Los oficiales no tuvieron más remedio que depender de mí para disponer de los planos pertinentes de la zona de maniobras.

Me hicieron trabajar hasta el último momento, mientras los oficiales esperaban que terminase en la Sala de Banderas, el capitán capellán incluido. Toda mi compañía ya había salido en vagones de mercancías, a mí, el Señor me reservaba viajar junto con el capitán, el señor cura, en la ambulancia de la Cruz Roja.

En las maniobras, una granada se quedó corta y estalló hiriendo de muerte a un par de soldados. Estando en las tienda de campaña, me mandaron llamar con urgencia para que escribir el atestado correspondiente al accidente.

Tras este grave suceso con muertos, en la marcha de regreso, el Teniente, viendo la tropa desanimada, me dijo: Panete, intenta levantar el ánimo de tus compañeros, canta algo con ellos, y cuando llegemos a la estación les ofreceré una ronda de vino. Yo no quise defraudar al oficial y decidí

tomar la iniciativa. Sobre la marcha me arranqué con una canción, que sonaba mucho entonces así: “Ay, ay, ay Bahía, María, María de Bahía, eres la mulata más hermosa de mi vida...”; Iba muy bien con el ritmo de la marcha, lo cantamos, al principio muy lánguidamente, al final con gran entusiasmo, el Teniente me guiño el ojo, contento. Sorprendido de mí mismo me pregunté, si mi buen amigo Jesús me aprobaría la acción.

El comandante Lis me contó, entre estación y estación, que tuvo ocasión de comentar con los oficiales que no era justo que me pidieran ese trabajo, tras el accidente cuando ya estaba destituido de mí destino. Al regreso de las maniobras, mientras los compañeros, veteranos y quintos, regresaban en vagones de mercancía, los jefes me hicieron un sitio en el vagón de primera de los oficiales.

Ya como veterano, me esperaba el último servicio. Formé con un grupo de soldados especialistas en cartografía a las órdenes del Teniente Peña. Se trataba de actualizar las cartas militares de unos pantanos del río Sil en la Provincia de Orense, que habían inundado algunas carreteras de interés militar.

El teniente Peña, una buena persona, antiguo capellán del Ejército secularizado tras la Guerra Civil. Con este oficial recorrimos la zona sur de la Provincia de Orense, lindando con Portugal. Pudimos convivir como si fuéramos una familia castrense en los ambientes de la Galicia profunda.

Cada pueblo tenía su historia. El teniente me contaba lo que ocurría en ellos. En unos estaban en gresca continua con el señor Cura, en otros vivían en una paz pactada e interesada.

El día de Santiago patrón de Galicia, en una Parroquia, durante la misa solemne, todos los varones de la aldea salieron durante el sermón, al atrio a fumar. El teniente me dijo que los hombres no aguantaban el sermón del cura porque, se decía que estaba liado con una casada del pueblo.

En otra aldea se veía claramente a niños pelirrojos jugando por las rúas que, se decían eras hijos del cura, también pelirrojo. Aquí no tenían problemas. Los varones asumían esto, considerando que era mejor que tuviera su mujer propia, mientras dejara en paz a las suyas.

El teniente Peña, el ex cura, que pertenecía al servicio de Información del Regimiento me contó todo lo que ocurrió conmigo desde que llegue al Campamento del Cumial hasta mi licencia. Recibía informes confidenciales sobre mí, cada semana. Me dijo que estaba asombrado de mi conducta, y ver como ninguno de los que intentaron hacerme daño lo pudieron lograr.

De nuevo en la vida civil. *“Seguid al Maestro, no importa sufrir...”*

Al terminar el servicio militar, tras dieciocho meses, regresé a casa en Ferrol. Retorné al destino en la Empresa y recuperé el trabajo en la sección de Producción en una Compañía de Seguros.

El mismo año de mi incorporación al trabajo, mi jefe que tenía gran amistad con el director del Banco Español de Crédito, me cedió al Banco en servicios como administrador y contable de confianza para la Empresa de Construcción Rodolfo Lama. Se planeaba construir un gran astillero, dique y talleres en Perlío, Astano y necesitaban un administrativo de confianza.

Este trabajo en la Gerencia de la Obra, fue un desafío para mí. Suponía una responsabilidad enorme en la que manejaba mucho dinero y según me dijo Jacinto, aparejador, nos íbamos a forrar. A los dos años de trabajo éste compañero ya pudo construirse un chalet en el mismo Perlío. Yo no tenía tan claro. Empecé a dudar si ese era el sitio adecuado para mi vida futura.

Comencé a faltar a los cultos, ya que los sábados terminaba muy tarde, tras haber hecho muchos pagos y sin tiempo suficiente para cuadrar las cuentas.

El domingo de mañana volvía a desplazarme en lancha de Ferrol a Perlío para rematar la faena del sábado. Además yo era quien tenía que contratar a los obreros que acudían de las aldeas del entorno encantados de tener por fin un trabajo, firmaban los contratos sin fijarse en las cláusulas. El Ingeniero Jefe me insistía en ahorrar al máximo en primas, seguros, plus de distancia, seguridad etc.

A los dos meses ya no pude soportar más aquella situación que me ponía constantemente en conflicto de conciencia. Le pedí a mi jefe de la Empresa de Seguros regresar de nuevo a mi antiguo trabajo y pedí la baja en Construcciones.

Jacinto, mi compañero, le preguntó al ingeniero Jefe la razón por la que yo no deseaba seguir en la Empresa. Me dijo que le contesto diciendo: ¡Qué lástima! ¡ Quien no quiere robar a los obreros, tampoco me hubiera robado a mí. Supe por otros que el compañero aparejador, enviaba a su propio solar un camión de materiales de construcción, por cada cuatro que iban a la obra.

En este tiempo, de vuelta a mi anterior trabajo, fue una temporada crítica para mí. Tenía que resolver qué hacer de mi vida, servir a Dios, como deseaba, o quedar para siempre como un ejecutivo sin posibilidad de dar curso a mis inquietudes espirituales.

Mis paseos por La Malata se convirtieron en momentos de reflexión. Recostado en la cuesta de Baterías, pensaba y pensaba, me preguntaba dónde estaría mi futuro. Allí, en verano, al sol, con las poblaciones de La Cabana, La Graña y la Ría al frente; entre melancolías, inquietudes y ensueños, era consciente de que se decidía lo que iba a cambiar todo el curso de mi vida futura, lugar, trabajo, aventuras insospechadas. Allí mismo me decidí servir a mi Señor durante toda mi vida.

Entonces, el misionero de la Iglesia, Don Jorge, salía para un año de descanso a Inglaterra. Me pidió que me ocupara de las misiones y grupos en las montañas de los alrededores de Ferrol y Coruña. Le conteste que mi deseo era prepararme primero, antes de salir a servir al Señor, cosa que tuve claro ya desde recién convertido. ¿Pero cómo? En una ocasión le había preguntado al místico cómo lo había hecho. Me respondió que su padre se había encargado de eso. Entonces le dije al Señor, como no me apoyes tú, Padre, no lo veo nada claro.

Aprendí mucho en los campamentos de verano en Galicia y el Escorial. También en Silleda, de Pontevedra, lugar precioso rodeado de “carballeiras”, nogales y hayas; con don Mariano San León que nos enseñaba profunda y sabiamente, bajo la sombra de robles encinas. Los recuerdos de estos lugares quedaron para siempre grabados en mi memoria.

Silleda era un pequeño pueblo que había recibido la Palabra tan pronto como hubo libertad religiosa, por la siembra de colportores bíblicos en las ferias. A pesar de sufrir persecución en tiempo de dictaduras. Este Pueblo vivió por mucho tiempo aislado de otras poblaciones evangélicas.

Cada visita de jóvenes estudiantes era un gran acontecimiento para todo el Pueblo; especialmente para las chicas jóvenes casaderas, que no veían la posibilidad de encontrar novio. Se divertían metiéndonos conejillos por las perneras de los pantalones y se reían pícaramente cuando saltábamos asustados, intentando librarnos de ellos. Sin malicia alguna, nos decía en gallego “céíbame”, (libérame), que significaba, sácame de aquí, cástate conmigo. Alguno se quedó en el pueblo y formó familia.

Los campamentos del Escorial, eran otra cosa, menos pintorescos y con asistencia de muchos jóvenes de muchas otras partes del País. Primero fui asistente de los Campamento y, otros veranos, director de estudios. Nos reuníamos en torno a una mesa de granito que circundaba un frondoso nogal; así a la fresca cerca de la sierra de Guadarrama, disfrutábamos con preciosas lecciones de la Escritura.

Estudiábamos la Biblia en este marco histórico impresionante, la Casa de Paz, llamada también el Castillo en donde había vivido, nada menos que Felipe II, mientras esperaba la terminación del Monasterio del Escorial, en la actualidad propiedad de una misión protestante alemana.

Los campamentos de san Lorenzo del Escorial, eran un feliz momento de conocimiento de jóvenes de otras ciudades, donde había comunidades cristianas evangélicas. Lugar de encuentro de jóvenes, intercambio de vivencias, amistad, mutuo conocimiento y, aún noviazgos que con un final feliz en formación de parejas.

Seguramente allí coincidimos Celia y yo, en algún año, sin que nos quedaran de entonces mutuos recuerdos, yo estaba todavía colgado en una nube y ella, seguramente enfrascada en sus estudios de magisterio.

Estudios, Madrid, Barcelona y Licenciatura. “Alma bendice al Señor...”

Era el mes de Junio de 1954; No debes perder más tiempo, me dijo mi amigo José Nieto, un amigo estudiante de Teología de Ferrol. Me aconsejó que pidiera una Beca para estudiar en el Seminario Unido Evangélico de Madrid, cosa que hice inmediatamente acompañada de su apoyo y recomendación.

En el mes de Agosto de ese verano, estando yo echando la siesta en un campamento de jóvenes del Escorial, alguien me despierta. Era el Dr. Voerman, un holandés joven que se convertiría en mi profesor de griego del Nuevo Testamento. Me dijo que habían recibido mi solicitud para estudiar en Madrid, y el Claustro había decidido examinarme previamente en Septiembre, para poder decidir mi ingreso.

Fue un examen a fondo para conocer mi nivel de conocimientos. El Dr. Elías, profesor de hebreo, me examinó e informó a la Junta de Profesores que estaba satisfecho de mi nivel para poder estudiar en la Facultad. El Claustro decidió aceptarme como becario en el próximo Curso.

Se abrió así para mí un periodo de cinco años de estudios, cuatro en España y uno en el Extranjero. Aquí comienza, en el año 1953, una etapa nueva en mi vida, el comienzo de mi preparación para un ministerio cristiano.

Salir de Ferrol para estudiar, suponía alejarme por primera vez en mi vida de la familia, la novia, el trabajo y la Iglesia. Salí sin saber lo que me esperaba. Rompía vínculos emocionales importantes sin tener mayor seguridad de la que me daba una beca por cuatro años, que debiera ser acreditada año a año.

Salí sin dinero y sin ninguna promesa de sostenimiento a corto ni largo plazo, agradecido a mis padres por la tolerancia que mostraban dejarme salir perdiendo así mi aportación a la economía familiar.

Antes de terminar, en Verano del año 1954, acompañé a mi novia a Vigo que viajaba con sus padres como emigrantes a Brasil. Inesperadamente y sin pensarlo mucho antes, sus padres decidieron salir de Ferrol y buscar un nuevo futuro en aquel País a donde habían emigrado otros hijos. En Julio salían del puerto de Vigo; yo a mi vez, después de despedirlos saldría a Madrid para iniciar los estudios en Octubre. Nos despedimos deseando y acordando que, al terminar mis estudios, nos reuniríamos de nuevo en España.

No tardó mucho tiempo cuando mi novia comenzó a escribirme cartas pidiéndome e insistiendo que me fuera a Brasil; Sus padres se habían envejecido me escribió y no quería dejarlos solos.

Por mi parte lo tenía muy claro, aun teniendo en Brasil a mi hermana Pilariña, a quien tanto quería, no tenía deseos de ir allá, ni me veía en aquel País. Mi visión y carga era trabajar en España. Tampoco tenía posibilidades de pedirle que viniera y casarnos. La beca muy ajustada, no daba para vivir como casados. Me sentí mal al no poder ofrecerle un futuro a mi lado, Tendrían que pasar, por lo menos, tres o cuatro años.

Al fin decidimos mutuamente terminar nuestro noviazgo. Yo creo que sus padres se alegraron de esto, pues no vieron nunca con buenos ojos que yo deseara ser pastor, ministerio no reconocido en la Iglesia de los Hermanos.

Cuando me escribió diciendo que había varios jóvenes en su iglesia que la pretendían, le dije que se sintiera libre para disponer como quisiera de su vida futura.

Ya en el Seminario, en el mes de Marzo del Curso 1954-55, recibí la carta en la que Elisabeth me comunicaba que había decidido dejar nuestro compromiso. Esto, que por una parte me suponía un alivio, vino a convertirse en una asignatura sentimental pendiente hasta el año 1967. El proyecto como pareja se me fue a las nubes.

Me veía como el hatillo de la mili, colgado en lo alto de la taberna del Campamento militar, esperando que alguien me bajara, así pasé catorce años en las nubes. Mi madre, cuando iba a Ferrol de vacaciones, me decía siempre: Cheiño, ¿Por qué no te casas...?

A comienzos de Octubre viajamos a Madrid, Pepe Nieto y yo. Él era estudiante de segundo curso de Teología, que llegaría a alcanzar el doctorado en los Estados Unidos en la Universidad de Princeton.

Los dos a salimos hacia Madrid en el exprés nocturno Ferrol-Madrid a las 8 de la tarde y llegamos a las 8 de la mañana; doce horas de “cha cha cha” continuo e interminable del tren.

Cada año que viajábamos a Madrid tras las vacaciones, las noches se nos pasaban rápidas, pues casi siempre, coincidíamos en el apartamento con algún curilla. El tema religioso saltaba de inmediato, terminando en animada discusión. Llegábamos a Madrid afónicos. Los curas estaban en desventaja al no conocer bien la Biblia. Me daban pena verlos tan indefensos con sus teorías filosófica tomistas, que no daban respuesta convincentes a las verdades bíblicas. La gente, que nos escuchaba atenta

los ponía incómodos y en apuros. Al final, llegando a la estación del Norte, nos despedíamos en paz deseándonos buena suerte.

Estudí por tres años como interno en el Colegio del Porvenir. Una institución modélica regentada por la familia alemana Fliedner. Era un edificio enorme en el barrio madrileño de Cuatro Caminos, lugar en donde viví durante mis estudios. Nos alojábamos en la parte más alta del edificio, una amplia buhardilla en donde vivía también nuestra profesora de idiomas, la Srta. Katalina, una soltera de 80 años a la que muchas veces alarmábamos con nuestras travesuras, obligándola a salir al pasillo de los cuartos a reclamar silencio.

La convivencia entre los estudiantes era muy buena, Sumábamos una veintena de estudiantes de varias regiones de España. Los dos gallegos, Nieto y yo, éramos considerados cosa aparte, porque procedíamos de iglesias muy cerradas de costumbres morales estrictas y de teología fundamentalista. El resto eran presbiterianos, reformados, metodistas y luteranos.



Se trataba de un Seminario Unido que buscaba, al lado de la formación teológica, la convivencia de todos los creyentes del mundo protestante. Entre los profesores también se daban la diversidad de tradiciones evangélicas. Fue para mí una bonita experiencia, al tiempo que un agradable descubrimiento, porque hasta entonces creía que todos los creyentes del mundo eran como los de mi Iglesia de Hermanos de Ferrol.

En el Porvenir convivíamos con otros estudiantes de bachillerato, abogacía, farmacia y medicina. Chicos y chicas de provincias que no tenían medios ni posibilidades de estudiar, casi todos de entornos rurales de La Mancha y Extremadura. Éramos como un extracto social del Protestantismo en España, que buscaba en Madrid mejorar su estatus social y cultural, limitado a causa de la represión del Gobierno a los protestantes.

Los directores Señores Fliedner comían con todos en el comedor grande. La Institución educativa, era además, como una educación de modos y costumbres en versión alemana; mucho orden y respeto al estatus y las formas, siempre había una relación social respetuosa. Las normas eran las normas, no se podía llenar el plato de comida a placer, al pasar la fuente para servirnos la comida, se nos recordaba que los platos no eran barcos de carga. Quien llegaba tarde a comer, debía pasar a la cabecera de la

mesa donde estaban los directores para disculparse. Doña Elfriede se comportaba con todos como una madre, como si fueran sus propios hijos que no había podido tener.

La convivencia académica, como interno, me hizo bien aportándome experiencias que me acompañaron para siempre. No todo eran codos y disciplina, había también humanidad solidaria. Los directores, cada domingo, invitaban a los estudiantes de teología a pasar a la sala noble donde tomábamos café o té. Había un gran piano que tocaba D. Teodoro, muy solemne y estirado, cuando se celebraban los cumpleaños, así de serios entonábamos con buen ánimo el himno: “Alma bendice al Señor....”



En los primeros años, el Curso transcurrió tranquilo con cuatro cursos en marcha a diversos niveles, los del cuarto grado ya perfilando sus tesis. Los novatos del Primero, yo entre ellos, éramos tres, junto con Sebastián Rodríguez y Juan Eizaguirre, un ex dominico.

Sebastián vino al Seminario ya casado, y su esposa estaba en encinta. Vivían en una habitación realquilada en otra casa de la barriada. La beca no les alcanzaba y debían añadir ingresos adicionales trabajando en casa. Recuerdo las veces que les pude ayudar a rellenar de serrín muñecas de trapo para una fábrica de juguetes.

Compartí habitación con Pepe Nieto por dos años. Ya os podéis imaginar, a dos gallegos en una habitación, bastante amplia, sin calefacción ni baño. En el invierno Pepe quería dormir con la ventana abierta, yo siempre con frío, la prefería cerrada. Al fin él tenía siempre ventaja era,! Nada menos que del tercer cursoj. La jarra del agua se helaba en la habitación bajo cero grados, en las frías noches madrileñas. Era necesario tener buenas mantas para soportar.

Esto no era lo peor. Sucedió frecuentemente, cuando regresábamos por la noche de dar un paseo y olvidábamos coger las llaves de nuestro dormitorio, un cuarto piso,... ¿ quién tenía que volver al primero para buscarlas las dichas llaves ?, el del curso inferior. Entonces Pepe me ponía cara de “cuarto curso” y, me decía: Ya sabes lo que te toca.

Buen chico este Pepe, con todas sus cosas. Era un empollón y llegó muy lejos en los estudios. Con éste buen amigo pasé días inolvidables. Era muy amante de lo gallego y sus leyendas.

Recuerdo una excursión a Monasterio de Caabeiro, caminando desde Puentedeume arriba, hasta un cenobio perdido en el Valle. Quedó imborrable en mi memoria el buen chapuzón que nos dimos en el Eume, fue como una inmersión en la ancestral Galicia celta. Hablábamos mucho en el camino sobre nuestra patria chica, y soñábamos con que un día sería una gran Nación, celta y libre, como en los tiempos de la gran Brigantia, la Tierra de Breogán.

A este buen amigo le gustaban mucho los libros, tanto que acabó casándose con la bibliotecaria, la Señorita Grace, una becaria presbiteriana de la América del Norte. José Nieto era de carácter inflexible y vehemente. En el primer problema que tuvo con el Presidente de la Iglesia Nacional, siendo pastor en San Fernando, Cádiz. Colgó su toga, se despidió, y se fue con su querida becaria Grace a Usa, hasta hoy. Se hizo norteamericano y todo. Fue profesor de Filosofía de la Religión en el Juniata College de Pensilvania.

Cada estudiante se ubicaba en la iglesia que le correspondía según su denominación de origen, como los vinos, nada de mezclas, aunque en el Seminario vivíamos en un clima ecuménico.

El Obrero de la Iglesia, así se les llama hasta hoy a los pastores en las iglesias de los "Hermanos", era un misionero inglés que regía esta Iglesia en Madrid; No se interesó por mi ofrecimiento de colaboración, fiel a sus principios. Así que me integré en la Iglesia de Calatrava, de perfil luterano. En esta Comunidad me nombraron maestro de Escuela Dominical, función que ya había desarrollado en mi iglesia de Ferrol.



El Seminario alcanzó su máxima actividad en los años de mis estudios. Teníamos profesores muy acreditados, procedentes de famosos facultades de Teología de Holanda, Estados Unidos, Alemania e Irlanda.

Aprovechando tan buen nivel intelectual, se celebraban de tanto en cuanto, en el salón de la buena Biblioteca de la que disponíamos, conferencias muy interesante, a las que eran invitados representantes del mundo universitario de Madrid.

Todo esto, incluido el mismo Seminario Unido, se fue al garete un mal día, cuando los agentes secretos de la Policía nacional se presentaron sin previo aviso a las ocho y treinta de la mañana, poco antes de empezar las clases, con una orden judicial de cierre y precinto inmediato de todas las aulas. No nos dieron ni tiempo para apagar las estufas de carbón que ya estaban en marcha. Fue un varapalo.

El Director estuvo parlamentando largamente con los policías. No había nada que hacer, la orden era muy severa, cerrar y detener la actividad académica, de niños, jóvenes y seminaristas.

A la hora de la comida estábamos todos perplejos. Don Teodoro se movilizó y comunicó el hecho a la embajada alemana, la holandesa, y a los gobiernos de Londres y París. Esa misma noche ardían los teletipos comunicando que el Gobierno de Franco nos había cerrado el colegio protestante de Madrid. Hubo gran impacto internacional y comentarios que no favorecían en nada al Régimen político.

El ministro de asuntos exteriores Artajo, se movilizó de inmediato e informó al Gobierno de la repercusión internacional del hecho, urgiendo a resolver esto cuanto antes.

La cosa fue para largo, el mal ya estaba hecho; los niños fueron enviados de vuelta a sus casas, y nosotros, los estudiantes de Teología, para no perder el Curso en marcha, fuimos trasladados a otro Seminario Bautista, regentado por americanos del Sur de Usa en Cataluña. El tratado "Franco Norteamericano" impedía, de momento, al Gobierno otra acción intolerante en contra de los Protestantes en Barcelona.

Alemania romántica. *“Castillo fuerte es nuestro Dios....”*

Durante el tiempo de estudiante en Madrid y Barcelona, cada verano salí a Alemania para ir practicando el alemán que iba aprendiendo con la Srta. Katalina Fliedner.

La primera salida fue a Heidelberg. Nos hospedaron en Albergues de estudiantes de su famosa Facultad de Teología a orillas del río Neckar, cerca del tramo donde está la famosa Roca Lorelei. Allí, según la leyenda, vivía una princesa encantada a quien todos los turistas que cruzaban en Barco creían ver, y la saludaban al pasar agitando sus pañuelos.

Pude volver a Heidelberg varias veces, y en todas me envolvía su ambiente romántico, muy grato; parecía oírse aquella famosa canción estudiantil de la película el “Príncipe Estudiante”: “Mi corazón late a la orilla del Neckar”, la música de fondo que me recordaba siempre mi primer viaje a Alemania.

Me acompañaba una joven catalana, actual esposa de un compañero de ministerio, quien vino a mí un poco mosqueada al verse en dificultades al dialogar con los estudiantes de la residencia. ¿Qué pasa, me dijo: ¿Estás diciendo que eres mi novio? Claro que no, le respondí; digo que solo eres mi amiga, ignoraba entonces, que la traducción literal de amiga es novia, en alemán. Se aclaró todo y se quedó tranquila.

La salida a este primer viaje desde Barcelona en tren, atravesando la parte sureste de Francia fue un poco accidentada. Resultó que en Carcasone, en una pausa del tren en la estación, me picó una avispa en la frente entre ceja y ceja. Se inflamó tanto la cara que parecía un monstruito al llegar a Heidelberg. Veía a la gente que me miraba con pena pensando si yo sería un adefesio de nacimiento. Entonces mi alemán no daba tanto como para explicar lo que me había pasado en el viaje. Hasta hoy no me he podido reconciliarme con esta ciudad francesa.

No todos los viajes fueron tan románticos ni accidentados como el primero a Alemania, pero no dejaron de ser un poco aventureros. En otro verano fui a Nürenberg donde tenía que incorporarme, contratado desde España como trabajador de temporada a la fábrica de cámaras de fotos, “Kamera Werk Braun”.

Hubo un mal entendido y, cuando llegué, a principios de Julio, me dicen que toda la fábrica estaba cerrada por vacaciones. Ya os podéis imaginar mi sofoco. Solo y sin dinero suficiente para sostenerme un mes largo y, sin conocer bastante el alemán para poder buscarme la vida. Decidí un plan de emergencia, que consistía en guardar celosamente el dinero de regreso para el retorno. No tenía lo suficiente para comer en cantinas, ni para

beber la exquisita cerveza alemana, tampoco dormir en pensiones; sólo donde lograba alojamiento gratis, refugios para pobres emigrantes, o algo así.

Me compré una gran barra de pan moreno, la puse bajo el brazo, y empecé a caminar, fábrica tras fábrica, buscando trabajo. Cansado me eché a lo largo de un banco en un precioso jardín. Al despertar veo que, lo que yo creía un jardín era un cementerio. Tras mucho andar, logré un puesto en una fábrica de lámparas en Bamberg, no lejos de Nürnberg.

Ahora tocaba buscar donde dormir. En todas las estaciones de Alemania hay un refugio social de las Iglesias evangélicas, pensada para gente en tránsito sin recursos, allí me metí sin imaginar que pudiera tener problemas. La diaconisa me señaló una litera y me puse inocentemente a dormir. Antes de quedarme roque, un tipo mal encarado y cargado de cerveza se acercó a mi cama, me dijo, si tienes dinero guárdalo bien, por aquí hay muchos rateros. No pude dormir en toda la noche, pensando en quien intentase robar mis escasos recursos, el dinero que tenía reservado para mi regreso a España.

Poco tiempo después de esto, me encontré con otro estudiante español de Teología que ya hacía varios cursos se hospedaba en el Hogar Martín Lutero, vinculado Universidad de Erlangen. Este compañero me dijo que su residencia estaba vacía, era verano y no había estudiantes. Me invitó a entrar en la residencia cuando era noche.

Entramos sigilosamente, sin encender luces, me metí en una de las muchas habitaciones, en la primera cama que encontré. No me había quedado todavía dormido, cuando alguien entra, enciende las luces y empieza a dar gritos. Un individuo enorme de grande, gritaba: ¡Quién se ha metido en mi cama! Salió corriendo, buscando a la gobernanta de la residencia. Aparece Frau Rottenmeyer, me encuentra aún en calzoncillos y me echa la gran bronca. Enfadada me preguntó cómo había entrado.

Cuando se aclaró todo, pedí perdón y rogué me permitiera quedarme solo esa noche en algún rincón. Fue dura, me dijo enérgicamente: ¡Raus, raus! Que en español significaba, fuera, a la calle. En alemán sonaba aún más fuerte, palabra que ya nunca olvidaré. Ya muy tarde en la noche tuve que buscar pensión en los alrededores. Me dije a mí mismo: Quién pudiera pensar, que llegaría un día a ser echado a la calle del Hogar del famoso y admirado Martín Lutero.

En el tercer viaje de prácticas del alemán, aprovechando uno de los tres meses de vacaciones veraniegas, que combinaba con trabajos para sostenerme y comprar libros de teología, me dirigí a Karlsruhe. Esta vez la contratación funcionó y pronto me dispuse a trabajar.

El trabajo era en una fundición de campanas para proveer de nuevo a las iglesias de las que había desmontado Hitler para fabricar cañones. La firma se llamaba Gebrüder Bacher, Glockengieserei. Allí aprendí el alemán, vulgar y sucio de los obreros, que eran durísimos. Me provocaban con sus blasfemias y palabrotas. Sabían que era estudiante de Teología y no se cortaban de lanzar juramentos y palabras obscenas. Era el vocabulario ya había leído en las paredes de los retretes de la fábrica.

Desde el fondo del hoyo, donde eran fundidas las campanas que llevaban grabados textos bíblicos, los colegas tiznados de polvo y sudor, me decían, alzando las botellas de cerveza, Panete, ¡este es nuestro dios!. Fueron días emocionantes de buenas oportunidades para testificar de mi fe.

En uno de mis trabajos de estudiante me tocó compartir faenas en una fábrica con un alemán que era enano. Fue buen compañero y muy simpático. Me contó cómo tuvo que estar seis meses metido en un gallinero, en los tiempos de Hitler para escapar de la muerte. Lo buscaban para eliminarlo por su condición física considerada indigna y vergonzosa por el nazismo. Bromeando me decía: Panete, con tanto tiempo entre gallinas solo me faltaba, poner huevos.

Esta vez mi estancia en Alemania, Karlsruhe, fue más tranquila. Me permitió introducirme en el mundo de la piedad evangélica alemana. Recién llegado a la ciudad, me hospedé en una tranquila y barata pensión, en un barrio de la ciudad, cerca del trabajo.

El primer domingo asistí a la iglesia local cercana. Al entrar me presente al pastor, le dije quién era y qué hacía allí. Al saber que estaba en un albergue y sin medios suficientes, me dijo que intentaría encontrarme lugar entre los miembros de su iglesia. En el tiempo de anuncios, pidió a los feligreses de la iglesia por alguien que pudiera recibir en su casa a un español estudiante de teología.

Estaba presente un chico de unos catorce años, sentado al lado de sus padres, se llamaba de Peter, quien insinuó a su madre que me ofreciesen su casa. Al final del culto hablaron con el pastor y me aceptaron a vivir un mes en su casa. Así nació una buena relación, que todavía perdura. Peter llegó a graduarse de Doctor en Pedagogía, ahora ya jubilado. Sus padres,

buenísimos, me ofrecieron cariño y cuidados. Como Peter ya no necesitaba su cuna de niño, me la adjudicaron a mí. Él era tan grande y alto que su cuna bastaba para ser mi cama. En la familia Wörner aprendí cosas muy edificantes, era una familia piadosa, de la buena tradición pietista evangélica alemana.

Vicario en Barcelona y Postgrado en Suiza. “Mi espíritu alma y cuerpo...”

En Barcelona viví dos años como estudiante de pupilo, uno en una casa de creyentes, al tiempo que colaboraba en la Iglesia metodista del Clot. El segundo año, mientras escribía la tesis de fin de Curso, viví de nuevo de pupilo en casa de la señora Carmeta, en la barriada de Sants.

La Mastresa, muy catalana ella, me preguntó si me gustaba la “pilota”, una especie de albóndiga cocida, le dije que sí, por quedar bien y acabé comiendo pilota un día sí y otro también.

Me trataba con mucho cariño y llegué a quererla, la veía como si fuera mi madre, en años y parecida. Aprendí con ella el catalán de la “seba”. Este último año de ayudante en la Iglesia de Sans fue el broche que cerraba mis estudios sistemáticos de Teología. Hice la tesis sobre el tema del Evangelio de Juan: “La vid y los Pámpanos” partiendo del texto original.

El Dr. Marín, mi profesor de Teología del Nuevo Testamento la calificó mi Tesis de Sobresaliente “Cum Laude”. Con este trabajo terminaba la parte teórica de mis estudios. El profesor de Hebreo, pastor D.Gabriel Cañellas me apoyó eficazmente en la parte que correspondía al A.T.

El acto de graduación como licenciado en Teología Bíblica tuvo lugar en la Primera Iglesia bautista de la Bonanova, Barcelona, junto con otros estudiantes a quienes tuve y aún tengo el privilegio de contar como muy buenos amigos en el ministerio, José Ortega y Félix Fontanet.

La experiencia de los estudios en Barcelona fue ampliada en labores de campo en teología práctica y ética pastoral en las Iglesia congregacionalista de Sants y la metodista del Clot. Aprendí desde entonces a valorar y a amar la variopinta familia protestante catalana, para mí una experiencia enriquecedora a causa de mis orígenes, los queridos Hermanos cerrados de Galicia.

En este tiempo estuve a punto de tener una novia catalana. Su madre, algo celestina a la que, al parecer, le gustaba como su yerno, me recomendaba a su hija y no dejaba de insinuarlo. No se sí, porque la niña me parecía un poco sosilla, o porque yo seguía en “la nube”, la cosa no fue a más. Salimos un par de veces para la alegría de la madre, que nos despedía feliz desde la puerta de casa, cuando nos veía salir de paseo. Los dos nos aburríamos como unas ostras y lo dejamos, con mucha pena de la mamá.

Al Dr. Gutiérrez, mi mentor en Barcelona, se le ocurrió que ampliara estudios en un Instituto ecuménico de Bossey, Suiza, dependiente de la Universidad de Teología Reformada de Ginebra. Así que tuve que dejar Cataluña y descubrir un mundo nuevo, el del movimiento ecuménico internacional.

Vivíamos en un Chateau muy clásico del renacimiento, con dependencias anexas más modernas. Pude disfrutar de una cómoda habitación para mí solo en la primera planta de un edificio muy clásico. Tenía una torre antigua románica con dependencias. La planta baja se dedicaba a la meditación y oración, también era la capilla para el culto dominical.

Aquí viví por espacio de medio año. Un invierno maravilloso a las orillas del lago de Ginebra que se extiende hasta Lausanne. El final de estudios fue muy romántico e inolvidable tanto por el entorno como por el ambiente estudiantil de gran nivel, bajo la sombra de la Universidad de Ginebra.

Desde Bossey, la pequeña población suiza cerca de la frontera con Francia, viajábamos en tren a Basilea en donde asistíamos a las clases de teólogos famosos como era Karl Barth, que enseñaba en los inmensos salones de una cervecería llena de estudiantes y veteranos pastores, que venían de todas partes del mundo para escucharle.

En el Chateau, un Palacio muy rococó, recibíamos a menudo visitas de gente famosa ilustre y de letras y las artes. Un Domingo por la tarde, tuvimos la visita de Richard Burton con su compañera de turno, antes de casarse con la famosa Elisabeth Taylor. Nos recitó algunos textos de Shakespeare.

El Instituto teológico ecuménico de Bossey, vinculado a la facultad de Teología de Ginebra estaba dirigido por el Dr. Wolf, un acreditado profesor alemán que invitaba a dar lecciones y conferencias a personalidades famosas del mundo ecuménico.

También recibimos al Dr. Alfring, un cardenal holandés que había sido papable en el último conclave del Vaticano. Vino a dar un par de conferencias acerca de dogmática católica. Este holandés se sorprendió mucho al encontrar a un estudiante de teología español y protestante; es extraño, decía el Cardenal, pensaba que en España todos eran católicos.

Muy curioso de verme, se interesó por mí y me invitó al cenar una fondue en un Restaurante. En la sobremesa hablamos mucho, y me preguntó si

nos dedicábamos en España a hacer proselitismo entre los de su religión. Tuve la oportunidad de darle testimonio de mi encuentro con Cristo y mis vivencias de fe; sorprendido, se despidió de mí deseándome la bendición de Dios para mi vida y ministerio.

Mi “Tesina”, al final de este semestre de post graduado en Bossey, consistió en un estudio eclesiológico acerca de la Encíclica papal “El Cuerpo místico de Cristo” que fue muy bien calificada.

Ya que estábamos en Suiza y había que conocerla. Un fin de semana se nos ocurrió, a un estudiante danés y a mí, alquilar una moto y visitar el País, yo viajaba de paquete. Ya os podéis imaginar ir en moto en invierno y en Suiza.

Pasamos una noche en un hotel atestado de gente por la celebración de una boda. No pudimos dormir nada. Nos hicieron pagar de todas formas. Cuando regresamos, al día siguiente, tenía fiebre, cogí un catarro impresionante y tuvimos que llamar al médico del pueblo. Me diagnosticó un catarro agravado por mi bronquitis crónica. Tres días de cama bien abrigado. La fiebre fue alta pero pasó, al fin. En los días de cama los compañeros venían a verme. Allí estaba yo postrado sin poderles atender.

Una de las visitas visita fue muy sorprendente y me hizo mucho bien. Era un estudiante, ya maduro, de origen indio. Entró sigilosamente, se sentó en el suelo enfrente de mí, puso su cabeza entre sus manos, y así estuvo más de veinte minutos. Se retiró sin decir palabra y me hizo sentir como si un ángel me hubiera visitado. En este pequeño Chateau reinaba una ambiente espiritual de paz y de buena convivencia fraternal.

Después de comer, por turno, tocaba lavar la vajilla y secarla. Lo hacíamos con alegría como un servicio comunitario, era un “ washing up”, un fregado festivo y ecuménico a la inglesa.

En esta Facultad de Teología ecuménica nos encontrábamos con todas las denominaciones cristianas, incluidas las iglesias ortodoxas griegas y rusas. Recuerdo una discusión con un estudiante chipriota ortodoxo. Era muy polémico y vehemente. Se empeñó en que asistiera a un culto de su iglesia ortodoxa. Antes me preparó para que pudiera entender la liturgia de su confesión.

Con mi buena voluntad asistí un domingo. El pope se revistió de sus galas litúrgicas, se esforzó entonando con voz profunda y solemne los cánticos,

mi compañero me miraba ufano y contento de mi presencia en la ceremonia.

El desencanto me vino cuando al acercarme a tomar el pan y el vino, ya en la fila, me desviaron a otra mesita puesta aparte, en la que se ofrecía “pan bendecido” para los no ortodoxos. Me quedé de piedra, disgustado.

Al día siguiente tuvimos una polémica impresionante. No entiendo, le dije a mi compañero chipriota, ¿cómo es posible que creáis que en ese acto está Jesucristo presente, y así lo expresáis con un Cristo bordado en la espalda del pope, y me privéis de la comunión con El. En su lugar, me ofrecéis un pan bendecido, como para consuelo de los no ortodoxos. Concluí la discusión diciéndole: No comulgo con sucedáneos de Cristo. A partir de esta experiencia comencé a revisar mi concepto acerca de la eterna disputa sobre de la real presencia de Cristo en la Santa Cena.

Comienza el Romance ministerial. “Firmes y adelante...”

Convencido de que en Galicia no había lugar para mí, ya que los que estudiábamos Teología eran vistos como “liberales y poco ortodoxos” según el criterio de los que velaban por la sana doctrina; los Misioneros ingleses, que ejercían mucha influencia y autoridad en las iglesias de Hermanos de Galicia.

Así pues acepté un llamado hacerme cargo de la Iglesia de Logroño, en la Rioja, y su misión de Pradejón. Esto fue un buen día de Octubre de 1959. Llegué a Logroño en el tren de Madrid Bilbao, Miranda de Ebro, con final en la capital de la Rioja.

Fui muy bien recibido y con buenas expectativas, por miembros del Consejo de la Comunidad, quienes en una merienda me dedicaron una poesía que, entre otras cosas decía:

*“José; Cheiño, Panete, el ilustre romancero.
De Bilbao salió a las siete para tierras de Berceo....
Muy contento quedarás, la estrella guió tu sino,
en estas tierras hallarás, amistad chorizo y vino”.*

En Logroño ciudad, me encontré con una pequeña Comunidad de creyentes que habían pasado un calvario durante la guerra civil y años siguientes, con posteriores represiones y persecuciones.

En aquellos tiempos, el pastor de la iglesia, un buen maestro, don Simón, había sido ejecutado y lanzado a una fosa común, sin ningún miramiento, acusado de ser liberal no afecto al Régimen. Miembros de su familia me entregaron su Biblia y la manta en la que iba envuelto cuando lo llevaban preso. Fue tiroteado y tirado a la Barranca que era la fosa común. A los familiares les dijeron que se le había aplicado la “ley de fuga”.

Los líderes de la iglesia tuvieron que exiliarse a Francia y otros emigraron, como pudieron al Extranjero, América y otros países. Al final quedaron unos pocos dispersos que aguantaron los peores días, hasta los años cincuenta, cuando comenzaron, tímidamente a reunirse de nuevo para orar.

Cuando llegué se celebraban los cultos en el comedor de un miembro de la iglesia, Don Magencio, dueño de una fábrica de Caramelos que había sido alcalde en los tiempos de la República, y había regresado del exilio hacía pocos años.

Con estos antecedentes de la Iglesia y de su último pastor, inicié bien resuelto y sin ningún temor mi ministerio en mi primera Iglesia en la Capital de la Rioja.

De esta Comunidad, restos de una antigua misión congregacionalista americana, quedaba aún rescoldos de fe y piedad. Los pocos que quedaron se sentían orgullosos de tener un pastor joven, después de tantos años.

La Iglesia comenzó a reavivarse al poco tiempo de mi llegada a la Ciudad. En su misión de Pradejón, también me contaban historias de represión violenta que creó un ambiente hostil contra los protestantes, que yo mismo aún podía percibir.

Empecé mi trabajo convencido de que allí hacía falta, primero; una obra pastoral profunda en los miembros de la Comunidad. Justo la asignatura más deficitaria del plan de estudios teológicos que había acabado de concluir. Todo era un desafío a alcanzar metas tan nobles como eran la evangelización y la reconciliación de la sociedad.

El señor me dio gracia y pude mantener el equilibrio, en predicaciones y gobierno de la Iglesia, entre lo que era el pequeño Consejo comunitario, compuesto por líderes de diferentes trasfondos políticos y un par de mujeres. Unos habían sufrido de parte de las derechas políticas y otros de las izquierdas. La experiencia que tuve en mi propia familia, me fue muy útil.

Me hospedaron de pupilo en una casa de no creyentes. Comía en la casa de un oficial de farmacia retirado, de origen navarro, liberal y muy gracioso; me repetía a menudo, mirándome fijamente: Panete, ¿quién es masón?... el que está delante de mí en el escalafón. Aludiendo a las venganzas y falsas acusaciones de quienes querían trepar a lo alto de la sociedad, en aquel País destrozado por la guerra.

El Señor Darío, viejo oficial farmacéutico vivía con una hija, miembro del consejo de la Iglesia, que lo cuidaba primorosamente. En aquella casa había un clima amable y muy respetuoso.

El tiempo de pastor en Logroño en la primera iglesia de mi ministerio, lo viví como un romance en mi experiencia personal. Vivía por y para la Iglesia local, soñando con muchos convertidos a Cristo y la extensión del Evangelio en la Rioja.



Ordenación. Logroño.

Al año de estar en Logroño, la Iglesia solicitó mi ordenación formal como pastor según la norma Reformada. El 30 de Octubre de mil novecientos sesenta, y fui solemnemente ordenado con la presencia de mi profesor y Mentor Dr. Gutiérrez Marín y los pastores Sebastián Rodríguez y Daniel Vidal.

La pequeña nueva capilla, con un jardincillo delante se llenó de gente. Un día de ilusión e inolvidable para mí, sentía que inicia una nueva etapa que me llevaría a nuevos retos y experiencias emocionantes.

Puestas las manos a la obra la Comunidad que me respaldaba con su confianza empezó a crecer a lo largo de los tres primeros años, tanto que nos hemos visto obligados a buscar espacios más amplios y apropiados para cultos y reuniones de estudio y oración.

Mi experiencia en el servicio militar, viviendo con rigor en el compromiso con Jesús, me llevó a la convicción de que lo primero, tras ganar a otros como discípulos para el Maestro, era prepararlos también como tales y formar con ellos la iglesia, capaz de resistir aquellos días difíciles de opresión y persecución.



Asistentes ordenación.

Me propuse formar personas seguidoras del Maestro; a esto dedique los seis primeros años de mi ministerio, con el resultado de nuevos creyentes comprometidos con Cristo, y un buen nivel de preparación para el servicio cristiano.

La Iglesia siguió creciendo. El Sr. Apellániz, un anciano venerable y miembro del Consejo, nos ofreció en venta, en buenas condiciones de pago, su casita chalet con un pequeño jardín en la calle llamada del Oeste en la Ciudad. Allí montamos la casa vivienda del pastor y un salón formado con el derribo de dos dormitorios.



Predicando. Logroño.

A los tres años, en lo que había sido la capilla organizamos una escuelita para los niños de los recién convertidos que tenían dificultados de normalización escolar e integración social. Así mismo, aprovechando que había espacio en el jardín, montamos un gallinero para cien gallinas que nos sirvieron, con la venta de huevos, para pagar la gasolina y salir afuera de Logroño

con el fin de evangelizar los pueblos del entorno.

Uno de los recién convertidos fue un anciano de ochenta años, el señor Patricio, que vivía su conversión con un entusiasmo casi infantil. Se ofreció a ocuparse del gallinero y de vender los huevos. Un hermano en Cristo que tenía una fábrica de pienso en Zarauz, nos ofreció los cien primeros polluelos y el pienso gratis por un año.

El Sr. Patricio, aunque anciano, disfrutaba acompañándome a los pueblos a evangelizar. Los dos vivíamos como en Comunidad, pues a veces, se quedaba a dormir en la casa pastoral.

Este hermano me contó una noche cenando, que guardaba hacía tiempo una pistola con la que pensaba vengar a dos hijos asesinados en una chopera en la ribera del río, en tiempos de la Guerra Civil. Conocía quiénes habían cometido el crimen y esperaba la ocasión para vengarlos. Le pude enseñar, y convencer, que la venganza solo le pertenecía al Señor, que lo mejor que podía hacer era aliviar su odio apelando a la justicia divina, que haría un justo juicio a los asesinos de sus hijos. Se quedó un rato pensando y, al fin, llorando me preguntó si le podía acompañar a la ribera del Ebro para tirar su pistola al río.

Así que emocionados los dos, tomamos el camino de la Ermita hacia el río; sacó la pistola envuelta en unos viejos diarios, y la lanzó al agua. Los dos regresamos aliviados y convencidos de haber hecho la voluntad del Señor.

En mi primera iglesia como pastor aprendí lecciones que nunca pensé que podría aprender y por medios insólitos, cosas que las facultades y seminarios de teología no me pudieron enseñar. Un buen día el Espíritu de

Dios usó a la señora Petra, la vecina que pasaba a limpiar mi casa, a quien usó Dios inesperadamente como maestra para mí.



Por lo reducido de mis ingresos económicos, muchos meses me quedaba sin blanca. Decidí hacer un presupuesto para ajustarme a mis escasos recursos. Sentado, con un cuaderno delante, empecé a apuntar los gastos fijos del mes según prioridades; comida, ropa, limpieza. Al concluir la lista, después de muchos ajustes, pedí al Señor la necesaria provisión de las necesidades de cada mes. De pronto, dentro de mí, oí una voz fuerte que me interpelaba así: ¿Qué lugar ocupo Yo en este presupuesto? ¡El Señor, ni siquiera figuraba en él! Lo sorprendente era que, la primera de la lista de mis compromisos económicos era la señora Petra, mi sirvienta.

El Señor usó a una pobre mujer ignorante para enseñarme a mí, pastor y licenciado en teología bíblica, una lección básica de mayordomía cristiana. Me quedé de piedra. Desde entonces me convertí en un diezgador, en mi vida y en mi familia, el Señor paso a ser el primero en cada presupuesto. Doy la gloria al Señor que jamás me faltó nada. El Señor siempre supe las necesidades de quienes le honran reconociéndolo como Señor del dinero, en tiempos de escasez y de abundancia.

Un buen día se presentaron en la puerta un par de personajes que tenían pinta de mal vivir, con la intención de robarnos. Nos pidieron de comer, les invitamos a entrar. Al ver que les servíamos en los dos únicos platos que teníamos, mientras nosotros comíamos en las mismas latas de conserva que habíamos abierto; se levantaron y se fueron diciendo, nos dais pena, sois más pobres que nosotros.

Logroño era una población que estaba rodeada de otras ciudades sin testimonio evangélico, un verdadero desafío misionero; cerca estaban Burgos, Pamplona, Victoria y Miranda de



Ebro, esperando que alguien llevara el Evangelio de la salvación por Gracia.

Cuando se enteró de nuestro celo misionero, una farmacéutica evangélica de Camuñas de Toledo, nos ofreció entregarnos su Seat 600 para la evangelización de la zona. Un coche de los primeros que salían de la fábrica, que el Gobierno ofrecía prioritariamente a médicos, jueces, farmacéuticos, y otras profesiones liberales.



Doña Caridad, ya mayor, no se atrevía a conducir y lo puso a disposición de nuestra Iglesia de Logroño. El primer coche en mi vida, que me alivió de las palizas que me daba la moto regalada por un alemán de Barcelona, una BMW de segunda mano, sin domesticar, que me dio más de un revolcón. En una ocasión se disparó la

primera marcha y arrancó antes de montar, arrastrándome asido del manillar un buen tramo de la calle Oeste. Me parecía estar justamente en el Oeste americano domando un caballo.

La mayor parte de los nuevos miembros ganados para Cristo procedían de los estamentos más humildes de la sociedad riojana. Obreros, campesinos, y gente sin oficio ni beneficio. Algunos implicados en causas de orden público, por razones políticas, entrando ya en la marginación y la exclusión social. Viudas de guerra, huérfanos, y esposas de presos por pertenencia a grupos de extrema izquierda. El caso era que me encontré, de forma inesperada con un trabajo social, de reeducación e inserción, para lo que no me había preparado.

Boda complicada en Logroño. “... misterio grande es este...”

Llegó la primera boda en Logroño, tras muchos años sin haber visto un acto así en la Iglesia. También era mi primer acto ministerial para el que preparé concienzudamente. Sabía que el matrimonio es un misterio grande, un privilegio para los cristianos que en Cristo se convierten en una sola carne, como se profetiza en Génesis.

Se casaba Ana la hija de Don Darío Oroz, oficial de Farmacia retirado y navarro, todo un acontecimiento, pero no iba a ser sin dificultades. Sucedió que al Sr. Juez se le ocurrió suspender el acto, señalado oficial y legamente a tres días previos de la ceremonia en la Iglesia.



La pareja vino a verme, la pobre chica me lo cuenta llorando. Me vestí de riguroso pastor protestante, con traje negro y alzacuellos. Me presenté en el juzgado solicitando una entrevista con el Sr. Juez. El secretario me preguntó quién era, le dije, soy pastor evangélico y pasó la comunicación diciendo así al juez: Afuera hay un señor “angélico” que quiere hablarle. Esa confusión de evangélico por angélico funcionó de forma

inmediata. Enseguida me mandó pasar. Al verme, entendió que no era tan “angélico

Se mantuvo en suspender la boda civil. Le dije que recurriría su negativa a sus superiores, e inmediatamente me dirijo a la notaria de la ciudad y le pido al Sr. Notario, Sr. Uria, su presencia para levantar un acta en el juzgado. Ni corto ni perezoso, el notario, liberal y celoso de sus funciones, cuando supo que se trataba del juzgado, sorprendido no dudó. Se puso el abrigo y me acompañó de vuelta al Juzgado.

Ya no estaba el Juez, y el funcionario daba razones confusas de su ausencia, hablaba de enfermedad, de ausencia imperativa, de haber delegado en otro.... El Notario levantó alta y envió a Madrid su acta notarial, y la consabida denuncia por vía urgente.

Días después el juez, Javier Montes de Oca, recibía de la Dirección del Ministerio de Justicia una orden inmediata de actuación como juez de paz en la boda a señalada.

Me personé de nuevo en el juzgado y, ahora, de manera humilde, me dijo que firmaba el acto de bodas por el bien de sus hijos. Pude enterarme que este señor juez debía su cargo al arzobispo de Zaragoza, un “enchufado” del Nacional Catolicismo, puesto allí para impedir los matrimonios civiles.

Extensión misionera desde la Rioja. “Jerusalén, Samaria y hasta...”

Comenzamos a extender el Evangelio por las poblaciones más cercanas. Llegamos a la sierra del León Dormido, a una población entre La Rioja Navarra, cerca de la sierra al norte de Logroño capital.

Salimos con nuestro flamante Set 600, lo aparcamos a las afueras del pueblo y dejamos a uno del grupo a su cuidado. Buscamos ocasiones de dar testimonio y repartir folletos y nuevos Testamentos. Al regresar de nuestro trabajo, vimos que unos mozalbetes envalentonados por el señor cura del Pueblo intentaban volcar nuestro coche para tirarlo por un terraplén. Corrimos allá para impedirlo.

El párroco se enfrentó a nosotros y nos preguntó con qué autoridad estábamos actuando en su pueblo. Nuestra respuesta fue muy clara: Venimos de parte de Dios, Cristo nos mandó ir por todo el mundo... No habíamos terminado de hablar, cuando nos amenazó diciéndonos: Ni Dios ni nada, nos dijo el cura, yo soy la autoridad en este Pueblo, si no os vais inmediatamente, mirando confidencialmente a los mozos del pueblo, lanzamos el coche al barranco. Salimos sacudiendo el polvo de nuestros pies....

Recuerdo la familia de uno de los primeros que se acercaron a nuestra comunidad de Logroño, el “Chato”, un ex boxeador con mujer e hijos, tres hijos, dos gemelas con discapacidad profunda.



Para que pudieran tener algún ingreso adicional decidí comer con ellos cada mediodía. Comíamos tres veces a la semana caparrones, alubias pintas, muy sabrosas, por cierto y que, con el tiempo se convirtieron en mi plato preferido.

La Rioja es una región en la que se percibía muy bien, en aquellos días al menos, las secuelas de una terrible guerra civil. Esta pequeña provincia ubicada entre Navarra y Soria tenía, años atrás tradición republicana y de izquierdas. Era, y es, fronteriza con navarros y alaveses de derechas, carlistas y muy tradicionalistas. Me

contaban que allí sucedieron historias crueles de venganzas, represalias y matanzas increíbles por razones políticas.

Pradejón era uno de esos pueblos fronterizos en la orilla sur del Ebro y de Navarra al norte. Allí estaba la misión de la iglesia de Logroño, para mí fuente de experiencias inolvidables en el ministerio cristiano.

En este pueblo, antes de la guerra civil, había habido una escuela evangélica y hasta llegó a tener pastor y alcalde protestantes. Todo fue expoliado y disperso tras el asesinato del maestro don Simón y su alcalde. A pesar de haber pasado 19 años, tras la guerra se respiraba la tensión, miedo y odio en este pueblo riojano.

Iba a Pradejón, a unos 40 kilómetros de la Capital, una vez a la semana, los miércoles, primero en coche de línea y más tarde en moto, luego con el 600, un utilitario. A veces me quedaba a dormir la noche de mi llegada, regresando al día siguiente a la tarde. Aprovechaba las horas para conocer bien a creyentes y simpatizantes, mayormente campesinos, al Señor Nicomedes, la señora Teresa, Señor Pelayo, y a los niños; Yoli, una niña pequeña enferma espástica, me esperaba en su cunita con ilusión de verme de nuevo.

Llegué a acompañar los hermanos a la ribera del Ebro a recoger espárragos. Nos levantamos a las cinco de la mañana y regresábamos antes que el sol quemara.

Un genuino cariño surgió pronto entre todos. Con Nicomedes y la señora Teresa aprendí a podar las viñas del viñedo de secano a unos kilómetros del pueblo. Claro está, al alcalde y cura del Pueblo no les caían nada bien mis visitas. Vigilaban mis pasos y los movimientos de la gente cuando acudían a las reuniones.



Los cultos eran verdaderas fiestas. Cantábamos con gran entusiasmo los coritos y cánticos nuevos y antiguos. Nos reuníamos en la casa que tenía la cocina más grande, que era además salón y comedor; las ollas hervían ya preparándose la cena y creando ambiente en las frías noches de invierno.

La gente estaba atentísima a los mensajes de la Palabra. Los labradores que llegaban tarde del campo, cansados, cenaban y se animaban,

con todo a acudir a la reunión. El problema era ¿cómo lograr no quedarse dormidos en la reunión? Convenimos en que lo mejor era ponerse de pie cuando les apretase el sueño.

Allí aprendí a adaptar mis predicaciones al nivel popular, para alcanzar a todos. Predicaba a bote pronto y a bocajarro, para que la Palabra les alcanzara. La presencia de Dios se hacía evidente. A algunos remisos a descubrirse, hasta la boina llegaba a molestarles. El señor Nicomedes, el más remiso de todos echaba mano a la boina, como si le incomodase, la giraba de un lado a otro y, al final se la volvía a plantar.

Un buen día el dueño de la casa donde teníamos las reuniones fue denunciado y llamado al ayuntamiento; me ofrecí a acompañarle a ver qué pasaba. El alcalde y alguacil nos recibieron apostados tras su mesa. Nos prohibieron las reuniones. El hermano contestó al alcalde que no tenía autoridad en su propia casa: Éste sacó del bolsillo la llave del calabozo del pueblo, y se la entregó al alguacil con la orden de encerrarlo. Este que era a la vez vecino y amigo, puso paz y la cosa no fue a más.

Era una estrategia para meternos miedo y hacer cesar los cultos. Con todo había un plan para acabar con mis visitas. Detrás de todo, claro, estaba el señor cura. Lo cierto era que aquel pueblo era fronterizo de pasiones y confrontaciones ideológicas y religiosas.

Me contaban que en los años de la guerra civil, el alcalde republicano, marido de una creyente evangélica le rogó a su mujer que criaba un hijo, que amamantara a los hijos gemelos de su adversario político, cuya esposa había fallecido en el parto. Tras la guerra, el ya ex alcalde, se libró de ir al paredón por este buen ejemplo de su esposa con los hijos de su enemigo. Era evidente que el poder del Evangelio reconciliaba los pueblos. Esto me reforzaba en mi vocación de sembrar la semilla del Evangelio.

Cada vez que llegaba al Pueblo, la pareja de la guardia civil se hacía ver, y cuando me veían cruzar la calle, a la vista de todos los que esperaban la llegada del coche de línea, se acercaban a mí y me pedían la documentación. La intención era que los vecinos vieran que yo era persona non grata.

Al fin, un día, me decidí encararme a la pareja, les pregunté la razón por la que me pedían cada vez que me identificara, si ya me conocían; les advertí que, si seguían pidiéndome la documentación les denunciaría al Jefe de la Comandancia en Logroño. No volvieron a abordarme.

En esta pequeña iglesia de la Rioja entendí lo que no me habían enseñado en el Seminario, Teología práctica. En Logroño me topé con problemas sociales, de salud y educativos. Entonces el alcoholismo hacía estragos entre la población y la juventud de postguerra.

La gente recurría al alcohol como remedio de males sociales, no atendidos por la administración pública. A una de las calles de Logroño le llamaban “la senda de los elefantes”, porque la gente iba de “trompa”, cargados de vino, peregrinando de taberna en taberna.

En cinco años pudimos extender la misión evangelizadora desde Logroño, enclave estratégico para llegar con la Palabra de Gracia a otras partes de su entorno sin testimonio evangélico.

El primer lugar alcanzado fue Miranda de Ebro. En esta pequeña ciudad de la provincia de Burgos llegué por un contacto establecido mediante los Cursos de estudios bíblicos por correspondencia.

Eran cursos de carácter misionero con el fin de extender el Evangelio en España a lugares sin testimonio. Uno de los estudiantes era un obrero de la Fefasa, una fábrica en el polígono industrial mirandés. Comencé con viajes cada quince días y terminé yendo cada semana, hasta que al final tuve que desistir de viajar con más frecuencia porque la Iglesia de Logroño me reclamaba de más atención local.

Las gallinas seguían poniendo y el Seat 600 seguía corriendo a los puntos de misión. En Miranda nos reuníamos en una buhardilla a las fueras del Pueblo. Llegamos a estar en ella a tope de gente.

Recuerdo un día, después de un culto de mucho fervor espiritual. Regresábamos con el 600 repleto de gente que retornaba a casa; de pronto vibró el coche, y oímos un gran ruido por detrás. Tres metros por detrás, pasó el expreso Bilbao-Madrid a toda velocidad en un paso sin barrera. Yo le había pedido a Luis, sentado a mi lado que me dijese si venía el tren, antes de cruzar las vías, me dijo que no. La niebla y su mala visión, usaba gafas de cristales muy gruesos, nos hubieran podido llevar muy lejos, a la mismísima presencia de Dios. Tan avivados estábamos, que seguimos el viaje entusiasmados, cantando con más fuerza por el milagro reciente.

Alfredo, que era muy evangelizador y trabajaba en la gran fábrica del Pueblo con cientos de obreros, se le ocurrió montar una reunión

misionera en una de las casas del poblado de Fefasa. Todos eran rojillos opositores al Régimen político.

Se llenó el salón de la casa. Cuando llegué vi a todos esperándome con curiosidad, nunca habían visto a un pastor protestante. Se notaba una disimulada intención de confrontarme con sus argumentos materialistas ateos. Pensaban que yo sería como un curilla protestante a quien creían iban a poner en apuros.

Habría como unos treinta, el hermano Alfredo se frotaba las manos de alegría por esta ocasión de ganar para Cristo, sus colegas de trabajo. Después de los saludos, me preguntaron que les traía de nuevo. Les dije sacando la Biblia del bolso, que llevaba forrada en rojo con toda intención. Os traigo las buenas noticias del camarada Jesús.

Me respondieron: Lo que necesitamos son metralletas. A lo que repliqué: ¡Ah sí, ¿queréis metralletas?; Pues ahora veréis, y comencé a dispararles una tras otras las sentencias más agudas del Evangelio; las que reclaman a todos justicia social, verdad y honestidad; además de una limpia conciencia.

El Señor me dio gracia para confrontarles con sus propias injusticias con sus hijos y mujeres. Les hablé de sus salarios que no entregaban íntegros a sus mujeres. De su comportamiento con sus hijos y mujeres, que tenían que fregar escaleras para cubrir lo que les escatimaban de sus pagas, quedándose con una buena parte para gastar en tabaco, ir de bares con sus amigos y asistir los domingos por las tardes al fútbol, a corridas de toros; regresando a casa, agotados y cargados de vino y carajillos, sin ganas de aguantar a sus hijos.

Les hablé del Reino de Dios, que es Justicia, Gozo y Paz. Les presenté la Biblia como Patrimonio de la Humanidad y Carta de derechos humanos, libertad y justicia social para todos los hombres.

Mis experiencias en la evangelización en las barriadas de obreros de Logroño, me reforzaban para predicarles con autoridad. Recuerdo haber ido con un grupo de hermanos, recién convertidos del alcoholismo y otros vicios, a la barriada de Yagüe, construida por el Régimen para obreros, algo así como las llamadas “casas baratas”.

El plan evangelista consistía en leer los textos que nos desafiaban a salir en el nombre del Señor. Una vez allí a la vista de las casas, en un lugar oculto a la mirada de extraños, nos abrazábamos en piña, como los

deportistas antes de un partido, y rogábamos por la conversión de la gente al Evangelio.

Esta estrategia, la había aprendido en Orense, de un ancianito, que al final del culto de Domingo, pidió voluntarios para ir a evangelizar por la tarde a aldeas de alrededor. Me dio mucha pena ver que nadie le respondió. Sentí que debía acompañarle. Me ofrecí, nos citamos, y a la tarde salimos los dos. Después de haber caminado por largo rato, cuando ya veíamos las casas, me dijo, vamos a orar, y enseguida me puse a buscar un lugar adecuado. Él, sin detenerse, se arrancó a orar sin más preámbulos, con el ruego que el Señor prosperara la misión.

En Logroño, gente de la izquierda política, numerosos en la región supieron de la presencia de un pastor protestante en la ciudad, el primero tras la guerra civil y decidieron ponerme a prueba.

Teníamos por delante la celebración del día de Difuntos. Fuimos al cementerio civil a arreglar los descuidados sepulcros de la gente no afecta al régimen, disidentes, suicidados, herejes, anárquicos y todos a los que las leyes no permitían enterrar en sagrado. Cada año, por difuntos celebrábamos allí un culto para proclamar el Evangelio.

Cuando la esposa de un recién convertido supo que los protestantes no podían ser enterrados en “sagrado”, le pidió a gritos que dejara su reciente fe, argumentando que su familia disponía de un panteón familiar en el que esperaba que en su día fuera enterrado con ella. Para evitar disgustos y dividir a la familia, a la mañana siguiente, nos devolvió su Biblia.

En el mentidero de la ciudad se decía que nadie se atrevía a ir en esa fecha a la Barranca, la fosa común, lugar de fusilamientos, ni siquiera el pastor de los protestantes. Allí no estaba permitido ir, ni permitían dejar flores en memoria de los fusilados. El Gobernador quería evitar concentraciones de gente no afecta al Régimen. Convencido de que esta era una magnífica oportunidad para proclamar la salvación de Cristo, invité a los miembros de la iglesia a ir a la Barranca en día de Difuntos.

La guardia civil estaba ya preparada, como siempre, para impedir el acceso. Cuando llegamos, los guardias me cerraron el paso, preguntándome a dónde íbamos, les respondí, a la Barranca a leer la Biblia, orar y predicar el Evangelio. Al verme tan decidido quedaron muy

sorprendidos y no me impidieron pasar. Detrás de mí se arrancaron muy decididas las mujeres con ramos de flores; también se unieron a nosotros viudas y familiares de fusilados allí enterrados. Con gran satisfacción pude proclamar la Vida en Cristo en ese terrible lugar.

Cuando un año, en un mes de Diciembre muy lluvioso, se desbordó el río Ebro, la gente tuvo que abandonar sus casas baratas edificadas cerca del río. Al verlo se me ocurrió avisar a un par de hermanos y nos movilizamos para ir a recoger a niños y mujeres. Los repartimos entre nuestras casas.

Al día siguiente cuando se enteraron los frailes de la parroquia del barrio, que los protestantes se movilaron en favor de la gente en desgracia, se sintieron avergonzados y decidieron ayudar. Cosa que vimos con alegría, ya que tenían más medios que nosotros. Cuando el río descendió y las casas se quedaron fuera de peligro, volvimos para secar las casas y ponerlas en condiciones de nuevo realojadas.

Estos testimonios de obra humanitaria reforzaban la obra misionera en nuestra Iglesia. Así crecimos, hasta poder hacer planes para proyectar una nueva sala de reunión en el solar que ocupaban las dos casitas.

Como no teníamos medios económicos, lo que hicimos fue construir una cruz luminosa que se viera bien en la fachada de nuestro solar. La intención era hacernos bien visibles. Sería la cruz que presidiera el salón de cultos del que fue el futuro templo.

Aún hoy doy gracias al Señor por la buena respuesta y apoyo que sentí de los hermanos de aquella iglesia del Espíritu Santo. Nombre premonitorio de las muchas experiencias que me esperaban en el mover del Espíritu de Dios en mi ministerio.

Recuerdo uno de los muchos viajes que hacía en moto a evangelizar. En ella viajé a una pequeña población llamada Pradoluengo. Recorrí todo el pueblo a pie y distribuí, por lo menos, unos cien nuevos testamentos de una buena versión católica. Las versiones protestantes que no tenían el nihil obstat, eran rechazadas a menudo por los católicos.

Con esta estrategia nos introducíamos sin mucha dificultad en zonas sin presencia de población evangélica. Fui casa por casa, incluida la casa del cura, cuya hermana también recibió contenta el Nuevo Testamento. Para mi sorpresa, después de tres horas de faena, veo venir corriendo hacia mí al cura del pueblo, se llamaba Cesar Borobia, decía ser sacerdote de Jesucristo, según la tarjeta de visita que me entregó muy ufano.

Este sacerdote estaba confuso. No entendida cómo, no siendo yo católico repartía Nuevos Testamentos de su Iglesia romana. Le pude explicar que mi interés era que la gente leyera la Palabra de Dios, ya que no disponían de las Escrituras. Me respondió: Yo también lo puedo hacer. - Vale, le dije, hágalo -, y le dejé todo el material restante que me quedaba para que lo distribuyera. Le hice énfasis en que debía estimular a la gente a que leyera la Escritura. Llegamos a tener muy sabrosas conversaciones en torno a la Biblia y quedamos muy buenos amigos.

Logroño tenía comunión fraternal con las Iglesias de Bilbao, San Sebastián y Zaragoza. Tuve muy buena relación, colaboración y compañerismo con sus pastores. Cada uno de ellos era una historia diferente, Juan Eizaguirre de Bilbao, había sido fraile dominico. Se empeñó en que yo aprendiera a beber coñac sin conseguirlo. Me contaba que en el convento se ponían las botas bebiendo y fumando. Cuando no tenían bastante con el vino de las cenas comunitarias, se llevaban a las celdas el vino escondido en orinales. Estaba casado sin papeles, por no haber recibido la licencia pertinente.

Su énfasis en las predicaciones y enseñanza era la salvación por la Gracia, decía que lo había aprendido del profesor y traductor de la Biblia Dr. Colunga. Por su disconformidad con los dogmas no bíblicos y por coherencia no pudo seguir en el Convento. Abandonó el sinergismo y lo cambió por la fe fiducial. Muchos años más tarde lo encontré de pastor jubilado en una residencia para mayores en Francia.

Con el pastor Sebastián Rodríguez la relación fue mucho más estrecha. Habíamos sido compañeros durante los tres cursos de estudios teológicos. Ahora coincidíamos en la misma región de trabajo. Estuvo en mi ordenación y manteníamos visitas recíprocas en Logroño y Zaragoza, en donde fue pastor por muchos años. Juntos realizamos campañas misioneras en el Sur de Francia. A una de ellas fuimos con material y películas evangelizadoras sin licencia, por el Régimen de censura en que se vivía entonces. Entrábamos y salíamos de Francia con gran preocupación por pasar ilegalmente el control de la Guardia de fronteras.

Recuerdo un viaje a Bilbao de noche en mi seiscientos. Mi amigo Sebastián me precedía también en su utilitario. De pronto lo encuentro delante de mí en la carretera en medio de la noche y la niebla, llevando del ronzal a un burro que se le había cruzado en la carretera. Llegamos a Logroño muy tarde en la noche y cansados. Tuvo que quedarse a dormir en mi casa. Cuando me levanto a la mañana temprano me llevé el gran susto, estaba

en la cama con la toga pastoral puesta, parecía un difunto. Lo desperté alarmado y me dijo, que se había puesto la toga porque había olvidado el pijama. Me aseguraba que había dormido muy bien, enfundado en el uniforme de pastor reformado.

En San Sebastián estaba el pastor Daniel Vidal, que fue un buen amigo. Me gustaba mucho oírle como exponía la teología reformada. Era muy dialéctico y reflexivo. Aprendí de él la importancia de pensar bien los temas de estudio y hacer pensar, a su vez, a los interlocutores. Era un gran jugador de ajedrez y fumador en pipa. Aun cuando éramos de extracción cultural y eclesial diferentes, teníamos una evidente simpatía mutua que yo disfrutaba a gusto.

Estando en Logroño sentí la necesidad de apoyar la obra de extensión del Evangelio en España, razón por la que me involucré con Operación Movilización, una asociación misionera evangélica muy comprometida con la Gran Comisión de salir por el mundo con el Mensaje de salvación.

Jorge Werber era el fundador. Un personaje vigoroso y de fe, muy evangelista y algo extravagante. Me impresionaba su forma de ver la evangelización de manera muy expeditiva y práctica. No teologizaba nada e impactaba con su estilo, sobre todo en las iglesias de los Hermanos, de donde salían el mayor número de sus colaboradores.

Recuerdo que, citando a Moisés, dijo que ni siquiera se paró a pensar, si eso de cruzar el mar era bíblico o no, o si estaba de acuerdo o no con la sana doctrina, lo cruzó sin más. Remarcaba el imperativo; Salir y cruzar. Si Dios lo dice, basta. Con estas palabras nos animaba a todos.

Una de las concentraciones tuvo lugar en Paris, en un Castillo a las afueras, cedido por gente rica protestante de alto nivel social. Nos encontramos unas mil personas de varios países. Una flota de coches viejos reparados, entre ellos mayormente Jeeps y furgonetas.

Recuerdo que eran los años 60 y pico, cuando se convirtieron muchos jóvenes de la movida hippie, que desde California alcanzó a toda Europa; muchos de éstos recién convertidos se alistaron en la aventura de ganar a gente para Cristo en OM.

Cuando salíamos en las caravanas de coches del lugar de encuentro en el Chateau de las afueras de Paris, que unos hermanos ricos le habían cedido, parecíamos un ejército de Salvación. Estuvimos allí después de un tiempo de preparación antes de iniciar la Campaña evangelizadora. Jorge

Werber estaba a la salida, frente a la verja, saludándonos a lo militar como si fuera un general en mando.

Dios bendijo a este hombre a pesar de tantas críticas. Muchos dirigentes nacionales e internacionales, así como mis compañeros pastores, no lo aprobaban porque consideraban su organización un tanto fanática y fundamentalista.

Nos reunimos en Madrid, clandestinamente en pisos para adiestramiento y planificación de campañas a pueblos y ciudades de España. Dormíamos en el suelo y comíamos muy frugalmente; éramos como soldados en acción sin adversarios a batir, sino a convertir. Nos repartíamos las zonas de operación y distribuíamos el material, Biblias, folletos y Nuevos Testamentos.

En París me encargaron de un equipo de 12 personas jóvenes, de varias nacionalidades, un coche de seis plazas, un Jeep y una furgoneta VW, que yo mismo conducía seguido por los otros dos vehículos. Todos eran viejos y muy usados, reparados para las Campañas. En aquel Campamento de París se dormía poco, se comía regular, y se oraba mucho.

Recuerdo una ocasión en la que habíamos estado todo el día, casa por casa en un pueblo de los alrededores de París. Regresábamos muertos de cansancio, apenas teníamos tiempo para tomar un bocata, dar informes y recibir instrucciones para el día siguiente. Una noche, muerto de cansancio me eché a dormir en la tienda del grupo. Oía al lado a los compañeros que oraban a Dios con insistencia pidiendo: Señor, levanta a esos hermanos que dormilones. Era duro oír estas piadosas oraciones y seguir dentro del saco de dormir. El Señor compasivo me susurró: Tu sigue tranquilo, no saben lo que piden.

Al regreso de París a Logroño, al pasar por Vitoria, viajando en la furgoneta VW, di tres vueltas a una plaza circular, medio dormido no encontraba la salida. Un sereno me dio el alto con el chuzo, me preguntó a dónde quería ir y me señaló el camino.

Había conducido, desde la madrugada, todo el día y ya eran las 12 de la noche. Así se vivía la evangelización en versión OM. Al día siguiente todo era alegría por poder llegar a la Rioja y Soria, lugar de operaciones misioneras.

En uno de los viajes con el equipo OM a Soria, yo aporté mi 600 que se unió a los demás vehículos. El plan era ir, hacer la ciudad, repartirnos en

pequeños grupos, recorrer también toda la Provincia, y reagruparnos en Roa, un pueblo burgalés.

Por fin nos reunimos todos, después de hacer puerta a puerta y destruir folletos y Biblias en todo el Pueblo. Ocurrió que el cura nos denunció a la guardia civil y, uno tras otro fuimos llevados al cuartelillo. Allí nos encontramos de nuevo todos juntitos, en una habitación del cuartel de la omnipresente guardia civil.

Nos llamaron uno por uno para escribir el atestado. Encima de la mesa de la oficina encontramos toda la literatura que habíamos distribuido en dos días. El cura se había encargado de recoger por el Pueblo todo el material de folletos Biblias y Nuevos Testamentos, la prueba del delito de distribuir propaganda protestante prohibida.

A un hermano se le ocurrió algo, muy propio de OM, aprovechar la ocasión que estábamos juntos para orar. Cuando estábamos de rodillas en oración, vino un guardia para llamar a hacer el atestado siguiente y, al ver que estábamos todos en oración, se sacó el tricornio, lo puso sobre el pecho y esperó reverente a que termináramos.

Junto con un compañero canadiense llamado Richard, recorrimos toda la provincia de Soria, pueblo por pueblo durante quince días, con solamente un kilo de queso y otro de embutidos.

El plan era distribuir la Biblia gratis en cada casa. Solo nos permitían a aceptar a cambio la comida que nos dieran, tomates, fruta pan u otras cosas en especies que no necesitasen ser cocinadas. Dormíamos en el mismo coche. Supe, con el tiempo, que este hermano paso a una misión canadiense en el lago Titicaca, el Perú, de donde recibí alguna postal. Era un buen tipo con alma de misionero y muy capaz de sufrir por el Evangelio,

Sucedió que en días pasados habían asaltado el expreso de Londres a Glasgow y se sospechaba que los autores habían huido a España en coche con el botín.

Una madrugada, aún todavía de noche, después de hacer el pueblo, aparcamos, ya tarde, en las afueras a dormir. Los vecinos oyeron por radio que se buscaba un par de atracadores, y pensaron que podíamos ser nosotros. Nadie durmió esa noche en aquel pueblo. A la madrugada fuimos despertados por una pareja de la guardia civil, que había sido alertada por el alcalde. Uno de ellos golpeó los cristales del coche a la

madrugada y nos despertó, ya de madrugada, el otro guardia se quedó enfrente preparado, apuntándonos con su metralleta. Nos identificamos, explicando quienes éramos y qué hacíamos allí. Nos registraron a nosotros y también el coche. No nos fue muy difícil convencerlos que no éramos los asaltantes que buscaban.

En el mismo tramo de este camino, a mi compañero se le ocurrió bañarse para quitar el sudor y el polvo de los caminos. El problema era que no disponíamos de bañadores. Convenimos en que yo me quedaría en lo alto de un puente, mientras el bajaba al río para bañarse en traje de adán. Yo debiera estar arriba alerta para avisarle cuando viniese gente caminando.

Ocurrió que vinieron un par de mujeres. Le advertí de ello y se ocultó bajo el puente. Las mujeres vienen, les ofrezco unos folletos y se enganchan a hablar conmigo, curiosas de lo que hacíamos allí.

El río bajaba helado de las alturas nevadas de Soria. Al rato le oí gritar temblando: ¿Panneete, puedo salir? ; Buen recuerdo me dejó este hermano canadiense compañero en algunas memorables jornadas de evangelización

Experimentábamos cosas increíbles, historias que nos enseñaban lecciones inolvidables propias de las páginas de la Biblia. Siempre que visitábamos un pueblo nos preparábamos. Tras la oración, nos repartimos el trabajo y formamos grupos de a dos. Alguien tenía que quedarse guardando el equipo y los coches. En una ocasión dejamos al cuidado a un pobre hermano de pocas luces, de muy buena voluntad pero a quien no veíamos capacitado para evangelizar.

Ese día regresábamos todos comentando el poco éxito tenido; mucho rechazo de la gente y escasas ocasiones de testificar. Nuestra sorpresa, al llegar a los coches fue, ver a este hermano rodeado de una docena de niños, escuchando atentamente las historias bíblicas que nuestro hermano Vicentito les contaba. Nos quedamos avergonzados pidiendo perdón al Señor por nuestra sabiondez.

Teníamos a un hermano que estaba aprendiendo a tocar la armónica y sólo sabía entonar el himno "A nuestro Padre Dios alabe nuestra voz...", cuya melodía es también el Himno Nacional Británico. Cada vez que lo tocaba, de noche y de día, en el coche o el campo, un hermano inglés muy bueno y gran patriota, se quitaba el sombrero y, muy serio y reverente así quedaba, hasta que cesaba la musiquilla.

Cada día a las cinco de la tarde en punto se ponía a prueba la paciencia en el grupo, era la hora del té. Nuestra sagrada siesta del mes de Julio en Castilla, tenía que ceder el paso a otro ritual, no menos sagrado de los ingleses; era inevitable, se montaba la cocinilla se sacaban los cacharros y se ponía en marcha el té.

En Castilla encontramos, ya en el mes de Julio a finales, mucha gente trillando en los campos. Tuvimos bastantes oportunidades de trabar conversación con los campesinos con la excusa de pedirles agua fresca. En una ocasión para nuestra sorpresa, al escuchar nuestro testimonio, el mayoral decidió dar descanso a la gente, al tiempo que pedía su atención para que oyeran nuestro testimonio.

Al norte de Soria, recién cruzada la Provincia riojana nos detuvimos, casi al anochecer en un verano caluroso cerca de una gran mansión. Supimos que pertenecía a una pareja de nobles que poseían una explotación de pieles de armiño.

Teníamos tiempo suficiente y pensamos acercarnos al palacio para dar testimonio de Jesús. Llamamos, y acudieron los criados, que primero tuvieron que sujetar a dos enormes mastines para darnos la entrada. Pedimos hablar con los señores de la casa y nos condujeron a un gran salón. Nos recibieron muy atentos, ella con aspecto de gran dama vestida de pantalones largos anchísimos, fumando con una enorme boquilla y expulsando el aire con elegancia.

Nos presentamos como discípulos de Jesús, con un mensaje de Vida para ellos. Les anunciamos el Evangelio de forma sencilla como era habitual en OM, apoyándonos en los textos de Juan 3.1 y siguientes. Al principio estaban tensos, se fueron relajando poco a poco y, al fin, empezaron a hacernos preguntas.

Quedaron impactados cuando supieron que hacíamos este trabajo casa por casa y pueblo por pueblo, distribuyendo la Biblia gratuitamente, sin dinero ni fines lucrativos, por pura obediencia al mandato de Jesucristo.

Comprendimos que estaban un tanto redargüidos en su conciencia y se sentían incómodos. Pudimos hablarle del amor de Dios y su perdón incondicional. Vimos que necesitaban aliviarse de cargas morales y de conciencia por las preguntas que hacían. Nos permitieron orar por ellos y encomendarlos a la gracia de Dios.

No consintieron que nos quedáramos a dormir fuera, a la intemperie, y nos invitaron a pernoctar en su mansión, cosa que aceptamos asombrados. Nos dijeron que parecía como si unos ángeles les hubieran visitado. Nos dieron un buen donativo, según ellos, para que pudiéramos seguir haciendo labor tan hermosa y los dejamos bien impactados.

Al salir sufrí un percance que me turbo un poco. Resultó que, cuando ya estábamos saliendo hacia el portalón de salida de la gran mansión, los dos mastines enormes se lanzaron tras mí, ladrando de una forma que daba miedo. Cogí un pánico impresionante y empecé a correr atemorizado delante de los perrazos. ¡Qué vergüenza huir a la vista de los señores!, y ¡qué poca gloria se mostraba en mi carrera!, me decía a mí mismo asustado. Me hubiera gustado comportarme con más calma y dominio. No me imaginaba a los cristianos huyendo como yo ante los leones. Fue mi asignatura pendiente en ese verano. Salí de aquel lugar pensando, si acaso, nuestro testimonio del día anterior en la mansión, quedaría deslucida por mi despavorida huida.

Conexión misionera Logroño- Ferrol. “Oh Maestro y mi Señor...”

Otro viaje inolvidable fue el que hice desde Logroño a Ferrol con un equipo móvil de OM.

Desde la salida hasta la llegada a Galicia, no pasaba día que no viéramos la mano del Señor respaldándonos. Fue un viaje de aventuras. No teníamos apenas dinero para la gasolina de los coches. Cuando uno se estropeaba lo teníamos que remolcar con cuerdas hasta el próximo taller. El viaje se hacía algo penoso y nos desafiaba a la oración y la espera paciente a que vinieran medios oportunos. La oración era el recurso para todo.

Una furgoneta VW se estropeó seriamente. La llevamos a un taller y la reparación era costosa. Pedimos al dueño de un taller que la arreglara, aun cuando no teníamos dinero suficiente.

Acampamos, dormimos en tiendas y, al día siguiente, aprovechábamos para ir puerta por puerta, distribuyendo biblias y nuevos testamentos, esperando recaudar lo suficiente. A los dos días, el jefe del taller nos dijo que ya estaba lista y nos pasó la factura. Cuando se enteró de que no teníamos dinero suficiente, al rogarle que nos esperara hasta reunir la cantidad, extrañado, nos preguntó a qué nos dedicábamos,

Cuando le dimos testimonio y vio nuestra fe esperando solo en Dios, se impresionó de manera tal que decidió que el importe de la reparación era su aportación a nuestra misión. Además nos pidió que, antes de partir diéramos testimonio a los obreros de su taller.

Al final ya en Ferrol, los hermanos de una barriada de Santa Marina nos esperaban con entusiasmo. Los cultos estaban abarrotados y hubo una buena cosecha de convertidos. Cada vez que voy a la capilla de la calle Sartaña me encuentro a creyentes convertidos en aquella Campaña.

En Logroño me veía, a menudo desafiado a la extensión del Evangelio a zonas y ciudades de su entorno sin testimonio evangélico. Desde allí pude dirigirme al norte, sur y oeste de la Rioja. Pamplona, Soria y Burgos y Vitoria, esperaban a quienes les fueran a llevar la Palabra de vida. Habiendo sido alcanzado yo mismo por la Palabra, me sentía deudor de entregar su semilla a otras personas. No era un imperativo que me venía de fuera, más bien nacía en mi alma bendecida por la Gracia de Dios.

Responsabilidad Misionera.*“Mi existencia y mi saber...”*

Visto el énfasis evangelista que desarrollábamos en Logroño, me nombraron director del Departamento de Misión y Evangelización de la Iglesia Evangélica Española.

Desarrollé un programa que titulé: “La Misión según el modelo de Jesús” Lo introduje en alguna de las iglesias del ámbito nacional sin mucho éxito al no tener las iglesias un sentir misionero. La IEE no estaba por la labor de hacer obra misionera en España ni transmitir el espíritu ecuménico entre los evangélicos nacionales, a pesar de haber sido una iglesia fundadora del Concilio Mundial de las Iglesias

Si no hay compromiso para salir a los campos a sembrar, no hay programa que pueda funcionar. Para el Maestro el mejor método son los obreros dispuestos a hacer Su voluntad. Los pastores estaban interesados en ver aumentado el número de asistentes a los cultos pero sin involucrarse en la Gran Comisión. Bien conocido es el dicho: *“ Si quieres comer mero, hay que mojarse el trasero”*.

Comienza la crisis. “¿Señor, qué quieres que haga?”

El Seat 600 se convirtió en una magnífica herramienta para evangelizar y hacer obra social. Me desplazaba a Madrid a menudo, para llevar a las Instituciones médicas y educativas a niños que no recibían la atención apropiada en una pequeña ciudad de provincias. Teníamos niños afásicos, con parálisis cerebral mongoloides y discapacitados intelectuales; Eran una enorme carga social y emocional que reclamaban cuidados y diagnósticos inmediatos.

Un pastor y amigo de Madrid y su esposa, Alberto Araujo y Lydia, me prestaron valiosa ayuda y la orientación necesaria para encontrar en la capital instituciones y hospitales adecuados. Varias semanas al mes iba a Madrid, regresando cansado pero muy feliz, con el Seiscientos cargado con madres y sus hijos, después de tres o cuatro días de visitas médicas. Estas actividades sociales y pastorales intensas, me llevaron a una crisis vocacional.

Empecé a cuestionar cuál sería mi llamado. Si predicar el Evangelio o hacer la obra social, que entonces no era muy bien vista en las iglesias en España. Se decía que la Iglesia ha sido llamada a predicar el Evangelio y punto, lo demás era asunto del gobierno e instituciones públicas. Además

tampoco disponíamos de medios ni de autorización para este fin, escuelas, asilos, guarderías, etc.

¿Qué hacer me preguntaba? Siempre me gustó preparar bien las predicaciones, bien ceñidas a los textos bíblicos. No abandonaba el estudio de los pasajes que tenía para predicar, hasta que encontraba el “mensaje” debido. Me parecía que, si el tema no salía de las entrañas de la Palabra no tenía nada que comunicar. Ocurría que, a veces no disponía del tiempo suficiente para preparar las predicaciones, con tantas actividades misioneras y sociales por medio. Entré en un dilema. ¿Qué hacer, predicar o dar trigo? ¿Hacer obra evangelista u obra social? Un falso dilema que, al fin, pude resolver tras la crisis.

Postgrado en Alemania. “Proseguid siempre adelante...”

La crisis que creía vocacional, era realmente un déficit en mi preparación ministerial para la obra total en la misión del Reino de Dios.

Las necesidades sociales y su atención, me llevaron a la decisión de completar mi preparación con estudios especializados en las áreas de la pedagogía terapéutica infantil.

Busqué en Alemania una institución en donde pudiera trabajar para sostenerme, al tiempo que me capacitaba en el mundo de las discapacidades de los niños. España estaba entonces en pañales en éste ámbito de la educación especial.

Hice un periplo de visita en diferentes instituciones diacónicas germanas, Berlin, Hamburgo y Hannover. En cada una de ellas conocí y aprendí algo de lo más avanzado de la técnica y praxis de la educación especial. En aquel tiempo en Berlin, pude disfrutar de la ciudad, entonces todavía dividida y de una buena Institución para niños discapacitados.

La guardería donde hice prácticas estaba en Dahlemdorf, justo en el barrio del museo donde se exhibía, por aquel tiempo la famosa Nefertitis Kopf, así que pude disfrutar pasando varias veces para contemplar esta joya egipcia, entonces en posesión alemana.

En Hamburgo estuve en una institución para discapacitados profundos Allí el trabajo y las experiencias eran extremas. Muchos auxiliares procedían de la marginación, de la droga y la cárcel. Se les daba trabajo buscando su rehabilitación.

Pude conocer logros sociales y patológicos interesantes, como el de un hombre de mediana edad, que me contó, haber abandonado las drogas gracias a un discapacitado profundo que le habían puesto a su cargo.

En su tiempo libre iba a la ciudad y regresaba sereno, sin probar para nada ni siquiera la cerveza pensando que le esperaba un pobre discapacitado al que debía dar la cena, lavarlo y meterlo en su cama. Me dijo, al fin, le había cogido tanto afecto, y tal empatía, que le daban fuerzas superiores al de su síndrome de abstinencia.

Pude encontrar trabajo y plaza en un Seminario de Pedagogía terapéutica, una Institución especializada en discapacidades intelectuales Wittekinshof en Bad Oynhausen, Hannover. Aquí viví un año trabajando y estudiando. Estas experiencias tan prácticas me ayudaron, al fin, a salir de la crisis.

En este último lugar recibí una de las tantas lecciones que el Señor tenía que impartirme. No fue sin esfuerzo ni sacrificio diario.



Cada mañana debía levantarme a las 6 de la mañana para estar en mi puesto de trabajo ya antes de las 8. Un módulo de servicio donde vivía en régimen de internado. Me hice cargo de un grupo de pacientes de edades diversas que tenía una estructura familiar formada por 12 personas.

Eran usuarios que iban desde los 10 años a los 60. Todos ellos discapacitados intelectuales, mongoloides, afásicos, parálíticos cerebrales espásticos, sordomudos y autistas. Debía ponerlos en marcha, levantarlos lavarlos, vestirlos, llevarlos al cole y a los talleres de terapia ocupacional. Viví felizmente con todos ellos durante todo un año.

Los primeros días de trabajo fueron duros. Los pies me llevaban, uno hacia adelante y el otro atrás; sabía que, al llegar me iba a encontrar a la mitad de los chicos embarrados de caca hasta las orejas. A los quince días todo ya era un coser y cantar.

En días alternos me reunía con una docena de estudiantes de Pedagogía terapéutica, que acudíamos al Seminario del Centro de Formación para acreditarnos como maestros en Instituciones de Educación especial en Alemania.

En este País se encontraban los mejores centros de enseñanza especial de Europa. En España no se conocía todavía este tipo de educación. Los mongoloides, hoy se les dice síndromes de Dawn, y otros casos de retraso mental, estaban reclusos en las casas sin un tratamiento adecuado.

Al regreso, en Ferrol, pude orientar y apoyar a la directora del Centro para discapacitados "Chamorro", recién fundado. La Directora era la esposa del Alcalde y madre de un discapacitado. Se interesó por toda la información que yo pudiera darle y de mi experiencia vivida en Alemania.

En este país el pastor Fliedner y su esposa fueron pioneros y fundadores de la mayor obra diacónica del País germano, la Fundación Bethel, dedicada a los enfermos de epilepsia, un centro que se cuidaba a más de un millar de pacientes.

En Bad Oynhausen, esta Institución había más de seiscientos usuarios, de distintas edades y discapacidades. Aquí viví en régimen casi familiar con mis chicos, yo era el Onkel Panete. Formábamos un equipo de tres con otros dos diáconos y cubríamos las 24 horas de trabajo del día. Tres de los chicos pacientes necesitaban silla de ruedas, así que nos teníamos que apoyar en los más capaces para empujar las sillas cuando salíamos de paseo.

Nos servían la comida de una cocina central. También teníamos centralizado el lavado de ropa. Cada semana, los sábados, hacíamos zafarrancho y fregábamos juntos toda la estación, salón, pasillos y dormitorios; además encerábamos el parqué. También hacíamos ducha general, yo me metía con ellos bajo la ducha para poderlos ayudar mejor.



El Centro disponía de talleres de terapia ocupacional y de una granja que proveía de leche, hortalizas y carne a la Institución. Era como un pequeño pueblo de unos ciento cincuenta mil metros cuadrados de extensión. El verano era el mejor tiempo para los chicos, que lo disfrutaban con largos paseos hasta la hora de cenar. Juntos vivíamos pequeñas aventuras sobre el camino, que nos alegraban la vida.

Nos regían estrictas normas del centro. Mi trato con ellos era pero de estilo liberal y paternal que contrastaba con la rigidez de mis compañeros de trabajo, los diáconos alemanes.

Recuerdo una salida al campo cuando pasamos por el medio de un huerto con árboles frutales; toda una tentación. Nos habían apercibido que estaba prohibido robar fruta. Mi sorpresa fue, al llegar la noche, cuando encontré peras y manzanas escondidas en los dormitorios.



Los reuní, hablé con todos y les dije muy tranquilo y en voz queda: “Lo que habéis hecho supone para mí una bronca del director o el ser despedido”. Aquello les tocó el corazón y ninguno pudo ni probar la fruta aquella noche.

Llegada la Navidad, se encendía en el gran patio un árbol precioso con luces

de colores, los chicos debían estar en cama antes de anochecer. Les prometí que los dejaría levantarse para ver el árbol la misma noche de Navidad, con la complicidad de que no lo dijeran a nadie, convenimos así y disfrutaron esa noche, nadie se enteró. Con estas cosillas me hacía con ellos, y me los ganaba con cariño.

Dos de los “mongolillos” estaban continuamente colgados a mis espaldas, viendo su ternura y el mundo que vivían y comprobé que eran dignos de la bendición de Jesús; “Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el Reino de los cielos”.... En los cultos de los domingos uno de ellos tocaba el órgano acompañando los himnos, muy feliz. Si percibían el amor de Dios y podían decir, “Dios es Amor”, ya se les consideraban aptos para acercarse a la Comunión y ser parte de la Iglesia.

Estando en el Centro Wittekindshof fui requerido por un pastor holandés de Frisia oriental para ayudar con unos portugueses, que acudían a su iglesia aun cuando no eran evangélicos. El pastor no sabía qué hacer con ellos pues, a pesar de ser católicos persistían en acudir a su Comunidad y además participaban en la Santa Cena. El pastor se enteró que un colega español se encontraba en Bad Oynhausen, no muy lejos de allí, y se puso en contacto conmigo.

Me rogó que le ayudara trabajando con los obreros alemanes emigrantes, impartiendo conocimiento bíblico, explicarles el culto y enseñándoles el alemán básico. No pude negarme al ver esta necesidad, aun cuando sólo tenía dos fines de semana libres al mes.

Cuando llegaba en tren, me recogían en la estación y me ponía al servicio del pastor de la Iglesia Reformada de Nordhorn, en la Frisia oriental de Alemania.

Por primera vez en mi vida me vi predicando a portugueses en Alemania en gallego, algo inimaginable. Los portugueses se alegraron que yo fuese gallego, pues me consideraban como de su propia tierra. Les enseñé el alemán, también les ayudé a integrarse en aquella Comunidad reformada trabajando entre ellos por espacio de nueve meses.

En un domingo a la noche, volviendo en tren de regreso a mi casa cansado y pensando en la faena que me esperaba al día siguiente, el Señor me sorprendió con una pregunta. Me dijo ¿Eres feliz haciendo lo que haces?; La respuesta afirmativa fue inmediata. Entonces me di cuenta que, en Alemania estaba haciendo felizmente lo mismo que había hecho en Logroño; predicar, enseñar y servir en el área social sin salirme para nada del programa del Reino de Dios. ¡Adiós a la crisis!

Descubrí la Diaconía como parte de la extensión del Reino, y que no hay incompatibilidad entre predicar y hacer la obra social. Ahora podía ya trabajar sin complejos en el área de la diaconía en España, el gran déficit en las iglesias en nuestra Tierra.

Los últimos dos meses de la estancia en Alemania, antes de regresar, resuelta la crisis, estuve un tiempo en Hamburgo, en una iglesia luterana. Allí también pude aprender algo que enfatizaba más el tema del Evangelio total.



En esa iglesia se vivió una historia que la renovó totalmente. El río Elba se había desbordado a su paso por la ciudad. Las márgenes se hallaban bajo las aguas y los poblados gitanos que se habían establecidos allí tuvieron que huir para no perecer.

El pastor de la iglesia no dudó en acudir y atender a todos los que huían

de la catástrofe. Los metió en su iglesia, arrinconando los bancos en un lado. La iglesia se llenó de gitanos un sábado a la noche, sin tiempo suficiente para suspender el culto de la mañana del domingo.

A las 10 de la mañana, un centenar de creyentes se encontraron con la iglesia abarrotada de gitanos, niños, ancianos y mujeres, todos gritando para reunir de nuevo a su gente entre bártulos, cacharros y mantas. Todos intentaban rehacerse en medio de un gran barullo.

Los miembros de la Iglesia no tuvieron ni un instante de duda, Dios estaba en medio de todo esto. Los creyentes se pusieron en marcha, decidieron orar pidiendo la dirección para esa nueva situación; al final de esta experiencia, ya no oraban ni cantaban como antes, allí había una Presencia de Dios indescriptible. Todos estaban conmovidos en sus entrañas. Entendieron que los nuevos inquilinos inesperados, eran como un desafío de parte de Dios para que se abrieran a ellos y haciéndole sitio en sus casas.

Las reuniones de oración se convirtieron, de ahora en adelante, en gloriosas reuniones avivadas con mucha alabanza y oración. Dios les había visitado y desbordado como un río de vida que ya no iba a detenerse. Este avivamiento entre el pueblo gitano iniciado en Alemania era el mismo que se iba a producir más adelante en Francia y en España.

De Suiza pasé a Alemania, a la ciudad de Neuss, cerca de Bonn, donde tenía que concluir mis estudios, ahora ampliados en un Seminario para predicadores reformados, bajo la supervisión de un pastor amigo de mi mentor Dr. Gutiérrez Marin. Viví en un tiempo en un Hospital evangélico a cargo de la Diaconía evangélica, y otro tiempo en una residencia para jóvenes refugiados de Alemania del Este.

Fueron dos experiencias muy distintas. Mi labor en el Hospital era de "Seelische Betreueng, algo así como cura de almas. Me encontré con un problema en la misma dirección del Centro.

El Administrador era adicto a cierta droga que le facilitaba inocentemente la Diaconisa enfermera, primero por compasión y más tarde por presión. Ésta vino a mí desesperada, quería cortar con esta mala praxis y temía un enfrentamiento.

Tuve que mediar para resolver esto para alivio de la pobre diaconisa que vivía bajo la presión de su jefe. Lo que yo no imaginaba entonces, era lo que iba a vivir en España, especialmente en Mallorca e Ibiza, con la drogadicción en la que muchos jóvenes estaban enganchados.

Además, en la gerencia de una Residencia para jóvenes hice un aprendizaje que me resultó muy útil para mi ministerio en España. Era una Institución social evangélica, la Diaconía Reformada de la Innere Mision (Mision Interior). En ella conviví con unos cincuenta jóvenes residentes, muy violentos y de malos modales. Venían de la Alemania del Este comunista y se mostraban hostiles a todo lo que olía a cristiano.

Era muy difícil conciliar su actitud con las normas "evangélicas" No se les permitía gritar, blasfemar pelearse, etc. Además debían llegar temprano a la hora antes del cierre de la Residencia; orar y dar gracias a Dios antes de las comidas.

Los diáconos compañeros de trabajo, seguían las normas a rajatabla, que, evidentemente no daban buenos resultados. Decidí adoptar otra postura más racional. Me fue muy bien con ellos, y llegaron a aceptar las mismas normas de manera pactada. Los compañeros de trabajo estaban descolocados y decían: "Este español viene a trastornarnos".

Lo que estaba ocurriendo era que, cuando llegaban tarde a la Residencia sin llaves, daban una patada al cristal de la puerta, lo rompían y entraban, sin más. Tampoco querían dar gracias a Dios antes de las comidas. Además querían ver la televisión a oscuras, como en el cine, beber cerveza y discutir a gritos en las habitaciones hasta altas horas de la noche.

Decidí hablar con ellos, para explicarles las normas y su sentido. Acordamos que se quedarían en silencio, mientras daban gracias los que lo desearan antes de comer: Además que uno de ellos hiciera guardia por las noches para abrir la puerta si llegaban tras el cierre y, si querían beber, hacerlo en la sala común, y retirarse sin gritos a dormir, por respeto al resto de los compañeros.

La cosa se resolvió de forma dialogada. Mis superiores se alegraban, mientras mis compañeros alucinaban. De algo me iba a servir haber vivido años en una dictadura en mi tierra.

Acabada mi formación entre España y Alemania, tras mi experiencia de la crisis ministerial en mi primera Iglesia de Logroño año 1966, regresé a España y ofrecí mis servicios a la Iglesia Evangélica Española; En Logroño ya habían instalado otro pastor al poco tiempo de mi salida.

Regreso Madrid. Misiones en La Mancha. “Id y haced discípulos...”

A mi disponibilidad de seguir sirviendo en España respondió la Iglesia de Calatrava, pastoreada entonces por Alberto Araujo. Este hermano, junto con otras iglesias de la región me ofreció trabajar colaborando con ellos en el área misionera de Madrid, la Mancha, Toledo y Ciudad Real.

La mancha era para mí como un nuevo reto que me atraía. Siempre deseé trabajar en obra pionera, lugares desiertos de población evangélica y sin testimonio cristiano. Me encontré, de nuevo, en una situación parecida a la de la Rioja.

De nuevo en España, comenzó para mí una nueva etapa. Vivía, de momento en Madrid, calle de Calatrava, en el edificio de la misma iglesia evangélica del mismo barrio. Allí pude vivir aventuras intensas que me desafiaron a compartir mi vida con la gente de la Mancha, en donde me ocuparía también como el Quijote en “desfacer” más de un entuerto. Una de ellas fue la toparme de narices con la Dulcinea de mis desvelos cuando todavía estaba en las nubes.

Nunca mejor dicho, porque tras un fin de semana intenso en la Mancha, visitando los pueblos de Camuñas, Madridejos y Ciudad Real, al regresar a Madrid, una mañana del lunes, me encuentro mi cuarto ocupado con el equipaje de una dama, que se convertiría en mi mujer, la señorita Celia de mis amores.

La Mujer de mi vida. Bajo de la “nube” “No es bueno que el hombre...”



la Mancha.

Ocurrió que ella, recién vuelta de Francia había sido contratada como maestra por un Colegio evangélico en Madrid, recién inaugurado. El bueno del pastor Alberto Araujo, no encontrando otro sitio, le ofreció mi propia habitación, mientras le preparaban otra en el cuarto piso. No contaban que yo regresara tan pronto a Madrid, que era el centro de operaciones para las misiones de

Empecé a considerar, si la ocurrencia de mi compañero pastor tendría más que ver con los planes del Señor para bajarme de la “nube” en la que estuve colgado por diez años.

Mi tiempo en las misiones de la Mancha llegó a engancharme, y ahora más, con la ayuda de Celia que empezó a acompañarme. Pronto iniciamos la instalación en Ciudad Real como centro de nuestro ministerio en la Región.

El pequeño grupo que se reunía en un barrio de la ciudad comenzó a crecer. Pudimos comprar a buen precio un caserón de tres plantas que convertimos en capilla en la primera planta, con la idea de instalar una escuela en la segunda. La tercera sería, con el tiempo, la vivienda pastoral.

Rescaté del cementerio una reja de hierro que había sido de una vieja tumba de un estimado predicador protestante manchego. La convertimos en soporte del púlpito de la nueva capilla. El pasado y futuro del Evangelio en la Mancha se unían para protagonizar nuevos tiempos de testimonio en la tierra del Quijote.

En la Mancha había muchas posibilidades y empecé a ilusionarme de nuevo como al principio en la Rioja. Ahora disponía de un Citroën dos Caballos, que cargaba a tope con creyentes que iban y venían conmigo para participar en los diferentes cultos de la Región. Entre ellos los gitanos, que siempre me acompañaron en mi ministerio, unas veces reclamando ayuda y otras para trasladarlos de un lugar a otro a los mercados.

Un lunes, de regreso de Ciudad Real a Madrid me sale al paso una gitanilla con tres churumbeles, cuatro cestos, un sartén y otros cacharros. Me pidió llevarla a Camuñas para encontrarse con su compañero. Los metí como pude en el Dos Caballos; Ya en el Pueblo, su marido le esperaba en la carretera. Antes de despedirnos el gitano le dice a la mujer: “...anda dale un beso al paaayo “ , avergonzada se resistía, al fin me dio un beso delante de su ufanado compañero. Mantuve muy buen contacto con los grupos gitanos de aquella región. Estaban muy abiertos al Evangelio, comenzaron a creer.

No mucho más tarde vino al fin un avivamiento entre los gitanos con fuerza y poder espiritual. En la misma Iglesia de Calatrava pudimos celebrar el primer culto de ordenación de los primeros pastores de la etnia gitana, que pasaron a formar la Iglesia gitana Filadelfia..

En esta misma Iglesia de Calatrava viví una experiencia única hasta entonces. Me encontraba solo en el edificio. Mi compañero Alberto y

esposa estaban fuera de Madrid, cuando a la madrugada, alguien dio la alerta de un escape de gas. Los porteros, ya mayores, se habían dejado encendido uno de los fogones, una tisana que desbordada apagó el fogón, el gas se expandió libremente sin control. Al oír los gritos, salí corriendo y sorprendido me encontré al señor Elías, el portero y su esposa en la cama aparentemente dormidos. Los removí y ella ya no reaccionaba. Arrastré al señor Elías afuera al pasillo, y comencé a practicarle el boca a boca, pude al fin reanimarle.

Había un gran barullo en los pisos. Los niños de la residencia del cuarto piso comenzaron a bajar, sorprendidos se toparon conmigo en el rellano estando volcado sobre el señor Elías. Llegaron los bomberos y enseguida la ambulancia que se llevó al Portero, la mujer había muerto. Fue un susto de espanto que pudo haber tenido consecuencias mucho más graves.

El barrio alarmado, comentó por semanas lo pasado. Todos dimos gracias a Dios por haber evitado una catástrofe mayor. Yo mismo estaba asombrado por haber podido mantener la calma en semejante situación. La familia del señor Elías, aún a pesar de haber perdido a la madre, se mostró muy agradecida por el rescate de la vida del señor Elías. Estas duras vivencias contaban para mi vida pastoral y me preparaban para lo que pudiera sobrevenirme en el futuro.

En una gran ciudad como Madrid y en el barrio de La Latina, te puedes encontrar con toda suerte de historias reales y de ficción, inesperadas. Así me sucedió en mi tiempo de pastor en la Iglesia de la calle Calatrava.

Recuerdo que una mañana recibí la visita de una joven que, según decía, acababa de llegar de Oviedo a la ciudad. Pidió ser bautizada, así sin más. Me di cuenta que algo no iba bien en ella. Le conteste que antes debiera tener un par de estudios acerca del bautismo y luego hablaríamos. Me pidió una tarjeta de visita y se fue.

Al cabo de cinco días, me llaman de un hospital y me dicen que ingresaron una joven que tiene una tarjeta de visita con mi nombre y dirección, que se podía pasar. Me pongo en camino y la visito en el Hospital de San Carlos. Me dijeron, que la joven ingresó muy alterada y con síntomas sicóticos. La habían ingresado porque se había agarrado con fuerza la manilla de un taxi, pidiendo insistente al taxista que le llevara al río para tirar la llave que llevaba en la mano. Al verla así el taxista la llevó al hospital.

Hablando con el psiquiatra, supe la relación que había entre bautismo y la llave. Le habían dicho que el bautismo la liberaría de su vida vieja. Ella veía y relacionaba su vida pasada indeseable con la llave de la que quería

desprenderse. Experiencias como éstas me dieron ocasiones de colaborar con los médicos psiquiatras para ayudar a gente mentalmente enferma. El relato siguiente tuvo más bien que ver con el Cuerpo de la Policía.

Me visitó un hombre de unos cuarenta y cinco años que aparentaba muy excitado. Era a primera hora de la mañana. De sopetón me dice que acaba de matar a su esposa por celos. La había encontrado con otro hombre en la cama al volver a casa del trabajo antes de tiempo, por una indisposición.

Me dijo que no sabía qué hacer. Pensó que lo mejor era escapar a su Pueblo, pero no disponía de dinero para viajar. Le animé a ir a la policía y entregarse, antes que descubrieran el crimen. Al verlo tan indeciso me ofrecí a acompañarlo. Accedió a mi propuesta y fuimos juntos un tramo de la calle de Toledo abajo.

Temblando y dudando, al pasar por delante de una Iglesia, me dijo que necesitaba rezar y sin más entró. Esperé una larga hora y no lo volví a ver. Preocupado e indeciso, temiendo ser encubridor de un crimen, fui a la comisaria donde el comisario me dijo: Tranquilo, ese hombre no mató a nadie, seguro que intentaba sacarle el dinero. Me lo dijo mirándome como si tuviera delante de sí a un pobre ingenuo.

Otro caso que viví, ya en Palma de Mallorca fue la de un hombre, ya maduro que venía persiguiendo a su esposa desde Murcia. La mujer se había venido a Palma, con dos hijas, era evangélica para ponerse a salvo. Vino al culto y me habló de malos tratos de su pareja. Busqué refugio para ella y sus hijas en un colegio de monjas de un pueblo, fuera de la Ciudad.

El marido vino tras ella y, sospechando que habría venido a la Iglesia, me visitó exigiéndome que le dijera su paradero. Me negué del todo y, sin pensarlo sacó una navaja, poniéndomela en el pecho. Me dijo: Si tiene hijos despídase de ellos. Así me tuvo en el despacho de la Iglesia, unos veinte minutos interminables. Al ver que no cedía me dejó al fin y se fue insultándome y burlándose de mi fe y de la su mujer.

Médicos, policías, matones y pícaros me ayudaron, de forma inaudita a madurar en mi ejercicio pastoral. Todas las cosas ayudan para bien a los que son llamados según el plan de Dios.

De los psiquiatras tengo buenos recuerdos de colaboración y buen entendimiento, incluso cuando tuve que defender, a las ovejas del Redil del Señor, de profesionales sin sensibilidad ni empatía. Cuando llegue de Madrid me encontré que la psiquiatría en Mallorca funcionaba a base desproporcionados choques eléctricos.

Un siquiatra que trataba a alguien de mi Iglesia, me llamó por teléfono diciéndome que me estaba metiendo en el área de su profesión hablando con sus pacientes que venían a buscar ayuda y consejo pastoral. Tuve que defender el ministerio de cura de almas, un servicio muy reconocido en toda Europa que pude ejercer gracias a mis estudios de Psicología Pastoral, herramienta que me ayudó mucho en mi ministerio en colaboración con los profesionales, a quienes pude hablarles del poder sanador de la Palabra de Dios aplicado a enfermos mentales. El Salmo 23 fue para mí de gran inspiración, eficaz para ejercicio de la cura de almas.

Es lamentable que en muchas facultades donde se forman pastores no se contemple el estudio de ésta área de la Teología Práctica. Los Salmos han llevado a la curación emocional y mental a millones de personas. A lo largo de mi ministerio pude comprobar que Salud y Salvación son objetos indiscutibles del Plan de Dios en favor del hombre que sufre.

Camuñas, un lugar de la Mancha.... “ que siempre recordaré “.

La población de Camuñas estaba predispuesta a escuchar la Palabra de Dios.

La farmacéutica, doña Caridad una mujer muy apreciada en todo el Pueblo, era hija de un maestro evangélico que tuvo tres hijas y las llamó, Fe, Esperanza, y Caridad. En el pueblo soñaban con tener de nuevo capilla y escuela evangélica, como en tiempos de libertad republicana.

Cuando supieron que Celia y yo planificábamos una escuela en Ciudad Real, se llenaron de ilusión pensando que lo mismo se podría hacer en Camuñas. Había bastantes niños y ya soñaban con una nueva escuelita evangélica.

También en Camuñas, como en Logroño, había la tensión natural tras una guerra civil. Franco metió en el mismo saco a protestantes masones y comunistas de manera que, alcaldes y autoridades y civiles veían en nosotros a enemigos de la Patria, perturbadores del orden. Otros, como los comunistas, pensaban de nosotros que éramos un grupo de héroes que, sin miedo, resistían a las persecuciones del nacional catolicismo.

Estando en Madrid, me llamaron de Camuñas para comunicarnos que había fallecido un antiguo creyente evangélico, que pidió ser enterrado en el cementerio civil. Salgo a este Pueblo manchego y solicitamos el permiso pertinente para un entierro, cosa ilegal entonces. El alcalde niega el permiso y, al recurrir al gobernador civil de Toledo, lo autoriza.

Al día siguiente, cuando nos disponíamos para el enterramiento, nos trasladan una nota del ayuntamiento, que nos comunicaba la prohibición de acompañar al difunto. Tampoco se nos permitía hacer la ceremonia fúnebre pertinente en el ámbito del cementerio, con cánticos y lecturas.

Tras el acto de despedida del difunto de la casa mortuoria con un mensaje de consuelo, comunico a la gente de la prohibición por la autoridad del acompañamiento del vecino fallecido. Mi sorpresa fue grande, cuando en una cuesta de la calle miré hacia atrás, y vi una gran compañía de vecinos que nos seguían con gran respeto y expectación. Me despaché a gusto proclamando en el cementerio la esperanza del Evangelio. La guardia civil presente, tomo nota y levantó un acta de denuncia por desobediencia a la autoridad, al final, sin ninguna consecuencia.

A partir de la formalización de las relaciones con Celia, me acompañaba, algunos fines de semana. La comenzaron a conocer y a querer; con ella, la

misión de la Mancha tomaba más fuerza y se aseguraba el futuro de las iglesias y escuelas.

Matrimonio civil, ceremonia en Zaragoza. “Oh amor que no me dejaras...”

Luna de miel en Casablanca. Comienza una aventura común.

Convencido de que Celia era la mujer de mi vida, por su porte, figura y su disposición a servir en la Obra incondicionalmente, y su preparación como maestra. Entendí que formaríamos una buena pareja, útil para la vocación a la que había sido llamado. Yo viví feliz sirviendo con ella a mi lado. Ella ha tenido que pagar siempre un precio mayor, en soledad, tensiones, desventajas económicas y pocas satisfacciones, cosa habitual en todas las familias de pastores.



Decidimos casarnos en Noviembre, antes de cumplir, yo los treinta y siete años y Celia los veintiséis. Nos unimos por lo civil en el Ayuntamiento del Barrio de La Latina en Madrid, cuando casarse por lo civil era muy difícil por la resistencia de las autoridades judiciales del Régimen. No olvido la desfachatez del sr. Juez cuando, después de declararnos, como es de rigor, marido y mujer, añadió por su cuenta la coletilla, pero.... para mí, ustedes no están casados.

Muchos de nuestros amigos nos apoyaron para montar un nuevo hogar, primero en Madrid hasta disponer de un lugar definitivo

en Ciudad Real. Nuestra boda se celebró en Zaragoza en la capilla de la calle de Supervía con la intervención del pastor Vicente Medina. Los padrinos fueron por parte de la novia Antonio Gracia, padre de Celia, y Doña Elena Berg, en representación de mi madre.

Tuve la gran alegría tener a mi lado a mis hermanos Lela y Geluco que viajaron para la boda desde Ferrol. Había muchos nervios, hacía tiempo que no habían tenido una boda. No había música en vivo, un disco nos dio la entrada al compás con la marcha nupcial de Händel. Así comenzaron nuestras aventuras y desventuras en pareja.

Fuimos muy lanzados, pues no disponíamos de casa, ni siquiera cama de matrimonio, la habitación de soltero fue nuestro primer nido matrimonial. Así que iniciamos como matrimonio una nueva etapa en nuestra vida. Los amigos y familiares nos ayudaron bastante, hasta pudimos hacer un viaje de novios a Casablanca.

Quiero honrar a mi madrina de boda Doña Elena, una fiel creyente luterana del mundo la piedad alemana, amante de la Obra de Dios, y apoyo de pastores e iglesias evangélicas. Fue mecenas de Sebastián Rodríguez y mío en Logroño y Zaragoza. Había venido a España acompañando a su esposo ingeniero introductor de las fábricas de azúcar de remolacha en la Región aragonesa. No había tenido hijos y se volcó en su cariño por nosotros y las Iglesias en Aragón y La Rioja.

Tras la oda partimos felices con nuestro Citroën 2 caballos, que nos permitió vivir nuevas experiencias, ahora juntos.

La primera noche de bodas la pasamos en un hotel en las cercanías de Madrid, en la avenida América. No quisimos quedarnos en la ciudad con el propósito de alcanzar cuanto antes la costa andaluza y tomar el Ferry. Hicimos un alto en Nerja, pueblecito lindo en la costa blanca. Era la segunda noche de luna de miel, que se nos complicó inesperadamente. Un bicho tan diminuto como una chinche se nos cruzó en el camino a la que dimos caza para que no nos arruinase la segunda noche de boda. Celia se resistía a dormir sin antes localizar el bichito.

No me acuerdo bien ahora que pasó al final, si la alcanzamos, la matamos, o qué. Lo cierto fue que la estancia en el hotel Nerja fue para olvidar. La chinche no pudo más que el romanticismo de una pareja de recién casados a la orilla de la mar, con el ruido de las olas golpeando en las rocas, la luna y todo lo demás. A pesar del safari nocturno, que no había estado en nuestros planes, al fin llegamos a La Línea.

En el mismo puerto, alguien quiso vendernos un seguro de viaje, cosa que rechazamos. Ya en camino, un individuo un tanto extraño, nos seguía desde Tánger hasta cerca de Casablanca, nos adelantaba y luego cedía de nuevo el paso. Pensábamos si se trataba de algún mafioso o del mismo individuo que insistía en vendernos el seguro de manera persistente.

Estábamos mosqueados y pensábamos que la Luna de Miel se nos iba a complicar. Al fin lo perdimos de vista y pudimos llegar al hotel, seguros y cansados, tras el cruce del Estrecho y el largo recorrido hasta Casablanca

Ocurrió que, la primera noche, tras dejar el coche enfrente del hotel al día siguiente, notamos que habían rasgado la tela del techo del coche y sustraído de la guantera un par de cosas sin importancia. Ya os podéis imaginar con la precaución y el temor que tuvimos que permanecer en la ciudad, sobre todo en los zocos, que nos parecían muy poco de fiar.

Aun cuando no disponíamos de un gran presupuesto de viaje pudimos hacer un turismo modesto sacándole buen partido a los dólares del regalo

de viajes de novios. Los dos estábamos viviendo nuestra primera experiencia en un país africano. El domingo pudimos acudir al culto evangélico en la ciudad que se celebraba en los locales de la Sociedad Bíblica. El hotel tenía un aire francés. Para siempre recordaremos el exquisito postre de fresas con nata, un extra, que nos pudimos permitir como recién casados.

Con el inicio de nuestras vidas en común, cada día fuimos de sorpresa en sorpresa. A pesar de que nuestros amigos y hermanos se portaron muy bien, con regalos y donativos; con todo no disponíamos de lo más necesario para la vida, piso y muebles. Durante un año dormimos en la cama de soltero sin problemas, nos sobraba espacio. El dinero recibido por la boda lo empleamos en lo imprescindible para empezar con el día a día.

Tras este primer viaje como pareja, tuvimos la primera ocasión de hacer juntos un viaje misionero a Asturias. Los hermanos de Besullo, una pequeña comunidad en el centro de la Asturias rural nos esperaba. Cada año por navidades eran visitados por la Misión de los Fliedner, que tenía a su cargo esta comunidad entre León y Oviedo.

Este lugar de testimonio cristiano surgió en el breve tiempo de libertad religiosa en época de la primera República, cuando muchos pueblos fueron visitados por los colportores bíblicos, que aprovecharon ferias y mercados para difundir la Palabra de Dios. Allí en la aldea se disfrutaba de una buena convivencia entre las familias católicas y protestantes. Pasamos una semana, hospedados en la única posada de la aldea, que era a la vez una tienda de ultramarinos, estanco, correos y quincallería.

Aprovechamos para celebrar cultos y reuniones especiales de Navidad en las que participaban con mucho entusiasmo de parte de todos los asistentes, y vecinos, mayormente niños que, como cada año recibieron contentos sus regalitos.

Celia pudo mostrar sus buenas cualidades de Maestra entre niños muy felices con su buen hacer. Para nosotros dos fue como una segunda luna de miel que disfrutamos entre las nieblas y la llovizna del Norte. Nos resultó muy relajado aquel ambiente de montaña, dentro de la Pensión se estaba bien confortable. La cocina estaba siempre en marcha con fuego continuo, adornada con piezas de cerdo y chorizos a curar. Afuera la lluvia, las cumbres nevadas, los valles y madroños, un entorno montañoso por donde, según nos dijeron, a veces se veían osos salvajes.

La estancia nos resultó agradable y corta. El tiempo, de unos ocho días nos pareció breve. La gente muy acogedora nos despidió con el deseo de vernos de nuevo.

Siempre me ha atraído el mundo rural y las zonas en las que no había un testimonio cristiano evangélico. La obra pionera en zonas en las que estaba todo por hacer me desafiaba. La Iglesia de Calatrava con sus misiones en Toledo, La Mancha y Asturias me parecían un buen campo de trabajo que me retaba. Pero nuestro futuro, por cierto, estaba muy lejos de aquellos parajes.

Mallorca en perspectiva. “Levantad vuestros ojos...”

En la primavera de 1967 recibimos una petición formal de la Comisión permanente de la Iglesia Evangélica Española para hacernos cargo de las Iglesias de Palma de Mallorca y Capdepera, con sus misiones respectivas, Porto Cristo, Manacor y Pollensa.

Nos quedamos sorprendidos y un poco confundidos, ya que estábamos ilusionados con un programa de extensión y recuperación de las misiones de la Iglesia de Calatrava, Ciudad, Real, Camuñas y Madridejos, con dos escuelas incluidas.

Habíamos creado expectativas e ilusiones a personas sencillas que nos estaban recibiendo con los brazos abiertos, La Mancha era para mí un gran reto con buenos antecedentes que nos predisponía a servir al Pueblo evangélico. Subía y bajaba con mi “dos caballos” cargado de bártulos y de gitanos con sus churumbeles que se empezaban a abrir al Evangelio.

¿Cómo resolver el conflicto sin defraudar y sin desobedecer a las autoridades nacionales que nos rogaban ir a Palma de Mallorca? La Comisión Permanente nos presionaba para responder cuanto antes al llamamiento.

Se nos comunicaba que en Mallorca nos esperaban, y que yo era el pastor más adecuado por hablar el alemán, lo que facilitaba atender mejor a las comunidades de holandeses y alemanes, alguien que celebrase sus cultos, entierros y bodas en su idioma. El pastor alemán de Barcelona solo venía una vez al mes.

Resolvimos pedir tres meses de tiempo para verificar si estaba en los planes del Señor hacer este cambio tan radical entre La Mancha y Las Baleares. Está claro, el hombre propone y Dios dispone. Eso es lo que queríamos saber, qué era lo que tenía El dispuesto para nuestras vidas.

Inicio de nuestro ministerio en Mallorca. “Todo por Cristo....”

En la Semana Santa del 1968, viajábamos a Palma de Mallorca, para hacernos cargo ya de los cultos especiales de éstas fechas tan señaladas.

El pastor Humberto Capó nos introdujo en la Congregación, pero yo no pude predicar; de pronto me quedé sin voz, mal presagio. El cambio de temperatura y el viaje se encargaron de alterar mi garganta. ¿Sería esto una señal adversa a nuestra residencia en la Isla? No fue así, ya que a los dos días se había aclarado mi voz. Así pues, tras ser introducidos en Palma y en Capdepera, nos quedamos establecidos por un tiempo de prueba en Mallorca. La anciana Doña Magdalena Pascual, viuda del anterior pastor Don Juan, padre de Humberto Capó, nos recibió muy cariñosamente con un abrazo que, ya desde el principio, nos transmitía toda la intención de ser nuestra preceptora. De pronto se encontraban dos maestras de distintas generaciones, una veterana, esposa y madre de pastores; otra maestra joven, sin ninguna experiencia de vida pastoral.

Desde el inicio, nuestro ministerio discurrió entre la tensión de la tradición metodista y la pareja joven, que iniciaba un romance ministerial impensable en las Baleares, un País del todo desconocido para ambos. Así es que volvimos a partir de cero, iniciando una verdadera aventura de fe.

Se inició el tercer mes de la prueba que determinaría nuestra estadía en Palma sin tener todavía claro si habríamos de quedarnos. A comienzos del mes de Junio me propuse hacer una prueba de verificación de cuál sería la voluntad de Dios, seguir en la Isla o salir. Personalmente no teníamos el deseo de quedarnos.

El clima de la Isla no me era propicio para una antigua bronquitis que se comportaba muy bien en la seca Castilla. Así que, por este lado estuve dudando todo el tiempo. Por otro lado, mi visión de extender la Obra del Evangelio me atraía aquí, tanto como en La Mancha.

Observaba en la Iglesia buena disposición para abrirse al mundo y poder alcanzar ciudades y pueblos en los que no había comunidades cristianas evangélicas. Me apoyé en el pequeño grupo del Consejo de Iglesia que me recibieron con cariño y buena disposición a apoyar respaldar en mi ministerio.

Cada mes, los metodistas tenían costumbre de tener una reunión de consagración, según su costumbre. Se encontraban los Consejeros, tenían

un devocional y, al final, se ponían de rodillas y todos renovaban su promesa de servir a Dios.

La primera semana del mes de Junio de 1967, en la reunión de Consagración, me decidí presentar un Plan misionero al Consejo. El Señor me había dicho, si ellos aceptan este plan y se disponen a apoyarlo, tienes vía libre para tu ministerio en Baleares. “Lo que ibas a hacer en La Mancha es lo mismo que harás en Mallorca”. Así que al final de la reunión de consagración, tras proponerles el Plan misionero, les propuse que si lo aprobaban se pusiesen de rodillas orando. Los seis allí presentes hicieron ese voto, uno tras otro muy emocionados. Se sentía claramente que el Señor estaba presente confirmándolo.

Entonces comprendí, que aquel momento era muy importante para el futuro de nuestra Iglesia de la calle Murillo 16. Los hermanos presentes eran Luis Sánchez, Antonio Santaella, Antonio Sampol, Ivo Bucci, y Guillermo Rotger. Le doy al Señor la gloria y las gracias por haber contado con estos fieles hermanos que sostuvieron la obra y que me apoyaron y soportaron por muchos años, hasta hoy.

Tentación en El Escorial. *“No donde quiera estar, ni donde quiera ir...”*

Justamente, en medio de estos cambios recientes, nos viene una petición de dirigir el gran Colegio del Porvenir y su Iglesia en Madrid, la institución corona de la obra social y de enseñanza de los Fliedners.

Estábamos en el Escorial disfrutando de un buen retiro de pastores. A estas reuniones le llamábamos Pastorales, que pretendían, relajar, e intercomunicar a los pastores del ámbito nacional. Eran los buenos tiempos en la IEE.

En un receso se acerca a mí el pastor y profesor Teodoro Fliedner y, confidencialmente, me dice que él y su esposa doña Elfriede estaban pensando en un relevo. Se encontraban mayores y cansados y me comunican que nos veían a Celia y a mí, como la mejor pareja de pastores para asumir la responsabilidad de dirigir el Porvenir, la Iglesia y la Escuela de La Calle Murillo.

Nos quedamos turbados por al recibir esta petición, recién llegados a Palma de Mallorca. Sin dudar ni un momento, respondimos que no podíamos aceptar el ofrecimiento en ese momento por inoportuno. Hubiera sido una irresponsabilidad, habiendo abandonado hacía poco tiempo el proyecto de la Mancha para ir a Mallorca.

La vuelta a Madrid era una tentación. Un trabajo más prometedor, tanto para Celia como para mí. Una ocasión para realizarnos desarrollando obra social, pastoral y educativa a la vez, en una Institución modélica. También significaba para mí hacer valer mis buenas relaciones con Alemania, un País entrañable donde tenía tantos amigos, hermanos y recuerdos gratos.

Se impuso la cordura y la coherencia de la fe, la ética pastoral y el compromiso recién adquirido con Palma de Mallorca. Nos quedamos en Palma. Aquí estamos desde entonces, hasta el momento que escribo esto, en Junio de dos mil dieciséis, dentro de poco habremos cumplido, en 2018 cincuenta años en Mallorca. ¡Más de la mitad de nuestras vidas!.

Don Teodoro lo entendió enseguida y no insistió. Le orienté en su búsqueda de un sustituto y le recomendé que hablase con Humberto Capó ex pastor de Mallorca, recién llegado a Madrid para funciones de tipo administrativas y de dirección en la IEE. Supe, más adelante, que pudieron entenderse y comenzaron a hacer el relevo que buscaban.

Mallorca para Cristo. *“Mi Cristo vive....”*

No tardé mucho para tomarle el pulso a la Iglesia de la calle Murillo. La ocasión para iniciarnos en Palma y la Iglesia de calle Murillo fue la partida con el Señor de la tan querida y simpática señora Sosa.

Falleció en el Hospital, y el piso donde vivía no era lo suficiente amplio para un digno acto de despedida. Así que resolvimos pasarla al salón del segundo piso de la casa de la Iglesia, donde estaban las aulas de la Escuela Dominical.

La Iglesia respondió llenando el salón. En el centro, la hermana parecía más bien dormida en medio de un jardín lleno de flores. Cantamos a pleno pulmón, cánticos que alababan al Señor y proclamaba la seguridad de la salvación.

Me despaché a gusto con un mensaje de esperanza, recordando según las promesas de Dios, la certeza que nuestra hermana ya disfrutaba gozosa de la presencia de Dios. Aquello fue un acto de afirmación de la fe, a la que ella parecía animarnos a seguir fieles, con su gracejo andaluz. Era una creyente valiente y resuelta. Todos salimos llenos del gozo de la salvación.

El Señor me indicó que presentara al Consejo un plan de evangelización a nivel de todas las Baleares para alcanzarlas con el Evangelio de la Gracia, se llamaría “Mallorca para Cristo”. Era bastante comprometedor y misionero.

Desde el comienzo, en los primeros meses, estando ante la Iglesia en un culto de Domingo, orgulloso al ver la Iglesia a tope, el Señor me dijo; “No mires a los que están aquí, levanta la vista para ver los que van a ser alcanzados, más allá de estas paredes”.

Desde el comienzo de mi ministerio tuve la convicción de que, para lograr algo útil en el Reino de Dios tenía que contar con un buen grupo de hermanos dispuestos y preparados, intelectual y espiritualmente. Así que empecé formando equipos de trabajo.

El modus operandi que mejores resultados me había dado siempre era el mismo plan el Maestro: Hacer discípulos para que hagan discípulos, era el Plan del Maestro.

Trabajar en equipo es costoso, difícil, y requiere horas y horas de oración y mucha paciencia; Dialogar y orar, hasta alcanzar la unanimidad, es lo que requiere en el Reino de Dios. Los consejos de iglesia se nos alargaban

hasta la madrugada. Acabábamos rendidos pero contentos, pensando que habíamos decidido unánimes asuntos trascendentes para la Isla.

Las experiencias de la mili, los estudios de las disciplinas de teología bíblica, en varias facultades y países, y los seis años de ministerio en la Rioja se sumaron en mi trabajo, era un capital que ahora podía invertir, junto con el de otros compañeros, en la Misión de Mallorca.

Nuestros hijos, Escuela de paciente entrega. “Seguid al Maestro...”

Comienza nuestra vida en la Isla con una experiencia dolorosa. Celia ya estaba embarazada y esperábamos un bebé para el mes de Septiembre de 1968, ya disponíamos de su nombre, Tamara, una niña que solo vivió apenas 12 horas y que ella apenas pudo ver. Tuve la dolorosa y, al tiempo, consoladora experiencia en mi ministerio de encomendar a nuestra hijita en las manos del Señor, introduciendo mi mano en la incubadora, ayudado por la monjita enfermera que, muy sorprendida, vio como la ungía en el Nombre del Señor, acompañándola hasta que dejó de respirar. La pobrecita había tragado meconio antes de nacer, de lo que ya no se pudo recuperar.

Ahora me tocaba comunicarle a Celia la triste noticia. Para mi sorpresa me recibió resignada esperando lo peor, pude decirle lo ocurrido envuelto en lágrimas; allí mismo Celia me consoló abrazándome fuertemente, al tiempo que me decía, el Señor nos dará otra hija, tal como sucedió.

De esta forma comenzamos a vivir un ministerio, una nueva aventura de fe, ahora más que nunca, abandonándonos a la voluntad soberana de Dios. Desde entonces aprendimos a ver y a valorar tanto la bondad del Señor como su severidad.

Las cosas comenzaban muy fuertes, aprendiendo a someternos a la voluntad de Dios y ser obedientes desde el comienzo. Cuando caminé, al lado de mi suegro Antonio Gracia, detrás del sepulturero para enterrar a nuestra primogénita, la pequeña Tamara, que al no haber vivido ni siquiera 24 horas, se la consideraba un feto, fue sepultada en una fosa común; entonces entendí que mi ministerio iba a ser una entrega de lo mejor que tenía, un sacrificio vivo, un discipulado continuo; la inversión de nuestras vidas al Señor, que nos pedía dar, dar y... dar.

El Señor tomó nuestra primogénita consigo aliviándonos con el consuelo de que a ella nada le iba a faltar; a nosotros empero, nos correspondía iniciar curso en la escuela del aprendizaje por el sufrimiento, un aula que nos graduó para toda la vida. Un aguijón en la carne que solo con la oración se puede superar.

Cuando al lado de mi suegro, caminando tras el enterrador que llevaba a mi hija en una cajita de pino bajo el brazo, al tiempo que se fumaba un cigarrillo, sentí gran tristeza. Había oído decir algo, que este día se hizo cierto, decía: “Cualquier persona puede dar sepultura con más dignidad que un enterrador profesional”

Al día siguiente, el jueves, en el culto de oración, recibí una hermosa unción que me permitió presidir el culto con gran presencia de Él. Celia aún guarda en su Biblia el orden de este culto, como algo especial, yo lo recuerdo como una caricia del Señor en tiempos recios.

A los dos años tras la muerte de nuestra primera hijita Tamara, tal como Celia me había dicho para mi consuelo, nació Rebeca, una niña muy despabilada, alegre y muy linda. Ya os podéis imaginar con qué alegría la recibimos. Todo cuidado nos parecía poco.

Estábamos tan sensibilizados con lo de Tamara, que el aire de Palma nos parecía que no era suficiente limpio para ella. La llevábamos a pasear a Lluchmayor. Se desarrolló muy bien y sana. Fue un evidente consuelo que nos daba gran aliento.

Un día de paseo, al verla su madre subida a un altillo, Celia la apercibió, ¡Cuidado que te puedes caer! Rebeca le respondió muy convencida: No pasa nada, tú me has dicho que el Señor me cuidará” Había aprendido la lección mejor que sus padres. Rebeca asumió muy pronto su responsabilidad como hermana e hija. De muy joven la hemos visto pendiente de Marcos. Fue y es apoyo y consuelo a la vez, para Celia y para mí.

A los dos años siguientes nos nace otro bebé, al que pusimos de nombre Juan Marcos. Fue muy rápido al nacer pero muy lento en el desarrollo. Necesitó muchos cuidados de pediatras, su madre, su padre y su hermana todos bien preparados providencialmente y pendientes de él.

Al nacer tuvimos que ingresarlo de nuevo al Hospital donde había nacido y meterlo en la incubadora, para recuperar el peso perdido, a causa de una infección. Cuando volvimos a casa, y vimos su cunita vacía se nos partió el alma, caímos de rodillas en oración en torno a su cunita vacía, encomendándolo en las manos del Señor.

A la sazón tuve que reflexionar sobre la razón por la que fui a Alemania a aprender pedagogía terapéutica. ¿El Señor me estaba preparando, sin saber, para poder atender y entender mejor a mi propio hijo? Cuando le pregunté al Señor el por qué nos había tocado a nosotros esta carga me respondió: Cuando decidí traer a Marcos a este mundo, no estaba pensando en ti sino en él. No he hallado familia mejor preparada que vosotros. Un pastor, una maestra y una pedagoga empeñados en sacar a Juan Marcos adelante. Nada nos hubiera podido dar tanto coraje y fuerza para crecer en la paciencia, la fe y el amor necesarios, como nuestro

Marcos. Un agujijón en la carne que desafía nuestra fe para manteneros vivos y apercebidos, celosos de nuestra responsabilidad en la familia y la Obra.

Al nacer nuestra hija ya habíamos decidido previamente que, Celia pidiera una excedencia de maestra nacional, mientras nuestros hijos fuesen pequeños; así lo hicimos hasta cuando Marcos empezaba a normalizar su proceso escolar.

De todos los viajes que pude hacer a lo largo de mi vida, ninguno tan grato y entrañable como los que pude hacer con mi hijo Juan Marcos enseñándole a conducir. Orgulloso de él por haber logrado el Graduado Escolar y también la licencia para conducir su coche especial.

A mis hijos les ha gustado viajar, tanto como a mí. Recuerdo dos viajes que hice con Marcos. Fue en el Otoño cuando él disponía de vacaciones del aeropuerto. Celia no podía acompañarnos por el trabajo e la escuela. Así que salimos juntos. Uno de ellos fue desde Ferrol, de casa de las tías, a Gijón y Oviedo, regresando por Lugo y vuelta a casa de mis Padres.

En estos viajes intenté siempre entrar en el corazón de mi hijo. Hemos llegado a establecer, de acuerdo mutuo una triple relación, como padre, amigo y pastor. Así nos ha ido casi siempre bien. Mis frustraciones con él siempre han sido por faltarme sabiduría para profundizar en sus sentimientos y por disponer de toda la paciencia que me permita seguir dialogando. Su inteligencia emocional me sobrepasa y siempre concluyo en oración demandando al cielo más recursos de acompañamiento y amor empático. Nuestros diálogos a tres, Salomón con sus Proverbios, él y yo, resultan muy interesantes. Siempre me quedo corto al no poder responder a todas sus interrogantes, ¿por qué esto o lo otro?. La lógica de los Proverbios nos ayuda a salir adelante. ¿Por qué Dios me hizo así?

El segundo viaje solo con Marcos fue a Gibraltar. Estaba muy interesado en el estrecho que separa la Península de África, le fascinaba. Tuvo necesidad de cruzar el estrecho en el Ferry y verificar visualmente esta separación, que no era tan estrecha como se ve en los mapas. Ceuta y Gibraltar nos quedan vivos en el recuerdo. Una manera práctica de conocer la Historia y la Geografía de nuestro País, y de unir más a padre e hijo en el mundo de las emociones, su mundo.

Con mi hijo Marcos estoy esperando continuamente un milagro, o dos, mejor dicho, un desarrollo mayor de su capacidad cognitiva o, una

compañera a su medida. Su demanda emocional y sentimental no han tenido una respuesta, por ahora.

Hogar de mis recuerdos *“Algunos, sin saberlo hospedaron ángeles...”*

Paralelo al servicio a la Iglesia, por temporadas, funcionó informalmente, un servicio de atención a los hermanos que nos visitaban e invitábamos para que compartieran su ministerio con la Iglesia.

Disponíamos de un ático en la cuarta planta que hicimos servir de hospedaje ocasional para predicadores invitados, unas veces, y otras como obra social a personas que temporalmente necesitaban una acogida.

Uno de los predicadores que más frecuentó este ático fue el hermano Ricardo Hussey, unas veces solo y otras con su esposa. Este hermano decía que el ático era su “apuesto alto” por lo bien que se encontraba disfrutando de la quietud y la paz que lo rodeaba.

Este hermano me contó que estando en el ático de la casa preparándose para dar la Palabra a la Iglesia, empezaron a arderle los pies. Decidió descalzarse y, de rodillas sintió una preciosa unción del Señor que le acreditaba como su mensajero.

También nos visitaba el “tío Isidro” un cubanito pasado por Usa, de color, muy afable y simpático, con el que simpatizamos de seguida. Becky y Marcos le tomaron mucho cariño y llegó a ser como uno más en la familia. Comió y durmió muchas veces en nuestra casa. También se sintió muy bien en la Comunidad que lo acogió muy cordialmente y en donde recibió toques de la Gracia de Dios.

El hermano Isidro, un día tras haber visto uno de los muchos bautismos que celebrábamos en las playas, me pidió que le bautizara también a él. Le pregunté, si no había sido bautizado antes y contestó, si, si, cuando era niño, en la iglesia católica romana, y añadió; También fui bautizado en una iglesia bautista, por un pastor joven de una familia amiga, que tuvo el deseo de celebrar su primer bautismo como pastor. Además, me dijo orgulloso, fui bautizado en el río Jordán por un pastor pentecostal en un viaje que hice a Tierra Santa, quien no quiso perderse la emoción de bautizar a alguien en ese lugar especial, y me rogó que le permitiera bautizarme. Me dijo además, ahora es cuando entiendo realmente lo que significa el bautismo, de buena gana me bautizaría en una playa de Mallorca. Tío Isidro, le dije cariñosamente, ¿no crees que ya tienes agua suficiente? Y pasé a informarle acerca del bautismo de todos los bautismos de agua, y el bautismo en el Espíritu Santo y fuego de Pentecostés.

Por el ático de nuestra casa también se hospedaron otros “ángeles”, personas que se han añadido a nuestros recuerdos entrañables, como: Annelore, Régula y Costa Deir, el matrimonio chileno Olga y Héctor Molina y. como no, Françoise Mermod , una misionera suiza.

Con esta última hermana de la suiza francesa tuvimos una relación muy especial. Era muy evangelizadora y nos dio muy buen testimonio de su amor y piedad por los menos favorecidos de la sociedad.

Salía a menudo al Barrio del Jonquet a evangelizar, donde tomó contacto con gitanos portugueses en necesidad. Salía con su guitarra, les cantaba coritos, les daba de merendar y, a menudo, se traía a los niños al Atico para darles una buena ducha.

Era de una familia rica pero ella prefirió dedicarse a los pobres. Muy radical ella, hippie en su indumentaria; Años más tarde me la encontré en las calles de Ginebra con su guitarra, cantando y llamando a la gente a la conversión a Cristo.

Me pidió permiso para cantar en un culto el Domingo. Me dijo que tenía una bonita canción que deseaba entregar a la Iglesia como un mensaje de parte de Dios.

Creía que nuestra Iglesia era muy burguesa y pensaba que había gente que no eran convertidas de verdad, ni vivían consecuentemente la fe. Pensaba que el corito les haría bien, decía así: “Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí. Porque mi yugo es fácil y ligera mi carga...” Ella misma era la autora, tanto del texto como de la música. Me dijo que lo recibió bajo la unción de Dios. La autoricé y feliz y, un poco nerviosa se lanzó ahí dejó su mensaje. Yo quedé también muy satisfecho porque noté que había alcanzado a los presentes.

Sucedió que el padre de Celia se puso grave en Zaragoza y ella tuvo que salir de viaje con urgencia. Françoise se ofreció a quedarse cuidando de la casa y de los niños, Becky y Juan Marcos. No tenía más que bajar del ático y ponerse a la faena diaria.

No creo que le diéramos demasiado trabajo, pero un día, al regresar a casa, al entrar en el piso oigo gemidos de mujer que salían del lavadero. Alarmado voy corriendo y me encuentro a la pobre Françoise llorando, con la cabeza metida dentro de la cesta de la ropa. ¿Qué te pasa, le dije? Me respondió, estoy desbordada y, aún tengo que hacer la comida, ir a

buscar a los niños al cole, etc. etc. La tranquilice y de nuevo se puso en marcha.

Quedaba claro, era una mujer con espíritu misionero y no entraba en sus planes tener una familia. Una cosa es coser y otra cantar. Hasta el día de hoy sigue soltera y muy dedicada al evangelismo y la obra social, a la que dedicó la herencia que recibió de sus padres. Ella, como tantos otros que pasaron por casa fue de mucha bendición.

También recibimos en nuestra casa como huésped del ático, a Ricardo de Avila. Este buen cubano, hermano y maestro de la Palabra, vino también como un refrigerio recíproco, para él, para nosotros y la Iglesia.

Este hermano de apellido noble, nos visitó después de haber sido el orador de un retiro de las Iglesias Renovadas CEIR en el Escorial, Madrid.

Los organizadores de uno de los Retiros en Madrid me pasaron la noticia de que alguna intervención suya había levantado cierta polémica. Me lo comunicaron para que, si lo creía oportuno, cancelara la visita, cosa que no hicimos.

Un tanto preocupado le recibí y le apercibí de lo que esperábamos de su servicio y del tipo de Iglesia a la que iba a ministrar. Sobre todo, enfatiqué



nuestro deseo de que edificase la Iglesia. Cosa que hizo con excelencia, eligió el tema del Salmo: “Como el ciervo clama por las corrientes de las aguas...” y lo clavó de manera magistral. Los muchos gitanos presentes a los que había invitado salieron encantados. Fue una verdadera gozada.

El hermano De Avila es un hombre fraguado en muchas batallas de variopintas denominaciones de Miami, Florida. Sacando lo mejor de lo que disponía de su repertorio se ganó a la Iglesia.

Fue invitado repetidamente y, hasta hoy perdura en el recuerdo de muchos hermanos. Dispongo de una

foto con este hermano que aprecio mucho. Los dos estamos en el hueco de un olivo milenario de los muchos que hay en el tramo Valldemossa, Deiá. Disfruté mucho de su amistad y compañía y le agradezco que nos haya ministrado la Palabra con fidelidad.

Otras de las memorables visitas fue la de Rodolfo Loyola y Costa Deir. El primero fue un buen hermano que había estado en la cárcel por su testimonio en la Cuba durante la dictadura de Fidel. Escribió un sabroso anecdotario del Régimen marxista. Era un hermano que rezumaba experiencias profundas de la fe.

Además de predicador era poeta y buen vate. Muchos aún recordaran aquel poema de Casilda, la mujer “casi”...” Este hermano nos bendijo y también a nosotros y a la Iglesia, que siempre esperaba que volviese invitado. Murió pobre, sin pensión y olvidado, incluso por los líderes y colaboradores que él había promocionado en la iglesia.

El hermano Rodolfo Loyola recibió el consuelo y la ayuda de los hermanos de la Iglesia Agua Viva de Paracuellos, que le acompañaron hasta el fin; se ocuparon de solventarle papeles en la Administración pública y recursos médicos y que no le faltara nada. Desde Palma pudimos ayudar con buenos donativos, que la viuda recibió agradecida, consolada al ver que los hermanos de Palma no lo olvidaban.

Costa Deir es persona aparte, entre todos los pastores que hemos hospedado. El mismo me dijo que procedía de un país del próximo oriente, emigrado de joven a Usa, en donde había desarrollado la mayor parte de su ministerio. Por el tiempo que nos visitó se dedicaba mayormente a la enseñanza y preparación de líderes cristianos.

Era un tipo muy extravagante. Se presentaba con su gran bigote mostacho de puntas bien erguidas, sus ojos saltones y permanente sonrisa y con una Biblia enormemente abultada y destrozada de tanto uso.

No necesitaba nada más para que todo el mundo estuviese pendiente de lo que iba a decir. Era muy gracioso en sus dichos, se recreaba en sus anécdotas y aunque repetitivo en sus puntos y conclusiones, no resultaba cansino.

Su frase favorita era: “mucho ajo, mucho amor”. Lo aplicaba en su discurso cuando decía algo difícil de digerir, como el ajo, con su fuerte olor, difícil de soportar. Decía, cuánto más ajo comas, más amor necesitan

tus vecinos para soportarte. Llegamos a tenerle cariño, que terminó siendo recíproco.

Años más tarde me encontré de nuevo con él en el aeropuerto de Rio de Janeiro, esperando un enlace aéreo. Mi sorpresa fue ver a su hijo al lado, con mostachos semejantes a los que portaba su padre. Me lo presentó como pastor y sucesor de su ministerio. Me invitó a ir a su fiesta de aniversario de los años ochenta en NY, lástima que no me fue posible acudir.

Las visitas de estos hermanos suponían para mí un buen intercambio de experiencias en las áreas de la teología bíblica, la ética y el compañerismo. No es que trajeran nuevas revelaciones, ya que todos estábamos en el mismo nivel de la renovación carismática, pero significaba para mí un refuerzo de mi ministerio y enseñanzas cuando les oía las mismas ideas y énfasis de la vida cristiana, que compartíamos día tras día con los hermanos en Palma.

Nuestra Iglesia mantuvo siempre el pulpito abierto a todos los ministerios que sabíamos de antemano iban en la dirección correcta de la revelación bíblica

Rogué siempre a los predicadores visitantes que edificaran a la iglesia, sin pensar en los inconveniente y riesgos de mantenerla abierta a lo que Dios pudiera hablarnos por medio de ellos.

El Señor nos guardó de herejías y extravagancias, a pesar de respetar y mantener la libertad del Espíritu. Pasamos juntos o resistíamos todas las olas y modas espirituales de las iglesias carismáticas, los saltos, las danzas, las risas y las caídas, Todo lo abordamos con mucho respeto, sin caer ni seguir ninguna ola o corriente religiosa.

En medio de toda esta manera abierta de vivir en la Iglesia y mi ministerio, el trabajo mayor la realizaba mi esposa, que era quien preparaba y ponía a punto todo para que nuestros huéspedes se sintieran a gusto. Se esmeraba en poner en condiciones el ático, como una patena, con flores y todo a punto. Por cierto las "flores" se las llevaban, casi siempre la iglesia o el pastor, más el trabajo mayor es para las esposas. ¿Será por esto que hay esposas de pastor que prefieren el púlpito a la cocina y el ministerio en su propia casa?

Ser esposa del ministro no es fácil y poco ponderado. Se olvida que las mujeres son el secreto del éxito de muchos pastores, es cierto que

también pueden ser su ruina, pero menos. Es deseable que las mujeres sepan ministrar a los propios ministros en casa, cuidarse de que vivan sujetos al orden y la disciplina de la familia, donde están sus credenciales.

Según las Escrituras, 1.Timoteo 3.1-5. Las mujeres de los pastores son las dispensadoras de las pertinentes cartas de recomendación para sus consortes y compañeros de ministerio. “La ministra que ministra al ministro, buena ministra será”. Mi esposa fue el secreto de los éxitos de mi ministerio, donde los haya habido. En todo caso, seguro que fue la causa de tener menos errores de los que hubiera tenido sin ella.

La conversión de mis hijos. *“Cree. ... y serás salvo tú y tu casa”.*

Me cupo la dicha de ver a mis hijos creyendo al Señor y bautizándose en Su Nombre; Becky fue la primera.

Como siempre, tras el culto el Domingo a la mañana, llevaba a mis hijos a dar un paseo, comprarles chucherías y procurarme la prensa. En una de esas mañanas, mi hija me sorprende expresándome el deseo de tener una cadenita con cruz para colgar al cuello.

Le pedí que sentara conmigo en un banco del paseo, aprovechando la ocasión de explicarle lo de los signos cristianos. Le dije sencillamente que antes de llevar una cruz al cuello primero debiera llevarla en el corazón. Su respuesta fue: Papá yo quiero llevar a Cristo en mi corazón. Muy bien, hija, aquí mismo vamos a orar y pedirle que venga a tu vida. Juntos oramos y nos abrazamos cerrando ese momento tan feliz para ella y para mí.

En este punto quiero honrar a los maestros de la Escuela Dominical por su trabajo, que hizo más fácil llevar a mis hijos a Cristo. Gracias a los directores que tuvimos entonces, el hermano Sánchez e Indalecio Aguilar hijo, que trabajaron arduamente entre nuestros hijos. Supieron poner en práctica la meta que teníamos en la Escuela Dominical: Que a los niños se les diera la oportunidad, en su más tierna edad, de tomar la decisión de poner sus vidas en las manos del Buen Pastor.

La conversión de Marcos fue distinta. Mi hijo siempre dio muestra de una gran sensibilidad emocional. En Alemania, se hablaba en nuestros cursos de Pedagogía Terapéutica sobre los niños afectivos, una especie de disfunción intelectual compensada por la emocional.

Cada vez que se cantaba en la Iglesia un himno solemne, Marcos reaccionaba llorando de emoción. También lloraba cuando a la noche intentábamos dormirlo contándole la historia del elefante de patas muy, muy, muy... pesadas... Lo sorprendente es que, una vez de mayor, se decantó más por el rock metal. Algo incomprensible para quienes desconozcan las teorías de Montessori.

Tuvimos una campaña en la explanada que había bajo la Catedral de Palma de Mallorca. En el lugar que ocupa ahora el lago artificial. Allí montamos la carpa, un lugar magnífico, por cierto, el sitio en donde actualmente la Iglesia predica en verano al aire libre.

La campaña que duraba una semana fue muy bien visitada por muchos creyentes de varias Iglesias. El predicador invitado era Don Fernando

Vangioni. A su llamamiento al final del mensaje pidió que la gente expresara su decisión de seguir a Cristo. Para nuestra sorpresa vimos que Juan Marcos se ponía valientemente en pie.

Mis dos hijos recibieron el bautismo el de la Promesa a los padres y el de arrepentimiento por inmersión.

Por un tiempo en nuestra Iglesia convivieron los dos bautismos, por el origen histórico tradicional metodista y el de la convicción bautista de muchos creyentes que solicitaban, además, el bautismo de inmersión.

Gran cosa fue esta convivencia que, sin polémica ni división de la comunidad, ganó el respeto mutuo y la tolerancia, que acabaron con las luchas de denominación rompiendo así, por amor, fronteras de intolerancia y división. De algo me tenía que servir el haber estudiado teología ecuménica en la facultad de Bossey, vinculada a la Universidad de Ginebra en Suiza.

El ejemplo de convivencia cristiana de Palma paso a Menorca, a Ibiza, a Cartagena, Sevilla y a Barcelona dentro de la IEE. En las otras confesiones de la Ciudad, unas nos veían como pentecostales, otros como bautistas, otros como Hermanos y la mayoría, para mi enfado, como la “Iglesia de Panete”.

En Barcelona, una Iglesia de la IEE requirió mi presencia y apoyo para unos bautismos. La pastora me invitó y gustoso acudí. El presidente de la Iglesia Catalana me cito para pedirme que no participara en este acto bautismal de inmersión. Le contesté que yo estaba allí para ministrar bajo la autoridad de la pastora de la iglesia, que me había invitado a este acto.

En esta Iglesia había miembros que tenían la convicción de esta clase de bautismo, y así deseaban ser bautizados así. De manera que honramos la Palabra de Dios y la conciencia de los creyentes. Fue un día muy hermoso de Verano en uno de los fríos ríos del Pirineo catalán.

El Ministerio y la Familia. *“Busca primero el Reino de Dios...”*

Siempre intenté conciliar las tres cosas, casa, Iglesia y ministerio; no estoy cierto haberlo logrado. Mi empeño era en no hacer sufrir a nadie más allá de lo inevitable.



Ni mis esfuerzos por santificar los lunes, reservados exclusivamente para la casa, mujer e hijos, ni la decisión firme con la que me negaba a tomar compromisos de ministerio en los meses de vacaciones, me parecían suficientes para guardar el orden de prioridades. Dios,

familia, iglesia.

Por otro lado, trataba de compensar mi plena dedicación al ministerio pastoral con incentivos para la familia, como viajes y excursiones que ayudasen mantenernos en un equilibrio sano de convivencia familiar.

Agradecemos que el Señor nos haya concedido el privilegio de visitar cada año a nuestras familias en la Península, muy distantes una de la otra. Así que nos teníamos que repartir entre Aragón y Galicia. Suponía cruzar de Mallorca a Aragón y de Huesca a Galicia. Era toda una aventura, nos costaba ánimo y dinero. Ahorrábamos durante todo el año para estos viajes. Para no pagar hoteles procurábamos hacerlo en el mismo día. Lo logramos, más siempre llegábamos extenuados. Más vivir la Familia valía la pena.

En uno de los viajes, cuando ya anhelábamos llegar cuanto antes, en Astorga tuvimos un percance con la omnipresente guardia civil de tráfico. Coincidimos en una gasolinera con una pareja de la guardia civil. Cuando solicité ser servido, el guardia intentó pasar delante de mí, sin más. No se lo permití le dije al guardia, lo siento tenemos prisa en llegar y nuestros niños están muy cansados. No había evidencia de servicio de urgencia, querían simplemente repostar primeros sin guardar turno. Se quedaron un poco sorprendidos y sin respuesta, un poco mosqueados, por no ceder a lo que yo creí era una imposición abusiva de la autoridad.

Al salir, ya repostado y ellos también, me adelantan pidiéndome el paso, Se lo cedo, y más adelante, me dan el alto para entregarme una papeleta de multa. Me dijeron que la sanción era por no haberles cedido el paso encendiendo previamente el intermitente de la derecha. No quise aumentar la tensión, cogí la papeleta y, más tarde, la recurrí argumentando con razones claras; me retiraron la denuncia.

Volver a ver de nuevo a la familia y revivir las raíces valía la pena, aun cuando teníamos que pasar por todas las incomodidades, con los coches y las carreteras de aquellos tiempos. Nos desequilibraba el presupuesto pero, llegados al final de los viajes, el relax en los Pirineos, las playas, y valles frescos de Galicia, nos compensaban del todo. Apenas podíamos ahorrar, más, lo que valía sobre todo, eran los recuerdos imborrables que hacían familia y la mantenían unida.

El viaje de estudios de Becky lo hicimos juntos. Le habíamos prometido un viaje bonito, diseñamos un viaje periplo por capitales de Europa, que logramos hacer en un R5 que resistió todos los kilómetros sin averías.

Comenzamos por Francia, Alemania y Suiza, pasando por Austria y, por fin alcanzamos Praga. Pernoctábamos en tienda de campaña. Teníamos todo bien organizado, mientras Marcos y Celia preparaban la comida o cena; Becky y yo nos encargábamos de desplegar la tienda. Al final dormíamos a pierna suelta tras largos tramos de recorrido.

En la antigua Yugoslavia pudimos apreciar el retraso social y político, con las carreteras, las casas y las tiendas como en los tiempos de la postguerra en España.

Praga nos pareció bonita pero el descuido urbano era evidente. Se carecía de todo, el jamón de york no se parecía en nada a jamón ni a york. Nos pusimos en una larga cola para comprar un helado y después mucha espera, nos dijeron que se les había acabado.

En el camping dormimos muy desconfiados porque al lado vimos a unos tíos que tenían muy mala pinta con una bandera de Eta en su tienda. Tampoco había mucha amabilidad e instalaciones en el Camping. Estuvimos tres días y comenzamos el regreso.

Debíamos encontrar la entrada a Berlín desde una autopista. Tomamos una salida y vimos que no conducía al Berlin Oeste, nuestro destino. Al parar, y dar un poco de marcha atrás vino la poli y nos puso una multa. No teníamos dinero suficiente y querían que pagáramos en dólares.

Explicamos que veníamos de España, que solo teníamos pesetas. Al final nos dijeron pasar.

Al cruzar la frontera, el guardia nos dio el alto, con cara de pocos amigos porque nos habíamos pasado un pelín de la raya fronteriza. Nos pidieron la documentación y revisaron el equipaje. La radio estaba en marcha un poco fuerte y me pidió que la pusiera más floja. Le pido a Marcos que la ponga más floja; floja, floja y “fluchen”, suenan parecido en alemán, que quiere decir “maldito”. El guardia lo tomó a mal y le tuve que explicar que flojo en español significaba suave. Se quedó con cara de sospecha, así mismo nos permitió pasar la frontera de mala gana. Tuvimos que circular bastante hacia el oeste hasta alcanzar la autopista a Berlín, a donde llegamos, respirando tranquilos, fuera de la opresión de aquel País tras el telón de acero.

En Berlín, Stéphan Paasch, hijo de mi buen hermano Paul nos esperaba contento de vernos de nuevo. Había vivido un tiempo en nuestra casa de Palma.

Los días en Berlín fueron magníficos, estábamos como en casa y comprobábamos el gran contraste de los dos mundos Este y Oeste. Pude enseñar a mi familia los lugares donde había estado cuando estudiaba en Alemania.

Berlín es muy bello con muchos parques con canales, lagos. Se dice que es un pueblo rodeado de muchas aldeas; son los barrios famosos que le dan un aire rural y pintoresco, entre bosques y praderas inmensas. Las comunicaciones son muy eficaces, tranvías, trenes elevados más rápidos, que unen los barrios, además está el metro en el subsuelo.

El muro parecía como una soga que intentaba asfixiar la vida de los berlineses libres, un intento fallido hasta que cayó el muro para la alegría de los dos lados. Los alemanes del oeste habían acumulado muchos de los escombros de la ciudad destruida en una zona; formaron una gran montaña y construyeron sobre ella un fabuloso Planetarium. Lo disfrutamos de buena gana.

De regreso a Alemania del oeste, nos recibió el buen hermano Paasch, en un pueblecito en el que era el pastor de varias comunidades evangélicas luteranas. Nos permitió extender las colchonetas en el salón de cultos. Nunca habíamos dormido en una capilla presidida por un enorme crucifijo que dominaba la sala.

Paul nos mostró por varios días la zona en donde vivía, desde donde atendía a muchos grupos de creyentes evangélicos tras el telón de acero, con la ayuda social oportuna de productos comestibles, café, azúcar y otros productos imposibles de obtener en el este del País.

Otro viaje inolvidable para los cuatro miembros de familia, que resultó inolvidable, fue un **viaje a Italia**. Habíamos recibido una invitación para pasar unos días de descanso en Casa Locarno, una residencia para pastores con pocos recursos. Nos parecía un lujo poder estar allí y hacer excursiones por el lago Como y cruzarlo, hasta una de las villas italianas en sus orillas, ver sus mercadillos turísticos y comprar algún recuerdo de la zona. La vuelta fue por Milán, Venecia y la República de San Marino, cruzando hasta Roma.

En Venecia el Camping era inhóspito, mosquitos y mosquitos molestísimos. Desde allí nos desplazábamos en autobús a la Ciudad, que a todos nos gustó de veras.

Una ciudad tan distinta y particular que es necesario volver y volver, para poder abarcar todas sus dimensiones en arte, historia y arquitectura. Lástima que al segundo día nos entraron a robar en la tienda y nos quedamos sin dinero. Sin la posibilidad de pasear en góndola y sin la alegría necesaria para apurar tanta belleza.

Pasó que, una noche, al regresar de la Ciudad cansados nos fuimos prácticamente a dormir después de comer, en una noche de mucho viento. Los chopos rugían, las cuerdas de la tienda se tensaban y lámpara de gas se mantenía a duras penas. De pronto en medio de la oscuridad oímos un grito muy fuerte y nos quedamos en suspense por un momento. Luego silencio y al final nos dormimos.

A la mañana siguiente Celia se llevó el gran susto al ver que había un rasgón en la tienda y su bolso que había dejado sobre la mesa abierto, sin su dinero.

Tuvimos que poner en marcha un plan de austeridad para poder sobrevivir con unos talones de viaje que llevábamos de reserva. Los administradores del Camping se encogieron de hombros y no admitieron ninguna responsabilidad, sin ningún ánimo de querer ayudar.

Nos acercamos a la comisaría de policía, entramos en el patio del aparcamiento a denunciar el robo. La policía sorprendida, antes de escucharnos nos preguntaban extrañados cómo habíamos podido entrar

en sus estancias sin dispararse la alarma. Cuando les dijimos a lo que íbamos, tomaron nota, sin darle mucha importancia, y nos dijeron que seguirían el caso y ya se nos avisaría. No supimos nada más, ni se personaron en el Camping. Al parecer, esto era tan frecuente entre los turistas de Venecia que ya ni se molestaban.

Empezaron las gestiones para lograr el dinero necesario y poder seguir nuestro periplo turístico. Llamamos a nuestro Banco en Palma, por si pudieran enviarnos algún dinero por vía urgente. Al final nos tuvimos que ceñir a nuestros dólares, hasta que llegamos a la frontera española.

Pudimos arribar al fin a Roma,. En la capital del Lazio hicimos camping en unas instalaciones magníficas y en un tiempo cálido agradable bajo los pinos preciosos de las colinas romanas. Allí disfrutamos viendo al aire libre la película Rock “Jesucristo Superstar”, un buen título para una gran ciudad.

Del Vaticano no recuerdo nada que nos hubiera impresionado. Todo era previsible. Por fin podíamos ver la Capilla Sixtina, la Piedad de Miguel Ángel, la imagen de San Pedro sentado en su cátedra; mucho arte, mucha religiosidad y poca espiritualidad.

Estando a la cola en la Cafetería del Vaticano, para recoger nuestra comida, me sorprendió ver la gran bronca que le dio un maitre a una pobre camarera, a la que se le cayó ruidosamente una bandeja llena de cubiertos.

Regresamos por **Pisa**. También hicimos una acampada en una zona muy bien cuidada con zonas verdes y buenas instalaciones. Montamos la tienda tranquilamente y, cuando nos disponíamos a dormir, unos mozalbetes, que parecían ingleses por su vocabulario. Entre risas y risas que evidenciaban estar borrachos no nos dejaron dormir. Bebieron, mearon y descomieron al ladito mismo de nuestra tienda. Enseguida notamos un olor a “brithis merdé”. Me levanté enojado y les eché la gran bronca en inglés. Nunca lo había hablado tan fluido; se ve que me entendieron, y no les oímos más en toda la noche.

Arribamos a la Costa Azul. Recuerdo que en Mónaco no teníamos dinero, ni siquiera para ir al servicio, ya que en este Principado regido todo por el dinero no hay baño público en el que puedas entrar sin pagar.

En Marsella nos tuvimos que contentar con oler los buenos aromas de las bullabesas famosas y ricas que ofrecían los restaurantes a nuestro pasar por el puerto.

Cuando arribamos a la Costa brava, una vez repuestos de dinero, nos pusimos las botas comiendo una rica paella con la que celebramos el regreso feliz después de nuestras aventuras turísticas.

Nuestra hija se casa. *“Heredad del Señor son los hijos...”*

Aún con todo lo que estaba pasando, pude felizmente, ver a mi hija Rebeca uniendo su vida con un buen mozo, Víctor, un buen músico y una gran persona. Todos pensaban que yo iba a ser el pastor, que iba a presidir y sellar la ceremonia de bodas. Dios me dijo: Tu rol ahora es el de padre, más que pastor. Acompañé a mi hija al frente del Presbiterio y lo hice feliz disfrutando, encantado llevando a mi hija del brazo.

Orgullosa, la acompañé hasta el altar de la consagración de su matrimonio. Me agradó que predicase, en esta ocasión, el Presidente del Presbiterio Indalecio hijo, que había sido también el maestro de Escuela Dominical de Rebeca. El pastor Paco Guerra se esforzó en hacer una ceremonia digna del acontecimiento.

Tras la boda y el banquete de la misma, en el Paseo Marítimo se desató una borrasca de truenos relámpagos y lluvia torrencial. Me calé hasta los huesos cuando tuve que acompañar a mis hermanas a nuestra casa. El traje de bodas, zapatos y todo estaban encharcados. Me cambié y regresé al hotel de la boda de nuevo cuando ya la gente se retiraba. Este día quedó bien señalado en mi recuerdo, fue como un oasis en medio de la tormenta por la que estaba pasando a nivel ministerial. Menos mal podía seguir cantando bajo la lluvia.

En este tiempo también cambiamos nuestro domicilio. Pasamos de la casa pastoral a un pisito en la parte alta de la ciudad, con una buena vista a la Sierra de Tramuntana y muchos árboles enfrente de la terraza de nuestro cuarto piso. El traslado, cambio, y la instalación me distrajeran de los acontecimientos en la Iglesia.

Mi suegra, la señora Damiana. *“Sagrado es el amor...”*

Mi suegra, fue una esforzada aragonesa, muy refranera desde la mañana a la noche, también lectora constante de la Biblia. Aprendí mucho de la ortopraxis cristiana con ella. Rompió el tópico de todo lo malo que se podía decir de las suegras.

Vivió en nuestra casa tras quedarse viuda, alcanzó la edad de 99 y pico de años. Para mí fue un constante desafío al amor. Se le notaba que yo no era santo de su devoción. Decía de mí que era como un pegote en su familia, así como el asa pegada a la taza. Convivimos muchos años en armonía. Celia era la que mediaba en sus críticas hacia mí y mi ministerio.

Desde niña mi suegra fue criada para el trabajo. Una hermana que la conoció bien le llamaba la "Hormiguita atómica". Nunca estaba parada, la ociosidad era para ella como un pecado. El lema de la familia que ella siempre transmitió a sus hijos y a mí, era: "El que poco pueda que no pare" Pues Señor, en nuestra casa no paraba nadie, ni ella, ni la hija, ni los hijos ni yo. La recuerdo leyendo constantemente la Biblia y la observaba como, a veces se paraba, ponía los ojos en blanco y mirando al cielo suspiraba, para luego seguir leyendo. Fue sabia en las cosas de la vida. Nada tenía que enseñarle. Decía siempre, para saber, viajar o leer.

He pensado en más de una ocasión la razón del rechazo que sentía contra mí. Ella había sido pastora encargada de los ovejitas recién paridas. Me imaginaba con qué delicadeza y cariño las habrá cuidado. Muy distinto si lo comparaba con mi pastoreo y trato a los creyentes, ovejas a las que, evidentemente, a su juicio, yo no cuidaba con la solicitud con la que ella había tenido por sus corderillos.

Al regreso de enterrar a mi madre, no disponía de llaves del piso, llamé a la puerta; Me abrió mi suegra, la señora Damiana. Al verla, de inmediato el Señor me dijo: "Desde ahora, ella será tu madre". Así fue como la traté hasta que tuve el privilegio, como si fuera su propio hijo, de cerrar sus ojos al fallecer.

El Viejo Molino se pone en marcha. *“Llena nuestras almas...”*



El Plan “Mallorca para Cristo” iba a emprender un camino de no retorno para la Iglesia. De forma inesperada, comenzó en el espacio de un viejo molino, que ahora, comenzó a ser movido por el viento del Espíritu y aportó fuerzas a la acción misionera y evangelizadora de la Iglesia.

Para darle estructura al Programa misionero había que formar obreros dispuestos a llevarlo a cabo. Tuvimos la inspiración de crear un club que no tuviera un sabor religioso y que atrajese a la gente joven; un café-bar al que llamamos “El Molino”, centro de operaciones del Club Andreas.

El club consistía evangelizar de una forma muy sencilla para poder echar la red y “pescar hombres”; “Andreas halló a su hermano Simón y le dijo: Hemos hallado al Cristo, y lo trajeron a Jesús “. Juan 1.41.

Llevar a Jesús a la gente, esto era todo, nada de teología, doctrinas ni sermones. Creíamos que llevando a la gente a Jesús, Él se encargaría del resto. Un encuentro entre los jóvenes y el Maestro era lo que debíamos propiciar.

Los jóvenes se empezaron a reunir para preparar la Campaña de Verano, en el mes de Junio. La prioridad era la oración y el rearme espiritual. Recordábamos que Jesús les dijo: “No os mováis de Jerusalén hasta que seáis investidos del poder de lo alto”.

Buscábamos eso mismo, el poder para arrancar. Comenzamos a sentir en nuestras reuniones de preparación el calor de la presencia del Espíritu de Dios. Los jóvenes se emocionaban y empezaban a tomarle gusto a estas reuniones tan animadas. Empezamos a cantar a base de guitarra, coritos de avivamiento que intercalábamos con oración, compartiendo la Palabra, tal como el Señor nos hablaba. La guitarra era la eterna compañera para todos los actos de preparación e inspiración.

En el solar de nuestro Templo disponíamos de viejo molino de viento deshabitado hacía ya muchos años. Decidimos acondicionarlo para el centro del “Club Andreas”. Lo blanqueamos y dispusimos varias estancias con departamentos interiores en forma de un café- bar con veladores y sillas.

También preparamos una pequeña capilla para la oración y la meditación, presidida por un enorme póster que mostraba una mano dentro de un círculo con el índice levantado apuntando al cielo que decía; “One Way” Un Camino, Dirección Única: Solo Jesús, ese era nuestro lema. También instalamos una cocina y una nevera para ofrecer refrescos, cafés y té. Los jóvenes estaban entusiasmados con estos preparativos.

Faltaban las personas. Así que nos preparamos para salir a invitarlas por las calles, desde la Barriada de Santa Catalina llegando incluso hasta el Borne, repartiendo folletos e invitaciones.

La apertura fue un éxito de asistencia, entre curiosos y creyentes de la Iglesia. Pronto se dieron las primeras decisiones por Cristo en medio de las reuniones cantando con gran entusiasmo a la guitarra coritos y porciones de la Escritura.

Noche tras noche, venía gente nueva, mayormente jóvenes, que se convertían dando lugar a fiesta y parabienes. Los guitarristas no paraban y las bendiciones se prolongaban hasta tarde, en la media noche.

Sucedía, de vez en cuando, que los jóvenes acompañaban al puerto a los recién convertidos que regresaban a la Península, quedándose hasta la partida de los barcos Correos, cantando, dando testimonio y repartiendo folletos e invitaciones a la gente que escuchaba, sorprendida por tanta alegría.

Los jóvenes se repartían en grupos de trabajo, cada uno tenía una labor y un lugar en donde desarrollarla. El Molino y el Club Andreas era un semillero de jóvenes que ya despuntaban ser promesas de futuros líderes.

Los nuevos convertidos que venían, deseaban ser bautizados tal como hacían los creyentes, según leían en las páginas de Los Hechos de los Apóstoles.

Tuvimos que decidir construir un pequeño bautisterio en el patio del Molino donde se bautizaron los nuevos creyentes. En un solo verano llegamos a ver cómo más de cincuenta jóvenes, muchos peninsulares, que habían venido a Mallorca a trabajar en los hoteles.

Más adelante comenzamos a bautizar en las preciosas playas de Mallorca, llenas de turistas. Bañistas mujeres que lucían sus pechos en las playas, se tapaban, avergonzadas de verse con esa facha en un acto en el que ellas mismas se veían muy irreverentes ante la misma presencia de Dios.

Nuestro avivamiento también contagio a los marines del Forrestal y el Saratoga, dos portaviones que arribaron a nuestras costas mallorquinas. Algunos se convirtieron y nos pidieron permiso para hacer retiros en los locales de la Iglesia, que ocuparon varios fines de semana.

Recuerdo un bautismo de unos marines norteamericanos de un portaviones fondeado en la bahía. Pidieron ser bautizados en aguas del Mediterráneo, antes de partir esa madrugada de Mallorca, donde se habían convertido.

Este ambiente de vida nueva, contagió también a una buena parte de la Iglesia, jóvenes y mayores que comenzaron a asistir a las reuniones de oración en el Templo, al lado del Molino. Fueron noches gloriosas de sanidad, con liberaciones de demonios y ataduras a drogas y otros vicios.

Con el templo lleno de gente, que buscaba más intensamente a Dios, en un marco más libre que en los habituales cultos, vivimos noches de avivamiento emocionantes. Había gente de rodillas, tendidas en el suelo, llorando, adorando, alabando y hablando lenguas en la Presencia de Dios.

Yo ministraba de una persona a otra, unas veces consolando, otras exhortando y no a pocas, animando a seguir esperando en fe la visitación del Señor. También tuve que echar fuera a curiosos que deseaban ver lo que allí estaba pasando; decían que el rostro de los que estaban orando resplandecía y se les veía muy transformados; que la presencia de Dios era muy evidente en aquel ambiente espiritual.

En uno de los muchos cultos de avivamiento se sintió una presencia del Señor tan poderosa, que todos cayeron al suelo, incluso los que estaban en los pasillos laterales y los lavabos. Algo insólito, sorprendente para todos, yo el primero. Pasarían varios años hasta que pudimos oír que algo semejante estaba sucediendo en otras partes del Pueblo evangélico en España y otros países.

En una noche de oración, cuando estaba en el piso de mi casa, situado sobre el Templo, con mi hijo en brazos, tomándome un bocadillo. Me vino a ver un joven recién convertido, diciéndome que tenía dificultades para orar y respirar, cuando se disponía a buscar al Señor. Le dije que podría ser una opresión diabólica y, de pronto comenzó a gritar, diciéndome entre apurados sollozos, que en ese mismo momento le vino el recuerdo de haber entregado un día su alma a Satanás, a cambio de recibir más poder sexual en sus aventuras con las mujeres. Me echó mano al cuello, parecía como si quisiera ahogarme. Me defendí como pude; mi hijo, a mi

lado, lloraba sin parar, entonces clamé al Señor implorando su ayuda. De pronto el joven salió escaleras abajo saltando de alegría, gritando ¡Aleluya, aleluya, estoy liberado!

En adelante mi ministerio creció en autoridad ampliado al mundo de los espíritus insumisos. Fueron muchos los casos en los que tuvimos que intervenir en éstas áreas de la vida espiritual. Hasta esos días nunca había tenido que resistir al enemigo tan a menudo y echar mano del consejo del apóstol Santiago. “Resistid al diablo y huirá...”

El siguiente caso que se me presentó tenía que ver con una joven que había estado envuelta en brujería. Se mostraba rebelde entre los jóvenes del Molino y tuvimos necesidad de confrontarle en sus desplantes y provocaciones. La citamos y decidimos liberarla de sus demonios con el poder de Dios, que no eran pocos. Nada más empezar a orar se lanzó contra mí intentando patearme en mis partes. Se resistía con fuerza y empezó a correr como un reptil entre los bancos del templo. La sujetamos fuertemente y, al fin y quedó exhausta y liberada y alabando a Dios.

Esta misma joven fue usada por Dios para enseñarme una lección que tenía pendiente, una de esas pequeñas cosas en la vida cotidiana que sin embargo debilitan la vida espiritual.

La chica trabajaba en nuestra casa como doméstica. Un día buscando sin éxito mis pantuflas debajo de la cama. Las vi al fondo y me arrodillé para poder alcanzarlas, En ese instante recibí una reprimenda de parte del Señor; Lo primero, me dijo, aprende a doblar tus rodillas por tu hermana, y, segundo: No te vendría mal aplicarte a hacerte tú mismo la cama, no te van a caer los anillos. Nunca olvidaré este día en el que aprendí a tener en cuenta las cosas pequeñas que pueden arruinar nuestra vida. Pedro, le dijo el Ángel, tras un gran milagro, no corras tanto, átate primero tus sandalias.

Enteradas algunas personas de las cosas poderosas que estaban pasando entre nosotros en el área de las potestades intermedias, nos buscaban para ayudar a personas que sufría de opresiones y posesiones diabólicas.

Vinieron pidiéndonos ayuda, una pareja de extranjeros residentes, el belga y ella suiza. Nos preguntan, si podíamos pasar a su casa donde les estaban pasando cosas extrañas, que les daban miedo.

Un día habían encontrado su cama con un gran manchón de sangre. Pensando que se trataba de una brujería, tomaron un crucifijo y lo

pusieron contra la sangre. El crucifijo metálico se dobló y quedaron espantados.

Oyeron de nosotros, y del Molino y vinieron una noche, compartiendo sus temores y rogándonos que fuéramos a orar a su casa. Pudimos discernir que era un ataque de vudú por parte de un vecino que enamorado de la esposa intentaba arruinar el matrimonio con malas intenciones.

Les comunicamos lo que estaba pasando y oramos por la pareja, aconsejándoles que se convirtieran al Señor, el único cuyo poder que podría preservarlos del maligno. Los ataques cesaron pero se mudaron de casa para evitar esta suerte de conflictos.



lenguas.

Con todas estas movidas espirituales una parte de la Iglesia estaba sorprendida, otra escandalizada. Los más tradicionales, como la viuda y madre de los pastores precedentes lo estaba pasando bastante mal viendo los cambios que se estaban dando en la iglesia. Sobre todo en lo que se refería al bautismo de inmersión y las

Tuvimos que consultar a fondo la Biblia para hallar respuestas a lo que estaba pasando. Los Ancianos y el Consejo de la Iglesia decidieron incorporar la práctica del bautismo de adultos por inmersión, abriendo la posibilidad de bautizar a los que lo solicitaran, de acuerdo a su convicción.

Esto ofendía a la tradición metodista. Hubo sus más y sus menos. Sucedió que el comportamiento de los jóvenes y nuevos convertidos era tan impecable que, los padres viendo el entusiasmo de sus hijos, nos pusieron trabas. Ceñidos estrictamente al orden establecido por la Escritura en lo que se refiere a las lenguas y las profecías particulares, pudimos mantener el orden y el rumbo de la Comunidad. Todo acabó redundando en la unidad y el crecimiento de la Iglesia en la doble vertiente de cantidad y calidad.



En este tiempo me enteré, que el párroco de la iglesia católica del barrio supo del avivamiento lo que estaba ocurriendo en nuestra Iglesia. Algunos

vecinos le dijeron al cura que algo pasaba en la iglesia de los protestantes, que se veía tan animada cada noche hasta muy tarde. Informado el Sr. Obispo vino de incognito a nuestro Templo en una de las noches de vigilia de oración, que duraban hasta la madrugada.

Las otras iglesias evangélicas, al saber lo que ocurría en la Iglesia de Murillo, lo interpretaban según sus confesiones. Los pentecostales, decían que lo de las lenguas y sanidades era una cosa más propia de ellos, veían un poco extraño que alguien hablase en lenguas sin ser pentecostal. Los bautistas se alegraban y pensaban que si bautizábamos por inmersión, acabaríamos siendo bautistas como ellos.

Ni lo uno ni lo otro, el mover de Dios entre nosotros, nada tenía que ver con doctrinas y denominaciones, seguimos siendo una Iglesia que solo tenía el deseo de ser cristiana y evangélica, sin “Denominación de Origen”.

Una de mis mayores satisfacciones, en relación con la colaboración y buena sintonía entre las Iglesias evangélicas, fue la organización de una campaña evangelista en la Plaza Mayor de Palma.

Fue posible reunir a todos los evangélicos de la Ciudad. Era una manera de comprobar si la Libertad religiosa prometida por los políticos era real. Se pudo organizar una magnífica Campaña evangelística.

Presidia la Plaza Mayor una gran pancarta que proclamaba “EL VIVE”. Este



fue el lema de cuatro días de Campaña. Todas las Iglesias, incluidos los gitanos, se unieron y salieron a la calle aprovechando el cambio político en España.

Sorprendimos a las autoridades a contrapié. Tras este acto no logramos otra autorización para un acto así, ni siquiera de parte

de los socialistas que se las daban de liberales.

Cuando le pregunté a una teniente de alcalde la razón por la que nos negaban una campaña en la plaza de los Patines, me respondió olímpicamente: Aun cuando la ley de libertad religiosa le ampare, la razón de la prohibición es política. Con todo seguimos insistiendo en las campañas, montando la carpa misionera, recorriendo con ella los barrios de la Ciudad.

Comenzamos plantando la carpa misionera por primera vez la explanada que existía entonces bajo la Catedral, allí se convirtió mi hijo Marcos y otros más, tanto mayores y jóvenes.

Además rodeamos Palma y empezamos a salir a la calle como Jesús manda. De esta manera el crecimiento de la Iglesia estaba asegurado. Nos hicimos visibles y presentes, la luz y la sal empezó a esparcirse por la ciudad. Salimos fuera de las paredes se habían acabado los “ghetos” a los que nos había sometido, por años el régimen intolerante y, por contagio los gobiernos que le siguieron. El Régimen político nacional nos había prohibido la calle y era necesario recuperarla.

Los espacios abiertos, plazas y mercados eran los lugares preferidos por Jesús de Nazaret, el Maestro que, prácticamente nació en la calle, vivió en la calle y murió en la calle. Por calle entendíamos, espacios abiertos y públicos.

Yo nunca era tan feliz como cuando salía con la Iglesia al encuentro de la sociedad en su medio natural, plazas, mercados y ferias. Me causa mucha satisfacción cuando veo que las iglesias le dan la cara al mundo sin miedo, a pesar de la oposición y la burla de la gente.

Cuando nuestro trabajo se incrementó mucho por el crecimiento de la Iglesia, consideré la necesidad que los ancianos debían asumir más competencias pastorales, a fin de que actuaran como ministros a mi lado, con la misma autoridad, responsabilidad y compromiso, en la medida de su tiempo disponible. De meros consejeros pasaron a ser ancianos de la Iglesia y compañeros de Ministerio. Emprendimos una labor de discipulado para toda la Iglesia, que inicialmente dio buenos resultados.

Mi trabajo pasó de ser arduo y duro y solitario para convertirse en un refrigerio espiritual. Los dos avivamientos que tuvimos en la Iglesia, traídos por el Espíritu de Dios, fueron un refrigerio para nosotros y para la Comunidad. Se trataba de tener y retener la vida del Espíritu como el recurso básico para la misión de la Iglesia.

Muerte de Cora. *“Meditad en que hay un Hogar....”*

El fallecimiento de una joven colaboradora entre los jóvenes fue una experiencia muy dura, en medio de ambiente y espíritu misionero que estábamos viviendo en el Molino y centro del Club Andreas.

La joven hermana Cora era una poderosa intercesora en la obra misionera que estaban llevando los jóvenes de la Iglesia. Era voluntaria de Juventud con una Misión que nos apoyaba junto con otros jóvenes de varios países. Había nacido en África del Sur, sus padres eran holandeses.

Cuando los jóvenes salían a las calles a invitar a la gente a acercarse al Molino, “El Único Camino”, ella se quedaba en el Templo orando largos ratos arrodillada, tendida sobre las gradas del templo. La recuerdo ahora, como si la estuviera viendo, en las noches, mientras en el Molino estaba concurrido de gente, dándose decisiones de fe y conversiones, ella seguía intercediendo. Yo creo que sus oraciones movían las aspas del Molino con el viento del Espíritu.

Era recién casada, esperaba un bebé y sufrió complicaciones en los tres primeros meses. Todo se agravó con lo que el médico creía ser una peritonitis aguda. Ante la gravedad, toda la iglesia hizo oración y ayuno. La cosa no mejoraba. Recuerdo que una mañana desde muy temprano sentí una presencia de Dios muy fuerte. Tenía un fuerte espíritu de alabanza. Tuve que hacer una gestión en Correos y me costó cesar de repetir continuamente, aleluyas, y gloria a Dios, cuando la funcionaria me atendía. Pensé que era una señal de sanidad. Me equivoqué. Esa misma tarde partía de nuestro medio. El señor me preparaba para el golpe.

Recuerdo que murió llena de vida y su cuerpo se resistía a rendirse definitivamente. Al fin quedó relajada e inerte. Su marido Frank nos dijo que vio su espíritu volar al cielo. En el mortuorio la vimos preciosa con un espléndido vestido blanco y con su melena como de trigo reluciente, que colgaba fuera del ataúd.

Su entierro fue un evento espiritual y piadoso, miembros de la iglesia, muchos jóvenes, y aún vecinos que se habían enterado estaban emocionados. Las guitarras que acompañaban los coros en el cementerio sonaban gloriosamente. Nos había abandonado un ángel que el Señor nos envió por breve tiempo. Esta dura experiencia nos dio fuerzas para seguir.

A pesar de estas pruebas difíciles de asimilar, nos quedaron ánimos para seguir nuestro trabajo de espíritu misionero.

Pudimos ubicar centros de retiros y estudios en varias zonas de la ciudad. En una calle del Puig de San Pere, tuvimos un centro que pretendió ser una segunda versión del Molino, en una zona antigua de vida nocturna y de ambiente juvenil. No duró mucho tiempo pero allí también pudimos extender y mantener el testimonio en las entrañas de la ciudad vieja.

Pudimos montar otro centro de testimonio y de conferencias en un viejo palacete de la calle que conducía Son Armadans y la Plaza Gomila, cedido por la Comunidad evangélica alemana, Recuerdo una, muy bien asistida por jóvenes, con temas substanciosos y útiles para la vida de la Iglesia. Uno de ellos era sobre la Salud Psicosomática por la Palabra. Una parte fue desarrollada por mí, en lo que concernía a la antropología bíblica y la otra a Gabriel Pujol, un joven psicólogo.

La verdad es que la vida nueva se imponía a los viejos clichés evangélicos. Vivíamos en el filo de la espada, cuidándonos de no caer en el acomodo fácil, eludiendo la inercia de las tradiciones. Esta posición nos permitía ver un futuro de esperanza.

Las reuniones de oración de los jueves fueron las que aportaron el peso y la madurez necesarios. Queríamos lo bueno de lo nuevo sin perder lo bueno de lo viejo. Necesitábamos la coherencia del vino nuevo en el cuero viejo renovado, para evitar rupturas. A unos teníamos que consolar, a otros que moderar. Sobre todo, no queríamos perder la frescura ni la fuerza renovadora de los creyentes en una iglesia renovada.

La mayor oposición vino por una persona muy querida, próxima y muy respetada en la Iglesia, Doña Magdalena, madre y esposa de pastores. Era una mujer con mucha experiencia y conocimiento bíblico muy fiel a las tradiciones metodistas. Lo pasó mal cuando la gente se volcó a nosotros que traíamos una savia nueva a la Comunidad. Tras un culto dominical oímos suspiros arriba en el coro. Era la anciana que se sentía sola viendo como la iglesia respondía a las nuevas estímulos pastorales.

La anciana pastora fue muy dura con Celia. Cuando yo estaba de viaje, subía al piso y se despachaba a gusto criticando nuestro ministerio y mis maneras de pastorear y predicar en la Iglesia. No perdía la ocasión de mostrar su desacuerdo con mi ministerio moviendo su cabeza en sentido negativo cuando me oía predicar.

Una noche en la que los jóvenes estaban orando y cantando con mucho entusiasmo, bajó de su piso, que estaba sobre el Templo y con gran energía echó a todos a la calle. Nos hizo pasar malos ratos, con todo, no le faltó nuestro amor y respeto por encima de todo lo que nos hizo sufrir. Cuando la situación se ponía más aguda, el Consejo proponía sacarla de su pisito, cosa que nunca consentimos.

Doña Magdalena sufría crisis del ritmo cardiaco, pudimos cuidarle con cariño. Disponía de un timbre en la mesita de noche conectado con nuestra casa, para emergencias. Tan pronto sonaba, Celia iba como un relámpago escaleras abajo para atenderla. Pasado, el tiempo su hijo vino de Madrid y se la llevó al Hogar del Sol, donde falleció. Justamente en el lugar donde no hubiera deseado vivir. Fue enterrada en Santa Maria del Camí, en una sepultura propiedad del Hogar del Sol.

Cuando estaban sucediendo cosas insólitas, unas milagrosas y otras no tanto, Iniciamos un estudio bíblico sobre los Hechos de los Apóstoles, con la intención de verificar si lo que vivíamos en la Iglesia estaba de acuerdo con lo que habían vivido los primeros cristianos.

Pasamos todo un año estudiando el Libro de los Hechos comprobando si lo que estábamos experimentando era fiel a la Revelación de Dios, en la Escritura. El resultado, tras el año de escudriñamiento, nos confirmó, culto tras culto que estábamos dentro con la ortodoxia y la ortopraxis del Evangelio.

Se oía decir, la “Iglesia de Panete” es una iglesia muy rara; bautizan por inmersión pero no son Bautistas; hablan en lenguas, más no son Pentecostales, tienen un gobierno de ancianos, pero tampoco son Presbiterianos ni de los Hermanos. ¿Que son los de la Iglesia que pastorea Panete? .Pasaba que lo teníamos claro no queríamos ser otra cosa que no fuera ser “cristianos evangélicos”.

En un momento, preocupados por el crecimiento en cantidad, sin la calidad pertinente y deseable, decidimos introducir el Discipulado sistemático en toda la Comunidad. Se trataba de una formación integral y personalizada en todas las áreas de la vida, de personas y familias. Llegamos a tener diez células de las que más de la mitad funcionaron muy bien hasta cierto tiempo cuando se transformaron en células caseras.

La verdad es que la vida nueva se imponía a los viejos clichés evangélicos. Vivíamos en el filo de la espada, cuidándonos de no caer en el acomodo

fácil, y en la inercia de las tradiciones. Esta posición aunque incómoda nos permitía ver un futuro de esperanza.

Palma y sus misiones. *“Trabajad, trabajad somos siervos...”*

Así como en Logroño, ahora volvía a ver con frecuencia experiencias de conversiones y profesiones de fe de personas que se añadían a la Comunidad; Hasta ahora en Palma, por el momento, se daban más enterramientos de protestantes extranjeros que conversiones. Se trataba de residentes y turistas, ingleses, franceses y alemanes, que nos visitaban a cientos cada año. Los cónsules se encargaban de llamarme solicitando servicios religiosos, mayormente funerarios.

Me resultaba incómodo actuar en casos en los que no conocía al difunto ni a la familia. Muchas veces no había nadie aparte del enterrador y el funcionario del consulado. En todo caso siempre tuve claro que cada uno de estos servicios era una ocasión de proclamar la Resurrección y la Vida en Cristo a los presentes. Los funcionarios de embajada y sepultureros, los únicos oyentes, se quedaban un tanto sorprendidos del mensaje de la salvación en Cristo, que no podían eludir.

Me impresionó el primer entierro de un extranjero inglés en Capdepera. Cuando me llamaron para el entierro, me puse en marcha desde Palma, unos ochenta kilómetros al sureste de la Isla en Capdepera. Cuando llegué a la casa, visité un chalet precioso en una ladera de la colina frente el mar, me encontré con un difunto sobre una mesa vestido con ropas de calle. Al fondo, tras la ventana abierta se veía un mar intensamente azul, como suele ver en el mar de Mediterráneo en un día radiante de sol. No había familiares, solamente yo y la farmacéutica del pueblo. Pensé que la muerte no encajaba en aquel maravilloso entorno y la enmarqué con una predicación sobre la esperanza cristiana.

Entonces tomé carga por personas del mundo protestante, que morían así de solos, sin ningún rastro de fe ni testimonio cristiano. Esto me desafió a la evangelización de protestantes que venían a Mallorca a disfrutar de la Naturaleza, pasando de Dios, el Señor de la Vida. Me propuse contactar con evangelistas y misioneros de Alemania e Inglaterra y convencerlos de que la Isla era un magnífico campo misionero entre los mismos protestantes tradicionales que no conocían la salvación.

Mi memoria alcanza ahora el recuerdo de un misionero británico que se convirtió a Cristo, siendo cantante en Discotecas y Boats nocturnos. Bob Man, este era su nombre, había hecho una fortuna que invirtió, tras su conversión, en un proyecto misionero para salvar a impíos millonarios.

Este misionero, un poco extravagante, se compró una mansión con una impresionante piscina en la costa más cara de Palma. Me invitó a su casa a probar su piscina, y me dio testimonio de cómo se convirtió en un evangelista de millonarios. Fue tras una grave enfermedad que casi le costó su vida. Empezó a frecuentar las reuniones cristianas y tuvo una experiencia de conversión muy carismática.

Me dijo, Panete, no te escandalice el lujo de mi mansión; para ganar a los millonarios para Cristo tengo que vivir a su mismo nivel. Millonarios ganan a millonarios. De otra manera, decía, no me recibirían en sus casas ni en sus reuniones. Fue el primer y único misionero millonario que conocí en mi vida.

Palma significa para muchos, la isla de la evasión, de personas que pretenden dejar atrás sus problemas, morales o mentales, buscando alivio a base de sol, bajo las palmeras, en la playa y con una buena jarra de cerveza fresca.

Recuerdo que me visitó un pastor alemán que vino a mí presentándose como un colega y ofreciéndose a predicar en un culto para holandeses; le cedí el púlpito. Cuando empezó a predicar, no podía parar. Al ver que me acercaba para ver lo que le estaba pasando, se detuvo; Cerré el culto como pude. Al final de todo le pregunté por la causa que le había traído a Palma.

Me dijo, que su psiquiatra, tras una crisis, le recomendó venir al Mediterráneo para relajarse en las playas, las palmeras y el azul del mar. En conclusión el doctor le había enviado a descansar. Así pude descubrir un mal que no podía imaginarme que existiese, que afecta a muchos predicadores, el síndrome del púlpito. Predicadores compulsivos que necesitan ser retroalimentados para sentirse bien.

Kurt Arnold era uno de tantos alemanes que residían en Mallorca trabajando entre los turistas en agencias de viajes. Un día vino a visitarme, me dijo había tenido un hijo hacía meses y, como era protestante, quería hablar con un pastor evangélico para bautizarlo. Le contesté que yo no bautizaba sin tener antes una entrevista con los padres. Le pregunté si era creyente, lo que le pareció absurdo, después de decirme que era protestante, y que se había casado con una protestante, en una iglesia protestante.

No entendía pues mi pregunta. Le dije que su fe era importante para hacer lo que pretendía con su hijo, y que sin ella no iba a agradar a Dios

con ese acto. Honestamente le dije que hablara con un pastor alemán por si estaba dispuesto a bautizar a su hijo sin más. Se fue un poco mosqueado y me dijo que teníamos que hablar más del asunto.

Sucedió que, tras este encuentro y otros muy interesantes, se convirtió a Cristo él y la familia y llegó a ser un gran evangelizador de compañeros de trabajo y otros y muchos colegas alemanes.

Lo recordaré siempre, megáfono en mano, predicando el Evangelio al aire libre, plazas y playas, anunciando las buenas de salvación en inglés, alemán y español y traduciendo mis mensajes a cientos de turistas protestantes.

Yo disfrutaba siempre que le oía testificar con mucha convicción de Cristo en lugares públicos. Fue un magnífico Gedeón y buen compañero de ministerio y colaborador fiel en el Evangelio. Tras las reuniones, muchos extranjeros se acercaban a él para conocer más particularmente de los caminos del Señor.

Recuerdo un suceso que me impresionó mucho. Celebrábamos una reunión de bautismos en una playa de Son Moll, Cala Ratjada. Un grupo de suizos creyentes nos acompañaban en una playa a pleno sol llena de turistas. Algunos hermanos iban a ser bautizados vestidos en túnicas blancas, acercándose al mar entonando cánticos y alabanzas.

Antes de bautizar invoqué la presencia del Señor con mis manos alzadas mirando al cielo. De pronto sentí algo extraño a mis espaldas, un turista borracho y desnudo vino contra mí, con la intención de darme un garrotazo; fue bloqueado y tirado al suelo, por espectadores que se apresuraron a protegerme a tiempo.

La presencia de Dios en esos actos públicos era tan evidente que el adversario que se consideraba el único dueño de la playa no podía soportarlo. Estas confrontaciones con los espíritus insumisos fortalecían más nuestra fe animándonos a seguir evangelizando públicamente con mayor fuerza.

En Sa Pedruscada, lugar cerca de Son Moll y Capdepera, los huéspedes de un hotel lleno de suizos, alucinaban viendo como la piscina se convertía en bautisterio para creyentes que deseaban confirmar su fe con su bautismo. El pastor Werner que les dirigía tuvo la deferencia de invitarme a predicar y participar en tal ocasión. Estaba claro que el plan de ganar a Mallorca

para Cristo se había iniciado con evidencias, también entre los residentes extranjeros.

Un doctor en medicina holandés el Dr. Noë que había sido médico misionero entre los esquimales, ahora jubilado y residente en Paguera, asiduo participante en nuestros cultos, tuvo la inspiración de pintar un cuadro de un Crucificado sobre unos olivos milenarios, famosos en la sierra Tramuntana. La silueta de Cristo que se perfilaba entre los olivos y las montañas era inspiradora, me animaba a ensalzar a Cristo en Mallorca. Este doctor donó muchos de sus cuadros para una exposición benéfica en favor de nuestro Hogar del Sol, la Residencia para ancianos en Santa María.

Capdepera, una Iglesia que revive. “Avívanos Señor...”

El avivamiento también alcanzó la antigua Iglesia de Capdepera. Pero de una manera distinta.

En esta villa de pescadores, con playas preciosas muy próximas, me encontré con una Comunidad muy tradicional, arraigada en las tradiciones metodistas. Habían pasado malos tiempos tras la Guerra Civil. El pastor había tenido que emigrar para evitar ser fusilado. Al parecer, en los inicios de la Obra hubo miembros con tendencia por espiritista.

Es esta pequeña Comunidad fui recibido con mucha amabilidad y respeto. Habían tenido recientemente pastores que duraron poco tiempo, unos por enfermedad, otros por decisiones de los líderes de Madrid. Con todo no se resignaban a carecer de un pastor en la Villa. El caso era que no contaban con suficientes miembros para sostener a un pastor con plena dedicación.

No les hacía mucha gracia ser una iglesia misión de Palma. Les animé a compartir su responsabilidad económica con Ciutat, la capital, mientras no fueran autónomos, cosa que hicieron hasta que pudieron asumir el pertinente presupuesto completo.

Como se había pactado, entretanto me encargaría del pastoreo y cuidado de las dos Iglesias en Mallorca. Esto me suponía un esfuerzo añadido ya que tenía que sujetarme a dos Consejos de Iglesia, cada una con sus particulares inquietudes. No me fue fácil ya que siempre me pedían más presencia en su Pueblo.

Acudía a Capdepera una o dos veces a la semana para atender al culto los domingos a la tarde, y a las reuniones de oración los jueves, cada quince días. Con los años me hice miles de kilómetros ya que entre las dos localidades hay una distancia de unos 80 kilómetros. Los hermanos se alegraban mucho cuando pasábamos algunos fines de semana en la casa de la Iglesia. En esta Comunidad rural vivimos días gloriosos y también muy conflictivos.

En el Pueblo había un ambiente muy hostil hacia los protestantes, tras la confrontación de la guerra civil, cuando se intentó quemar la Iglesia. Los creyentes resistieron dentro clamando a Dios por protección.

Cada quince días, por muchos años hice el recorrido en coche a Capdepera, invierno y verano. Salía el domingo por la tarde de Palma a Manacor y Porto Cristo, siguiendo a Pollensa Pueblo y Playa; cruzando

desde Alcudia y Artá hasta llegar a Capdepera, eran en total unos 150 kilómetros. Con todo me parecían pocos comparado con los que hacía en Castilla La Mancha.

En unos lugares era visita pastoral, en otras un estudio devocional; hasta el culto final de la noche en Capdepera. Cuando, a veces me acompañaban Celia y los niños, llegábamos a Palma bien de noche, cansados y muertos de sueño; mas muy felices, después de un día de haber servido a nuestros queridos hermanos en la parte Este de la Isla.

Intentábamos que el viaje se hiciera más liviano. Cuando se nos acababa el repertorio de coritos, recurríamos a juegos y acertijos; a quien adivinaba primero la próxima señal de tráfico, o cuando venía la próxima curva, a la derecha o a la izquierda. Así se nos hacía el camino más corto. A pesar del cansancio volvíamos a agradecer por el servicio prestado y por el cariño que nos brindaban los hermanos.

Recuerdo con gratitud la desinteresada colaboración de Don Miguel Pascual, alternando conmigo las predicaciones y enseñando. Además, también por la manera fraternal con la que nos recibía en su casa y nos obsequiaba con una merienda. No olvido los sabrosos coloquios teológicos-bíblicos al calor de una chimenea que Don Miguel, no cesaba de alimentar con tarugos de leña, entre “xarrada y xarrada”.

Este hermano tuvo que enfrentarse a las autoridades políticas del Régimen en Palma de Mallorca, cuando los pastores tuvieron que emigrar al ser perseguidos. El Sr. Pascual llegó a estar encerrado en el castillo Bellver por unos días.

Las estadías en Capdepera siempre han sido gratificantes para mi familia. Desde del primer día que llegamos nos recibieron con amabilidad y mucho cariño. Los cultos eran emocionantes y solemnes. La casa pastoral era acogedora y amplia. Dormíamos en una habitación en la parte vieja, subiendo las escaleras al piso, donde dormían los niños. En la parte más antigua, debajo de la habitación matrimonial, una pequeña cocina con chimenea; más abajo todavía tenía un sótano que pudimos acondicionar para reuniones de vigilia y oración.

En este escenario me imaginada a los abuelos Alou y esposa, primeros pastores de la Iglesia. Las reuniones eran muy entrañables ¡Qué noches de oración y avivamiento. El fuego comenzó a arder de nuevo.

Un verano pudimos estar con mis suegros organizando un poco la casa y poniéndola en marcha, limpieza, encalado y reparaciones oportunas. Veo a mi querido suegro Don Antonio Gracia montando una cortina en la puerta de la cocina e intentando juntos podar un viejo limonero que impedía ampliar el patio.

Tras reformas, la casa de la Iglesia quedó en condiciones de acoger a los creyentes de Palma que frecuentemente se desplazaban allí para retiros.

La Iglesia de Capdepera me desafiaba a ejercitar bien mis actuaciones pastorales. En esta la Comunidad había tres tendencias fuertes, con cierta beligerancia entre sí. Una de las tendencias era tradicional metodista desde los orígenes de la Iglesia, que conservaba el culto tradicional, bautismo infantil y clara distinción entre laicos y pastores.

Al principio de mis actuaciones tanto en Palma como en Capdepera, se me exigía revestirme de toga para los cultos, como era habitual en el metodismo. Así que comencé respetando las tradiciones. Me hice el propósito de no cambiar nada que el Señor no cambiase por su poder e iniciativa.

Inesperadamente, en un solemne culto de Santa Cena en Capdepera, un niño de unos seis años salió del lado de su mamá y se acercó a la pila bautismal, que había sobre una pequeña columna, se agarró a la pila poniéndose de puntillas, curioso para ver qué había dentro y la derribó al suelo. La pila era de mármol, se partió en tres trozos. Todos los presentes nos quedamos sin palabras, todos contentos porque al niño no le había pasado nada.

Algunos que no eran partidarios del bautismo infantil se alegraron. Habían sido respetuosos con esta tradición que esperaban cambiase algún día. Lo vieron como un milagro de Dios, que valiéndose de la inocencia de un niño sacó de en medio lo que nadie, ni el pastor, se atrevía a tocar.

Cada uno interpretó el hecho de acuerdo a sus preferencias doctrinales. Las tres tendencias quedaron reflejadas. Yo quedé aliviado porque algunos me pedían que sacara, de una vez la pila de en medio de la capilla. La forma en que ocurrió, fue tan inimaginable, que nadie pudo culpar ni reclamar a nadie por lo que había sucedido.

Había en Capdepera una tendencia pentecostal por la influencia de miembros pentecostales quienes no se decidían a hacerse miembros, si no

había cambios en la Comunidad. Eran una continua oposición y presión sobre el pastor y el Consejo.

La otra tendencia venía por parte de miembros jóvenes que habían sido renovados con vivencias carismáticas, lenguas y sanidades. Fueron los primeros en pedir el bautismo por inmersión y creían que no necesitaban a los hermanos pentecostales para progresar como Iglesia, a la que ya consideraban renovada por el Señor con sus visitaciones en cultos de oración.

Yo sentía que debía pastorear para todos, respetando las tendencias y confiando en que el Señor trajera la unidad por medio de su Espíritu. Entendía a todos, y en todos veía valores dignos que estaban allí para enriquecimiento de la Comunidad, de lo que no debían hacer causa de división.

El haber estudiado teología ecuménica bíblica me facilitaba entender la dialéctica entre los tres grupos. Si hay cuatro Evangelios, no es para que cada evangélico se apropie del suyo preferido. Los cuatro evangelios son las cuatro caras de Cristo y de su Iglesia que quiso que fuese una y polifacética. Así les razonaba, esperando posturas respetuosas.

También en Capdepera prendió el fuego del Espíritu tras muchos años de sestear en el colchón denominacional, el Señor nos visitó por varias noches de vigilia de oración.

La cocina en el sótano de la casa donde vivía el Pastor Alou, volvió a arder. Pudimos vivir noches de avivamiento en retiros acompañados con hermanos que venían de Palma.

Me quedan imborrables recuerdos de aquellos días. Especialmente de un seis de Enero, en pleno Invierno, cuando fueron bautizados varios miembros de la Iglesia de Capdepera en la playa de Cala Agulla. Resultó un acto maravilloso, bajo un cielo de azul intenso sin nubes, a pleno sol y arenas brillantes, sin rastro de turistas. Uno de los bautizados fue el organista, quien tocado por la Palabra de Dios, tuvo el coraje en un culto dominical de salir de detrás del armónium para entregarse al Señor.

Recuerdo una liberación de demonios en la pequeña capilla. Un joven de Palma no pudo soportar la poderosa presencia de Dios. Empezó a gemir y cayó al suelo. La liberación resultó como un laborioso parto. En un momento del proceso, de pronto, desde el suelo, nos solicitaba una tregua con cara de pena. Un hermano entendió que era un engaño para no salir

de su atadura, y seguimos orando sobre él con más fuerza. Hasta que, por fin saltó de alegría proclamando su libertad. ¡Qué gozada ver el poder de Dios de sus hijos sobre los espíritus insumisos! Estos retiros nos daban más fuerza y convicción para predicar el poder que había en el Nombre de Jesús.

Al día siguiente vivimos un retiro en la Curi, en Porto Cristo, que duró hasta la madrugada. Entre coloquios y testimonios sentíamos una agradable presencia de Dios, la Palabra fluía fresca entre todos.

Era un fin de semana de invierno, me levante temprano para reavivar el fuego que había ardido en la reunión toda la noche. Me encontré con rescoldos sobre los que solo tuve que soplar para echar fuera las cenizas, el fuego se reavivó y volvió a arder.

Esta experiencia me llevó al texto de Pablo que le dice a Timoteo: ... “aviva el fuego que hay en ti”, al tiempo sentí que eso era la que necesitábamos nosotros en la iglesia, soplar y echar afuera las cenizas del pasado, aun cuando el día anterior había sido hermoso, todavía había más. Al compartir este pensamiento con los presentes, comenzó de nuevo la fiesta; empezamos a marchar en fila cantando cánticos de victoria en círculo por el salón y pasillos de la casa.

Tras estos retiros volvíamos felices, habiendo vivido estas experiencias; y muy agradecidos a los hermanos Vives, que de forma tan generosa nos cedían su casa de campo.

Inolvidable visita a Felanitx. “ ... hablar en otras lenguas”

Recuerdo haber ido con un grupo de jóvenes de Palma a Felanitx a visitar a una hermana misionera que visitó, con su marido mallorquín, a sus padres muy payeses y vivían en un Barrio de la Ciudad.

La familia Bennasar, así se llamaban, recibían a su hijo después de muchos años tras su emigración a Puerto Rico. Venía casado con una misionera de Puerto Rico, eran muy pentecostales.

Venían muy encendidos en el espíritu por la influencia del ministerio de Yiyi Avila, que estaba pegando fuerte en la Isla. Ya tenía conocimiento de éste hermano, cuyo ministerio revolucionó su pueblo. Hacia campañas multitudinarias y reuniones diarias, muy radical en sus llamamientos. La gente empezó a cambiar, al ver milagros, sanidades y conversiones. Su testimonio era impresionante. Había sido mecánico, pasó del vicio y la delincuencia a ser un predicador que arrastraba. Los cines de la ciudad se quedaron sin gente. Este evangelista con nombre de payaso trastornaba a su pueblo.

En la visita a esta pareja en Felanitx me acompañaban jóvenes de Porto Cristo y Palma. Cuando llegamos a la casa, en el salón estaban los abuelos y padres del hermano que nos había invitado. La esposa misionera nos recibió muy cariñosa agradeciendo la visita.

Cuando ella observó a dos jóvenes minifalderas que me acompañaban, tuvo un subidón de espiritualidad y comenzó, de pronto, a dar un mensaje en lenguas, que luego terminó traduciendo en castellano puro, atacando las escasas faldas de las hermanas jóvenes presentes. Repetía con fuerza, ¡honestidad, honestidad, honestidad! Nos quedamos sin palabras, y pude terminar la visita, al final de la cual me encargaron que siguiera visitando a los abuelos y les enseñara los principios del Evangelio.

Me costó mucho recuperar a los jóvenes de aquel impresionante susto. Los de Porto Cristo no sabían la razón de la actitud de la misionera y no lo tomaron a mal. Prevalecía en ellos un poco de temor reverente por lo que habían oído. Los jóvenes de Palma volvieron escandalizados por el fanatismo que, decían haber visto en la misionera portorriqueña.

Tuve trabajo hasta que pude aclarar lo que había en el fondo de aquella escena, que tenía mucho que ver con la cultura y las formas que los pentecostales habían tomado en aquellas latitudes de América Latina.

Les hice ver, además que cuando se sale del paganismo y oscurantismo, también los evangélicos se radicalizan y se hacen más hostiles al entorno oscurantista. El caso fue que los que allí estuvimos aprendimos a discernir lo bueno de lo malo, con el resultado de que algunos de los testigos que me acompañaron, por contagio se volvieron también radicales.

Un verano en Cala Murada. “... y el Señor los llevó a un lugar aparte...”

Fue algo sorprendentemente la Iglesia recibió una herencia inesperada. El secretario del juzgado de Santany, me llama diciéndome que nuestra Iglesia era heredera de una donación de un escritor alemán que dispuso en su testamento donar su chalet a nuestra iglesia evangélica.

Nos personamos en el juzgado y. efectivamente así era. Tomamos posesión de la casa y la empezamos a usufructuar por un par de años. Celia y yo trabajamos mucho hasta que la pusimos en condicione habitables.

Pasamos allí un verano entero, de Julio hasta finales de Agosto. No olvidaré el tiempo tan bueno que pasamos en aquella villa, que, al fin hasta nos resultó agradable. La tranquilidad de la casa me permitió trabajar duro en una tesis que me encargó la IEE sobre el tema: “El Bautismo, según las Escrituras”. Era un tema un poco difícil, que me desafiaba y comprometía mucho ante mis compañeros pastores.



En la IEE el tema bautismo era muy discutido y cuestionaban nuestras actuaciones en Palma acerca de este tema. Llegue a pensar que me querían meter en un conflicto, ya que se esperaba que demostrase evidencias del bautismo por inmersión. Resultó que el Señor me ayudó enormemente,

tanto que hasta pude quedar bien cuando expuse los resultados en una Pastoral en El Escorial.

Bien documentado y apoyado en textos bíblicos, clásicos sobre el tema y Confesiones de Fe. Defendí la libertad de bautizar con conciencia bíblica ante las diversas praxis bautismales. Exponía que todo bautismo implica una identificación con Cristo, su muerte y resurrección, como se enseña en Romanos 6.3-5.

Llegó el momento de presentar mi tesis en El Escorial, cosa que pude hacer con mucha autoridad, sabiendo que iba apoyado en textos concienzudos y bíblicos. Mis opositores, entre ellos un pastor suizo, se sorprendió de mi exposición y me felicitó.

Cala Murada en Mallorca, el lugar del chalet “heredado”, quedó registrada en mi mente como un verano bien rentable. Los que me criticaban de ser un bautista infiltrado en la IEE quedaron bien sorprendidos.

Hasta el día de hoy lamento no haber podido publicar mis trabajos, bíblico-teológicos: La Tesis de Licenciatura, que perdí en el camino de los traslados, mis escritos acerca del Culto cristiano, la Exégesis, el Apocalipsis y el Bautismo. En todos estos escritos pude exponer mis convicciones de una forma objetiva y ponderada.

Al fin pude recuperar y reescribir mi tesis de licenciatura, que dedico a todos los que aman el estudio riguroso de las Escrituras.

Mis conflictos eclesiales y ministeriales me han hecho crecer en la Gracia y conocimiento de la Revelación de Dios. Puedo afirmar que todo ha sido gracias a quienes me han apoyado, pastores y líderes de las iglesias locales y nacionales.

“La Iglesia según el diseño de Jesús”, este es el título de otro escrito que pude elaborar en el tiempo de crisis con el Presbiterio de la Iglesia local. Los conflictos eclesiales y teológicos, suponían para mí tanto una revisión como una nueva visión del ministerio, desafíos que me ayudaron a profundizar en las verdades fundamentales del Evangelio.

Este escrito eclesiológico fundamental se basa en las palabras de Jesús dichas a Pedro: “Yo edificaré mi Iglesia”. Fue entonces cuando Jesús puso los puntos sobre las íes declarando quién es quién en Su Iglesia; colocando a cada cual en su sitio, a mí el primero. Es una tesis rotunda que no tiene desperdicio, que me afirmó más aún en lo que es la verdadera Iglesia, según el diseño del Maestro.

Escribir acerca de las verdades reveladas calmó mi ánimo, me ayudó a valorar la humildad, también me libró de caer en el terrible enojo de los teólogos, de quienes se decía, desde el tiempo de las antiguas disputas cristológicas: Líbranos Señor de la ira de los teólogos. (“Libéranos Domine, irae teologorum”).

Campaña evangelista en Menorca. “Oh piloto divino...”

La Iglesia hermana de Menorca nos pidió colaborar con ella en una Campaña evangelista, aprovechando las fiestas de San Juan.

Salimos en barco de Palma a Mahón en un Ferry de la Mediterránea, llamado “La Virgen del Pino”. Qué bien me dije, al conocer su nombre, seguro que no nos hundiremos.

Durante la travesía no dormimos, íbamos felices con el entusiasmo de quienes van a una aventura. Recuerdo con mucho agrado a Antonio Toro, un hermano recién convertido, que me inspiraba mucho al verlo, era tan entusiasta por difundir el Evangelio que contagiaba a otros.

En el puente, un marino auxiliar del piloto, hermano en la fe, nos explicaba el recorrido del barco. Muy pocos se quedaron dormidos, entre canticos, oraciones y charradas la noche y la entrada tortuosa de Mahón, nuestro destino, nos pasaron muy rápidas. Pronto avistamos la ciudad.

Pasamos todo el día de San Juan, muy festivo en la Isla, recorriendo la ciudad puerta a puerta, distribuyendo gran cantidad de folletos por las calles. Los menorquines fueron muy amables, en algunas casas se nos invitaba a entrar y tuvimos muchas ocasiones de bendecirlos en el nombre del Señor y orar por su salvación..

Recuerdo que una casa había un enfermo bastante grave y nos pidieron oración, cosa que hicimos muy gustosos. Fue una jornada muy intensa. Cansados al final del día, tomamos el barco de regreso, dando muchas gracias por esa jornada tan buena en la fiesta de San Juan, en Mahón. Desde entonces las iglesias de Mallorca y Menorca establecieron una relación más estrecha.

Nace la primera Iglesia evangélica de Ibiza. “Si el grano no cae...”

Llegó un momento en el que la Iglesia se sintió tan espléndida que resolvió establecer una nueva Iglesia en Ibiza evangélica, sería la primera que se formaba en esta Isla. Doy a Dios la gloria por haber usado a los jóvenes de Palma como herramientas útiles, a mí entre ellos.

Habíamos recibido en Palma una carta de un anciano ibicenco que se había retirado a su pueblo de origen, San Vicente, al Noroeste de la isla de Ibiza.

Un buen día, gracias a la diáfana luz del Mediterráneo, una mañana de sol radiante divisó las montañas de la Tramuntana de Mallorca desde su Isla de Ibiza. Le vino al recuerdo su Iglesia en Barcelona, en donde se había convertido y pensó en las Iglesias de Mallorca, se hizo con nuestra dirección y nos escribió una carta que leímos en el Presbiterio, digna de ser añadida a las páginas de Los Hechos de los Apóstoles. Decía: “Hermanos os ruego que penséis en la gente de Ibiza que no conocen al Señor, pasad y ayudadnos”.

La Iglesia respondió de inmediato. Oramos y preparé un grupo de jóvenes de la iglesia, y partimos para Ibiza. Entre los meses de Julio y Septiembre quedó establecida una pequeña misión formada por gente recién convertida, muchos de ellos eran hippies. Los primeros convertidos fueron los puntales de la Iglesia que se estableció ese verano y aún prevalece hasta hoy. Os podéis imaginar la alegría que me inundó al ver cómo el Señor honraba a jóvenes inexpertos pero resueltos a ir por todas por Cristo y su Iglesia.

Supe que ya se había intentado, por dos veces, establecer una Iglesia en Ibiza desde Valencia y Alicante, sin ningún resultado duradero. Ibiza era una ciudad plagada de espiritistas y médiums que actuaban dominando a la gente religiosa y supersticiosa.

La verdad es que la misión en esa Isla era harto difícil. Para poder avanzar era menester invocar el poder de Dios a cada paso, nada más bajar del barco. Los demonios se habían establecido a placer en un territorio plagado de espiritistas y de hippies que vivían a su placer, tirados a la bartola sobre las playas, dándose al sol, a las drogas y al sexo.

El Evangelio fue ganando terreno paso a paso. Recuerdo que nos invitaron a ir a una finca payesa en lo alto de un cerro donde vivía uno de los médiums más visitados por los espiritistas.

Cuando llegamos, nos recibió la hermana, una típica ibicenca con falda y velo negros, con una trenza que le sobresalía por la espalda bajo el pañuelo. Le pedimos que llamara a su hermano y lo trajera afuera.

Estaba en la parte más oscura y profunda de la casa. Tardó en salir, lo hizo muy lentamente con mucha desconfianza. Lo tomé de la mano y le animé a caminar, lo hizo muy encorvado, gimiendo y con temor. Cuando veía una raíz en el suelo intentaba no pisarla y daba un rodeo hablando de alguien en tercera persona.

La hermana nos dijo que era muy bueno y que tenía mucha gente que lo buscaba para recibir sus favores. Supimos que eran los espiritistas que se aprovechaban de él usándolo como espíritu mediador.

Desde el inicio de nuestra visita la hermana temía una confrontación. Un hermano de la Iglesia que vino conmigo para curiosar, no estaba en condiciones de vivir esa experiencia de liberación que, imaginaba sería muy fuerte, opté por dar por terminada la visita. Era necesario más ayuno y oración.

Otra experiencia con los espíritus insumisos la vivimos en Es Caná, cerca de Santa Eulalia del Rio. Otro hermano y yo fuimos a un mercadillo de hippies donde se vendían toda clase de artículos; leían Tarot, las manos y hacían diversos sortilegios.

De pronto un tipo extraño con cara de endemoniado se acerca a mi acompañante y empieza a hablar a su oído una lengua extraña y desagradable. El hermano intentó responderle hablándole en lenguas espirituales. De inmediato reaccioné y pude frenarle a tiempo, le dije: ¡Calla, no mezcles lo santo de Dios con lo de los demonios! Salimos de aquel mercado invocando la protección del Señor

El Barco Logos visita Palma. “ La Nave evangelista boga, boga...”

Fue un acontecimiento extraordinario para las iglesias y la Ciudad. Encajaba perfectamente con mi visión de alcanzar a Mallorca para Cristo.

El tiempo de preparación y la necesidad de que las iglesias trabajaran unidas y las relaciones entre pastores, se vieron enriquecidos con la visita de este barco misionero. La presentación tuvo lugar en el Hotel Palas con gran asistencia de público.

La estrategia de impactar en la ciudad y las iglesias dio buenos resultados y por mucho tiempo permaneció en nuestra memoria.

Los gitanos también se unieron a esta acción misionera. Recuerdo una avivada reunión conjunta para todas las comunidades en el salón mayor del barco. Estaba a tope y la presencia de Dios era evidente. Era una fiesta de aleluyas y glorias a Dios constantes. Al día siguiente me encontré con un par de hermanos gitanos y comentábamos lo sucedido el día anterior en el barco. Nos decíamos uno a otro, anoche todos éramos uno, gitanos y payos, así será en el cielo. Así es, apuntilló el gitanillo, en el cielo todos seremos gitanos.

Entre gitanos y payos. “Nada importa la raza ni el color”

Tengo que hacer mención especial de los hermanitos gitanos que me ayudaron mucho a levantar el ánimo. Me consolaron mucho estos gitanillos, ya que estos estaban al margen de la vida de la Comunidad de Murillo.

Su cariño venía de tiempo atrás, cuando recién llegado a la Isla. Tal como me ocurrió en La Mancha, los hermanitos gitanos me salieron de nuevo al paso buscando ayuda. Uno de ellos jovencito y cojo, le faltaba una pierna, me pidió ayuda para comprar otra ortopédica. No disponía de la cantidad necesaria. Hablé con un misionero sueco y me ayudo, de forma que pudimos encargar la prótesis a su medida.

Muy feliz de mi gestión y compra de la pierna ortopédica, pasé a emocionado entregársela. Me recibió muy contento y sin poder creerlo, al ver su prótesis. Al mes siguiente, cuando volví al solar, sorprendido; ¡¡Vi al gitanillo caminando sin la prótesis, ¡¡ Su pierna artificial destacaba colgada de un almendro!!



Los hermanos gitanos me hicieron pasar por las pruebas que necesitaban para asegurarse de mi cariño hacia ellos. Este consistía en un protocolo extraño más ineludible. La “prueba del tomate” consistía en comerme, sin hacer ascos, un tomate mugriento que debía comer sin pestañear ofrecido por el abuelo jefe de la

tribu que me daba así la bienvenida. Nunca había comido un tomate crudo y sin aliñar. Estaba listo si creía me iba a entrar en el mundo gitano así de rositas.

La otra prueba era la de “la gallina”. Me invitaron a comer gallina asada. Pude comprobar, que había sido asada en un felpudo metálico súper gastado y sucio, de tantos pies que había limpiado. A partir de entonces, pasadas estas rigurosas pruebas, pasé a ser un payo-gitano- más de la tribu.

Santiago Ramón era el encargado de las pruebas. El y su mujer llegaron a ser miembros de la iglesia de Murillo. Los conocí de la mano de un misionero sueco muy atípico llamado Rigo, quien se dio del todo a su servicio, medio social, medio evangélico. Adquirió un solar para ellos, en

los que se criaron más de seis familias. El solar estaba lleno de churumbeles. El sueco convivió con ellos por años como uno más.

La colaboración con Rigo me fue muy grata. Me pidió ayuda para construir un local de culto y enseñanza bíblica. Logré involucrar al grupo de jóvenes de la Iglesia y juntos, gitanos y payos, transformamos un establo de vacas lecheras en una capilla muy coqueta. Las reuniones eran una fiesta. Niños y adultos cantábamos y ... saltábamos hasta que no podíamos más. Aun hoy se acuerdan de estas reuniones los que antes eran niños, ahora ya convertidos en padres, y hasta en abuelos. El hermano Rigo me contó su historia de, cómo se convirtió en misionero entre los gitanos.

Sucedió que viajando por Italia como turista. En las horas más fuerte de sol, en verano buscó refugio en una capilla católica de una aldea italiana. Allí sentado, entre sueño y sueño, abrió los ojos y vio a un niño gitano, desnudo, que caminaba por el pasillo central del templo. El gitanillo se detuvo frente a un gran crucifijo que presidía el altar. Estuvo un rato en silencio, se volvió de nuevo y, cuando pasaba a la altura del hermano Rigo, se detuvo preguntándole: quién es ese, señalando al crucificado. El sueco se quedó mudo, sorprendido por la pregunta del gitanillo, no pudo ni supo dar respuesta.

La pregunta del gitanillo le traspaso la conciencia y se sentía mal y quedó tocado. La imagen del gitanillo desnudo le acompañó el resto de su viaje. La pregunta se repetía y se repetía.... Al fin comprendió que tenía que conocer personalmente a Jesús para poder hablar de él a los gitanos. Vendió lo que tenía en su País, se compró una Rulot y vino a Mallorca buscando a los gitanos para decirles quien era Jesús. Cuando José Maria, hijo del hermano Ramón Santiago, me rogó hacer una asociación de apoyo a los gitanos, me pareció buena idea, y le propuse que esta asociación se llamase “Asociación Gitana Rigo”

Los Gedeones en Mallorca. “Firmes y adelante...”

Como no, también los Gedeones tuvieron su espacio en nuestra Iglesia. La Institución se hizo con los mejores hermanos de la Iglesia, los más celosos y preparados, quienes tuvieron antes que acreditar ser cristianos de negocios y empresas.

Al principio sentía pena no poder contar tanto con ellos. Por otro lado era necesario llevar las Escrituras a los cientos de hoteles de la Isla. Los hermanos formaron un grupo del que me sentí muy orgulloso. Siguieron siendo fieles y responsables en la Iglesia, además no eran ninguna carga para ella. A ellos perteneció Indalecio Aguilar, padre, Kurt Arnold, Javier Díez y Antonio Díaz, entre otros.

Qué pena tuve, cuando me llamó el director de un hospital donde los Gedeones había distribuido cientos de ejemplares del Nuevo Testamento para distribuir en las habitaciones de la clínica y a disposición de enfermos, enfermeras y pacientes. El gerente me dijo, muy rabioso, que retiráramos todos los paquetes de Nuevos Testamentos, si no queríamos que los tirara a la basura. Comprendí que detrás de él, en la sombra, había alguien hostil del inframundo contrario a la semilla de la Palabra de Dios.

El hermano Antonio Díaz, se encargó por largo tiempo de hacer circular por toda la Isla una furgoneta misionera de la Iglesia, a la que llamábamos “Gedeón”, distribuyendo folletos y Escrituras por toda la Isla, apoyando campañas y los énfasis misioneros.

El plan de alcanzar a los mallorquines para el Evangelio de la Gracia abarcaba todos los medios. El Hilo de la Vida era un teléfono, en el que se ofrecía Vida abundante las 24 horas a quienes llamaban, interesándose por ella. Hicimos turnos para poder atenderlo. Los contactos que recibíamos por medio del teléfono y los folletos que ofrecían cursos bíblicos por correspondencia eran visitados personalmente.

No nos fue posible lograr una radio propia en colaboración con otras iglesias de Barcelona. Ya habíamos anticipado una buena suma de dinero. La legislación era tan tortuosa, y prolongada en el tiempo, que nos llevó, a tener que desistir con mucha.

Hasta hace poco pude disfrutar participando en programas de radio y televisivos, Vida FM. La radio y la televisión, son medios, herramientas eficaces de las que debiéramos disponer para la difusión pública del Evangelio de la Gracia.

Los Exploradores del Rey. “Bienaventurados los que lloran...”

No puedo menos de mencionar un aspecto importante de la formación integral de los jóvenes en la vida práctica como cristianos. Esto ocurrió cuando introdujimos en la Iglesia a Los Exploradores del Rey. Era una asociación pensada para niños y adolescentes. Se trataba de involucrarlos y comprometerlos con el mundo de la fe, mediante salida de excursiones, aventuras, escaladas, acampadas y todo un repertorio muy interesante para hacer divertida la vida de nuestros jovencitos. Lástima que no duró mucho tiempo, por una falta de entendimiento entre los líderes.

Tuvimos el privilegio de contar con un magnífico hermano a quien le encargamos el liderazgo, junto con su esposa de nuestros exploradores, Elias Kwik. Un hermano que se había convertido recientemente, aun cuando desde niño había sido criado en el temor de Dios por padres y abuelos.

Este hermano y su esposa no tardaron mucho en comunicarme que deseaban servir al Señor. Le recomendé que se preparase. Le ofrecí ser compañero en mis salidas pastorales; lo tomaba conmigo por la Isla, a visitas misioneras, estudios y conversaciones como un condiscípulo dispuesto a entrar al servicio del Señor.

Elías fue una bendición de Dios por un tiempo, más breve de lo que hubiéramos deseado. El, y su esposa Erika, trabajaron con mucho entusiasmo. Yo mismo estaba tan orgulloso y tan entusiasmado como ellos, cuando los veía salir a vivir sus aventuras cristianas conduciendo a nuestros mozalbetes, entre ellos mis propios hijos.

Lamentablemente se puso enfermo. La cosa era muy grave, un cáncer en el cerebro. Fue irreversible, poco a poco se fue empeorando. Se hizo mucha oración y ruego al Señor pero el Señor tenía otros planes. Recuerdo a Erika que, cantaba canciones muy inspiradas en la iglesia, como lo despedía susurrándole al oído una de las canciones preferidas de su esposo. Ella deseaba también servir al Señor y así fue, pero de manera distinta a la que habíamos planeado.

No mucho tiempo después se casaba con un joven de nuestra querida Iglesia de Ibiza que recién también había quedado viudo. Los caminos del Señor son sorprendentes e inimaginables. No hay cosa más fascinante que vivir de la mano del Señor cruzando caminos impensables, duros difíciles y hasta muy dolorosos.

La obra social en nuestra Iglesia. “Mi espíritu alma y cuerpo...”

La primera Institución que arrancó en la Iglesia de Murillo fue la obra social entre los ancianos. Teníamos gente muy mayor sin futuro asistencial para su vejez. Las mujeres “chaleras” fueron las primeras que se comprometieron a paliar esta necesidad para construir un futuro Hogar de Ancianos. En broma les llamábamos así porque se decidieron tricotar chales preciosos, que se vendían muy bien entre los turistas creyentes que nos visitaban.

Llegaron a recaudar un importante fondo que nos permitió adquirir una residencia, que había sido para niños, en las afueras de Santa María del Camí. Se acondicionó debidamente y pudimos trasladar allí a las primeras ancianitas, entre ellas a María de Valencia y las hermanas Pons, que ya estábamos atendiendo en su propia casa de manera muy precaria. Se llama el Hogar del Sol, un hogar para personas en necesidad.

La señora Niessen era una habitual asistente a nuestros cultos de la calle Murillo. Ella y su esposo eran residente en la Isla desde hacía muchos años. Cuando murió su esposo quiso enterrarlo, según su deseo, en el cementerio parroquial de la Vileta. La viuda vino a verme llorando porque me dijo que, el cura se negaba a dar sepultura a su marido en el cementerio de la villa. Le habían comunicado que por ser su esposo su esposo protestante no estaba legitimado para ser enterrado en un lugar sagrado, como el cementerio católico.

Decidí ir al señor Obispo y transmitirle la decepción de unos buenos vecinos cristianos evangélicos de La Vileta, sorprendidos por esta discriminación tan inhumana. Al fin logré convencerle y autorizó al párroco a ofrecerle sepultura en su cementerio. La viuda agradecida, junto con otros ciudadanos extranjeros apoyaron y colaboraron a la creación del Hogar de ancianos de Santa María.

Teníamos una hermanita en la fe, anciana en la misma Barriada de Santa Catalina, cerca de nuestra Iglesia que frecuentaba a menudo nuestros cultos. Sucedió que al fallecer, su hermano nos llamó de inmediato para que nos ocupáramos de lo pertinente a su enterramiento. Pasé a su casa y tras consolar a su hermano y su nieta, leímos el Salmo 23 y encomendamos su alma al Señor.

Más tarde ocurrió que, a su nieta, muy obstinada contra la fe de la abuela, se le ocurrió llamar al párroco de su Iglesia. Esta, a pesar de que sabía que

la anciana era evangélica y había estado su pastor, tras su fallecimiento le ministró de acuerdo a su fe.

Cuando el hermano de la difunta me cuenta lo sucedido, escribí una carta al Obispado denunciando este hecho intolerante y menospreciativo de la fe y conciencia religiosa. Supe que este sacerdote fue amonestado por su actuación irrespetuosa con otros credos cristianos, al tiempo que advertía en carta circular, a los párrocos de su diócesis, no proceder de forma tan poco ecuménica.

Nova Vida, en Algaida. “La Verdad os hará libres...”

La segunda obra social que pudimos realizar fue una acción en favor de jóvenes dependientes de la heroína tan extendida desde años atrás. Se llamó Nova Vida, una finca en el término de Algaida. Había jóvenes que se convertían y necesitaban un tratamiento adecuado a su adicción mediante la Palabra, la oración y la vida sometida al orden y la disciplina en un lugar adecuados. Los ancianos asumieron este reto y comenzamos a recaudar fondos por todos los medios, bazares, conciertos y donaciones privadas.

Una asociación holandesa que desconocíamos, llamada “Patos Salvajes”, se enteró de nuestro proyecto y necesidad, y nos envió un gran donativo que suponía el resto de lo que nos faltaba para comprar una finca en las afueras de Algaida. Pudimos inaugurarla y abrirla a los adictos y a toda clase de drogas. Le llamamos Nova Vida, era todo un desafío para nuestra Iglesia, además nos convertíamos en los pioneros para ese fin en Palma de Mallorca.

Cuando buscábamos fondos, para el Centro de rehabilitación de drogadictos, recurrimos a la Administración pública. Después de presentar el Proyecto, nos preguntaron cuál iba a ser nuestra terapia. Al responder que nos apoyábamos en la Palabra de Dios, la oración y el trabajo ocupacional, nos despidieron, recomendándonos que pusiéramos los pies en tierra. Más tarde supimos que la Administración se entendió con otra institución de la Iglesia romana, llamado “Proyecto Hombre”.

Grupos de apoyo. “Soportándoos con paciencia...”



Representaron un refuerzo importante dando un impulso a todo lo que era el avance del Evangelio en Mallorca. La Coral, El grupo de Danza y La Banda de música, Es Batzer, la Zarza.

Una de estos, ya estaba en marcha cuando llegamos a Palma, era el **Coro de voces mixtas**. Llegaron a hacer intervenciones de calidad que atraían la asistencia de gente de fuera de la Comunidad, especialmente cuando se celebraban actos solemnes en las diversas fiestas del calendario litúrgico.

Recuerdo que tuve necesidad de intervenir en el área musical, cuando se empezó a competir y a discutir entre amigos de los coritos y los que solo veían bien los clásicos himnos. En el Coro había división de opiniones.

Al Director del Coro, un hermano suizo, se le ocurrió posicionarse en favor de unos y en contra de otros; Tuve que intervenir para cortar la tensión apoyándome en el texto bíblico, en donde se anima a cantar con gracia, tanto coros, como himnos y cánticos espirituales.

La rivalidad se acabó con una feliz decisión del Consejo, en nuestra iglesia; Los coritos no tenían que desplazar a los himnos ni éstos a otras formas de alabar. Así pudimos mantener la riqueza litúrgica de los cultos cantando los Salmos musicalizados, Himnos y los Coritos, un tanto menospreciados. Además pasamos de cantar en las tres dimensiones, desde los pulmones, desde el alma y también en el espíritu. Del cantar pasamos a alabar y aún a adorar en espíritu y en verdad.

Se formó un **grupo de danza** también entre los jóvenes. Las chicas confeccionaron sus vestidos y mantillas de alabanza en colores y aprendieron danzas hebreas y mallorquinas, apoyados por los “Balladors de Lloança”. Era un espectáculo de colorido con el que pudimos viajar hasta Alemania para bailar en un evento evangélico internacional.



Los sábados por la tarde la Iglesia era una fiesta. Desde el piso, en mi casa, disfrutaba viendo y escuchando cómo nuestra iglesia se estaba ejercitando para llevar la alegría de la salvación a la calle.

La creación de la **banda de música Es Batzer**, fue pensada para apoyar el la difusión del Evangelio en las espacios públicos, entonando las preciosas melodías evangélicas y las marchas por calles y plazas de la ciudad y los pueblos.

Sentí un sano orgullo cuando un día pude estar presente y ver nuestra Banda desfilando ante las autoridades civiles, marchando con el estandarte de la zarza ardiendo y tocando con fuerza: “Firmes y adelante huestes de la fe”. ¡Se ganaron el aplauso de las Autoridades!

Mis cinco viajes a Israel. “Canaán, bella Canaán.....”

A causa de mis conocimientos del idioma alemán, tuve el privilegio de hacer cinco viajes de turismo y estudios a Palestina e Israel, entre los años 75 y 85 del siglo pasado.

El entrañable hermano pastor Paasch me invitó, ¡las cinco veces!, a recorrer los países bíblicos colaborando con él en los estudios in situ de los lugares que visitábamos, Biblia en mano.

No se trataba de las habituales peregrinaciones, más bien éramos creyentes estudiantes, amantes de esa tierra bendita de Palestina, que tan buenos recuerdos nos traían ya desde la niñez. Viví días fantásticos en sitios increíbles en donde Yahvéh había vertido la revelación de su voluntad para Israel y el mundo.

La cumbre de cada viaje era la visita de Jerusalem antigua. Se podría decir que era como sumergirse en la historia de siglos atrás.

En mi primer viaje comprobé la tensión que se vivía en este País, a causa de las grandes medidas de seguridad. A pesar de los estrictos controles de los aeropuertos. En el País se supervisaba todo lo que pareciese extraño.

Llevaba un tomavistas y se me ocurrió grabar una ambulancia de la cruz roja. Era la primera vez que veía la estrella de David roja en las ambulancias, en lugar de la clásica cruz. No pasó nada de tiempo, cuando se presentó una patrulla de la policía preguntándome la razón por la que grababa un vehículo militar. Al ver que en mi pasaporte había un sello de la frontera de Marruecos, de cuando había estado en viaje de bodas a Casablanca; Me detuvieron y llevaron a la Comisaria. Tuve que explicar por qué había filmado la ambulancia y la razón de mi viaje a un país árabe.

Cuando supieron que me hospedaba en un hotel de Netanyahu me llevaron allí y comprobaron mi documentación, con la que tenían en el hotel. Me dejaron libre, aun cuando me seguían considerando un sospecho, tenían sus dudas.

En Jerusalén, en el primer viaje nos hospedamos en el corazón de la ciudad vieja, no lejos de la explanada del Templo. Siempre me resultaba corto el tiempo en la vieja Ciudad y, cuando podía, estando cerca, volvía una y otra vez. La ciudad olía a especias. Estaba llena de bazares y vendedores de bebidas y comida. Caminando por sus calles, de vez en cuando mirando a lo alto, a través de tragaluces se veía la luz del día.

A los atardeceres, cuando me era posible, por libre recorría a pie una parte del perímetro de la ciudad vieja, desde la puerta de Damasco hasta el sur, pasando por puerta del Estiércol y del Pescado, al sur de la Ciudad; cruzando la puerta de San Esteban, llegando frente a la puerta Dorada, bien tapiada, frente a la tumba de Absalón y el canal de Ezequias. No perdí ni un rincón de Jerusalén, vista, imaginación y los pasajes bíblicos se agolpaban de continuo en mi mente.

En el espacio del Muro de las Lamentaciones, me mezclé con rabinos y judíos ortodoxos que rezaban bajo sus mantos con filacterias. Se me ocurrió recitar textos de las Escrituras hebreas, que conocía de memoria de cuando era estudiante de hebreo, especialmente del profeta Amós, que había analizado y traducido texto tras texto.

Cuando a viva voz pronuncié en hebreo *“schub elai lemor Yahveh...”*, (venid a mi dice Yahveh), se me echaron encima un par de judíos y me cubrieron rápidamente con un manto de oración, preguntándome si era hebreo. Cuando les dije que era español e hijo de Abraham, según la fe, no según la sangre, me despojaron de todo y se alejaron de mí un tanto mosqueados.

Nunca entendí por qué los judíos ortodoxos lloran nostálgicos por el pasado ante el muro, si saben que el Mesías vendrá cuando menos lo piensan. Las ruinas son signos de la violencia de Roma que quiso sepultar la fe judía. El profeta, ya lo dijo: “no es con espada ni con ejército, si no con mi Espíritu, dice el Señor” Lamentan la destrucción del Templo, sin considerar al bendito Yahvé, el Dios vivo que está en medio de ellos. “In manú El”. (El entre nosotros)

En Jerusalén me informaron que los judíos ultra ortodoxos del Barrio de Mea Shearim, se niegan a ir a rezar ante el muro. Prefieren quedarse en sus casas, porque consideran que el muro ha sido profanado por judíos incrédulos, que fueron allí a rezar después de haber conquistado la ciudad derramando sangre.

Pude contemplar como las mujeres llorando de emoción se abrazaban al catafalco de la tumba de David, hallada próximo al recinto del Aposento Alto. Los niños israelitas juegan en las calles gritando: ¡¡ Viva, viva David, rey de Israel ¡! Los arqueólogos no pudieron encontrar el sepulcro de David hasta que leyeron en los Hechos de los Apóstoles la cita de Pedro en la predicación de Pentecostés, diciendo... y su sepulcro, refiriéndose a David, no está lejos de nosotros. Estaban en el Aposento Alto.

Viaje inolvidable fue el que hicimos los cuatro Antonios de la Iglesia de Palma, Santaella, Sampol, Diaz y Gracia. Alquilamos un par de coches e hicimos un estupendo circuito desde el desierto de Arad en el Neguev, pasando por Jerusalem, y regresando por Jericó a lo largo del Mar Muerto y Qumram; hasta el regreso al Hotel de Arad. En Jerusalén hicimos picnic, cómodamente sentados en frente del Gólgota. ¡Qué experiencia tan inolvidable, Señor!

En el desierto de Arad, ciudad del Neguev nos hospedamos en un moderno hotel. Desde la ventana del hotel divisé una jaima donde vivía un beduino con su familia. Me recordó al Abraham trashumante, e invité a las mujeres de los “Antonios” a acompañarme a visitar a la familia de los árabes trashumantes. Nos pusimos a caminar y comprobamos que lo que nos parecía fácil, no lo era tanto. Nos costó llegar, por las pendientes y las rocas; al fin nos aproximamos a las tres tiendas, una era para los animales, la otra para los niños y la tercera para las mujeres.

Cuando el beduino nos vio salió, detrás de él los niños. Mucho antes de llegar, para que vieran que íbamos en son de paz, les gritamos “shalom, shalom”, repetidamente para que tomaran confianza. Le dijimos, medio en inglés y medio en árabe, que éramos vecinos hospedados en el hotel que se veía sobre la colina. Nos dijeron que eran familiares de jóvenes que trabajaban en el hotel. Obsequiamos a los niños con caramelos y regresamos al hotel, felices de haber hecho una experiencia real, no programada, con beduinos a quienes imaginábamos parientes de Abraham, nuestro padre en la fe.

Hebron y Beerscheba, las ciudades de los Patriarcas me permitieron revivir las escenas que se describen en el Génesis cuando Abraham, Isaac y Jacob se asentaron en varias ocasiones en estos lugares en torno a la primera propiedad que tuvo Abraham para adquirir la sepultura de su querida Sara.

En Hebrón era muy evidente la tensión árabe israelí. Nuestro guía un antiguo comandante del ejército judío, llevaba pistola al cinto. Nos dijo que la ciudad era conflictiva. A los árabes no les hacía nada de gracia que los judíos se adjudicasen la propiedad de sus monumentos históricos, que ellos también veneraban y consideraban tan suyos. Me impresionó la sencillez y la solemnidad que se podía sentir ante las tumbas de Abraham, Sara, Isaac, y Rebeca y Jacob. Pensé que es el único pedazo de tierra que les pertenecía a los judíos por Ley, a parte de las Promesas divinas. Es una tumba comprada por Abraham, propiedad debidamente documentada, antes de las posteriores conquistas por la fuerza.

Muy a lo lejos, nos dijo una guía, se podían distinguir también las instalaciones súper modernas de los reactores nucleares y plantas de producción de energía atómica de Israel, en Dimonah. Un contraste entre lo ancestral y lo moderno; la paz del desierto del Neguev, lugares bucólicos del pastoreo de los Patriarcas, y el clima de guerra fría entre dos pueblos. Los antiguos cananeos, los actuales palestinos y los hebreos, no logran convivir en paz desde tiempos inmemoriales. Siguen velando sus armas. Los únicos piadosos que esperan a Mesías sin espada y sin ejército, son los judíos de del barrio Meha Shearim, en Jerusalem. Me sobrecogí cuando, visitando una sinagoga en su barrio de Jerusalén en la pared de un Bunker-refugio pude leer una pintada que decía ¡¡Judíos fuera !!

Tuve la suerte de poder hacer un pequeño vuelo entre el puerto israelí de Elath y la península de Sinaí. Desde un pequeño aeródromo militar hasta el Monasterio de Santa Catalina viajamos en Jeep a través de profundos y sequísimos torrentes. En este mítico monasterio ortodoxo griego se encontró el famoso códice bíblico del Sinaí. Adquirido por el conde Zizendorf , un rico creyente y piadoso protestante.

Naturalmente la zarza que “ardía y no se consumía” no estaba allí. Nos conformamos con ver innumerables zarzas a las que, solo con la imaginación podríamos imaginar ardiendo. En esta excursión tan fabulosa me acompañaba Elisabeth, la que sería, más tarde la esposa de mi cuñado Antonio Gracia.

Nos mostraron en el subsuelo del convento a cientos de esqueletos, uno de ellos, curiosamente había sido colocado de pie. Decían que era San Esteban el campeón del “maratón de santidad” por haber alcanzado a sobrevivir a mayor altura en el Monte Sinaí, con el mínimo de agua y alimento.

Otros lugares del norte de Israel de grata memoria y estancia, fueron el Mar de Galilea y en la costa mediterránea Cesarea. En Galilea Pude disfrutar de unos días muy relajados y de excursiones por la orilla oriental del Lago, en una embarcación menor, bien engalanada en la que cruzamos el mar de Galilea, cantando himnos y coros cristianos. Un corito que sonaba mucho en el grupo era: “ *Canaán, Canaán, bella Canaán*”, al que se añadían las diversas historias que la Biblia cuenta de los sucesos y milagros protagonizados por Jesús en sus alrededores.

Me encargaron que hiciera un estudio bíblico que describía la historia cuando Pedro intentó y logró, por cierto dar unos pocos pasos, sobre las aguas de ese mar de Tiberias que cruzábamos.

La conclusión a la que llegamos en este estudio fue: “La fe que no arriesga nada, tampoco experimenta nada”. Sólo el que se arriesga puede lograr algo. No hay milagro sin riesgo ni esfuerzo. Sólo unos pasos, ya es mucho; Ni el agua no puede sostener a los incrédulos.

No muy lejos del puerto de Tiberias se encuentra, en medio de un jardín la tumba de Maimónedes, llamado por los judíos, el Segundo Moisés. Un cordobés sefardí, famoso rabino y médico en la Córdoba de la Edad Media, en Marruecos y más tarde Alejandría.

La visita era inevitable para quienes conocíamos la historia del Judaísmo en Sefarad. Había oído tanto de él, que me acerqué a ver su mausoleo. Mi sorpresa fue, al entrar en el recinto del jardín, veo que me sale al paso un santón judío, vestido de larga túnica, ofreciéndome la bendición del “santo Maimónedes”, a cambio de unas monedas. Reaccioné rápido, lo detuve diciéndole que ya tenía bastante con la bendición de Adonai, el Señor y no necesitaba más. Se retiró con cara de pocos amigos, con todo le extendí una dólar y se fue al fin sonriendo, mostrando sus brillante dentadura de oro.

Cruzamos de Jerusalén a Galilea pasando por Samaria. Al salir de la ciudad de Nablus, antigua Sichem, los palestinos nos pincharon las ruedas del autobús. Lo mismo que les sucedía, en los tiempos de Cristo, a los caminantes judíos que osaban cruzar por allí, para ir de Jerusalén al norte, siempre tenían que sufrir percances.

En ese enclave de Nablus fue donde Josué ofreció al Pueblo a tomar una decisión, servir o no a Yahveh: Yo digo que son las primeras elecciones teodemocráticas de la historia, Elegir a Dios, ¡qué privilegio!. “Mi Pueblo, dijo Dios, lo será por propia voluntad”

A causa de la vieja hostilidad entre samaritanos y judíos, éstos, evitaban ir a Galilea por tierras de Samaria. Jesús no quiso rodear esas tierras. Era necesario su paso. De esta manera pudo entregar a la mujer samaritana, sentada cerca del pozo de Jacob, un mensaje trascendente y universal acerca de la verdadera adoración a Dios.

De Cesaréa, ya en la costa mediterránea, me asombraron los gruesos, húmedos y sombríos muros de las mazmorras, en los que tuvo que permanecer Pablo por mucho tiempo, preso y encadenado, esperando un barco que le habría de llevar a Roma ante César.

El Carmelo, Belém y Nazaret, lugares que se podrían dejar de lado, debido al mal gusto con el que rodearon estos lugares con construcciones que ocultan los paisajes naturales de origen. La casa y taller de José de Nazaret

está bajo un enorme de Templo moderno dedicado a la Virgen. En Nazaret de Judea, es mejor salir de las calles de la ciudad, a cielo abierto en el campo, para poder imaginarse los las tierras de pastoreo y sus aldeas de los tiempos de Jesús.

En el Carmelo nos dieron a elegir subir al monte a pie o ir en coche. Por el calor que hacía me decidí por el taxi. Mi sorpresa fue, cuando vi aparecer un impresionante Mercedes que nos llevó en un brete hasta la cumbre. Me dije a mí mismo, si me viera pasar el profeta Elías, pensaría que Yahveh me estaba transportando en uno de sus fabulosos carros de fuego.

En la cumbre nos encontramos con un viejo Convento en donde, simplemente nos contaron la vieja y conocida historia de Elías, en su encuentro con los profetas de Baal, gracias a la que ellos podían ahora sobrevivir en esa cima. Comimos en la cumbre y bajamos de nuevo disfrutando de la maravillosa técnica de la industria alemana, el milagro alemán.

Massada y Qumram son impresionantes testigos del fin de la nación israelita, en sus vertientes religiosas y política.

Con el Mar Muerto de fondo teniendo al este, Qumram y Massada, nos encontramos con los vestigios del último intento de supervivencia de una Nación. Son enclaves donde agonizó Israel antes de su gran Diáspora. Son la versión ruinoso e imposible del idealismo judío, el sueño roto de una gran Sión.

De las profundidades de las cuevas de Qumram y las alturas de Massada saldrían los últimos judíos, si sobrevivían, a una diáspora infinita y dolorosa en el tiempo. Su destino último era, ir por todo el mundo sembrando la simiente de la fe de Abraham, su padre espiritual. Solo en esta vocación divina vencerían al Imperio romano y sus poderosas legiones. Roma pasó, el Israel de Dios persiste para siempre. ¿Fue por el pecado de Israel que cayó o por la fuerza del Imperio romano? No, fue más bien por la ineludible soberanía de Yahvé, esta será siempre la respuesta.

De todas mis experiencias en Israel, la que más persiste en mi mente es ver que todo Palestina es un registro histórico fiel de las obras de sobrenaturales Dios y su Revelación, de Israel y del paso de Jesús de Nazaret, Palabra viva en donde hablan hasta las piedras.

Genealogías, toponimias, y las mismas piedras, se reservan el derecho a hablar, siempre que el hombre pretenda hacerlas callar, ocultando lo más evidente e irrefutable: Dios se ha manifestado de manera histórica y

trascendiéndose a sí mismo en todos los hombres de fe. Ahí están sus huellas.

Mis viajes por el Camino de Santiago. “Al cansado peregrino...”

En este tiempo pude viajar aún más que antes, aceptando invitaciones que oportunamente me hacían iglesias y hermanos de la Península y el Extranjero.

Recuerdo tres viajes memorables. El primero a un Balneario situado al Noreste de Alemania, frontera con Polonia. Otro de los viajes misioneros inolvidables fue recorrer el Camino de Santiago y, el último, visitar las siete provincias andaluzas acompañado por un grupo de músicos alemanes de Stuttgart. Las relataré a continuación:

La Banda de instrumentos de viento de la unión de jóvenes de Untertürkheim, Stuttgart, decidió apoyar una campaña misionera en la Península diseñada por mí, para llevar al Camino de Santiago la sal y luz del Evangelio; convencido de que el Camino de Santiago es el camino de Jesús, por el que caminó su discípulo Santiago.

Este proyecto era una ocasión magnífica para evangelización en nuestro País. Hice las gestiones oportunas en ayuntamientos y medios públicos y echamos a andar por este viejo Camino.

Desde Bilbao, a donde llegamos pasando por Mallorca, buscamos la ruta trazada discurriendo por la calzada internacional, el Camino, en las tierras de Burgos. Antes de salir de Bilbao, la Banda pudo ofrecer un concierto en una Iglesia católica del centro de la ciudad.

Ya en Burgos, en pleno Camino, dimos conciertos y testimonios de Jesús como el Camino la Verdad y la vida. Los hermanos y amigos de Burgos se lo pasaron muy bien con esta forma original de evangelizar caminando por el famoso Camino de Santiago.

Ya en Burgos, situados en el lugar concedido, frente a una de las puertas principales de la Ciudad, tuvimos oportunidad de testificar a mucha gente que paseaba por la concurrida avenida.

La estación siguiente del Camino fue León. Aquí los hermanos habían preparado un magnífico programa. Por la mañana debíamos actuar en el Hostal Real, presidido en su salón principal por enorme fresco del Rey Juan Carlos.

A la tarde, ya cayendo el sol, actuamos en la plaza de la catedral del León en donde se había preparado una gran tarima. El pastor de la Iglesia local aprovechó tan magnífica oportunidad y presentó el Evangelio de Salvación.

Seguimos sobre el Camino de León a Lugo, cruzando la frontera de la provincia de León. Era inevitable hacer un tramo a pie pisando el viejo Camino del apóstol desde Piedrafita. Dejamos el autobús, y empezamos a caminar bajo un sol acogedor, relajados pensamos en los miles y miles de peregrinos que ya habían caminado por este tramo.

En Lugo nos recibió el buen hermano, pastor Zapata. Ya teníamos a disposición el palco de la música en el Cantón de la capital. El sol pegaba fuerte en un verano muy caliente. La gente se protegía a la sombra de los soportales. Tuve que valerme de un diario en forma de altavoz para alcanzarlas con un mensaje y traduciendo al director de la banda del alemán al castellano, informando del texto y los temas musicales.

En esta ocasión pude afirmar que el Camino por el que anduvo el Apóstol lleva a la eternidad, mucho más allá que a Santiago, tras estas palabras, siempre había una invitación cariñosa animando a la gente a ponerse ya a seguir a Jesús, el Camino.

La siguiente etapa fue La Coruña. Por un tiempo sonaron en el Cantón de Molins las clásicas melodías evangélicas y de preciosos himnos que atraían y distraían a los viandantes.

Aquí nos apoyó Don Manuel Molares de Puentedeume y el pastor Figueirido, hijo. Actuamos en una avenida muy concurrida al pie del Obelisco. Pronto nos vimos rodeados de niños que con sus mamás seguían atentos himnos, testimonios y breves mensajes. A la noche tuvimos un concierto en el centro evangélico y lugar de cultos de la Iglesia de Hermanos.

Por fin llegamos a Santiago, casi al final del periplo por el Camino. Aquí podíamos disponer de la Plaza Quintana dos Mortos. Justo enfrente de la Puerta del Perdón. Vino la TV gallega a filmar nuestra actuación. En este lugar tuvimos una fuerte oposición de los poderes insumisos del inframundo en Santiago.

Primero fue un guitarrista de jazz que se ganaba la vida recaudando propinas. A pesar de que teníamos un permiso oficial para actuar, se le permitió seguir cantando con su altavoz, que resonaba por toda la plaza al que pudimos silenciar pactando con él.

También se sumaron unos albañiles que con mucha estridencia cortaban unos tubos metálicos que hacían difícil la audición de la Banda. Por último, para que nada faltase, un borracho se bajó los calzones y empezó a gritar tirando pedos en la dirección que estábamos. Tuvimos que esperar que se terminara de desfogase para poder continuar.

La policía estaba allí para protegernos “teóricamente”, mas, ¿quién puede predicar a Cristo sin sufrir oposición? La tuvimos, claro las fuerzas del maligno no podían soportar la Palabra del Señor.

De Santiago de Compostela pasamos a Finisterre, el final del Camino. Allí, según la tradición, los peregrinos deben desprenderse de sus ropas viejas para iniciar una vida nueva. Es lo que se desea, cosa que no se hace una realidad en muchos casos. La vida nueva está en el Camino.

En este lugar y mirando el Atlántico, hacia lo infinito, disfrutamos glosando textos del Evangelio y preciosas melodías de nuestros gloriosos himnos, deseando a todos los peregrinos que pasaban por delante la bendición de Dios.

Los hermanos alemanes volaron desde Santiago directamente a Stuttgart y yo, como muchas veces hacía cuando me encontraba en la Península, viajaba a Ferrol para estar con mi familia. La Misión estaba cumplida, rogando a Dios prosperase la Semilla.

Misión en Andalucía. “Mirad los campos listos...”

Otro viaje tuvo lugar con el grupo de músicos alemanes de Untertürkheim, Stuttgart,. Objetivo, apoyar la evangelización en Andalucía. Hicimos un proyecto combinado de testimonio y ocio, al mismo tiempo que nos servían como medio para dar a difundir el Evangelio en áreas públicas.

Pudimos recorrer cinco de las siete provincias andaluzas. Como en otras ocasiones el plan era evangelizar y pasarlo bien, ocio, turismo y servicio de extensión del Evangelio, en zonas de escaso testimonio.

El grupo de músicos voló directamente de Stuttgart a Málaga. Comenzamos por Torremolinos, Málaga. Actuamos en las zonas de mayor concentración turística. Hacía mucho calor y teníamos que hacer breves pausas entre las piezas musicales. Lo jóvenes de la Banda de música aprovecharon para darse el primer chapuzón en el Mediterráneo.

Seguimos el curso del viaje a Cádiz pasando y deteniéndonos en Gibraltar, ciudad insólita y muy extraña, opinaban mis compañeros de viaje, ya que para acceder a ella es necesario cruzar una calle que atraviesa una pista de aterrizaje del aeropuerto, con un semáforo que, de tanto en tanto se cerraba para que los peatones dejen paso libre a los aviones.

En el extremo sur de la Colonia británica vimos una de las dos columnas de Hércules que marcan la entrada al Mediterráneo, entre Marruecos y España. A su lado, de nueva planta, nos daba la bienvenida una gran mezquita, la primera entrando en Europa, muy visible al cruzar el Estrecho dirección Norte.

Los hermanos de Algeciras, Cádiz, cerca de La Línea nos recibieron entusiasmados. Me encontré con el hermano Lozano que había estado en Palma por muchos años, un buen hermano que insistía en ser profeta fuera de su tierra.

Tenían preparado un lugar en la plaza principal, un espacio donde actuamos públicamente con mucha libertad, sin distorsión alguna. Hubo varias respuestas espontáneas de personas que decidieron seguir al Maestro.

Regresamos por Cádiz ciudad, balcón del Atlántico y tacita de oro. Aquí se perdió uno de nuestros miembros del Grupo. Un músico ya mayor que quiso ver el mercado y no supo regresar. Tras el susto seguimos viaje a Sevilla.

La Ciudad se convirtió en el clímax de nuestro recorrido por Andalucía. Pudimos obtener el permiso de actuación en la Plaza de San Francisco,

justo frente el Ayuntamiento de la ciudad de Sevilla. Un lugar privilegiado por donde pasan ríos de gente. Disfrutamos de un buen apoyo de la Iglesia del estimado Carlos Hidalgo, anciano pastor de la Comunidad anfitriona.

Nos empleamos a fondo dando breves mensajes de la Palabra, según iban pasando los sevillanos. Fue un día muy cargado de emociones. Sevilla estaba espléndida. Gustó mucho a nuestros hermanos de la Banda.

A la noche, un espectáculo flamenco según lo habían deseado los hermanos alemanes. Carlos se encargó de todo. Como un artista diseñó la fiesta con mucho gusto. Un misionero americano se apuntó a la fiesta, se arrancó bailando unas sevillanas con mucho “desgarbo”. La mujer del director de la banda se vistió un traje de flamenca, bailando graciosamente con gusto al lado de su marido. Cerramos este día agradeciendo al Señor por el arte, la alegría y la gracia con la que Dios adornó al pueblo andaluz.

Al fin alcanzábamos el penúltimo lugar de nuestro recorrido andaluz: Córdoba. Allí nos recibió el hermano Antonio Gómez que había preparado todo con mucho entusiasmo. La Banda actuó en un Parque muy tranquilo. Era lugar de paso por lo que los cordobeses fueron recibiendo ráfagas del Evangelio, que escucharon con mucho respeto.

A nuestros amigos de Stuttgart les encantó la Mezquita catedral. A la que se accede por un patio inmenso de naranjos. Córdoba la capital del gran Rabinato de la Diáspora judía, patria de Maimónedes, el llamado segundo Moisés. Dejamos esta gran ciudad atrás para seguir ruta a la última estación de nuestra aventura, turística y, misionera, Granada.

Cruzamos en bus a través de los inmensos olivares de Jaén, que veíamos al pasar por kilómetros y kilómetros. Nos detuvimos en una Almazara, donde nos obsequiaron con muestras del magnífico aceite del País.

Granada fue broche de una gira memorable. La visita a la Alhambra nos ocupó toda la mañana. Aún tuvimos fuerzas para rendir el último servicio misionero a los andaluces antes de regresar.

Nos situamos en un boulevard que daba paso a una explanada donde se estaban celebrando las fiestas de la ciudad. Sin necesidad de movernos del sitio la gente iba pasando delante mientras la Banda seguía tocando.

Allí me encontré con un pastor de la Iglesia de Granada, que me dijo recordar bien mis conferencias en Málaga, celebradas en el Palacio de Congresos, organizadas por del Vecchio. Los alemanes, compañeros de viaje, se sorprendían que me conociesen tantas personas tan lejos de Mallorca.

Llegó la despedida, de nuevo desde el aeropuerto de Málaga. Los hermanos músicos a su tierra y yo de vuelta a Palma de Mallorca. Regresé cansado y muy contento de esta nueva experiencia de comunicar el Evangelio en espacios públicos en versión hispano alemana.

Viajes a Congresos como delegado de las Iglesias. ” Por todo el mundo el Espíritu de Dios se mueve... ”...”

Tuve el privilegio de hacer otros viajes en representación de la Iglesia, que también me aportaron experiencia, visión y buenos recuerdos.

Lausanne I y II se celebraron en Suiza y en Filipinas respectivamente, eventos en los que pude participar como delegado de las iglesias en España. Eran congresos de carácter evangelista y misionero.

El primero fue en Lausanne Suiza. Fue una de mis primeras experiencias en congresos evangélicos internacionales. Se respiraba un ambiente muy fraternal. Las conferencias, de mucho nivel, tanto en lo teológico como en lo litúrgico. La logística impecable.

Al final siempre había declaraciones que daban cuenta de los acuerdos que se hacían para ayudar a progresar a las iglesias en sus compromisos cristianos. Para nosotros, que procedíamos de un País minoritario y de diáspora, nos ayudaban a aliviarnos un poco de la oposición del régimen nacional católico-romano que padecíamos.

El Lausanne II se celebró en Manila, Filipinas. Un acto multitudinario de miles y miles de personas en un País mayormente católico, con una presencia importante de evangélicos. Se notaba muy bien que entre el Lausanne I y el II había pasada la ola de visitación del Espíritu por muchas iglesias tradicionales de todas las confesiones evangélicas. Sin serlo, parecía un Congreso pentecostal, en todo caso carismático.

Viajé con queridos hermanos de las iglesias de España. Entre ellos el más entrañable don José Cardona, secretario de la Defensa de los derechos de los protestantes en nuestro País.

Juntos aprovechamos para visitar lugares turísticos e históricos de la Ciudad. Cardona era bautista, pero muy abierto a todas las confesiones evangélicas. En Lausanne II se respiraba un aire muy espiritual y avivado, de ambiente carismático. Me dijo, tras una reunión movidita del Congreso en donde llegamos a cantar en el espíritu, que teníamos que asistir a una iglesia bautista a fin de normalizar los ánimos. El domingo próximo, por la mañana estaba programado que cada uno de los delegados visitasen las iglesias de su propia confesión, o la que prefieran en la Ciudad.

Don José Cardona me invitó a ir a una iglesia bautista, deseaba que experimentara el típico culto formal y bien ordenado de su confesión. La sorpresa fue que los bautistas filipinos no eran tan secos, como los españoles. Desde el pastor hasta el último miembro, todos danzaban al son de las melodías. Cardona me miraba de reojo sorprendido y buscaba

mi reacción. Allí, al parecer también había llegado la renovación del Espíritu.

La clausura del Congreso fue espectacular y muy emotiva. El grupo de alabanza ministró de manera muy poderosa, elevándonos a unas cinco mil personas, a un nivel altísimo de alabanza en el espíritu, cada uno en su propia lengua. Alcanzamos decibelios altísimos, unánimes, sin perder la armonía y, poco a poco, descendiendo hasta llegar juntos a un impresionante silencio. Al final todos concordaron espontáneamente en un sonoro aplauso, que llenó todo el recinto del Palacio de Congresos. A todos se nos puso la piel de gallina.

Mientras pasaba esto, vi a un hermano de los Hermanos, con mayúscula que se sentó durante este impresionante momento. Al final le pregunté, curioso qué le había pasado. Me respondió: “hermano, creí que iba a pasar algo extraño y desordenado y me dispuse a tomar nota de todo”.

No puedo imaginarme a Juan, ausente y crítico, anotando las cosas maravillosas que estaban sucediendo, cuando todos fueron llenados del Espíritu Santo por dos veces en Jerusalén, tal como recoge Lucas en los Hechos de los Apóstoles capítulos 2 y 4.

Mi regreso en avión desde Manila fue vía Singapur. Me hospedaron en hotel de lujo sin haberlo reservado. Pero no pude disfrutarlo mucho, ya que cuando, muy cansado me dormía en la planta noble, esperando que me asignaran habitación, un ujier se encargaba de despertarme. Como tardaron mucho tiempo, ese señor me despertó tres o cuatro veces. Al parecer era la norma en esa categoría de hoteles. ¡Vaya con el lujo!

Entre los congresos de Lausanne I y II, de nuevo fui nombrado delegado de España, junto con otros a un **Congreso en Sao Paulo, Brasil**, llamado COMIBAN. Allí pude constatar allí el gran crecimiento de las iglesias evangélicas en todo el sur de Latino-América.



Durante el congreso nuestro hotel fue asaltado por una banda de ladrones que sospechando que había dinero en la caja fuerte, con el hotel a tope de congresistas osó asaltarlo.

De madrugada golpearon fuerte a la puerta de mi dormitorio gritando para que abriera.

Reforcé más la puerta y no abrí. Al asomarme a la ventana, pude ver una patrulla de policías que había sido alertada que nos gritaban, ¡! No abran, por favor ¡. Cuando llegaron los polis ya era tarde. Habían desaparecido con un botín importante.

Al día siguiente mis compañeros delegados de España, comentaban; A unos les habían robado el dinero que llevaban encima, y las tarjetas de crédito. A otros, joyas, hubo un pastor español, que se apellidaba Seisdedos a quien le robaron la alianza matrimonial. Le dejaron el dedo, menos mal.

Además del congreso pude ver, tras muchos años, a mi propia familia brasilera, hijos de una hermana emigrada allá. Entonces ella ya no vivía. Esto hizo aún más entrañable, aunque doloroso el encuentro.

Mis sobrinos habían prosperado mucho; vivían y viven por encima de un estatus medio, se esforzaron por hacerme la vida agradable. Disfruté de su hacienda en Casueira paulista, donde mi sobrino tenía instalada una gran “Facenda” con cientos de vacas lecheras. Fueron días muy emocionantes, de risas y lágrimas por presentes y ausencias muy notorias. Conocí a la doméstica que pudo ayudar a mi hermana Pilar en sus días difíciles del Parkinson.

En este primer viaje visité también la finca campera de Juan Alfonso y Alice, además de su casa nueva, recién estrenada en lo alto de su recién inaugurada librería, Papyrus.

Sao Paulo ya era una populosa ciudad y capital de Estado con cantidad de rascacielos que la asemejaban a Nueva York.

Aprovechando esta mi primera visita a Brasil intenté conectar con la situación espiritual en la que se encontraban las iglesias evangélicas en Brasil. Es sabido que los Congresos son como un escaparate en donde todo luce muy correcto, cuando la realidad puede ser otra.

Casueira Paulista es una ciudad de provincias muy rural. Era un domingo por la tarde. Pedí a mi sobrina que me acercara a la ciudad desde la Facenda. Me propuse visitar varias Iglesias de aquella localidad. La tarde me dio para visitar tres distintas comunidades. Paseando por la ciudad me encontré con una iglesia católica y dos pentecostales, protestantes

Me sorprendió ver la Iglesia católica a rebosar con un espíritu muy entusiasta y con mucha gente joven, casi no pude encontrar un espacio vacío. Inevitable la comparación con la mortecina vida de las iglesias católicas de mi tierra. El cura se movía muy entusiasmado, como en una

plataforma de discoteca. Estaban al final de la misa y me dieron felices el saludo fraterno.

La siguiente visita fue a una iglesia pentecostal, donde me encontré a pocas personas, a media luz con muy escaso ánimo. El predicador de turno empleó más de media hora para expresar a los presentes reclamando sus diezmos. Primero reclamó que tomaran los diezmos en sus manos alzadas al cielo; luego pidió a la gente que preguntaran a Dios si era justo lo que iban a ofrendar. Al final invitó a todos a volver a buscar en sus bolsillos el resto que se habían quedado y añadirlo a la ofrenda, diciéndoles que Dios merecía lo máximo. Todo esto nada más empezar el culto.

Pasé a otra Iglesia que se llamaba Asamblea de Dios, de corte pentecostal. En esta reunión las mujeres se sentaban separadas de los varones. Reinaba un silencio espeso. Nadie se atrevía a decir aleluyas, ni amenes, si el pastor no lo decía antes. Si les sobrevenían las lenguas en el culto, debían salir del salón principal para hablarlas en otra sala adyacente. Me dijeron que ellos querían guardar el orden sin caer en prohibiciones. Me dije a mí mismo: Probablemente habrán pasado antes por algún desorden semejante al de los Corintios.

Nuestro segundo viaje en familia a Brasil. “Al Oeste del Eden”

Pude volver por segunda vez a Brasil, esta vez con Celia y Marcos.

Recibimos una invitación muy generosa de Juan Alfonso y Alice. Disfrutamos muchísimo y visitamos los lugares en donde Juan Alfonso tiene propiedades, en cuatro localidades. El mismo **Sao Paulo**, en el barrio de Santo Tomé, en **Indaiatuba**, donde viven sus hijos y nietos, el Sitio, con la Casa Colorada, una gran extensión de terreno; además de **Bertioga**, en la Playa, cerca de Santos.

También pudimos hacer excursiones en avión dentro del mismo Brasil, a **Foz de Iguazú** y a Rio de Janeiro. En todos estos sitios disfrutamos por las bellezas de la naturaleza y la entrañable compañía de los sobrinos.

Nos volvimos con una buena impresión global del Brasil del Sureste. La gran Ciudad de Sao Paulo con su omnipresente y súper contaminado rio Piñeiros, que debíamos cruzar a menudo en nuestras salidas. Aquí fuimos bien informados por un guía de turismo, contratado por los sobrinos para nosotros solos.

Nos relató la historia de Brasil, de los Bandeirantes, pioneros y padres de la Patria. Desde la gran altura de la casa de los sobrinos, en la calle Vereador José Diniz; Cada mañana, al levantarnos disfrutábamos de una vista impresionante hacia el norte de la ciudad, en donde se ubican los grandes rascacielos.

En **Indaiatuba**, conocimos una ciudad provinciana donde viven los hijos y nietas de Juan Alfonso. Llegamos en medio de una lluvia torrencial, el coche se portó bien y pudimos llegar en medio de la gran tormenta. Marcia y sus hijas. Juliña y Lauriña nos recibieron cariñosas. Tenían una casa justo al lado de los hijos donde pasamos una o dos noches.

Nuestros sobrinos nos contaron que pasan a menudo a ver a sus hijos y apoyarles un poco, ya que los dos son veterinarios y llevan negocios dentro de su ramo en Sao Paulo, la ciudad de su residencia.

La Casa Colorada del Sitio, es un lugar al Oeste de Sao Paulo. Pasamos allí desde Indaiatuba, a unas dos o tres horas de coche. Un lugar en el altiplano, dirección a Mato Grosso.

Tras un largo recorrido por la autopista, entramos en carreteras y caminos, más bien veredas estrechas, hasta dar con la finca de campo. Es una gran extensión de unos diez mil metros cuadrados, con zonas altas, vacas, caballos y un valle con un lago con cisnes, patos y peces.

Cerca está la casa del criado donde vive con su mujer e hijos y se ocupa del mantenimiento de la finca. Pensé en la suerte del casero, vivir en un lugar tan precioso disfrutando más que el amo, y sin pagar impuestos.

La casa de los sobrinos está en la parte alta de la finca que tiene amplios porches y galpones, con zonas para cocinas camperas y barbacoas. En los sótanos están los garajes y almacenes. Pensé, qué lástima que solo la pueden disfrutar pocos días al mes. Me imaginé que ese sería un buen lugar para escribir mis memorias.

Fue un tiempo muy bonito, disfrutamos con Alice y Juan Alfonso a quien observé feliz, hasta las lágrimas, cuando a la noche nos dio la bienvenida diciendo que se alegraba mucho de recibirnos y obsequiarnos en su propia finca.



Un lugar excelente para pintar, escribir o reposar, recreados en la naturaleza. Una familia de tortugas nos recibía esperando cada mañana a que les diéramos desayuno. Celia se deleitaba en las exóticas flores que brotaban de los troncos de los árboles.

Además de la piscina, Juan Alfonso, construyó para las nietas una preciosa casita muy completa, para sus juegos. Me complacía mucho recorrer el recinto de la finca sin perder de vista, árboles, y

especies de la fauna propia de Brasil.

A los dos días salimos para Bertioga, cruzando en dirección sur este hacia la costa. Buenas autopistas, poco tráfico, y un largo trecho, por lo menos de unos seiscientos kilómetros.

Bajamos a través de la Sierra do Mar, por túneles y puentes; cuando llegábamos ya anochecía. Dejamos las maletas en el apartamento y salimos a cenar en una zona turística muy acogedora.

Juan Alfonso tiene decorado su apartamento marítimo al estilo marinero con bar, pirata incluido. Lástima que esta visita fue muy breve, lamentablemente ensombrecida, por lo que relato a continuación.

A la madrugada del día siguiente recibimos la noticia del fallecimiento de Luciana, la hija menor de Maria del Pilar. Ya supimos de su gravedad antes de salir al Brasil. A la llegada nos informó su madre que el cáncer leucémico progresaba imparable. Durante todo el tiempo en Brasil

seguimos su curso con oración y ruego al Señor. Al fin la jovencita partía de nuestro mundo al Reino de Dios. Con pena pude encomendarla al Señor en oración.

Por lo ocurrido no tuvimos casi tiempo para ver Bertioga, al salir, de paso echamos una vista la playa, nos acercaron a los fuertes costeros próximos a Santos y retomamos la vía de regreso a Sao Paulo. De nuevo de vuelta a la capital cruzando la impresionante muralla de la Sierra del Mar. Ascendimos las fuertes pendientes, casi en vertical con túneles y curvas impresionantes.

Me imaginé a mi hermana llegando a Brasil, con sus hijos María del Pilar y Juan Alfonso, recorriendo estos parajes en su primer viaje desde el puerto de Santos a Sao Paulo. ¡Quién les hubiera podido decir las aventuras que allí les aguardaban; y que mi hermana se quedaría allá para siempre!

Tuvimos la ocasión de acompañar a María del Pilar, su esposa y familia en el entierro de Luciana. Era muy triste ver a la jovencita en su ataúd, con el novio resignado a su lado. La familia del novio y todos nosotros limitándonos a abrazarnos y consolarnos sin palabras, en un ambiente extraño.

No sabíamos quién iba a presidir el funeral, ni si habría algún acto religioso. Nosotros nos mantuvimos prudentes, esperando órdenes de María del Pilar que era la que organizaba todo. Juan Alfonso le pidió que me diera la oportunidad de orar, después de que un grupo de amigas suyas entonaran unos cánticos muy quedos, mencionando el nombre de Luciana.

Pude de encomendar en manos del Señor a la querida hija de mi sobrina. Después, en medio de un silencio impresionante, tuvo lugar el entierro, en la misma sepultura donde había sido enterrada, años atrás, mi hermana Pilar.

En Fox de Iguazú, las cataratas me impresionaron muchísimo. Mi mente fue desbordada por incapaz de comprender que aquello era como un sueño fantástico. El impresionante ruido, el aire impregnado del agua de las cataratas que nos bañaba, los gritos histéricos de la gente alucinando; Todo el marco sobrenatural me trasladaba a otro mundo fantástico del que costaba volver.

No quisimos salir de Brasil sin ver **Rio de Janeiro**, Tomamos un avión y alcanzamos la costa al noreste de Sao Paulo. Yo ya había estado acompañado de María del Pilar en mi primera visita, así que no me era del

todo desconocida. Volví a disfrutarla con Celia y Marcos, junto con Juan Alfonso y Alice que nos acompañaron.

Al pasar en una de las calles de Rio, Marcos y yo nos fijamos en una iglesia evangélica, cerca de nuestro hotel que se promocionaba invitando a la gente a entrar ofreciendo: "Milagros urgentes". Pensé si esta sería una buena ocasión para mi hijo que hace años está esperando una novia sin lograrlo.

En América del Norte, Atlanta. Cuna de los Negro Spiritual Songs.

Allí también representé a España en unas conferencias de las Iglesias metodistas del Estado de Atlanta. Duraron diez días, al final de las que fuimos acreditados como evangelistas, a nivel internacional.

En Atlanta fuimos recibidos como huéspedes de las iglesias metodistas de la ciudad, en casas de miembros de los Consejos. A mí me correspondió ser huésped de un médico veterano de la guerra de Vietnam, familia bien rica, con una mansión clásica americana, la fachada parecía la de la Casa Blanca.

El domingo me llevaron al culto principal en el que se celebraba un bautismo infantil que, teóricamente debiera ser realizado por mí. Ocurrió que me confundieron con otro miembro de la delegación española de la denominación de los Hermanos a quien le encargaron, por error bautizar a la criatura. Este hermano vino a mí alarmado diciéndome lo que le habían pedido. ¡Qué horror, un bautismo infantil! Ya era tarde para cambiar los papeles, y le aconsejé, tranquilizándolo que realizara el acto **presentando** la criatura al Señor, ungiéndola con agua. La cosa resultó bien y el hermano se salvó de una mala conciencia.¡! Que complicaciones, Señor ¡¡

Era la primera de otra conferencia de la misma confesión metodista que se celebró, también con mi asistencia, en **Roma**. Como algo especial fuimos recibidos como invitados especiales en el Vaticano, con una audiencia del cardenal responsable del área ecuménica para los protestantes.

Disfruté mucho en esta conferencia porque un grupo de americanos de color en una velada en la Residencia representaron un culto al estilo de los esclavos de los colonos metodistas, incluidos cánticos negros espirituales. La comunidad representada era una de tantas a las que también estaba vinculada el ex Presidente Carter, el rey de los cacahuetes.

Esa noche recordé el nacimiento histórico del pentecostalismo en estos ambientes de fervor espiritual, incrementado por el deseo los negros de ser libres; Los cánticos espirituales expresaban el anhelo de libertad de los israelitas bajo la esclavitud de Faraón. Cantando en Los campos de cultivo, en graneros y en sus humildes chozas de paja pasaron de la desgracia a la dignidad humana por el Espíritu; así surgió un Pueblo que, al fin, pudo alcanzar la libertad gloriosa de los hijos de Dios.

Congreso, Kirchentag en Berlin. “Andar en la luz...”

Otra delegación memorable en la que pude participar fue en **Berlín**, en ocasión de un Kirchentag, un congreso a lo alemán, con mucho orden y una logística impecable. Este Congreso fue clausurado en el Estadio Olímpico. Aún recuerdo el río de personas cristianas evangélicas que regresaban, una vez clausurado el Congreso, avanzando pacientemente por los pasillos del Metro, cantando los himnos clásicos del protestantismo.

Disponíamos de unos bonos para los cinco días del Congreso que nos daban derecho a comer una sopa de guisantes, un panecillo y la típica salchicha de Frankfurt. En el Congreso reinaba un ambiente de armonía cristiana dominada por el buen pietismo alemán. Los comedores bajo las carpas sobre el césped, en pleno verano, facilitaban relax muy grato en el descanso, entre conferencias.

Esta vez, como delegado nacional de la Iglesia en España, me hospedaron en el Berlín Hilton. Era muy chocante recibir allí llamadas telefónicas de todo el mundo, el Cairo, Nueva Delhi etc. casi siempre por error, mas no me dejaban dormir. Solo tenía derecho a pernoctar, no estaba incluido el desayuno. Así que un grupo de jóvenes alemanes que me conocían me pasaban cada día bolsas con pan y fruta para mis cenas. El elegante recepcionista con librea e impolutos guantes blancos, cogiendo la bolsita de mis cenas entre sus dedos, me la entregaba con un tono de burla, Sir, su bocata.

A un obispo luterano sueco, se le ocurrió pedirme una entrevista con su secretaria, cena incluida. Veía muy interesante contactar conmigo, un pastor español de la Diáspora, ya que la Obra Gustavo Adolfo apoyaba a las iglesias minoritarias que estaban bajo su patrocinio.

Me citó en el restaurante La Pérgola, en lo alto del Hotel Hilton de Berlin, ¡Nada menos! ¡Qué hacer ¡. Busqué entre las camisas, ya usadas, la menos sucia. No me podía permitir el lujo de dar mi ropa a lavar en el hotel, al ver los precios de la lavandería.

Subí a la terraza del hotel a la hora prevista y comenzamos a hablar mientras cenábamos. La camisa que había elegido, la menos sucia, era blanca de un tejido nylon que resaltaba a la luz fluorescente, aún más los bordes rozados en aquel lujoso restaurante. Todo el tiempo me lo pasé intentando ocultar los puños por debajo de la americana. Lo bueno, de lo malo, me dije a mi mismo, podría ser que la Asociación Gustavo Adolfo

incrementase algo más su ayuda al ver la facha de un pobre pastor protestante español.

¡Nueva York New York ¡¡ “La Codiciada de las Naciones...”

La primera y única ocasión fue por ser parte de una delegación al Congreso metodista de Atlanta.

Nueva York era ineludible como conexión aérea. Aproveché para saludar a la hija de un hermano y hermano pastor en España, que me ayudó a pagar los gastos del Hotel.



Era Domingo y me decidí buscar la primera iglesia que encontrase. A pie de una avenida encontré un centro cristiano que justo empezaba su culto. La mujer que dirigía la reunión dijo no disponer de predicador así que me pidió ayuda. Tras el culto me puse a andar y a andar sin parar hasta que me pateé la gran Manzana

de este a oeste, y vuelta al Hotel por otra manzana. Por lo menos pude vivir la experiencia de patear NY, por lo menos en su anchura, del Este al Oeste.

Que puedo decir de NY. Desde mi cuarto solo veía paredes de casas y casas, y casas. Mi mente voló al “Hogar de mis recuerdos...” y al ¡¡ precioso hogar ¡¡ Todo eran puros edificios iguales, me pareció una ciudad excesiva por su masificación. Cuando pasé por dos veces, desde los aeropuertos a Manhattan, tras largas colas de coches y las barreras de autopistas, tuve la impresión que me internaba en una gran ratonera.

Al llegar a la Ciudad en bus mi primera impresión de NY fue deprimente, no podíamos avanzar, los puentes que daban entrada a la City viniendo del aeropuerto estaban saturados. Nos costó llegar al hotel. Viajaba solo y tuve mucho tiempo para andar y reflexionar sobre esta esta gigantesca ciudad.

Me gustó mucho el Central Park, el único lugar en el que te alivias del miedo a ser aplastado por los rascacielos y la masiva mole de edificios. Con todo disfruté de Manhattan cruzándolo a pie, caminando a placer, gracias a unas náuticas de mercadillo que me había regalado un hermano, la semana anterior en visita a Villafranca de los Barros, Extremadura, !! Vaya conexión internacional ¡¡.

Pasé por delante de las torres gemelas, cómodamente sentado en el primer piso de un autobús descapotable turístico. Las torres me parecieron como obscenos gigantes prepotentes que amenazaban aplastarme. Sentí como una provocación soberbia a quienes viven en la indigencia. No me complacía ver esos monstruos sin entrañas que al fin, acabaron devorando a miles de ciudadanos.

Cuando las vi caer, el 11 de Septiembre, no me sorprendió. Fueron muchos los que no las pudieron resistir. Cayeron por la fuerza del odio acumulado y por la impotencia del tercer mundo envuelto en miseria, dolor y muerte. Cayeron como caerán todas las torres de Babel por su soberbia arrogante, desafiando al Todopoderoso. Me sorprende que todavía se sigan construyendo torres por todo el mundo, compitiendo a quien la construye más alta; Se ve que al hombre le cuesta acomodarse a la vida digna y humilde, huyendo su condición de barro.

Allá, a lo lejos, vi el Puente Verrano y la Isla de la Libertad, junto a otras islas colindantes. El bajo Manhattan, con sus coquetos jardines, donde se toman los Ferrys, y el pequeño viaje en barco a la Isla, me aliviaron un tanto del agobio de la ciudad. Al final regresé reconciliado con NY. Una Urbe a la que no me importaría gran cosa no volver a ver.

Viaje en familia a Túnez, en Crucero. *“Al cruzar los mares, los montes...”*

Aprovechando la jubilación y las vacaciones de Marcos, de nuevo los tres, nos regalamos un crucero de ida y vuelta a Valencia. Era la primera experiencia, una ocasión que no nos quisimos perder.

Recorrimos una parte del Mediterráneo en dirección norte hasta una bella ciudad de La Provenza, Villafranche, cerca de Niza. Desde este lugar nos llevaron a un pueblecito en las montañas, San Paul de Vence. Un pueblo pintoresco y muy visitado por artistas y escritores. El viaje continuó por Livorno desde cuyo puerto nos llevaron a Florencia, ciudad que tanto Celia como yo hacía tiempo teníamos muchas ganas de visitar.

De mis tiempos de estudiante recordaba a Savonarola, el monje que se levantó contra el papado por sus corrupciones morales, fue declarado hereje y quemado por la inquisición, cuyas cenizas fueron lanzadas al río Arno, probablemente desde el puente sobre ese río, hoy convertido en una gran atracción turística. Nos resultó extraño que nuestra guía no hizo ni la mínima mención de este evento. Una mancha vergonzosa que no encaja con la gran Florencia orgullosa de los grandes señores jerarcas de la religión, la cultura y la ciencia. Sobre ese famoso puente no pude evitar un pensamiento de admiración por un florentino, hombre de fe, que luchó por la justicia y proclamando las verdades del Cielo.

La Catedral de Florencia, separada de un bautisterio impresionante daba cuenta de las mentiras teológicas de su tiempo. Se decía que nadie podía entrar en el sagrado Templo si la gente no era bautizada previamente. Todos estaban obligados a pasar por el aro del bautismo, si deseaban obtener las bendiciones de la Iglesia romana. Contra estas enseñanzas erróneas y anti bíblicas luchó impotente el pobre monje Savonarola. El río que tragó sus cenizas sigue hablando de él con elocuencia.

De Florencia a la costa de nuevo, en donde retomamos el crucero hasta el siguiente puerto, Civitavecchia. El plan turístico marcaba llevarnos al día siguiente a Roma. Salimos muy temprano en autobús. Era la tercera vez que iba a visitar la capital de Italia, ahora con Celia y Juan Marcos.

Además de la Capilla Sixtina nos dedicamos a ver las hermosas y regias plazas y fuentes de la Ciudad. Como no podía ser de otra forma entramos en el Vaticano para constatar sobre el suelo el tamaño de las naves centrales de las principales catedrales del mundo. Como no, la de Roma era la mayor de todo el Orbe. El tamaño sí que importaba. Los papas se

encargaron de que no hubiera otra catedral mayor que la de Roma. El orgullo y la gloria de Roma de ser la primera estaba omnipresente.

Nos detuvimos para comer una rica pasta italiana que nos supo a gloria en pasta con todo ser un restaurante común y corriente. Con un buen helado, y a la sombra, dimos por concluida la visita a Roma, regresando a retomar el Barco en el puerto de Civitavecchia.

Así van las cosas en los cruceros, durante el día excursiones a la ciudad y a la noche, navegación. Para que no se hagan largas y aburridas, se programan espectáculos, varietés, bailes y cine. Yo he preferido siempre acostarme y disfrutar del balanceo del barco, como un niño en la cuna, y con una buena lectura que me elevaba hasta el cielo.

El puerto siguiente hacia el sur de Italia fue Nápoles. La ciudad que estuvo vinculada a España por un tiempo largo de la historia. Llegamos temprano. Habíamos contratado una visita a las ruinas de Pompeya. Salimos en bus cargado de otros cruceristas.

Las ruinas no están lejos de Pompeya, pueblo. Cuando llegamos ya había mucho público que tomaba ya posiciones para ser los primeros en la visita. Resalta la saturación de tiendas de recuerdos, restaurantes, y casas de comida.

Desde el terreno de las ruinas, se divisa a una distancia de unos veinte kilómetros, el Vesubio, desde su parte sur. Estaba claro que si el día de la erupción explosiva del volcán, los vientos hubieran sido del noroeste, Nápoles hubiera sido la ciudad alcanzada. La manera sorpresiva de la erupción se dejaba ver por las posiciones de los que habían sido sorprendidos. Una ciudad en cenizas que quedó petrificada, y aun así, mostraban la manera de vivir de los antepasados. La dulce vita les venía de lejos a los napolitanos

Impresiona comprobar la fragilidad de la vida del hombre y la gran cantidad de factores que pueden incidir en su existencia. A la tarde del mismo día quedamos en Nápoles recorriendo la ciudad, sus avenidas y tiendas. Menos mal que de la famosa camorra no hemos visto ni su sombra.

En el tramo largo de Italia a Túnez da tiempo para todo. Me mantuve despierto una gran parte de la tarde hasta bien entrada la noche. Quería ver las islas de la costa que va de Nápoles a Túnez, con Capri a la vista, antes del anochecer. Arribamos a Tunes muy temprano, el barco hizo un

giro de casi 360 grados para quedar atracado al muelle en dirección este oeste, pegado al espigón de protección de los vientos del nordeste.

El puerto tenía un aspecto poco cuidado. Después de desayunar a bordo salimos a la primera excursión por la ciudad. Fuimos al barrio donde se encuentra el bazar principal que tenía una entrada que pretendía ser elegante, pero sin lograrlo. A las gentes se las veía deslucidas dando la impresión de haber vivido mejores tiempos, lo mismo que el puerto.

Nos enseñaron la casa de un antiguo sabio escritor y legislador, cuyo nombre he olvidado. Una casa de un noble que guardaba documentos históricos importantes para la ciudad. Nos dijeron que en la ciudad había un mausoleo que honraba a un viejo misionero cristiano de origen mallorquín, un tal Anselmo Turmeda. El guía lo citaba con respeto como alguien del que estaban orgullosos y que decía mucho en favor su tolerancia religiosa.

Regresamos al hotel después de haber comido en la ciudad y descansamos para la excursión del día siguiente que fue a Carthago, o mejor dicho lo poco que quedaba de la vieja ciudad, un par de columnas en pie y un espacio enorme, desde el que se veía la inmensidad del mar. Nos imaginamos toda la historia que aquellas piedras encerraban. Lo más importante era un muro enorme de piedras, restos de lo que había sido una terma romana.

No muy lejos de allí nos dijeron estaba ubicado el edificio principal del gobierno tunecino. Así es que tuve que echar mano de la imaginación y la memoria histórica para recordar el pasado, más o menos glorioso del viejo Cartago de Amical Barca y sus elefantes; a San Agustín, y al emperador español conquistador de la ciudad; también a Miguel de Cervantes, el manco de Lepanto, que tuvo cárcel a su disposición por aquellos pagos. ¡Ay, Cartago, que pronto has dejado de ser cristiana! De las primeras culturas que arrasó Roma y más tarde e invadió el Islam.

Muy temprano, al día siguiente, partimos ya hacia el puerto de Valencia. Trace la ruta marítima y entendí que íbamos a cruzar un buen tramo del Mediterráneo, dejando al suroeste el cabo de Bizerta, al norte a Cerdeña para cruzar después las Baleares entre el archipiélago de Cabrera e Ibiza. ¡Qué pasada de crucero por un mar cargado de historia! Cómo voló mi mente. No me fui a dormir hasta superar las Baleares, cuyo perfil se veía por largo tiempo desde babor, hasta dejar por el noreste la Dragonera. De mañana, al día siguiente, llegamos al puerto de Valencia, no sin antes saludar a las Columbretas. ¡Un viaje inolvidable!

Estambul, la antigua Constantinopla. “Todos los reinos del mundo...”

De nuevo los tres, en familia, pudimos realizar un viaje de ensueño. Esta vez fue en avión desde Barcelona con la compañía Turkis Airbus. Preparamos el viaje con ilusión, sabíamos que era un viaje especial, para Celia y Marcos el más lejano en dirección este.

El viaje no decayó en todo el tiempo en interés y emoción. Íbamos y veníamos del hotel al centro usando el tranvía y también andando, para no perdernos nada.

El centro de toda atención era el Gran Bazar, la gran mezquita de Santa Sofía y el Bósforo. Pudimos cruzarlo pasando de Europa a Asia en un Ferry que cruzaba el estrecho bajo el puente colgante que une los dos continentes. Yo no tenía ojos suficientes para no perderme nada, recorrían de orilla en orilla imaginándome cuántas cosas habían sucedido en aquel trecho del mundo.

Nos adentramos en la parte asiática de Estambul que observábamos menos lujosa, más popular y menos cuidada. Me impresionaron las pescaderías que a la vista y a pleno sol ofrecían sus piezas recién pescadas. Desde la otra orilla el puente luce espectacular.

Los días pasaron volando. El ambiente en las calles era impresionante, noche y día. Muchos de los transeúntes y de los que entraban en las tiendas, que no cierran a la noche, eran gentes del este de Europa, mayormente de los países del entorno del Mar Negro.

El paseo en barco a lo largo del Canal y el Cuerno de Oro, con la torre Gálata quedaron en mi retina para siempre. El puente que une Estambul con el barrio de Galacia con la Torre gálata dominándola, está llena de pescadores que, a cientos, echan sus redes y cañas de pescar. “¡Oh gálatas quién os fascinó...”, para dejar el Crucificado; me recordó a Pablo. La orilla europea del Bósforo está adornada con preciosos palacios de los tiempos gloriosos de ricos otomanos. Desde la Torre Gálata se asciende hacia la plaza de Taksin, una plaza enorme, moderna que exhibe preciosos monumentos históricos del País.

La antigua estación del famoso Oriente Exprés que iba de Paris a Egipto, pasando por el Líbano, está actualmente fuera de uso como tal. En ella se ofrecen espectáculos nocturnos, a uno de los cuales pudimos acudir. Una exhibición de las danzas sufíes, en las que los danzantes dan vueltas, y

vueltas, y vueltas, hasta el éxtasis. En aquel entorno resultaba alucinante, exótico, misterioso y atemporal.

La mezquita principal, llamada Mezquita Azul, y el palacio real, se exhiben como el centro de mayor concentración de la historia de Turquía. La reflexión es inevitable por lo mucho que se parecen entre sí todas las monarquías de la llamada nobleza en todo el mundo, tanto de oriente como de occidente; en lujo, poder y ostentación tan codiciados por el las personas de toda condición y nación.

Amos y esclavos, de ambos lados del mundo, no difieren gran cosas entre sí. Todos persiguen lo mismo. ¡Qué poca imaginación! La gran Bizancio, cuyo pecado fue estar en medio de un mundo en tensión, Oriente y Occidente devoraron su gloria hasta hoy. Santa Sofía, tan codiciada, perdió su santidad y su sabiduría a lo largo de su historia. Ahora es solo un museo sin pena ni gloria.

Otra de las visitas turísticas fue una exhibición de la danza del vientre en una sala de espectáculos nocturno de Estambul. Marcos flipaba viendo a las preciosas bailarinas que cruzaban el salón a gran velocidad exhibiendo y haciendo vibrar sus bien cuidados vientres.

La visita a la gran cisterna de la ciudad, todo un lujo; está ahora bajo sus calles, Era la reserva de agua potable para los ciudadanos. Un bosque subterráneo de columnas preciosas con sus capiteles y basas se encargan de mantener el agua limpia y suficiente para lo que era la Constantinopla antigua. Toda ella muy bien conservada y todavía en uso.

Viaje a Colombia. *“Del el Rio Magdalena al Caribe....”*

A este País andino fui invitado por un viejo amigo pastor que nos visitó en Palma y tuvo ministerio en la Iglesia. Se llamaba Colin Crawford. Había sido misionero en aquel País, casado con otra misionera sueca.

Me pidió que tomara parte en unas conferencias anuales, cosa que hice con mucha turbación y tensiones, por ser ignorante de una situación crítica por la que estaba pasando esta pareja de misioneros. Poco me faltó para verlos envuelto en encendida discusión. Comiendo un par de veces con ellos percibí las tensiones que subyacían entre ellos. Me explicaron que tenían tendencias dispares, ella más pentecostal, él más centrado, más bien carismático y moderado.

Habían logrado muchos éxitos en su trabajo, fundaron iglesias, escuelas y tenían una bonita obra social entre sordomudos. El llegó a ser diputado en las Cortes del País y vivía feliz, pero sin hijos. Ruperto, un hombre de color ya maduro, que hacia las funciones de sirviente y él, me recibieron en el aeropuerto de la ciudad y me hospedaron en un hotel cerca de la iglesia.

El hermano Colin, que ya está con el Señor, fue muy amable conmigo y me presentó a sus compañeros de ministerio, pastores de varias iglesias en las que me invitó a predicar.

El primer domingo, en la iglesia madre, pude hablar del lugar del rol de la mujer en la Iglesia, apoyándome en el texto donde se recoge el dato histórico que las mujeres fueron las primeras felices anunciadoras a los apóstoles de la resurrección de Jesús. Hice énfasis en el valor de las mujeres y la cobardía de los hombres que se escondían por miedo a los judíos. Percibí que la Palabra había tocado el orgullo de hermanos que mosqueados me pedían explicaciones. Noté que hasta allá había llegado el machismo español, vía el Caribe.

El tema que había elegido para las conferencias era el texto de Jeremías en donde el profeta anuncia de parte de Yahvé: “Os daré pastores conforme a mi corazón...” Lo presenté en la conferencia principal. Hubo reacciones positivas por parte de los predicadores presentes. Al final varios pastores me invitaron a sus iglesias. Uno de ellos era de Neiva, una provincia al sur de Bogotá, donde estuve hasta mi regreso a España.

El viaje a Neiva fue en el coche de Guillermo, pastor de la Iglesia. Aún ahora recuerdo el miedo que pasé por su conducción tan temeraria, a mi juicio, el pastor no respetaban ni velocidad ni las señales en rectas ni curvas. Los camiones nos pasaban casi rozándonos. La carretera desciende

desde Bogotá al valle del río Magdalena, un río que nace casi en Ecuador y desemboca en el Caribe, cerca de Cartagena de Indias.

El pastor Guillermo, me contaba entre susto y susto, la historia de aquel conductor de taxi que fue recibido en el cielo con mucha fiesta, por ser la persona que más gente había llevado al Cielo a causa de sus conducciones de infarto, que provocaba que sus clientes se encomendaran a Dios y a todos los santos.

En esta capital de Huila, me hospedaron en la casa de una familia miembro de la Iglesia, cuya hija era Procuradora del Departamento, una alta funcionaria. Las tres mujeres de la casa me recibieron con mucho cariño, la hija, abuela, y nieta. La más chica de la casa me condujo al dormitorio diciéndome que, con mucho gusto me cedía su habitación. Le di las gracias y le pregunté que deseaba ser de mayor, a lo que me respondió muy resuelta que quería ser presidenta del gobierno.

Nos pusimos a cenar bajo un silencio sepulcral, esperé a la oración de gracias y, tras ella seguía un silencio impresionante, que no acababa de entender. La cosa se distendió cuando me dijeron que hacía justamente un año había muerto el abuelo que, aseguraban, se parecía muchísimo a mí.

Era sábado y al domingo siguiente debía predicar. Había grandes fiestas en la ciudad y poca gente en el culto. El pastor lamentó esta situación.

Mi predicación se basó en el pasaje cuando Jesús predica habla a la gente el último día de la fiesta. Les animé a que acompañasen a la gente en esos días de fiesta, como se suele hacer también en otros actos oficiales. Intenté convencerlos que esos días son los mejores para ganar a las personas para el Evangelio, sin necesidad de grandes cultos ni sermones.

Les aconsejé a cambiar el programa para adaptarse a las fiestas e ir a donde está la gente como hacía Jesús. El pastor y su esposa se quedaron chocados como si hubiese dicho alguna herejía.

Viajes al Norte de Alemania y a San Petersburgo en Rusia. “Un viaje casi imposible...”.

Nos citamos en Hamburgo, la ciudad más próxima al puerto que debía llevarnos en barco por el Báltico hasta Helsinki, Finlandia. Espere en la estación del tren, el lugar de la cita. Tenía que unirme al grupo de los hermanos que me debían recoger en Bus. Pasaron las horas y no nos pudimos encontrar. Descubrí, ya demasiado tarde, que la estación tenía dos salidas, no previstas en el plan de encuentro.

Cansado y temiendo perder el Ferry tomé un taxi que, veloz alcanzó, por suerte, el barco a pocos minutos antes de salir. Jadeante y arrastrando mi maleta, con la lengua de fuera, respiré cuando me vi ya embarcado. Mi hermano Paul no sabía que pasaba conmigo. Cuando me vio en el camarote también respiró aliviado.

No dormí en toda la noche que duró el trayecto, en parte por la emoción del viaje por un mar desconocido para mí; por el otro del sofoco de mi desesperada carrera para llegar a tiempo. La tensión fue cediendo ya entrada la noche. Permanecí en la proa tras los cristales cómodamente sentado, con ilusión de ver la arribada a Helsinki, un puerto precioso, tras haber cruzado frente a las costas de Suecia, Estonia Letonia y Lituania, nombres míticos de mi niñez, cuando estudiaba geografía.

El plan de nuestro guía Paul era visitar los lugares en donde había estado como soldado y preso, en el frente del entonces llamado Stalingrado. Se había librado de aquel infierno y ahora volvía feliz a recordar difíciles tiempos. Al día siguiente partimos de la capital de Finlandia en autobús hasta Stalingrado.

Hubo dificultades en la frontera por el mucho control policial ruso. No perdí ojo a lo largo de los kilómetros entre Finlandia y Rusia oteando granjas y Dachas semejantes a las que ven en la película Doctor Zhivago.

Una vez instalados en un lujoso hotel de la preciosa ciudad residencia de zares, iniciamos nuestro plan turístico. La ciudad es impresionante concebida para superar Paris y sus jardines más famosos.

Una de nuestras visitas fue a una gran catedral ortodoxa. El grupo emocionado comenzó a cantar el himno: “Te alabamos oh gran Dios” ...; cuando, aparece una enorme monja ortodoxa que, enérgicamente y con cara de pocos amigos, nos hizo callar en un instante. Con el dedo índice en los labios lanzó un , ¡¡ chissss ¡!...prolongado que nos hizo recordar que estábamos en tierra soviética.

Paul mantenía un contacto con un pastor de una Iglesia alemana en San Petersburgo, construida para protestantes en los buenos tiempos prusianos. Los soviéticos la habían convertido en un enorme gimnasio. Mantuvieron la estructura de templo y diseñaron una gran piscina entre la planta cero y lo que había sido el coro. El lugar del pulpito se transformó en un trampolín de saltos. En la planta menos uno, se instalaron todas las conducciones de agua, también las calderas de la calefacción y agua caliente.

Durante nuestra estancia se iba a reinaugar de nuevo ya como Iglesia de nuevo. Sobre la piscina se construyó la planta principal de cultos, y otros actos públicos con tribunas laterales.

La Iglesia apoyada financieramente por la nueva Alemania democrática pudo subvencionar el cambio a su uso original. Tras unos días de turismo regresamos de nuevo a Hamburgo, esta vez sin sobresaltos.

Otro viaje con un nuevo grupo de creyentes alemanes, liderado por el pastor Paasch, tuvo como destino un Balneario en el mar Báltico, cerca de Polonia.

El viaje había sido programado por mi buen amigo Paul, un magnífico hermano alemán con un corazón inmenso y de una piedad envidiable. El objetivo del viaje era terapéutico y bíblico a la vez. El grupo dirigido por Paul iba a disfrutar por unos días del balneario de aguas salutíferas y yo me encargaría de recrearlos con conferencias acerca de temas bíblicos, cuidadosamente seleccionados por mi amigo.

El lugar en el Mar Báltico era excepcionalmente hermoso; grandes dunas de fina arena en un mar que iba y venía con su gran reflujo. Estábamos muy cerca de la frontera con Polonia a la que se podía llegar caminando.

Muy cerca se encontraban las antiguas instalaciones que Hitler había hecho construir para lanzar las bombas volantes sobre Londres. Fueron los primeros artefactos creados por el científico Ernest von Braun donde tuvo su principal base de operaciones.

En el puerto se podían ver algunos viejos submarinos que habían podido sobrevivir a la Segunda guerra mundial.

Los días transcurrieron muy relajados y, el regreso fue por Hamburgo para tomar mi vuelo de regreso. Me hospedó el hijo de Paul en su casa en la parte antigua de la ciudad.

Cuando llegué, vi que la casa no disponía de ascensor. Intenté arrastrar mi pesada maleta y me resentí de la espalda. Sufrí una hernia que tuvo que

ser reducida en su tiempo. Una de tantas heridas de guerra que decoran mi cuerpo. Recuerdo al Apóstol que dijo: "... yo traigo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús".

Mientras esperaba mi vuelo en Hamburgo un fin de semana, el domingo, viví una par de experiencias inolvidables. Visité temprano el culto de la Iglesia Luterana. Me sorprendí, viendo mucha expectación en la calle, la gente miraba a lo alto de la torre de la Iglesia. Pasaba que, según había anunciado la prensa, la pastora y su vicario iban a lanzarse en rappel desde lo alto del campanario. Así fue, primero se tiró el pastor con éxito. Después la pastora descendió rápido con su toga volando como si fuera un globo. La gente aplaudió divertida. A continuación se ofreció un refrigerio a los transeúntes. Me contaron que el plan era llamar la atención del público para alcanzar a la gente. Era el gesto desesperado de una iglesia tristemente vacía.

Saliendo de esta iglesia situada en el centro de la ciudad, me topé con que la policía cerraba el tráfico. Una manifestación, era el día del orgullo Gay, venía, con gran aparato de música, colores y altavoces.

Tuve que esperar a que pasara la manifestación. Para mi asombro, veo que una altísima "Drag "Queen", se acerca a mí, se agacha sobre sus altísimos tacones, me mira sonriente y me entrega un caramelo. Me quedé de piedra, sin saber qué hacer; ¿Señor qué hago?

El desafío era claro. En mi interior entendí aquello de que, los hijos de las tinieblas son más astutos que los de luz. Alguien me decía que aprendiera la lección, la necesidad de recuperar la calle, el lugar a donde tenemos que llevar el testimonio del Evangelio. ¡Salid de las cuatro paredes de vuestras iglesias!. Anunciar mi misericordia a esta generación que se pierde. El orgulloso mundo hostil al Evangelio está ganando las calles que vosotros habéis abandonado.

Viajes con Ángeles en Rescate de Leliña. “De Ferrol a Costa da Morte”

Quien nos hubiera dicho a mi hermana Ángeles y a mí que íbamos a vivir una aventura intentando ubicar a nuestra hermana Lela en una Residencia de ancianos. A nosotros, los dos últimos hermanos, de la Familia, nos tocaba ahora vivir una aventura más en nuestros años maduros, mi hermana a los ochenta y yo a los ochenta y dos.

Ocurrió que Lela, tras caerse en el baño de casa tuvo que ser operada de la cadera. Quedó bien, pero la salida del hospital se prolongó a causa de que ya no podía volver a casa, medio inválida donde mi hermana ya no podría atenderla. Necesitaba dos personas para levantarla y pasarla a una silla de ruedas. Llegó un momento que tuvimos que sacarla obligadamente del Hospital y llevarla a una residencia de ancianos.

El caso es que tras muchas gestiones no encontramos sitio en Ferrol, ni en sus alrededores. No quedaba otra opción salir del hospital a la residencia asignada por la Administración pública, y ésta estaba en Vimianzo, nada menos que a más de cien kilómetros, en la “Costa da Morte”, ¡Nada menos! ; muy a desmano de las carreteras principales y de las líneas de autobuses y trenes. Esto suponía la separación inevitable de mis dos hermanas, que siempre vivieron juntas en mutua dependencia económica y sentimental. Desde su traslado del Hospital a Vimianzo no paramos, hasta encontrar otro lugar más cercano a Ferrol.

Por fin, pudimos lograr una residencia en Puentedeume, lo más cerca que nos fue posible. Hasta entonces habíamos tenido que hacer varios viajes por espacio de un mes para ver a Lela. Todo un trajín que, gracias al Señor pude hacer con Sus fuerzas. Me animaba pensando en el privilegio de poder servir a mis dos hermanitas en estos difíciles y últimos años de nuestras vidas.

Por fin, las gestiones en Puentedeume dieron resultado, gracias a la ayuda del buen amigo y hermano en la fe Don Manuel Molares. De manera que pudimos instalarla en la residencias para ancianos de aquella villa. Allí está Leliña visitada a menudo por Ángeles, que poco a poco se va consolando y acostumbrando a vivir sola, cosa difícil, en la casa familiar de Ferrol.

Cambio de ritmo en mi ministerio. *“Ocupaos de vosotros mismos...”*

Entre los años 1970 y 1985 la iglesia experimentó un buen crecimiento en cantidad y calidad. Viendo así la obra bien en marcha, nos hizo pensar en que era el momento de regresar a la Península, para acercarnos más a nuestras familias, renovar nuestras fuerzas y poder seguir al servicio el Señor en otras iglesias, en la madurez de nuestras vidas. Pensábamos que se terminaba un ciclo de nuestro ministerio, y que un cambio podría ser conveniente para nosotros y la Iglesia.

Hable con el Presbiterio y me respondieron diciendo que no creían oportuna nuestra salida. Me dijeron que, si me sentía cansado o con necesidad de renovarme en mi trabajo, me tomase un año sabático, que me relajara, distanciándome por un tiempo del día a día de mis obligaciones pastorales en la Iglesia.

Pensamos que Inglaterra sería un buen País para lograr una renovación de fuerzas, al tiempo que podíamos aprender bien el idioma. Después de hacer gestiones no encontrábamos nada adecuado. Nuestra visión era trabajar en alguna institución social de las iglesias para auto sostenernos, sin ser una carga a nadie y lograr, al tiempo, la recuperación física y mental que buscábamos. Se nos ofreció sostenernos a los cuatro en una iglesia de Inglaterra todo el año, sin contrapartida alguna de trabajo.

No pudimos aceptar esta oferta tan generosa, porque no encajaba con lo que era nuestra comprensión para este tiempo especial. Decidimos tomar otra alternativa, que consistió en delegar mayor responsabilidad en el copastor y salir a visitar, de forma relajada, otras iglesias de la Península, ver lo que Dios estaba haciendo en ellas, y retomar fuerzas e inspiración, para una nueva etapa en mi servicio a la Iglesia.

Viajes a las iglesias. Año sabático. *“Al cansado peregrino...”*

Mis salidas a visitar las Iglesias en la península me resultó positiva. Pude ver lo que Dios estaba haciendo en ellas y cómo se movía el Espíritu entre los hermanos de diferentes confesiones evangélicas. Además el trato con los pastores y compañeros me resulto edificante. Me había encontrado con algunos de ellos en Conferencias y encuentros pastorales, ahora los veía en su propio campo de trabajo, en sus iglesias.

Hice, e incrementé las buenas relaciones en **Málaga, Alicante, Sevilla, Extremadura y Madrid**. También me encontré con ministerios renovados y visitados por Dios. Pude enterarme que les habían sucedido cosas semejantes a las que vivimos en Mallorca.

En **Santiago de Compostela** me encontré con un grupo de licenciados en medicina, psicología, filosofía, maestros y profesionales de nivel universitario que habían tenido experiencias carismáticas impresionantes. Viví con ellos una noche de vigilia muy ferviente con profecías, visiones y saturaciones del espíritu. Estos hermanos habían recibido un curso de estudio de los Navegantes, sin guía presencial.

Leyendo el pasaje de Pentecostés en el Libro de Hechos, prorrumpieron de forma espontánea a hablar lenguas diversas. Ellos mismos extrañados buscaron en la ciudad de Santiago a quienes hubieran experimentado lo mismo para poder entender esta manifestación espiritual. Dieron con un grupo de gitanos que vivían con gran fervor esta vivencia de fe. A pesar de ello no les fue posible continuar con ellos, su cultura no les daba para más. Las tradiciones étnicas no encajaban en la libertad del espíritu que ellos habían experimentado. Recuerdo haberles exhortado con un mensaje basado en Nehemías 2.17. “Edificad los muros...”

En **Sevilla** pude gozarme colaborando en una campaña evangelizadora al ladito mismo del puente de Triana, frente a los calabozos de la Inquisición. ¡Qué experiencia! Siglos pasados, hermanos habían muerto allí mismo mártires, en defensa de una fe que no precisaba de mediadores religiosos. Nosotros ahora, podíamos orgullosos de ellos hacer lo que ellos habían anhelado: Predicar pública y libremente a Cristo.

En **Barcelona** pudimos manifestar abiertamente a Cristo como el Camino la Verdad y la Vida. Para ello salí con unos cuantos hermanos de Mallorca para una campaña aprovechando la primera manifestación pública de la democracia.

Disfruté a tope con megáfono en mano, caminando entre comunistas y nacionalistas, catalanes independentistas, proclamando el Evangelio como el Camino real para los Pueblos de nuestro País. Supuso la crítica de otros evangélicos de la Ciudad que pensaban que no lo estábamos haciendo bien por mezclarnos en ese día con los partidos políticos.

Por nuestra parte, también pensábamos que no era coherente quedarse en casa después de haber orado durante tantos años por la libertad religiosa en España. No era pertinente con la fe, abandonar los espacios públicos a merced de los políticos y a toda suerte de ideologías, dejando al Pueblo sin el oportuno testimonio de esperanza cristiana.

Debo recordar aquí, agradecido, a la Iglesia Agua Viva de **Paracuellos del Jarama** en Madrid, por el apoyo desinteresado y generoso que me han prestado en mis viajes y ministerio en la Península. Llegaron a ser para mí

como una familia, Iglesia refugio y restauradora de heridas, frustraciones y también, un apoyo para mi ministerio a otras iglesias en la Península. Colaboré con ellos de buena gana, agradecido, enseñando en varios cursos del Instituto Bíblico Temático, dirigido por el pastor Manuel Fernández y su luchadora esposa Mila Rodríguez.

En este tiempo de recesión pastoral pude conocer la obra de extensión de otros ministerios en **Alicante, Valencia y Málaga**.

La obra de Daniel del Vecchio me impresionó mucho, por la forma sabia de integrar misión y evangelización con la obra social y de rehabilitación entre los adictos a las drogas, en muchas ciudades de la costa andaluza.

Fui invitado a la consagración del Tabernáculo, Un edificio de cuatro módulos de fibra perfectamente ensamblados, que en forma en cruz formaban amplias naves del Centro de Culto y Conferencias.

También pude participar con conferencias en el Palacio de Congresos de **Torremolinos** con gran participación de creyentes de toda Andalucía. A mí me correspondió presentar varias conferencias acerca del Discipulado cristiano reflexionando sobre los patriarcas del AT.

Para mi sorpresa me entero, el final de mi intervención, que mi amigo pastor y anfitrión estaba ofreciendo y vendiendo su propio manual de discipulado. Sin saberlo, en mi intervención, había recomendado a la gente que tuviera cuidado con los manuales, que por, sí mismo no hacen discípulos.

Un lugar en donde pude ayudar de forma especial fue en Villafranca de los Barros y Badajoz. Por espacio de diez años visité las comunidades de esta localidad de la tierra de Barros, así como Almendralejo

Habían tenido una crisis de liderazgo que perjudicaba el buen de la obra en aquella zona. Intenté restaurar los vínculos sin resultado; Así que me ocupé de que siguieran adelante fundamentados en las bases bíblicas de crecimiento en calidad santidad. Yo mismo coseché entre ellos bendiciones cuando yo mismo estaba pasando por experiencias similares en Palma de Mallorca.

En uno de los muchos viajes, la Comunidad de Villafranca salió al campo a celebrar reuniones fraternales en la finca de un hermano policía municipal que, amablemente había cedido sus instalaciones agrícolas en una nave muy amplia.

Allí estuvimos todo el día comiendo y bebiendo. Aun cuando no estaba previsto culto ni predicación, a la tarde, tras la sobremesa, el Señor me

premió a dar una Palabra de ánimo a la gente. Allí entre niños jugando y gente riendo en alegres conversaciones, me arranqué a comunicarme con todos muy conmovido. Éramos bastantes en aquel galpón, hermanos, mujeres, niños y amigos.

Para ser oído de todos me subí al pescante de un de remolque de un tractor allí aparcado. Sentimos la presencia de Dios de una manera muy fuerte, cuando dos criaturitas, niño y niña, subieron espontáneamente tomando asiento, uno a cada lado mío; seguí predicando, emocionado entre aquellos dos ángeles. Todos estaban llorando de emoción, mientras mis palabras alcanzaron los corazones de todos.

La reunión se hizo interminable, entre oraciones, alabanzas, cánticos en el espíritu y, aún profecías, que tenían que ver con nuestras vidas e Iglesias. ¡Qué glorioso fue todo!. Yo no sabía si lloraba por lo que allí acontecía o por lo que estaba pasando en la Iglesia de Mallorca.

Aguijones en la carne... " Bástate mi gracia..."

En el año 1995, cuando menos lo esperaba, me sentí débil, el doctor me hizo una prueba, y me comunica el resultado; evidencias de un cáncer de colon en el sigma bajante. Me quedé sin palabras; al verme así de sorprendido, el doctor añadió: Debe ser intervenido, el tumor ha de ser extirpado si o si, mejor cuanto antes.

De inmediato se me encendió en verde el semáforo interno, señal que interpreté para mí que, de parte del Señor tenía vía libre para una intervención. Allí mismo pedí me recomendara un buen cirujano.

De parte del Señor entendí que la ciencia médica es un don natural que otorga al hombre, entre muchos otros dones, la inteligencia, la razón, la voluntad, la conciencia y la libertad. Nada tienen los doctores que Yo no les haya dado antes, me dijo Dios. No dejarás de estar en mis manos por ir al quirófano. Así me tranquilizó.

A los tres días visite al Dr. Moner, un hombre ya maduro que me daba la seguridad de su experiencia; me dijo, muy relajadamente, que el tumor estaba en un lugar de fácil acceso, a una distancia prudencial de la zona del esfínter; es decir que disponía de buen margen para cortar por arriba y por abajo. Me animó, y me animé a seguir el proceso de extirpación de un cuerpo extrañamente desarrollado en mi cuerpo. "Si algo te molesta en el cuerpo, córtalo y échalo de ti".... No pasa nada si tienes que entrar en el cielo con un colon disminuido.

Meses atrás sin percatarme, mostraba una palidez extrema, sin saber a qué atribuirlo. Un hermano me lo advirtió y me puse en manos del médico. Pensaba que se trataba de un problema de estómago, a causa de mis digestiones pesadas, por comidas a destiempo, tarde, a la noche y por acostarme inmediatamente tras la cena, cansado.

El doctor Pons me había detectado previamente una anemia causada por el tumor con pérdida de sangre gota a gota. Era un círculo mórbido que me llevaba a menudo de puro cansancio a la cama. El mucho reposo me condujo a la gastritis, que con el tiempo desarrolló una hernia de hiato. Detrás de todos estos síntomas se ocultaba el tumor de colon.

Pensando en cómo era posible y el por qué me estaba pasando esto, llegué a la convicción de haber sido yo mismo el causante de mis males físicos. Sencillamente, una mala administración de mi salud, por haberme ocupado más de la buena doctrina que de mí mismo. Una falsa prioridad que me llevó a enfermar. "Lo que se siembra se recoge" Descubrí que la

ortodoxia debe ser compatible con la ortopraxis. Mente sana en cuerpo sano.

El Señor me reprendió por mi mala cabeza. Menos mal que, al parecer, no era demasiado tarde. Aprendí que ni siquiera los que sirven a Dios pueden salvarse de las consecuencias de no haber sido sabios en la vida natural.

A partir de entonces habiendo sido corregido severamente, revisé mis prioridades y comencé a cuidarme. Le dije al Señor, si salgo de esta seguiré a tu servicio con más dedicación y con mayor sabiduría.

La operación fue muy bien. El doctor me había informado previamente de su proceso. Me hizo un esquema del lugar en el que se ubicaba el tumor y cómo iba a intervenir.

Una vez concluida la operación, me describió la situación interna de mi colon, como había cortado y extirpado cinco ganglios afectados, y me recomendó aplicar quimioterapia de manera preventiva: cosa que hice de inmediato, siempre como era preceptivo, tras la luz verde que aprobaba mis decisiones.

Fueron tres sesiones de quimio que me resultaron más incómodas, dolorosas y tediosas, que la misma operación. Siempre había sido amigo de la medicina preventiva y ahora, aún más.

Al final estaba muy agradecido a Dios por la ciencia divina otorgada a los hombres al servicio del hombre, incluidos los hijos de Dios. Así entendí que, tan preocupado por los milagros sobrenaturales, había sido ciego y desagradecido por estos otros milagros naturales, que se suceden a diario. ¡Mía es la ciencia dice el Señor!

Entre 1995 y dos mil quince tuve que soportar otras dos operaciones. Una de hernia de hiato, que ya describí, y que, realmente fue producida por el tumor de colon; y otra de hernia discal. Hernia contraída en Hamburgo por cargar mi pesada maleta hasta un tercer piso, que no disponía de ascensor.

Se hizo evidente mi mala salud de hierro. Mientras escribo este párrafo estoy saliendo de otra intervención de microcirugía en las lumbares, entre la segunda y tercera vértebras.

El Dr Olabe me operó de una estenosis del disco en las vértebras lumbares 2 y 3. Otra gotera más que se pudo eliminar. En la espera de la intervención y la recuperación, me dediqué a pintar y avanzar en la redacción mis memorias y otros trabajos teológicos. Todas las cosas ayudan a bien a los que son llamados según Su voluntad.

Las operaciones de las hernias, más o menos al mismo nivel del cuerpo, fueron coser y cantar. El doctor Alcaraz eliminó la hernia entre la cuarta y quinta vértebra. El doctor Guitar me liberó de la del hiato, por microcirugía. Según me dijo, había hecho descender el estómago a su lugar, lo giró por debajo del esófago, y lo ató como si fuera una bolsa de plástico, puso un clip en el plexo branquial y listo.

Alabo al Señor por la ciencia médica, por los milagros naturales, sin menoscabo de la fe en la sanación de los incurables. Allí a donde no llega el hombre, alcanza la mano del Todopoderoso. El privilegio de los creyentes cristianos consiste en que se nos permite disfrutar tanto de los dones naturales como los sobrenaturales, por los que debemos estar muy agradecidos. “Mi poder se perfecciona en la debilidad”. Recursos sobre recursos.

Cada intervención quirúrgica fue una experiencia de fe. El secreto es que tienes que abandonarte a las manos del cirujano para que la cosa vaya bien; ¡Más te valej. En una de mis intervenciones el Señor corrigió mis pensamientos diciéndome: abandónate también en mis manos, yo hago bien todas las cosas, soy el autor de toda ciencia humana. Seguí su consejo y me dio buenos resultados. En la primera intervención de colon, cuando me fijaban fuertemente a la mesa de operaciones. Me dije: Ya está, estoy bien sujeto a merced del cirujano. Entones, oí al Señor, que me decía: “Tranquilo, estas en Mis manos, en mi altar, a punto de ser “sacrificado”, es el culto racional del día.

Así pensaba Pablo cuando ya viejo, enfermo y preso, esperaba su sentencia de muerte en Roma. Un Pablo resiliente e irreductible, bajo la mano de Dios.

Qué increíble seguridad me daba la convicción de que Dios estaba conmigo puntualmente en el día y la hora oportuna, anticipándose a los acontecimientos: “No está la palabra en mi boca, y tú ya la sabes... “

Restauraciones físicas. *“Oh que amigo nos es Cristo...”*

En el año 1995 se inicia en mi ministerio un tiempo señalado por irregularidades, en mi salud, en la pastoral y en la relación con el Presbiterio.

No sabía a qué atribuirlo, lo cierto es que la iglesia estaba pasando por sus mejores tiempos en asistencia, crecimiento y madurez eclesial. Los ministerios estaban consolidados. Casi todas las células caseras estaban funcionando bien. Me esforzaba en estimularlas, asistiendo en persona a ellas, una tras otra.

Así mismo, la Iglesia seguía adelante animada por buenos cultos de edificación y acertadas predicaciones. Teníamos buenos predicadores y líderes consagrados, de forma que yo solo necesitaba predicar una vez al mes. Las reuniones de oración, que para mí eran el corazón de la Iglesia, estaban bien asistidas y animadas.

Con todo empecé a ir a remolque de la Iglesia confiando en el co-pastor Paco Guerra, un buen hermano a quien habíamos ordenado al ministerio completo meses atrás. Cuando él inició su ministerio sentí mucho alivio en la carga ministerial y pude dedicarme más a la Iglesia de Capdepera.

A mi falta de fuerzas se añadían los problemas propios de la Iglesia. Empecé a sentirme cansado, desanimado y con poca inspiración en las reuniones. Supe más tarde que estaba pasando por una anemia causada por el cáncer.

El conflicto que se agudizaba en la iglesia de Capdepera venía de mucho atrás, antes de haber llegado nosotros. Era un problema en parte generacional y en parte de sensibilidades espirituales, entre quienes los que rechazaban posturas tradicionales y otras renovadoras y carismáticas. Don Miguel Pascual fue el hombre querido por todos que equilibró las tensiones por muchos años.

Yo bailaba en la cuerda floja y viviendo entre las exigencias de unos y de otros, sin lograr contentar a nadie; hasta que, por fin, Capdepera logró un pastor propio. Con todo, la tensión siguió hasta que la Comunidad se decantó por formar dos grupos, de ellos uno de talante carismático y otro que seguía fiel a la iglesia tradicional histórica.

Todo el tiempo que duraron los conflictos de Capdepera, tuve que incrementar las visitas. Las reuniones de Consejo eran larguísimas y el descontento era general. Llegaba a casa en Palma, cansado e insatisfecho, también con hambre. Comía rápido y me acostaba pronto buscando un

sueño reparador. Lo lograba pero el cuerpo, sobre todo el sistema gástrico, se resentía.

El sistema físico dijo basta, y el neo de colon se presentó sin más. El Señor no me consintió la queja. , ¡Ni hablar!. Tuve que asumir la dura lección y en su reprensión, Dios me dijo: la causa es el desorden en tu alimentación y tu exceso de celo por la Iglesia; “no te has ocupado de ti mismo, este es el resultado”. Entonces entendí las palabras de Juan Bautista, cuando sus discípulos lo desafiaban al celo y a la competencia ministerial: “A mí me conviene menguar y a El crecer...”. “No es de quien corre y quiere, sino de Dios que da el crecimiento”

Lo sorprendente para mi es que, semanas atrás, por dos ocasiones, sin poderlo evitar, insistí y prediqué sobre éste pasaje de Juan; hasta que comprendí que el texto citado tenía que aplicármelo a mí mismo.

Con gran crudeza se me advertía que iba a ser decapitado, y que, incluso eso convendría a mi ministerio. Sin querer, fui profeta para mí mismo. El hecho es que tanto en Capdepera como en Palma iban a pasarme cosas que me privarían del liderazgo. La comprensión, post eventum, de estas cosas me alivió, más fue un aguijón que alcanzó mi corazón.

Al fin Capdepera pudo lograr su pastor propio por poco tiempo; mas, con todo no resolvieron su situación hasta el día de hoy. Creo y oro por una restauración de esta Iglesia, pionera de la extensión del Evangelio de la gracia de Dios en España. Actualmente hay tres o cuatro iglesias, pero no por multiplicación, si no por división.

Tuve siempre muy claro que al llegar a los sesenta y cinco años debía pasar a ocupar un papel secundario, asumiendo el papel de maestro y apóstol en las iglesias con las que colaboraba frecuentemente.

Era el tiempo de rentabilizar los impuestos que había estado cotizando al Estado desde mis catorce años. Llegó el momento de iniciar el proceso de jubilación. Pensé que la Iglesia se aliviaría de mi carga económica y yo pasaría a ministerios de enseñanza en iglesias de Mallorca, Baleares y la Península. Era el inolvidable año 1995 .

Cuando enfermé del tumor maligno de colon, el proceso de receso eclesial se aceleró, lo que ya contemplaba desde los sesenta y cinco años. Menos mal que, la Iglesia ya disponía de un pastor adjunto que había sido muy bien aceptado y que podía seguir con el buen ritmo y progreso de la Iglesia. Me gozaba viendo cómo se encauzaba todo hacia un futuro de prosperidad comunitaria.

La recuperación de la intervención quirúrgica y el posterior tratamiento preventivo de quimioterapia retrasaron el proceso previsto. Con todo yo seguía predicando, enseñando, ayudando en Capdepera, también en la reciente iglesia establecida en Son Servera e Ibiza. Fue un buen tiempo, que aproveché para prepararme y disponerme a vivir en una nueva etapa del ministerio.

Siempre tuve bien claro que la jubilación administrativa y oficial nada tenía que ver con el retiro de mi Ministerio. La convicción de que había sido llamado al Servicio del Señor mientras viviera, orientaba todo mis planes futuros. Para sorpresa de muchos, y para mí mismo, me recuperé rápido de la intervención en el colon y, al mes, ya pude pisar púlpito de nuevo. Algunos tuvieron que resignarse a volver a tener Panete para rato.

En este tiempo de relajamiento tras mi operación y, mientras seguía las pautas médicas, pensé en la necesidad de incentivar mi vida de intercesión y la de la Iglesia, sin dejar las clásicas reuniones de oración de los jueves.

Recibí la visión de construir en los terrenos de Nova Vida, en Algaida, un chozo que se dedicara a retiros de oración y preparación del liderazgo de la Iglesia, además dedicado los que desearan profundizar en la fe y la piedad. Sería llamada la Cabaña de Oración. Pensaba, o soñaba, que los fines de semana podríamos juntar a gente anhelante de recibir mayores bendiciones de Dios que reforzaran nuestra Iglesia y los ministerios. Ya habíamos celebrado allí una vigilia con mucho éxito y concurrencia. Hubo buena alabanza y oración con presencia evidente del Señor en la noche, bajo los almendros.

El caso es que cada Sábado a la mañana me desplazaba a Algaida para preparar un terreno en una del amplio espacio de la finca. El hermano Javier Diez me apoyaba. Venía también los sábados y, además nos regaló unos algarrobos los árboles que yo creía eran los más adecuados que se prestaban para facilitar una necesaria y tupida sombra. En el centro del gran cobertizo habría una chimenea grande, un hogar caliente que, en los Inviernos irradiaría su calor por toda la estancia.

Las maravillosas noches de retiro, oración y profundización en la Palabra que celebrábamos en Capdepera y La Curi, me inspiraban para volver de nuevo a estas experiencias.

El plan consistía en venir preparados con mochila y sacos de dormir, pasar la noche en estudio y oración intensa, y apoyar así los retos de la Iglesia de

la calle Murillo, que nos permitiera seguir adelante, extendiendo el Evangelio del Reino en toda la Isla. Todo quedó en sueños y buenos deseos para más adelante, quien sabe si en algún otro lugar. Está claro que el cuento de la lechera no forma parte del Evangelio.

Tiempo de reflexión y rectificación. *“Tal como soy, sin una sola excusa...”*

El tiempo de recuperación, tras la operación del colon me hizo reflexionar mucho y revisar mis prioridades.

Había administrado mi tiempo, mi salud y mi familia en sentido heroico. Hasta que el Señor me dijo: No te quiero ver como un héroe sino como un siervo apartado para fines no vulgares. Entendí así que entraría en un tiempo especial, tenía que revisar mis prioridades de tiempo y dedicación.

Viví siempre al cien por cien, pendiente de la Iglesia, cualquiera podía telefonarme, levantarme de la cama y disponer de mi vida. Descolgar el teléfono lo consideraba como una falta de ética cristiana. Tampoco supe ser relevado de mi trabajo, ni siquiera cuando pasaba por situaciones recias, en las que me visitaban amargas emociones como la muerte de seres queridos. Cuando perdí a mi madre y más tarde a mi padre, y a dos de mis hermanos, la iglesia a penas se enteró de estas cosas.

Recuerdo que un domingo, tras predicar y descansar un rato, tuve una llamada desde San Paulo en Brasil. Me comunicaban que mi querida hermana Pilar, la que había sido como una madre para mí, había muerto. Tenía que predicar en Capdepera. Salí llorando desde Palma y, aún lloraba cuando llegaba al pueblo. Pedí fuerzas y pude predicar, y hasta yo mismo me consolé con la predicación, que en esa ocasión aproveché más que nadie. Al regreso desde Capdepera volví cantando sin cesar hasta Palma el corito negro espiritual: “Yo he de estar listo para ir a Jerusalem, como Juan”

En los días de mayor trabajo y del consiguiente estrés, a todo lo largo de mi ministerio, nunca había sido capaz de desconectarme del teléfono. Tampoco supe pedir a mis hijos que dijeran que estaba echando la siesta, o llamaran más tarde cuando preguntaban por mí. Por años estuve al pie del cañón las veinticuatro horas; hasta que Dios me dijo: Recuerda que eres mi siervo, no el siervo de la Iglesia, relájate y déjame a hacer a mí, Yo soy el que no duermo, ni lo necesito, descansa, yo soy el que vela por mi Pueblo. Lo primero que tuve que revisar y rectificar fue la distribución de mi tiempo entre la Iglesia y la Familia.

De los siete días de la semana, seis eran para la Iglesia, excepto los lunes que consideré sagrados. Salíamos de la ciudad de paseo o excursión con la familia. Respeté, eso sí, severamente un mes de vacaciones al año, sin aceptar ningún compromiso de predicación o conferencias.

Por mucho tiempo viví con las prioridades equivocadas. Creí erróneamente que la Iglesia era lo primero, la familia lo segundo. Por fin comprendí que la Familia es la primera institución, en la historia de la Revelación, por lo tanto tan sagrada como la Iglesia que fue establecida e instituida más tarde en el tiempo.

Por estas prioridades erróneas tuve que pagar un precio muy alto en salud, también mi mujer y mis hijos. Creía que entregado a la Iglesia cumplía con mi deber hasta que el Señor me dijo, la Iglesia es mi esposa, no te permito que te cases con ella, no hagas de ella tu querida. Sin esperarlo, de creerme héroe, me vi más bien como un villano. Se acabó llegar tarde a casa y sin cenar, se acabó estar al servicio de los hermanos las 24 horas, sin tiempo personal para mí y la familia.

Pero mi programa disfrazaba falsas prioridades por las que tuve que pagar un precio alto. Lo que me sorprende ahora es que nadie me lo exigía, sino que era yo quien me exigía a mí mismo. Mis hijos y mi mujer siempre respetaron mi total compromiso con la Obra sin protestar y sin quejas. Les estaré por siempre muy agradecido. Ahora entendí que les robé mucho tiempo y dedicación.

Otro tema a reflexionar fue no haber sabido armonizar las relaciones humanas y amistades particulares. Las relaciones con los hermanos siempre me han dado muchas satisfacciones, por lo que no he tenido mucha necesidad de fomentar amistades particulares. Había determinado no hacer ninguna excepción en la iglesia, resistiéndome a hacer amigos particulares en ella, aunque lo necesitara.

En la Iglesia pude disfrutar de la buena relación de hermanos entrañables, sobre la base de la fraternidad cristiana no discriminada. A quienes más busqué fue a los hermanos de piedad probada y nacidos de nuevo, con quienes sabía que podía confiar e intimar espiritualmente, aquellos cuya conversación profundizaba sobre la Palabra de Dios y las verdades del Reino. Aquellos de quienes sabía que amaban la Palabra y vivían en el temor de Dios y me edificaban, esos eran para mí hermanos y amigos, Ahora doy gracias por todos ellos.

Siempre tuve necesidad de dialogar libremente acerca de la teología bíblica y temas espirituales. Cuando los ancianos y ministerios de la Iglesia elevaron su nivel de conocimiento de la Palabra y de compromiso, se convirtieron en compañeros de ministerio y la necesidad disminuyó. Los predicadores foráneos que invitábamos eran para mí también una ocasión magnífica de compartir y sacar buen provecho de su visita.

Luché para no que no se crearan grupitos de influencia. No me permití hacer política de mantel, de ideología o paisanaje. Perseguí siempre mantener la unidad y equidad en la Iglesia. Siento que esto haya llevado a mi mujer y mis hijos a cierto aislamiento y la falta de amigos. No hacer acepción de personas fue un principio que llevaba a rajatabla, aún a costa de un déficit social interno.

Lamento que, a lo largo de mi ministerio, no haya podido enseñar y predicar al nivel de los estudios bíblico teológicos que yo mismo había alcanzado. Por amor de llegar a la mayoría de la Iglesia, rebajé el nivel teológico a un punto de comprensión generalizada.

Por otro lado debo reconocer que mi predicación sin retóricas y de tono autoritativo, pudo haber defraudado y hasta enfadado a muchos. Mi inclinación en la predicación ha sido mayormente imperativa, profética, y pobre en estética. Inevitablemente me decantaba más por lo kerygmático y lo ético que por lo pedagógico o dogmático. Reconozco que se me daba más pastorear, enseñar, guiar y aconsejar que sermonear.

Problemas con en el Presbiterio. “Iglesia de Cristo reanima...”

Andando en aquellas preocupaciones de revisar mis prioridades, cuando se alteraron mis relaciones con el Presbiterio. Siempre había podido ministrar en la iglesia a base de la unanimidad que vivíamos en el Presbiterio. Era la autoridad que me daba la fuerza para servir en la Iglesia.

Un mal día, cuando menos lo esperaba, y en los peores momentos de mi salud, estando aún bajo tratamiento de quimioterapia; En una sesión de Presbiterio, cuando pensaba iba a ser una de tantas de sesiones, con pena observé que se había roto la unanimidad tan ponderada en las Escrituras. Fue la sesión de consejo más breve de mi vida.

Uno de los ancianos pidió la palabra y sin más preámbulos, se enfrenta a mí lanzando un cúmulo de quejas que afectaban a mí personalmente y a la mala dirección de la Iglesia, de la que me hacía culpable.

Concluyó diciendo que si yo seguía de pastor en ella, la Iglesia no tendría futuro. El y toda su familia se apartarían de la Iglesia. Era un órdago a la mayor. Lo peor fue que ninguno de los otros ancianos tomaron la palabra para apoyarme, discrepar de las quejas ni de las opiniones y críticas tan disparatadas.

Me quedé de piedra sin decir palabra. Mire a los demás, todos callaron, se miraban unos a otros en silencio. La mayor parte no sabían lo que pasaba, salían y volvían a entrar buscando alguna explicación. En aquel Consejo se ponía en evidencia que había habido un entendimiento entre consejeros sin mi conocimiento para forzar un cambio de dirección. Entendí que en aquel momento no había nada más que tratar, y tan sólo mucho para discutir, a la que yo no estaba predispuesto.

Advertido en el espíritu que se había roto gravemente la unanimidad con la que nos regíamos siempre en el Presbiterio, propuse cerrar la reunión para volver a la próxima con propuestas alternativas a mi relevo como pastor de la Iglesia y presidente del Presbiterio.

Así las cosas nos retiramos sin más, cada uno a su casa. A las pocas semanas, sin comunicar con nadie presenté un Programa que consistía en dejar la dirección de la Iglesia y la moderación del Consejo en manos de la persona que consideraba más adecuado en aquella situación.

Comprendí que no podía seguir mi ministerio en aquellos momentos. El Presbiterio, sin unanimidad, no me ofrecía la seguridad y la autoridad necesaria para seguir sin entrar en conflictos mayores.

Propuse al miembro del Presbiterio más competente y neutral que veía, y me puse a un lado, rogando al Señor que mediara en esta situación sin buscar apoyo más que, en mi buen amigo Jesús.

Mi silencio y prudente distanciamiento del día a día de la Iglesia, en lugar de calmar las cosas resultó más estridente. El Consejo temió una mala reacción de mi parte y que pudiera buscar el amparo de la iglesia, pero estaban equivocados. Siempre había considerado la Iglesia como el ámbito de mis servicios ministeriales. Nunca pude utilizar la Iglesia para mis propios intereses. La esposa del Señor merecía, ahora más que nunca, todos mis respetos.

Había tensión, me dejaron seguir predicando, más, a partir de ahora lo tenía difícil. Notaba que se estaban pendientes de lo que la gente pudiera decir, o intuir, por mis predicaciones.

Adopté el formato de predicación expositiva cuidándome bien de no predicar con énfasis y forma imperativa y con la autoridad que siempre me permitía la certera Palabra de Dios. Eso sí, me resistí a ser utilizado como florero en medio de la Iglesia. Me puse en el segundo banco a la espera de acontecimientos, cediendo mis espacios habituales a otros, y espaciando mi asistencia a los cultos, con la intención de evitar que la gente me abordase con preguntas o declaraciones que no estaba dispuesto a dar.

Así pues ingresé en la escuela especial de oración, con ruego y espera, me senté en la silla de la paciencia y ruego, remitiendo el asunto al Supremo. No tenía otra indicación que ésta, de parte del Señor.

La cosa se complicó un poco cuando al seguir mis exposiciones acerca de la Epístola a los Hebreos llegué la parte que dice: “No dejéis de reuniros como algunos tienen por costumbre”. La crítica resultó fácil y tensó más las relaciones, hasta el punto de recibir, vía burofax una carta de alegaciones contra mí, firmada por todo el Presbiterio.

Entonces hice lo que yo personalmente no hubiera querido hacer. Por amor a mi familia que me reclamaba dar respuesta al escrito. Respondí punto por punto a todas las cosas que allí se me reprochaban. Esto resultó un tanto explosivo, causando reacciones muy desproporcionadas.

Se intentó desacreditarme en la Iglesia local y en las comunidades en las que tenía buenas relaciones, en la Isla y la Península. Las reacciones fuera de la iglesia resultaron ineficaces por la gran estima que se me tenía, más produjeron en mí una pena enorme, al ver que se recurría a la estrategia propia del adversario de nuestras almas. ¡Que el Señor lo reprenda...!

A partir de aquí, estimé ser prudente no mantener comunicarme con ningún hermano de la Iglesia, a excepción de mi familia para no incurrir en discriminación de personas de la Comunidad.¡¡ Hasta pasados diez años!!

Incentivé mis servicios en la Isla con otras Iglesias que no me habían cerrado las puertas. También en la Península y el Extranjero, a donde comencé a viajar con más frecuencia. Los verdaderos amigos no me dejaron y, naturalmente, tampoco Jesús, el amigo que nunca falla.

Gané en intimidad con el Señor y crecí en la oración y ruego. Visite con mucha más frecuencia la cámara secreta, en la que entrábamos solo Dios y yo. Esto era el secreto de mi recuperación emocional y espiritual. El “chozo de oración” lo llevaba conmigo. No sé qué habrá pasado de los algarrobos que sembré más a mí no me faltó, en ningún momento, el agua fresca que brota del trono de Dios.

Lo cierto es que eché de menos una intervención de otros ministerios de la Isla para ayudar a una reconciliación y posterior restauración de relaciones. Algunos ya se habían tomado posturas lateralizadas, otros no podían, no sabían o no querían meterse en un conflicto a nivel de líderes. Así pasaron los años...

Lamenté mucho no poder aceptar la oferta de hermanos y hermanas que amablemente se me ofrecieron cariñosamente a ayudar en el conflicto. Entendí que los asuntos del nivel de pastores y ancianos debían ser tratados al mismo nivel, nadie de mis compañeros se insinuó.

El presbiterio apeló al presidente regional y nacional de la IEE, que se personó en Palma. Se trataba de una persona que ya estaba posicionado en mi contra, por asuntos que tenían que ver con problemas de anteriores relaciones institucionales. No estaban de acuerdo que yo llevara a la Iglesia de Palma al grado de autonomía que adquirió por mi enseñanza acerca de soberanía de la Asamblea local. Entendí que aquel compañero de ministerio no iba a intervenir con imparcialidad; le di las gracias por su voluntad de mediar en el problema y lo despedí.

Tiempos de bonanza. “Mirad cuán bueno y delicioso es...”

Con la mudanza de casa, la boda de Rebeca y los viajes a las Iglesias, especialmente el Camino de Santiago y a Andalucía, anduve un tanto distraído de la problemática de la Iglesia en Mallorca, cosa no liviana y un poco difícil de llevar. Aproveché la crisis para ocuparme en otras cosas para las que nunca había encontrado ocasión propicia.

Aproveché este tiempo para ocuparme de buscar las raíces familiares de mis abuelos paternos y maternos en Murcia y Irixoa, Provincia de la Coruña, siguiendo el rastro de los apellidos Gómez Marín y Panete. Uno en Molina del Rio y otro en la parroquia de Ambroa, Irixoa. La distancia era tanta como de Galicia a Murcia.

Las invitaciones de mis buenos amigos y hermanos músicos de la Banda de Stuttgart fueron providenciales y de terapia oportuna en el tiempo en el que mi alma buscaba el alivio de ansiedades.

En ese tiempo disfruté mucho de la compañía de uno de los hermanos más fieles que he conocido en la Isla y en la Iglesia. Teo Link. Su piedad y fidelidad al Evangelio siempre me inspiraron mucho. Nunca hacia concesiones a nada que no fuera fiel a la Palabra de Dios.

Cuando la Iglesia vivía en sus tradiciones metodistas, lo tuvieron por un hermano raro. Me pidieron que me ocupara de él de forma personal. Lo hice con mucho gusto. Viajamos muchas veces juntos a Son Servera, donde disfrutábamos de sustanciosos estudios bíblicos, que los hermanos de allí apreciaban mucho. Los comentarios en el coche, volviendo a Palma y las oraciones de gracias por la bondad de Dios nos edificaron mutuamente. Teo estaba gravemente enfermo del corazón, pidió y esperó por mucho tiempo sanidad por la fe, al fin partió con el Señor a quien amaba tanto, anticipándose a muchos de nosotros.

Tiempo de reconciliación. “Hermano dinos hoy algo de Jesús”

Una vez que se cumplieron los tiempos que el Señor tenía previsto, el hermano Miguel Navarro, que había asumido labores de pastor, sintió que ya era hora de terminar con la situación irregular de nuestra falta de relaciones. Tras consultar con el Presbiterio le apoyaron a acercar nuestras posiciones buscando una reconciliación. Comenzaron reuniones de acercamiento que culminaron y terminaron bien, dando otro paso más.

Un buen día, apoyado por Indalecio Aguilar y el pastor Raúl, que a la sazón estaba ayudando en la Iglesia, decidimos hacer un acto de reconciliación ante la Iglesia. Cuando me preguntaron qué condiciones ponía, respondí: Solo deseo sentarme en paz a Mesa del Señor y disfrutar en torno a ella.

Ese día fue una fiesta, besos abrazos y lágrimas generalizados que cerraban una inolvidable reunión de Santa Cena. Me entregaron un regalo para señalar este día y mi cumpleaños. ¡Esa misma semana cumplía ochenta años y cincuenta de ministerio!

Decidí acudir a todos los cultos de los primeros domingos del mes, cuando se celebra la Santa Cena. Cada vez es una gozada. ¡ Por fin podía estar de nuevo con los hermanos en armonía!

Cambiada la situación en relación con la Iglesia y el Presbiterio, recibí amables invitaciones para predicar. Cosa que decliné por miedo a no poder soportar la presión emocional que suponía no haber predicado por espacio de casi quince años. Además entendí que serían más eficaces la enseñanza que las predicaciones. Cedía así el paso a los noveles.

Con todo me ofrecí para dar conferencias, estudios y retiros. El Presbiterio me invitó un par de veces a desarrollar diversos temas sobre La Liturgia bíblica del Culto cristiano. En otra ocasión, a nivel de líderes, sobre El Liderazgo bíblico.

Esta última conferencia me brindó la ocasión de pedir a los líderes presentes ponerse en pie para honrar, como sugiere Pablo, a los pastores y siervos que nos habían precedido.

Dimos gracias y honor por los ministerios que disfrutó la Iglesia desde el primer misionero que sembró la Palabra, hasta el último de los pastores, que recién había partido, entregando sus vidas en servicio del Evangelio en Mallorca. Fue un momento solemne, unánimes nos pusimos en pie en memoria de los ausentes.

Me gustaría poder homenajear a la propia Iglesia de Palma por su buen comportamiento durante la crisis que sufrimos de liderazgo. A pesar de haber ocurrido cosas tan graves, como tener a un pastor ausente y el fallecimiento del sucesor, la Iglesia en todo este tiempo, se mantuvo unida, sabia y resignada, sujeta a los ancianos en estos tiempos críticos. La lección se había aprendido... “obedeced a vuestros pastores”. Habíamos enseñado a la Iglesia a estar sometida a las autoridades por amor de Cristo, la Cabeza de la Iglesia. Esta enseñanza resultó eficaz en tiempos difíciles.

Recuerdo haber tenido casi como libro de texto, un ejemplar escrito por Wachtman Nee, un anciano de las iglesias de la China comunista. Su título es “Autoridad Espiritual”. Sus lecciones quedaron grabadas por tiempo en la Iglesia. Se escribe allí severamente del carácter santo de las autoridades eclesiales, de la obediencia y debida subordinación mutua de los creyentes.

El Señor se anticipó en mi agobio.. “Tu cambiaste mi lamento en baile....”

Conocía bien lo que la Palabra enseña: La queja debilita y no ayuda a resolver debidamente los problemas. Aprendí a cambiar en mi vida los ¿por qué? en ¿para-qué?, inmerso en la escuela peri patética de Jesús; Caminando más cerca de Dios, de Su mano, el gran Amigo que no falla.

El Señor me enseñó a sonreír en la desgracia y la adversidad, cuando metido en situaciones difíciles, me enseñaba a ver la vida con humor. Gané en intimidad con Dios. Oré y lloré a puerta cerrada, en la cámara secreta. Allí aprendí a ser crítico conmigo mismo y poder reírme de mis incoherencias, cosa que me fue muy saludable.

Recuerdo los días que tuve que guardar cama, con un dolor desesperante por una hernia dorsal, producida al estornudar malamente, sentado al volante.

Estaba haciendo de taxista llevando al aeropuerto a un hermano que me llamó con urgencia, pidiéndome le llevara rápido a tomar un avión. Su madre estaba muy grave. Era de madrugada, con mucho frío y había salido sin abrigo. Estando en cama, sin encontrar alivio al dolor, entre “ayes”, el Señor me dijo que cambiara los ayes por “ay-leluyas”. Fue una manera de graciosa de cambiar mi lamento en baile.

Otra de las lecciones de parte de Dios cuando esperaba una visita en un verano. Esperaba la visita de una pareja que pedía consejo. Estaba solo y mi familia estaba de vacaciones descansando en los Pirineos de Jaca.

La visita estaba acordada para las cinco de la tarde, disponía de tiempo y se me ocurrió subir a la terraza para ducharme y secarme al sol. Subo a la terraza y, al bajar la corriente de aire había cerrado la puerta del piso. Así que me encontré sin llaves y en calzoncillos en la pura escalera. Antes de la hora de la visita, intenté por todos los medios pasar desde la terraza al balcón, desde el segundo al tercero; incluso pensé descolgarme desde la terraza al tercero con la cuerda de la garrucha que teníamos para subir las compras.

El tiempo apremiaba y no veía solución, de pronto una voz interna, me dijo: ¡Ya es hora que me busques en oración! Me arrodillé en la escalera y pedí perdón por no buscar a Dios en el tiempo de angustia.

Al fin se solucionó todo, el jardinero de la casa se presentó antes y me ayudó a acceder al piso. Todo se arregló, antes de llegar la visita yo ya había aprendido la lección.

Cuando estaba solo, aumentaba mi actividad y no paraba. En las vacaciones de los niños, mi esposa viajaba con ellos al Pirineo para descansar. A los tres días de la ausencia de Celia, ya no sabía qué hacer. Iba de un lado al otro, con mucho afán de hacer muchas cosas, y poca oración.

Hoy veo con pena a los pastores que ufanos van con sus carteras de ministro como si fueran “yuppies” y promotores de empresa, con agendas a tope, sin tiempo personal para ellos mismos y sus ovejas ni para la oración. El Señor empezó a corregirme actitudes semejantes desde cuando estuve en la “mili”, no me pasaba ni una.

La pintura terapia del alma. “Los cielos cuentan la gloria de Dios...”

Desde muy pequeño me gustó siempre pintar, ahora lo volví a hacer por necesidad, como cuando tuvimos que decorar la casa recién llegados a Mallorca. El caso fue que disponíamos de muchas paredes mas no de cuadros, ni de dinero para comprarlos, así que me dispuse a pintar un bodegón en estilo cubista, que presidió por años nuestro salón comedor. Más tarde reciclé este cuadro y se ha convertido en una marina que nos acompaña en el dormitorio. En mis cuadros plasmo recuerdos infantiles y sueños artísticos.

De nuevo ya a mis ochenta años, volví de nuevo a la pintura por necesidad terapéutica. Así que la pintura y la Palabra de Dios, los salmos mayormente, me ayudaron y consolaron magníficamente.

Tras la crisis con el Presbiterio, ya más distendido, recuperé mis aficiones lúdicas, que no había tenido tiempo a desarrollar, pintar, escribir y cocinar. Mi estudio se convirtió en taller de pintura y, empecé a llenar las paredes de casa de cuadros que pintaba, recordando los lugares entrañables de mi feliz infancia. Cobas, Chamorro, Ares y la Bahía, los lugares donde yo me divertía. En uno de estos cuadros reproduje la playa de Seselle, que había fotografiado en un viaje con mis sobrinos de Brasil y su nieta Lauriña.

Al arte por necesidad, así comenzó mi inclinación por la pintura de brocha fina. Comenzó contemplando y admirando cuadros de pintores ferrolanos. Sin despreciar la pintura al óleo, mi inclinación tendía a lo abstracto, surrealista, cubista y naif. Al ver las buenas pinturas, me decía a mí mismo, cuándo podré pintar así como ellos. El deseo pues estaba allí, faltaba el tiempo pertinente para darle realidad a la necesidad.

Los paisajes marinos, costa, mar, montaña y la combinación de todo esto, con las playas al fondo, fueron las primeras imágenes de mi juventud que todavía llevo dentro.

El pequeño, y ya ruinoso molino, de la feria del dos de Serantellos me cautivaba y, por fin tuve la ocasión de pintarlo, inspirado en una acuarela de mi amigo y hermano en la fe Ricardo Pena. Le añadí mi propio estilo, y ahí está, colgado a la entrada de casa. Cada vez que me fijo en él tiene la virtud de trasladarme a los días de mi infancia.

El arte surrealista tiene la magia de llevarnos más allá del tiempo y espacio, para desvelar la infinitud del mundo subjetivo. Lo mismo me

ocurre con las piedras y las hojas con las que trabajo; también me hablan desde la eternidad pasada a la fragilidad de la vida, reflejando su misterio.

Ahora pienso mucho sobre el pasado y tengo la impresión de haber ido demasiado de prisa sin tomarme el tiempo necesario para contemplar el maravilloso espectáculo de la creación. En cada rincón de nuestro mundo Dios ha puesto su gloria, ¡¡ Quien la podrá pintar!! Está claro que mi vida no ha sido la de un contemplativo.

En una ocasión tuve un breve diálogo con un fraile a la puerta de su convento al que había llamado para entregar las Buenas de salvación. Casi enfadado me dijo que había dejado el mundo buscando la salvación. ¿Qué más podía hacer? Entendí entonces que la gloria no está entre muros, sino más bien afuera, en días de sol y las noches estrelladas, en y la mar y sus impresionantes playas.

Creo que no las podemos describir ni pintar, por muy artistas o científicos que seamos. La creación nos desborda y nos atrae al mismo tiempo al gran Artista universal. La inspiración y su ejecución es un camino que me aproximó de forma excelsa al Creador.

Cuando logro un cuadro de acuerdo a mi imaginación, me siento realizado y feliz, orgulloso cuando lo contemplo, y eso que, hasta ahora solo copio de otros cuadros y fotos. Me siento como un niño descubriendo nuevas sensaciones. Cuando lo subjetivo se funde con lo objetivo en el alma del artista se produce el misterio de la inspiración..

Describir la Creación es de una emoción indecible. Uno se imagina cómo se sentiría Dios al crear tanta belleza y perfección. Como sacó de sí mismo el universo, el mundo y al hombre, de acuerdo a su imagen. Me lo imagino feliz, tras una pausa para descansar y recrearse en su propia obra.

Por otro lado no puedo llegar al fondo de su profunda tristeza cuando veía destruida su obra, cuando dijo que le pesaba haber creado al hombre. ¡¡Qué triste, cuando un artista tiene que ver que se destruye su propia obra¡¡

La pintura me ha hecho pensar siempre en la faceta artística de Dios. Su gusto por las formas y los colores, de tal manera que ha logrado que todo esté armonizado sin estridencias. Lo mismo me sucede cuando observo la técnica, su precisión y utilidad. Belleza y perfección son cualidades divinas jamás igualadas. Una inspiración que perpetúa a artistas y científicos.

El arte es recrear a imagen y semejanza de lo perfecto. Copiar de los divinos originales. Nunca el hombre está tan cerca de Dios que cuando crea. Es ser, de alguna forma como Dios, sin serlo. Esta capacidad nos debiera hacer humildes, nunca soberbios.

Debiéramos pensar en la grandeza del poder recuperar la imagen y la semejanza que se han perdido de Dios. De aquí que todo artista y los diseñadores, persiguen sin lograrlo,, la imagen perdida, que solo podrán encontrar en el Hijo del Hombre. “La creación gime por la manifestación de los hijos de Dios”. Al fin El logrará recuperar de nuevo la gloria perdida.

Mis experiencias con el Ecumenismo. “...para que todos sean uno...”

El estudio sistemático de la teología ecuménica me ayudó para establecer el diálogo con los sacerdotes católicos. Yo ya había tenido muy buenas relaciones con los curas, desde estudiante, siendo pastor y también por mi visita al Vaticano, donde fuimos huéspedes privilegiados de un arzobispo encargado de las relaciones ecuménicas con los protestantes.

Recuerdo gratamente los encuentros que teníamos informalmente con sacerdotes de Ferrol y su entorno. Con curas de Serantes, Valdoviño, y especialmente, el sacerdote Dobarro, capellán de las monjas adoratrices.

Los encuentros eran en el Café el Progreso de la calle Real. Pedíamos el café, al mismo tiempo que las Biblias para su estudio. El camarero nos preguntaba qué versión queríamos. Como siempre pedíamos la Bover Cantera, Nácar Colunga y, claro está la Reina Valera. Sosteníamos comentarios muy sustanciosos con los que los curas, tomistas hasta la médula alucinaban.

Me sorprendía ver a los sacerdotes que entraban entusiasmados en los temas bíblicos que no nunca habían estudiado en Mondoñedo. Ver como abandonaban posiciones tradicionales sorprendidos por las verdades bíblicas. Recuerdo que en aquellos días se convocó el Concilio Vaticano II, ayudando más aún a nuestro entusiasmo.

Uno de ellos se convenció de que la Confesión auricular y el Purgatorio eran una invención de Roma. Ni corto ni perezoso, sacó los confesionarios a la plaza de la Iglesia y los quemó, provocando un escándalo. Al final terminó colgando los hábitos.

Otro cura nos dijo, sin reparo que cuando se volvía de espaldas, en el altar leía textos bíblicos para luego predicarlos al Pueblo. El más intelectual de ellos, decía comentando orgulloso, que el muro de la Reforma en Ginebra con los cuatro reformadores clásicos allí representados, eran como cuatro columnas dóricas del Evangelio. Tenía un cuadro de este monumento a la Reforma en el despacho de su casa, que nos mostraba orgulloso.

Siempre disfruté mucho de las conversaciones y relaciones con los curas dialogantes. El estudio del semestre de teología ecuménica en Suiza me convenció de la imposibilidad del diálogo con Roma mientras no renunciara a sus dogmas sin fundamentos bíblicos. De aquí que no se haya podido ir más allá de un diálogo sin fin, hasta hoy.

En Mallorca tuve y mantuve muy buenas relaciones con el delegado del Obispo para el Ecumenismo. Con él tuve varios encuentros muy buenos y asistí a otros tantos actos ecuménicos, a título personal.

En una ocasión se me invitó a participar oficialmente en la semana ecuménica predicando en la Catedral de Mallorca a lo que decliné, por no implicar a los evangélicos reacios a estos actos.

A cambio ofrecí una alternativa, más atractiva y, oficialmente menos comprometida. Les propuse tener un estudio bíblico con los estudiantes de Teología sobre el pasaje del Evangelio de Juan, cuando Jesús ora por la unidad de los discípulos. "...que sean uno en Ti", Juan 17.21. Todos eran estudiantes teatinos con los que pude disfrutar exponiendo a fondo, con toda libertad cómo Jesús deseaba la unidad de sus seguidores.

Invitado por el Delegado obispal tomé contacto con la Biblioteca Diocesana, donde pude dejar, como obsequio ecuménico un ejemplar especial de la Biblia Facsímil del Oso de Reina Valera, que ocupa ya un lugar en la Biblioteca Diocesana de Mallorca

A pesar de todas mis experiencias ecuménicas, me sorprendí leer en la Enciclopedia de Mallorca, editada por Mascaró Passarius, un párrafo que me citaba a como un pastor hostil al ecumenismo.

El encargado de redactar la sección de Grupos sectarios y raros de la Enciclopedia citada, me había dado muestras de un extraño interés por los protestantes, que no iba más allá de un coleccionista interesado en especies raras.

El autor de esa sección de la Enciclopedia me pidió al teléfono datos de nuestra Iglesia. Entonces pude expresarle mi descontento por su falta de criterio al incluir, en la Enciclopedia citada, a los protestantes en el mismo apartado que incluída a los Masones y otros grupos de disidentes de las Islas.

A Tuduri, pastor metodista de Menorca lo califica de masón, sin hacer ninguna referencia a sus creencias protestantes. Le mostré mi desacuerdo, diciéndole que no era justo ni riguroso, y aún más, que resultaba confuso para los mallorquines, lectores y consultores de la Enciclopedia.

El Sr. Alemany decidió ir a Londres a recoger datos de los protestantes mallorquines en el centro de Documentación Metodista. No se apeó del burro, ni hizo cambios que yo sepa, puesto que en la Enciclopedia de las Baleares de Mascaró Passarius, Masones, Protestantes y otros disidentes seguimos figurando en el mismo apartado.

Una cosa es el ecumenismo, una especie de política entre las iglesias cristianas y otra cosa es la ecumenicidad. Esta última pertenece a la esencia de la Iglesia de Cristo garante de la unidad por el Espíritu.

Mi formación bíblica teológica. “Escudriñad las Escrituras...”

Tras mi jubilación tuve tiempo para reflexionar acerca de mis estudios, revisar mis textos teológicos escribir y crear textos bíblicos, ensayos, seminarios y conferencias que pude impartir en las iglesias de la Península. Recordé los buenos tiempos de estudiante en Alemania y Suiza.

Lo que nos encantaba entonces eran los viajes a Basilea para escuchar las lecciones magistrales del Profesor Karl Barth. Un teólogo muy pintoresco que tuvo la virtud de liberar la teología del racionalismo dominante y conducirla, por vía de la teología dialéctica de vuelta a la Palabra de Dios. Barth fue el último dogmático que centró de nuevo el discurso teológico sobre la Revelación Bíblica y dio paso a los teólogos actuales de la Exégesis bíblica.

De la Facultad de Suiza en Bossey, también recuerdo los días hermosos de primavera, cuando tomaba la bicicleta e iba a Francia desde Suiza a cortarme el pelo, donde nos resultaba más barato. Para cruzar aquella frontera mínima, bastaba un saludo, un simple “buenos días”, al gendarme, que siempre cortésmente te respondía, “bon jour” y seguíamos a la peluquería.

En el Otoño las montañas del Jura, entre Francia y Suiza, resultan impresionantes por la sinfonía de colores de las hojas formando una alfombra multicolor, que iba desde el rojo vivo a los marrones dorados y tostado de coníferas, robles y hayedos.

En Bossey, pude disfrutar escuchando las lecciones de teología traducidas simultáneamente del inglés al alemán y viceversa. De esta manera al mismo tiempo aprendía también inglés, por equivalencia y reforzaba el alemán. Las traductoras eran excelentes, bien conocedoras de los difíciles términos de la teología y de la filosofía que allí se manejaban. El curso de Teología ecuménica discurría en clave dialéctica, una especie de comodín, que facilitaba el diálogo y entendimiento entre las diferentes confesiones protestantes.

La teología dialéctica facilita el diálogo con todas las tendencias teológicas, evita estridencias y polémicas religiosas. En Bossey fui vacunado contra el falso ecumenismo romo, sin aristas para no herir sensibilidades religiosas, que suprime los imperativos e indicativos incómodos del Evangelio. La Teología dialéctica no convierte ni convence a nadie, como nos decía Karl Barth, que no tenía pelos en la lengua, muy crítico con las confesiones dogmáticas convencionales. Me gustó mucho este Profesor suizo, a quien

Hitler llegó a temer por su oposición al nazismo, lo que le obligó a dejar la cátedra de Teología de Bonn en tiempos del nazismo.

Pude disfrutar de su inmensa obra “Kirchliche Dogmatik” que me regaló un pastor alemán amigo. Eran veinte tomos de la famosa obra de K.Barth en alemán. Cuando tuve que reducir mi biblioteca la entregué, como regalo y tributo de gratitud, a la biblioteca del Seminario Evangélico Unido del Escorial.

El privilegio de haber podido estudiar a fondo en las lenguas originales de la Biblia, me hace deudor de los que hoy desean prepararse para servir al Señor, en la Iglesia y la Sociedad. La buena exégesis de los textos bíblicos es la garantía de predicaciones y estudios bíblicos competentes.

Los momentos de mayor emoción al estudiar en los originales fue cuando analicé íntegramente el libro del profeta Amós en hebreo. También disfruté mucho al hacer exégesis y traducir del griego los pasajes de mi Tesis en el Evangelio de Juan. Hasta hoy me acompañan aquellas fuertes emociones cuando descubrí verdades profundas de la Palabra. Entonces a aquella altura de mi preparación al ministerio, contaba con cuatro años de Teología, concluidos con la presentación de una tesis y, un semestre de estudios ecuménicos en Suiza.

Retomé asuntos de mi inquietud a lo largo de mi ministerio, como la mística, los sacramentos, la piedad y la presencia real de Dios en la vida de los cristianos y en la Comunidad, así como la santidad, todo esto visto desde la perspectiva de las Escrituras. Por ejemplo:

Mis temas de inquietud. Simbolismo, Comunión o, acto de fe realista.

“Esto es mi cuerpo...”

Ahora que disponía de más tiempo para darme a las reflexiones teológicas disfruté desarrollando los temas de mis inquietudes que antes no había podido desarrollar.

En el protestantismo se ha colado una especie de escepticismo idealista/racionalista, considerando la Comunión bajo especies como un mero acto simbólico. Comulgar con Cristo, para muchos, no es más que un acto simbólico, algo impropio de la fe. La fe viva es la que permite comulgar de forma real con Cristo mismo. La fórmula abstracta del símbolo, desplaza el acto vivencial, por lo que se pierde la experiencia transformadora de participar en ese acto personalmente con el Invisible quien nos invita a tener comunión con El mismo. Por medio de esta acción de fe y Su promesa de estar en el acto, es posible revivir una singular y real presencia de Cristo en la Santa Cena. Menos que esto, el resto es, reducir el momento a un mero recuerdo intrascendente, ritual y racional.

Los anglicanos en Bossey, Suiza, después de participar en un culto de Santa Cena de tradición reformada protestante, no creyéndolo suficiente, se invitaban entre ellos a tomar la oblea bendecida anglicana en el piso superior de la capilla.

Les parecía que la Comunión de los reformados protestantes carecía del carácter místico sacramental necesario, que ellos heredaron de la Iglesia Romana. De esta forma buscaban el plus que les falta a los protestantes.

Con la tensión entre simbolismo y sacramentalismo se pierde, por desgracia, el verdadero sentido de la real comunión a la que se accede mediante la fe viva. Hace tiempo que comprendí que la comunión del pan y vino es un acto glorioso, un evento milagroso que tiene lugar, bis a bis con el Resucitado.

A continuación cito unos cuantos textos pendientes de ser revisados, actualizados y revisados, para ser, en su día oportunamente publicados

Penúltima etapa de mi vida. “Examinaos a vosotros mismos...”

A modo de autocrítica o ¿Auto justificación?

Digo que es la penúltima etapa porque la última no la escribiré yo. A otros les corresponde describir mi vida y trabajo, tras mi definitiva ausencia.

Me he reservado la **autocrítica** de estas memorias de mi vida para mismo. No he podido menos que reflexionar acerca de todo lo que he vivido y cómo lo interpreto. Una cosa es vivirlo, recordarlo y otra interpretarlo. Como sucede con los textos de la Escritura. De aquí las diferencias que suelen darse desde la exégesis, la hermenéutica, la traducción, el orden y, al final la entrega de los textos de las Escrituras.

He observado en mis memoras, por ejemplo, mi reiteración frecuente en el **tema muerte**, el más allá y las vivencias de la fe, en el ámbito de mi existencia.

También me he fijado en la tendencia a destacar la superación de situaciones extremas, miedos y confrontaciones existenciales por la fe. Me he preguntado el porqué de estas reiteraciones y la recurrencia constante a la fe.

He llegado a la conclusión que mis reiteraciones son debidas, por un lado, a las tempranas vivencias de mi niñez y juventud, que me confrontaron con estas experiencias extremas, sin disponer de una preparación previa a estos fenómenos, ni tampoco una respuesta puntual pertinente y razonada.

El impacto de estos hechos expuestos a mi imaginación infantil, más bien orientada a una vida feliz, me produjeron el trauma que se mantuvo, como una herida abierta hasta el descubrimiento de la fe que los trascendiese. Así que para mí el don de la Fe, fue desde mi encuentro con Jesús, un descubrimiento existencial extraordinario.

Otra razón de mis fijaciones existenciales es haberme topado pronto con la **maldad** de la mi naturaleza humana, sin contar con las respuestas pertinentes. Conocí muy temprano el mal que veía en mí y en mis tratos con los demás. En mis compañeros de juegos, en las tretas que nos hacíamos y la forma de alegrarme de sus defectos y debilidades.

El hecho de haber conocido muy pronto lo que se llama **pecado**. Por haber sido mascota de gente mucho mayor que yo, que vivían sin moral ni principios, sin respeto a Dios, a las autoridades, y a las leyes sociales mínimas. Mis “colegas” eran marginados, gente indeseable que tenía que personarse en Comisaria una vez al mes, subproductos de la guerra civil y

de la crueldad de un sistema político que los había machacado. Entonces, yo mismo, no podía ni imaginarme los efectos tóxicos que generarían a mis catorce años.

Además, al lado de las reiteradas veces que oía a mi madre decir de mí, cuando sus vecinas me veían de su mano, tan formalito y le decían, ¡Qué niño tan lindo!; Respondía a menudo, para mi disgusto interior: No lo saben bien pero es “malo, como piel del diablo”.

Mi madre veía en mí un niño muy inquieto e hiperactivo, poco obediente, más bien rebelde, que la desbordaba y no sabía cómo tratarme. Así que yo lo tenía claro, o mejoraba o iría de cabeza al infierno. Seguro de mi condición y naturaleza transgresiva, no ofrecía ninguna resistencia si alguien me trataba como un pequeño trasto. Nadie necesitaba convencerme de mi necesidad de arrepentimiento y perdón.

Todo esto me condujo a una seria convicción, de que si había cielo no iba a ser para mí. La razón de mi gran felicidad fue que, al tener el encuentro con Jesús, no recibí de El reproche alguno, ni sombra de condenación si no amistad y confidencialidad.

También observo que, reiteradas veces hablo de mi intimidad con el Señor y de oír su voz en mi propio interior. Esto, que muchos pueden pensar de mí, ser un “pietista” o religioso; tiene que ver más, por un lado, con mi naturaleza introvertida, y por otro a mis experiencias espirituales interiores. Lo que se conoce como el testimonio interno del Espíritu Santo de Romanos 8.16. Estas referencias frecuentes en mis relatos podrían calificarse de “pietistas”, si se tiene una comprensión negativa de la piedad.

La **piedad** de la que nos habla tantas veces en la Biblia, es una parte importante de la fe que Dios otorga, por lo que debiera ser más ponderada y menos relegada. La piedad es una manera de ser y poner en práctica la fe. No es optativa sino esencial y parte integral de la fe.

La piedad se representa en el museo del Vaticano por Miguel Ángel, como una madre que acoge en su seno a su Hijo, a Cristo, recién descendido de la cruz. Me recuerda a mi propia madre cuando me llevaba en brazos, que me permitía sentir los latidos de su cansado corazón.

La piedad es la empatía de Dios en nosotros y nosotros con Dios. Si la fe no es piedad no es más que una creencia religiosa o mera beatería.

A mis compañeros de ministerio les parecía muy **pietista**, que yo incluyera en la **fe**, la **salvación**, el **arrepentimiento** y la **conversión**. Cuando nos visitaban en Palma había pastores que decían, con aire menospreciativo:

“La iglesia de Panete está llena de “pietistas” en tono peyorativo. Algo de lo que yo sin embargo me sentí orgulloso.

Creo que muchos desconocían el papel tan decisivo del pietismo en la Historia del Protestantismo europeo. Los primeros misioneros que vinieron a nuestro País y establecieron nuestras iglesias evangélicas procedían del pietismo alemán, inglés y francés. ¡Que poco se les hemos honrado!

EL Pietismo en Europa salvó el cristianismo del racionalismo y de la apostasía. Muchos creyentes eligieron morir o emigrar a América antes de negar la fe en Cristo y la Salvación por la sola Gracia.

Del denostado Pietismo salieron las más grandes misiones que extendieron el Evangelio en todo el mundo. La expansión misionera mundial del Protestantismo que nos alcanzó en España, se hizo gracias a los hoy denostados pietistas.

Pietistas fueron Enmanuel Kant y el Conde Zinzendorf, gigantes del pensamiento moderno y de la investigación bíblica. ¡Ahí es nada. La ignorancia puede ser muy atrevida y perjudicial en la Iglesia.

Recuerdo una asamblea nacional, en la que por casualidad o por error democrático surgió mi nombre como candidato a la presidencia de la Iglesia nacional, función en la que yo no estaba ni siquiera interesado. Se puso en marcha una estrategia y conversaciones de pasillos para impedir que pudiera salir de presidente un pastor “pietista”.

Viendo estos nervios en la Asamblea no pude menos que compadecer a compañeros, que contemplaban indiferentes como sus iglesias mermaban, y aún desaparecían, por no poner por obra los imperativos e indicativos bíblicos.

También mis continuas referencias a Dios, tratándolo como el **“Señor”** obedecen, además a mi comprensión teológica acerca del nombre propio de Dios, basado en la Biblia. En mi caso no es para nada una expresión de pietista. Más bien tiene que ver con lo que aprendí en los estudios de hebreo con un profesor muy piadoso que abría sus clases con oración. También lo recibí en la escuela de oración diario y de la exégesis de la Palabra.

Por medio de la revelación progresiva y la los originales hebreo, griego y latín, que intervienen en la redacción y versión de las Escrituras a los idiomas vulgares; se sabe, que el término “dios” se deriva del pagano Zeus, lat. Deus padre de los dioses del Olympo griego.

Este substantivo genérico de dios (zeus- deus- dios), pasó lamentablemente a la Biblia a través de la Septuaginta. El término “dios” es una vulgaridad genérica, propia de pueblos que no tuvieron en cuenta la Revelación de Yahvé.

Lástima porque mucho antes, Yahveh ya se había revelado en el A.T. con sus nombres propios: Primero **El Shadday** a Jacob y más tarde **Yahveh**, a Moisés que corresponden al ser de Dios, el Todopoderoso y el Eterno. Los traductores expertos de Alejandría no evidenciaron tanta sabiduría al traducir la Biblia al griego, por dejar de lado los nombres bíblicos ya revelados, sustituyéndolos por textos de la vulgaridad pagana del “Zeus” del Olympto.

A partir de aquí, para evitar confusiones, es necesario especificar de qué clase de dios estamos hablando. El **dios** genérico, pagano y vulgar de los griegos, equívoco, o el Eterno que fue revelado en las Escrituras.

EL Todopoderoso, Señor de la Creación y de los creyentes no debe confundirse con los dioses paganos que tienen ojos y no ven. El Señor se ha revelado a sí mismo con nombres propios.

Cuando los traductores de la Biblia se encontraban con el vocablo hebreo “Elohim”, que significa “dioses”, al aplicarle el valor de plural mayestático significó: “dios de dioses” , es decir el Dios Supremo.

Lo mismo pasa con el hbr. (יהוה) **YHWH**, **Yahveh**, tetragrama mal traducido por Jehová. La traducción real sería “Soy el que Soy”, o El Eterno, como traduce la Biblia clásica francesa Segol.

Al leer este vocablo impronunciable de tres guturales, los judíos callaban, por para evitar recitarlo en vano. Con el tiempo, considerando que se podría perder la pronunciación original del nombre de Yahweh, los Masoretas añadieron las vocales de Adonai que significa Señor, resultando así el sintagma: “Yahveh el Señor”.

Quiero añadir, además, que el **énfasis misionero** que se advierte en mis memorias son fruto de mis experiencias en mi seguimiento al Maestro Jesús. Recuerda que a Dios lo conocí en la calle; por lo que siempre lo ubico, más bien en los espacios abiertos, donde se hace encontrar con la gente perdida que le está buscando. La iglesia nació misionera y será misionera hasta el fin de los siglos, o no será la Iglesia según el modelo de Jesús

La evangelización ha sido una constante en mi ministerio, desde que me convertí. No ha sido una preferencia mía sino un imperativo de la fe coherente. La Iglesia nació misionera y vivirá misionera hasta que El

vuelva. No hay otra alternativa. Hoy, más que nunca, intento desafiar a las iglesias a que salgan fuera de los muros en los que nos metió el Sistema nacional religioso, por miedo a la libertad propia del Evangelio.

Me siento un poco frustrado cuando tengo que meterme en el sótano para asistir a los cultos de mi Iglesia, en donde la entrada y la salida resultan dificultosas y hasta peligrosas. Para irradiar luz, el faro tiene que estar en lo alto, bien visible en la costa para alcanzar todo el vasto Mar. En todo caso la Iglesia se ha de ser siempre visible.

Otra de las cosas que destaco en mi escrito precedente es la necesidad de **prepararse espiritual e intelectualmente** para salir con las Buenas de Salvación. La iglesia nació misionera y kerygmática y seguirá siéndola. El Espíritu de Dios se encarga de que sea siempre así hasta el fin.

Estoy aconsejando a los predicadores que estudien y preparen su predicación hasta que encuentren ellos mismos el mensaje a predicar. Más que mensajeros, el Señor espera que seamos al mismo tiempo mensajeros y mensaje. Recuerdo haber visto sobre la superficie del púlpito de alguna iglesia, un rótulo, en letra grande y clara, diciendo: **Predica a Cristo.**

Mis argumentaciones teológicas obedecen a la Teología bíblica a la que considero más sólida y existencial, al tiempo que la libera de las especulaciones de la filosofía el deísmo y la teología liberal.

Es cierto que el cristianismo en nuestro País es cultura de siglos, por eso mismo no podemos prescindir de los factores culturales que lo hacen más atractivo y actual.

La **autoridad, el orden y la exigencia** de la vida de piedad, la aprendí en estudios de campo, no en facultades. También aprendí de la vida de los patriarcas y profetas, especialmente de José y del profeta Daniel. En la mili y en el trabajo secular, no tanto en las Iglesias y Seminarios.

Comprendí que en el Reino de Dios todo está sujeto a autoridad y orden regido desde la Cabeza hasta los pies; Si el cielo es cielo se debe al orden que en él reina. Cada cosa en su sitio y todo eslabonado con el Supremo. Además entendí también que así tiene que ser en la vida en la Iglesia, que es parte del Reino.

Aprendí que el respeto mutuo y la **unanimidad** eran principios necesarios para la convivencia, gobierno y administración de la Iglesia. En la iglesia tiene que haber normas de conducta honestas y éticas, no casuísticas, que las hagan sostenibles y humanas.

Por razones como estas nuestra Iglesia local dejó de ser una sucursal o delegación de un sistema religioso nacional democrático. La unanimidad del Presbiterio, es el mejor gobierno bíblico, garante de madurez progreso y crecimiento.

Entiendo que cada iglesia local y sus misiones son autónomas, libres e interdependientes a la vez, en relación con otras iglesias e instituciones nacionales o extranjeras. Las autoridades locales son responsables del gobierno, de la administración, la económica y de la integridad moral y doctrinal de la Iglesia.

Mi empeño en seguir estos principios fue visto por otros hermanos dentro y fuera de la Iglesia como una autoridad excesiva e intransigente. Estas reflexiones explican mi postura en situaciones extremas, en las que la convivencia de la iglesia, la ortodoxia bíblica y la ética corrían riesgos que debían ser obviados.

Es inevitable que alguien piense que mis relatos son muy subjetivos. Puede ser cierto, mas está claro, soy un sujeto que da testimonio de vivencias internas. Son “mis memorias”. La intención no es hablar de mí mismo, si no, más bien de alguien que vivió la fe desde su propia experiencia existencial y conciencia.

Me alegré por fin cuando pude desprenderme de los anecdotarios, tan útiles para predicadores nóveles que intentan adornar sus mensajes. Llegué a comprender, que toda mi vida es una anécdota. Una anécdota que seguirá creciendo hasta que el Señor me llame a vivir en El.

Las Escrituras y los Himnos han sido fuente de inspiración y fuerzas en mi camino y ministerio. Decidí no memorizar tanto las citas de capítulos y versículos bíblicos. Prioricé quedarme con los contenidos, conceptos, textos y contextos para navegar en la Biblia. Este tratamiento me ayudó mucho en la orientación de mis estudios sin caer en el peligro del biblicismo.

Los Himnos evangélicos fueron para mí, fuente de piedad y rearme espiritual en los días difíciles. En muchos tramos de mi vida siempre había un texto de la Palabra o un cántico. Por eso enmarco muchos de los capítulos de mis memorias con los textos que recogen experiencias personales.

Al final de estas memorias quiero honrar a mi Padre celestial, por haberme presentado a su Hijo Jesús, Caminante a mi lado y fiel Compañero, que siempre estuvo a mi lado y nunca me ha fallado. Deseo partir de este mundo como Él, reconciliado, entregando mi espíritu en las manos del Padre.

I N D I C E

1. Portada.
2. Dedicatoria.
3. Feliz Infancia.
9. Adolescencia y primer trabajo.
17. Mi encuentro con Cristo.
20. Juventud, Orense, Servicio militar.
32. De nuevo en la vida civil.
35. Estudios, Madrid, Barcelona y Licenciatura.
41. Alemania romántica.
45. Vicario en Barcelona y Posgrado en Suiza.
49. Comienza el Romance ministerial.
55. Boda complicada en Logroño.
57. Extensión misionera desde La Rioja.
71. Conexión misionera Logroño-Ferrol.
72. Responsabilidad misionera. Comienza la crisis.
74. Posgrado en Alemania.
81. Regreso a Madrid. Misión en La Mancha. La mujer de mi vida.
86. Camuñas, un lugar de la Mancha.
87. Matrimonio civil, ceremonia en Zaragoza.
91. Mallorca en perspectiva.
92. Inicio de nuestro Ministerio En Mallorca.
94. Tentación en El Escorial.
95. Mallorca para Cristo.
97. Nuestros Hijos. Escuela de paciente entrega.
101. Hogar de mis recuerdos...”
107. La conversión de nuestros hijos.
109. El Ministerio y la Familia.
115. Nuestra hija se casa. Mi suegra, Señora Damiana.
117. El Viejo Molino se pone en marcha.
124. Muerte de Cora.
128. Palma y sus Misiones.
132. Capdepera, una Iglesia que revive.
137. Inolvidable visita a Felanitx,
139. Un verano en Cala Murada.
141. Campaña evangelista en Menorca.
142. Nace la Primera Iglesia Evangélica en Ibiza.
144. El Barco Logos visita Palma.

145. Entre Gitanos y Payos.
147. Los Gedeones en Mallorca.
148. Los Exploradores del Rey.
149. La Obra Social en nuestra Iglesia.
151. Nova Vida en Algaida.
135. Grupos de Apoyo.
153. Mis cinco viajes a Israel.
160. Mis viajes por el Camino de Santiago.
163. Misión en Andalucía.
166. Viajes a Congresos misioneros.
170. Segundo viaje a Brasil en familia.
174. América del Norte. Atlanta.
175. Congreso, Kirchentag en Berlín.
177. Nueva York, !!New York, New York.!!
179. Viaje en familia Túnez,
182. Estambul, la antigua Constantinopla.
184. Viaje a Colombia.
186. Viajes al Norte de Europa San Petersburgo. Rusia.
189. Viajes con Ángeles, rescate a Leliña.
190. Cambio de ritmo en mi Ministerio.
194. Agujones en la carne.
197. Restauraciones físicas.
201. Tiempo de reflexión y rectificación.
204. Problemas con el Presbiterio.
207. Tiempo de Bonanza.
208. Tiempo de Reconciliación.
210. El Señor se anticipó en mi agobio.
212. La Pintura, terapia del alma.
215. Mis experiencias con el ecumenismo.
217. Mi Formación bíblica teológica.
219. Temas de mi inquietud, Simbolismo, etc...
220. Penúltima etapa de mi vida.
226. Al final, la honra al Padre. Soli Deo Gloria.
227. I n d i c e.